

POESÍA COMPLETA

Nicomedes-Pastor Díaz

POESÍA COMPLETA

Estudio introductorio y notas
Luis Caparrós Esperante

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

© Luis Caparrós Esperante, del estudio introductorio y notas

© de la presente edición:

Publicaciones de la Universidad de Alicante

Campus de San Vicente, s/n

03690 San Vicente del Raspeig

Publicaciones@ua.es

<http://publicaciones.ua.es>

Teléfono: 965903480

Fax: 965909445

Diseño de portada: candela ink.

Corrección de pruebas: Luis Bagué Quílez

Composición:

 Espagrafic

Impresión:

ISBN:

Depósito legal:

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

ÍNDICE

ESTUDIO INTRODUCTORIO.....	11
CONTEXTOS DE NICOMEDES-PASTOR DÍAZ.....	11
«LA VIDA PRÁCTICA ME ARRASTRA...».....	18
LA OBRA LÍRICA.....	50
<i>La poética de Nicomedes-Pastor Díaz</i>	50
<i>Amor y elegía</i>	62
<i>La imaginación fúnebre</i>	65
<i>La visión</i>	72
<i>La mujer inalcanzable: amor como distancia o castigo</i>	80
<i>El amor, la poesía</i>	90
<i>La reflexión política y social</i>	94
<i>La poesía gallega</i>	98
BIBLIOGRAFÍA.....	103
PRINCIPALES OBRAS DE NICOMEDES-PASTOR DÍAZ.....	103
ESTUDIOS Y OBRAS CITADAS.....	105
CRITERIOS DE ESTA EDICIÓN.....	109
POESÍA COMPLETA.....	113
POESÍAS.....	115
[PRÓLOGO DEL AUTOR EN LA EDICIÓN DE 1840].....	115
MI INSPIRACIÓN.....	119
UNA VOZ.....	126
EL AMOR SIN OBJETO.....	129
LA MARIPOSA NEGRA.....	132

A LA MUERTE.	137
LA INOCENCIA.	142
SU MIRAR.	148
A S. M. LA REINA GOBERNADORA EN EL ACTO DE JURAR LA CONSTITUCIÓN DE 1837	155
LA MANO FRÍA.	159
A UN ÁNGEL CAÍDO (FRAGMENTOS)	164
MARIPOSA Y FLOR.	175
DESVARÍO.	178
AL ERESMA	183
SU MEMORIA	189
EN UNA DESPEDIDA	194
ENVIANDO MI RETRATO	197
A LA C... DE S... (EPÍSTOLA).	208
LA SIRENA DEL NORTE	214
A LA LUNA	223
AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA	227
VIE ET MORT	238
A D. JOSÉ ZORRILLA.	242

POEMAS INCORPORADOS EN LA EDICIÓN

DE 1866	253
A ALBORADA	
<i>Poesía gallega</i>	253
LA INMORTALIDAD. EPÍSTOLA A GENARO.	258
MI COLOR	272
MI RECLUSIÓN	276
EN LA MUERTE DE UN HERMANO NIÑO	283
AL SILENCIO. ODA	289
EL SOL DE MAYO.	294
EN LOS DÍAS DE UN MAGNATE.	295
EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA [VERSIÓN DE 1841]	299
EN UN ÁLBUM [VERSIÓN DE 1859]	302
EN UNA TARDE DE LLUVIA.	303
FRAGMENTO DE UNA MEDITACIÓN EN LAS RUINAS	304

EL SUEÑO DE ENDIMIÓN	
<i>Para un álbum (en La Coruña)</i>	305
EL QUINCE DE OCTUBRE	
<i>[Al general don Diego León, primer conde de Belascoaín].</i>	306
ÚLTIMO AMOR	311
EMPIEZA AQUÍ DE EL BELÉN EL ARTÍCULO OFICIAL.	314
POEMAS NO RECOGIDOS EN LIBRO	337
[A TU CARTA PASO AHORA]	337
EN UN PASEO A SOLAS DE LISBOA	342
POEMAS ATRIBUIDOS	343
ÉGLOGA. BELMIRO E BENIGNO	343
AMOR	353
TRADUCCIÓN DE UN SALMO	354
UNA NOCHE	356
A LA SEÑORA DOÑA * * *	360
CATÓN	364
ABREVIATURAS UTILIZADAS	367
APARATO CRÍTICO	369

ESTUDIO INTRODUCTORIO

CONTEXTOS DE NICOMEDES-PASTOR DÍAZ

La indudable inteligencia de Juan Valera no evita que en la semblanza de su amigo Nicomedes-Pastor Díaz, a quien debió de conocer bien y al que llegó a asistir en sus últimas horas, acumulase los tópicos más persistentes sobre su compleja y plural personalidad:

Cuando consideramos que don Nicomedes Pastor Díaz, sobre ser un egregio poeta a pesar de sus fúnebres extravagancias, fue también elocuentísimo orador y discreto y fecundo prosista, hombre de Estado de alto crédito, lisonjeado por la fama, encumbrado por la fortuna a las más altas posiciones oficiales, y estimado y querido de la generalidad de las gentes por su amena conversación y apacible trato, casi nos inclinamos a creer que en sus espantables melancolías entró por mucho la moda, aunque también se explique y pueda atribuirse en gran parte a lo delicado de su salud, que afligió mucho su vida, terminándola en muerte hasta cierto punto prematura (1942: 1180).

Como le sucede en otras ocasiones, a Valera no le cuadran sobre la misma plantilla el poeta y el hombre, el desajuste entre la intimidad torturada o extravagante que muestran los versos del romántico de turno y la imagen profesional y discreta que exhibe el hombre, el ciudadano. Algo semejante le sucede con Espronceda, a quien recuerda como un señor muy normal que poco o nada parecía tener en común con sus atormentados personajes líricos. Claro que Valera es muy poco dado al romanticismo de escuela que se prodigó entre nosotros. Aun así, retengamos algunas de las notas que aplica a Pastor Díaz. El poeta se caracteriza por sus «fúnebres extravagancias» o

sus «espantables melancolías». El hombre público, el político, muestra en cambio su «apacible trato» en medio del encumbramiento y el éxito. Incluso se vislumbra en su retrato el hombre privado, marcado por «lo delicado de su salud» y la amenaza de la muerte.

Que a Valera le resultasen chocantes esos contrastes no debiera llamarnos demasiado la atención, pero eso mismo adquiere valor sustantivo cuando es el propio poeta quien muestra su desasosiego ante las exigencias contrapuestas que las circunstancias le han puesto delante: novelista, político, poeta, orador, periodista, diplomático... El conflicto, sin embargo, no se reduce al ámbito de lo público, donde poeta y político pueden contradecirse. Si miramos al interior del hombre, a su intimidad, observaremos también cómo el visionario y el enamorado, nada gazmoño precisamente, luchan a brazo partido con el devoto católico y el rígido conservador.

La multiplicidad de intereses y afanes no oculta, con todo, que el núcleo esencial de su personalidad está en el poeta. Es más, la poesía será su espacio de reconciliación o, al menos, ese espacio donde el ser interior, tan violentamente reprimido por el exterior, se manifiesta abiertamente. Don Juan Valera, que sabía de lo que hablaba, enmarca en esa cualidad central todos sus otros rasgos:

El rasgo primero de la fisonomía moral e intelectual del señor Pastor Díaz le constituye y determina como poeta. La poesía, la imaginación y el sentimiento eran la esencia de su ser. Sobre este rasgo primero se dibujan y colocan posteriormente los demás rasgos de su condición y de su carácter. No empezar estimándole como poeta sería desconocerle (Valera 1961: 339).

Sin embargo, las vueltas de la vida le alejaron progresivamente de la poesía, aunque no tanto del amor. Comprobaremos en seguida la desazón con la que una y otra vez, a medida que crece su actividad política, vuelve la vista atrás hacia aquel puñado de poemas juveniles que iban quedando cada vez más lejos. Pues conviene recordar que su teórico adiós a la escritura poética, que no a la poesía, aparece ya en el prólogo de la edición de

1840: «Hace tiempo que, dedicado a negocios y ocupaciones de muy distinta naturaleza, no he podido entregarme al delicioso placer de hacer versos. Tal vez no puedo hacerlos ya; tal vez no los haré nunca».

No son declaraciones vanas, como lo demuestra el hecho de que su obra lírica sea escasa o, al menos, la publicada en vida. La edición de 1840 tiene solamente veintidós poemas, de los cuales uno es traducción de Víctor Hugo. En la edición póstuma de 1866 ese número sube hasta los treinta y siete poemas. Son quince poemas nuevos, pero seis de ellos corresponden al período que esta segunda edición acota como de «Adolescencia» y que no habían sido recogidos, por las razones que fuese, en la edición del autor. De este modo, el número de poemas conocidos posteriores a 1840 se nos reduce a sólo nueve y, desde luego, la mayor parte son bastante inferiores a los anteriores¹.

Es legítimo pensar que tal escasez de producción demuestra por añadidura el respeto con que trataba la poesía, sobre todo si comparamos su caso con el de otros ilustres contemporáneos metidos a poetas y políticos, o simplemente si consideramos la alegría con que se echaba mano del verso en la sociedad del XIX para celebrar cualquier ocasión. Pero la rareza de don Nicomedes como poeta tiene calado más hondo.

La indudable singularidad lírica de Pastor Díaz fue percibida y explicada en su contexto literario más como una forma de excentricidad que como valor literario. Su excentricidad se daba primero en un sentido geográfico, pues la atmósfera gallega en la que voluntariamente diluía sus poemas, entre nieblas y mares tormentosos, entre mitos y ensoñaciones fúnebres, contrastaba con el fuerte modelado plástico y rítmico de poetas consagrados como Rivas, Espronceda o Zorrilla. Esto es cierto

1. No incluyo en estas cuentas la «Égloga de Belmiro e Benigno», atribuida y muy temprana, ni el tardío poema inédito, casi un ejercicio, «En un paseo a solas de Lisboa», o el anecdótico y privado «A tu carta paso ahora».

especialmente en este último, tan dado al género de las orientales y, paradójicamente, tan admirado por Pastor Díaz. La primera referencia que encuentro a esta peculiaridad procede del sevillano Gabriel García Tassara (1840: 3), quien en su reseña del libro de 1840 escribe:

Es necesario hacer una observación. El señor Pastor Díaz ha nacido en una provincia de España, cuyo clima debe de participar en algo de esa hermosura y magnificencia sombrías de los países en que se está en relación más continua con la naturaleza. El hombre adquiere mayor intimidad y concentración al aspecto del mar o a la sombra de una montaña. Y estas circunstancias de la primera edad y de las primeras impresiones, muy determinantes sin duda en el desarrollo de ciertos caracteres, estas circunstancias, que en almas de alguna profundidad, contribuyen mucho a formar como una familia de imágenes queridas, como una religión de recuerdos lejanos que nos acompañan toda la vida; estas circunstancias influyen de tal manera en la índole poética del señor Pastor Díaz, que a esta influencia atribuimos especialmente el tono y el colorido original que reinan en sus composiciones. La descripción de los objetos naturales está siempre hecha sobre un fondo oscuro; lo mismo sucede con los objetos morales; y a unos y a otros los realzan generalmente visos y accidentes notables de localidad. A veces nos figuramos estar oyendo un canto primitivo, entonado junto a la lumbre del hogar doméstico bajo las nubes de un cielo tempestuoso. Luego nos parece ver atravesar ante los ojos del cantor solitario alguna de esas creaciones de la mitología oscura y supersticiosa de los pueblos del norte.

Y García Tassara insiste en esa nota precisamente porque marca un espacio propio y singular frente al predominio de castellanos y andaluces:

Y luego, sirviendo como de fondo y atmósfera a este cuadro, se sienten las impresiones y se perciben los dejos de un provincialismo de buen gusto, que ensancha el horizonte de la poesía nacional, en que han dominado alternativamente hasta hace poco, como dogmas de dos grandes sectas rivales, el españolismo puro de los poetas castellanos y el orientalismo clásico de los poetas andaluces.

Menéndez Pelayo apuntaló la idea clave de la melancolía nortea en dos comentarios marginales dedicados a nuestro poeta y al berciano Enrique Gil, en su ensayo sobre la historia literaria del siglo XIX. Don Marcelino definía ahí una tendencia lírica

«septentrional, melancólica, nebulosa, y elegíaca» que los hermanaría, pues Gil, añadía, era «de aquella parte de León que confina con Galicia» (Menéndez Pelayo 1942: VII, 278). Y aún insistirá en la idea más tarde, a propósito del cántabro Amós de Escalante:

Dos poetas idealistas y melancólicos nacidos en otras provincias del Norte de España tienen con nuestro Amós más estrecho parentesco que los de su tierra. Uno es el tierno y melodioso cantor de *La Niebla*, de *La gota de rocío* y de *La violeta*, Enrique Gil, a quien ya hemos recordado como novelista. Otro es Pastor Díaz, más sombrío y nebuloso, más acerbamente triste, más gráfico en la dicción, más vibrante y enérgico. En sus versos sonó por primera vez el arpa de nácar de la *Sirena del Norte*, y las huellas de su radiante aparición no se han borrado todavía (1942: VI, 320).

Hay que entender que Menéndez Pelayo está aplicando al gallego las etiquetas y valores que según los Schlegel, a comienzos del XIX, diferenciaban el romanticismo del clasicismo. Aquél, el romanticismo, sería preferentemente nórdico —o en palabras de don Marcelino, «septentrional»—, ensimismado y melancólico. Éste, el clasicismo, sería preferentemente meridional, de perfiles bien modelados y racionalista. La caracterización romántico-nórdica de nuestro poeta llega incluso a doña Emilia Pardo Bazán, paisana suya, quien lo ve «bañado en la nebulosidad especial que los países del Norte comunican, y que tanto encanto presta a ciertos géneros literarios» (Pardo Bazán 1963: 339).

Podría pensarse entonces que el carácter gallego, tan cercano a la sensibilidad definida por los Schlegel, sería considerado especialmente apto para la expresión romántica. Pero las cosas no resultan tan simples, y en el XIX español, por razones sustancialmente ideológicas, va a darse un fuerte rechazo del subjetivismo incluso entre los propios autores románticos. Y esto a pesar de que los Schlegel habían asociado romanticismo con cristianismo, frente al clasicismo pagano. De hecho, la huella profunda que las ideas de los Schlegel van a dejar en el romanticismo español, ya desde su propagación por Böhl de Faber en 1814, afectarán sustancialmente a la componen-

te ideológica nacionalista y al contenidismo religioso (Flitter 1995). En el caso del arquetipo cultural gallego –no construido en Galicia necesariamente– los tópicos añadidos de vaguedad, quejumbre y tono melodioso no habrían de ser precisamente salvoconductos para quienes, como Menéndez Pelayo, requerían del poeta vigor viril, nitidez socio-política e incluso integridad cuando no integrismo religioso. Todo esto afectará también a la recepción posterior de Rosalía de Castro, quien sufre incompreensión y olvido hasta que el simbolismo –con Azorín, Unamuno o Jiménez– enseñe a leerla. Por otra parte, tampoco los gallegos supieron o quisieron hacer virtud de esa sensibilidad melancólica y vaga, y ya veremos cómo el propio Nicomedes-Pastor Díaz la llegará a considerar un estigma. Y, sin embargo, la imagen que permanecería de él en cuanto poeta podría resumirse en las palabras de Isaac Núñez de Arenas, en diciembre de 1863, al sustituirlo en su plaza de la Real Academia Española:

Poeta eminentemente personal, si no queréis subjetivo, a estilo del árbol que vive principalmente de sus raíces, por más que le presten su alimento visible las aguas, los soles y los vientos, sacaba sus inspiraciones de sí propio, más que de los otros seres y de la atmósfera moral que le circundaba. Todas sus poesías son él (*apud* Valle Moré 1911: 38).

El otro síntoma de excentricidad, éste mucho más concreto, consiste en su marcada inclinación por lo fúnebre, que alcanza con facilidad el grado de lo morboso. Claro está que el tema funerario, por sí solo, no es nada raro en el romanticismo, sólo que Díaz iba en su tratamiento mucho más allá de lo que era convención. Cuando hubo pasado el fervor romántico, su fetichismo funerario iba a aparecer aún más realzado. Juan Valera, después de hablar de «cierta dulzura mística» o de «tristeza abrumadora», resaltaba lo que llamaba su «fúnebre melancolía» (1961: 339 y 343). Es como siempre moderado, pues Marcelino Menéndez Pelayo, que lo había calificado antes de «sombrio y nebuloso», llegará a definir su numen como «tétrico y gemebundo» (1942: VI, 320). Y Campoamor, más radical aún que los anteriores, afirmará que el efecto predominante en sus

producciones es «una ternura sangrienta»: «La sangre con que humedece sus páginas no es la sangre rosada y latente de un corazón herido, es la sangre pajiza y corrosiva de un corazón ulcerado» (cita en Prieto Benavent 1996: L)². Ni más ni menos. Mediado el siglo pasado, el crítico gallego Dionisio Gamallo Fierros –otro raro él mismo– lo caracterizaba así:

P. Díaz es, sin duda, uno de los poetas más hipocondríacos de todos los climas y de todos los tiempos. La obsesión de la muerte no le abandona; el escepticismo le conturba espiritualmente; la sombra del suicidio acecha su fe. Toda su vida y su obra están invadidos de fantasmas, aplomados sueños, mariposas negras, crespones dolientes, algas verdosas, ojos congelados, lirás y musas cuajadas en ébano, labios ponzoñosos y manos frías que se alargan sobre su delirio. Dijérase que su desolado nomadismo romántico no dejó nunca de pasear las playas fosfóricas bajo las cuales se hacinó un cementerio de náufragos en aquella tragedia marinera que amedrentó para siempre el mármol quebradizo de su niñez. En suma: hipocondría integral, macerado sortilegio de la neurosis (Gamallo Fierros 1943: 13).

Singularidad no es sinónimo de excelencia. Lo anterior no significaba por sí solo que hubiese de sobresalir sobre la ancha medianía lírica de su tiempo. No es la suya, desde luego, una poesía de éxito que hubiese decaído en apreciación con el paso de los años, como pudieran ser los casos actuales de Espronceda o de Campoamor. Tampoco fue lo contrario, esto es, una poesía incomprendida o minusvalorada que hubiese ido ganando valor en sucesivas relecturas generacionales, como en los casos de Bécquer o de Rosalía.

Y ahí vuelve a destacarse su excentricidad, ya que su obra lírica no nos acaba de encajar en ese limbo vago, de perfiles poco personales, donde pululan las muchas mediocridades líricas del siglo. Ni fue seguidor dócil del historicismo romántico ni fue revolucionario byroniano. Y, además, su singularidad –retomemos ese término más ajustado– se reveló muy pronto,

2. Vicente Llorens, ya en nuestros días, ha querido compararlo con Novalis por ese deseo de fusión entre amor y muerte (Llorens 1979: 526).

desbordando los límites cronológicos al uso y permitiéndonos considerarlo un innovador dentro del panorama del romanticismo lírico español. Él mismo lo advertía, con ese constante resquemor que acompañaba sus declaraciones poéticas, en la «Advertencia» preliminar al relato «Una cita», de 1840:

Verdad es que cuando en 1833 [el autor] escribió en Madrid este cuento, que en 1837 publicó un periódico literario, no se había vulgarizado este género. Escribiéronse y se tradujeron muchos después; y si bien pueden descubrirse en éste otras tendencias, y hasta otras formas, pudiera también parecer hoy imitación y contagio lo que bueno o malo fue entonces un pensamiento propio. Así también mucha parte de sus versos, escritos y conocidos algunos años hace, parecen, sin embargo, ahora imitaciones de otros que notoriamente se han escrito después. El carro de la literatura, como el de la política, pasa por cima de los mismos que le llevan, cuando vienen otros que con más esfuerzo y más energía, y con ardiente inspiración avanzan (*Obras*: I, 89)³.

Reconozcámoslo así. Piénsese, por ejemplo, que hacia finales de los años veinte, cuando escribe poemas que son ya indudablemente románticos, aún navegaba Espronceda en los limbos tardoclasicistas y la mayoría, como Saavedra, tentaba la veta historicista y trovadoresca, casi siempre narrativa. Desde luego, la honda subjetividad de Díaz, alimentada en poetas franceses como Lamartine o Hugo, era entonces mucho más rara entre nosotros de lo que puede parecer a simple vista. Ahí está también la clave de su paradójica modernidad, que le ha permitido ser visto como precursor de Bécquer, es decir, como un primer eslabón en el camino real de la modernidad lírica española.

«LA VIDA PRÁCTICA ME ARRASTRA...»

La proyección biográfica en la obra literaria de Nicomedes-Pastor Díaz es parte obligada de su constitución romántica. Acabo de señalar que su poesía es escenario de un debate introspec-

3. Salvo indicación contraria, y excepto en el caso de la poesía, cito en adelante los textos del autor según la edición de *Obras completas* (1969-1970) en tres tomos –aquí *Obras*– de la Biblioteca de Autores Españoles.

tivo, cuando no un campo de batalla entre los sentimientos íntimos del autor. Pero, antes de llegar a los poemas, la misma constitución psíquica de Díaz nos lo muestra como un hombre especialmente conflictivo, angustiado, recorrido de arriba abajo por un sentimiento de culpa y una necesidad de expiación que llegan a ser enfermizas. Y, sin embargo, los diarios que conservamos revelan que esa imagen es perfectamente compatible con la de un hombre que sabe disfrutar de los placeres de la vida y muy especialmente del amor y las mujeres.

La exposición literaria de esos debates privados no resulta cómoda cuando el poeta es, además, hombre público. Claro que no fue él el único en sentir esa contradicción, el difícil acomodo entre su protagonismo en la política española, donde llegaría a ministro, y su vocación íntima –o incluso intimista– como escritor. Las dificultades fueron bien reales, hasta el punto de constituir uno de los ejes temáticos de su escritura y una obsesión permanente en sus declaraciones poéticas. Más fácil le habría resultado si hubiese seguido los cauces habituales de la lírica historicista o directamente política, como hicieron el duque de Rivas o García Tassara, que de este modo dejaban la intimidad a cubierto. Sin embargo, su musa, mal que a él le pesase, era irremediablemente subjetiva.

Existen así dos retratos nítidamente diferenciados y de muy diferente visibilidad: el del personaje público y el del privado. Todas las biografías existentes se nutren de la primera de las facetas, dejando en penumbra, acaso inevitable, el discurrir íntimo de su sensibilidad y los avatares sentimentales e ideológicos de un hombre que, pese a las apariencias, no debió de ser el solterón beato y de una pieza con que se tiende a cerrar este aspecto. La lectura de sus diarios desmiente radicalmente esa idea. Conviene considerar cuanto antes que casi todas esas biografías parten, en mayor o menor medida, del estudio de Chao Espina (1949), tan rico en datos como caótico en su volcado. Pero, además, Chao Espina filtra el personaje a través de su propia condición de sacerdote en los años de plomo franquistas. El resultado es el previsible. Sin embargo, las contradiccio-

nes íntimas de Díaz, que lo enriquecen como hombre y como escritor, saltan a cada paso, tanto en sus poemas como en sus diarios, por no hablar de ese esforzado examen de conciencia, tenso y doloroso como una herida abierta, que es su novela *De Villahermosa a la China*.

Veamos entonces las grandes líneas de su existencia. Don Nicomedes-Pastor Díaz Corbelle nació en Viveiro, en la Mariña lucense, el 15 de septiembre de 1811, festividad de San Nicomedes Mártir. Su madrina, doña María Pastora, contribuyó a completar sus nombres de pila, que él escribiría unidos por un guión, para evitar que se tomase el segundo por apellido, cosa frecuente aún hoy en día. A pesar de ello, y a juzgar por las referencias coetáneas, sus propios amigos se referían a él como «Pastor Díaz», optando por el segundo nombre de pila y dejando a un lado el «Nicomedes», y él mismo firma cartas con el nombre de «Pastor» o concluye reseñas y poemas con las siglas P. D.

Sus padres eran don Antonio Díaz Ínsua, funcionario menor de la Armada, y doña María Corbelle y Senra, que tendrían hasta diez hijos después de él, de ellos ocho mujeres. Sus primeros estudios fueron en Viveiro, aunque para continuarlos hubo de marchar en 1821 al Seminario de Mondoñedo, en donde permanecería hasta 1825, salvo el paréntesis del curso 1823-1824, marcado por la derogación de la Constitución y el restablecimiento del poder absoluto de Fernando VII. Su aplicación e interés le permitieron el paso posterior a la Universidad de Santiago de Compostela, donde en el curso 1825-1826 inicia los estudios de Derecho, aunque la situación económica no debía de ser fácil para el hijo de un funcionario de menguados recursos y al que le siguen naciendo hijos. De hecho, gracias a la recomendación de un amigo de la familia, entra en el Colegio de Fonseca, pero lo hace en calidad de «fámulo», lo que significaba compatibilizar el estudio con otras labores.

Hasta aquí, pocos datos íntimos podemos barajar, salvo aquellos que se desprenden de los poemas que comienza a escribir y que conservamos. En Compostela escribiría «El amor sin objeto», de 1827, que es una confesión ya nítidamente ro-

mántica de su erotismo, en el que el tópico de la mujer inalcanzable, que popularizarían más tarde Espronceda o Bécquer, se tiñe de rasgos adolescentes, aún sin objeto definido:

Vanamente mis ojos inquietos
 Por doquiera se tienden y giran,
 Vanamente mis labios suspiran
 Abrasados de fúnebre ardor.
 Soledad espantosa me cerca,
 Noche eterna mi pecho ha cubierto:
 Para mí todo el mundo es desierto
 Pues que nadie responde a mi amor.

No tardará en aparecer en los poemas de esta época un nombre propio de mujer, aunque probablemente literario: Lina. Lina mantendrá su protagonismo en la poesía de Díaz hasta muy tarde, y a ella se asocian imágenes recurrentes que sorprenderían ya entonces por su morbosa complacencia en la unión de lo funerario con lo erótico. A partir de todos esos documentos poéticos, a los que debe unirse su relato «Una cita», puede reconstruirse la armazón básica de la anécdota amorosa, que, aunque no fuese totalmente real desde el punto de vista factual, sin duda lo es en el plano imaginativo⁴.

El amor por Lina se desarrolla en el escenario de la costa gallega, marcada con notas de sublimidad. Es un amor iniciático, un amor de niños, aunque sigue siendo materia de escritura en los años compostelanos. En algún momento, el joven poeta se dirige a la muchacha con cierta pose de hombre curtido por la vida y los desamores, esto es, alcanzado por el mussetiano *mal du siècle*. Pero Lina muere. Aun así, su figura agonizante o muerta sigue ocupando un lugar central en una parte sustancial de los poemas. Llegados aquí, los testimonios literarios enturbian cualquier pretensión de objetividad biográfica. Leal Ínsua (1943), que pudo conocer tradiciones orales, señala que Díaz

4. Chao Espiña dio a conocer una carta del vivariense Parga Sanjurjo, fechada en una fecha tan tardía como 1907, donde se introduce un dato algo más concreto que los que iremos viendo: la «encantadora joven», fuese cual fuese su nombre real, «vivía en las inmediaciones de Vivero» (1961: 206).

supo en Mondoñedo que ella estaba enferma, aunque pospone su muerte a unas vacaciones en Viveiro, ya en la etapa universitaria. En realidad, todo cuanto hace Leal es proyectar como real lo que se narra en el relato «Una cita». No es el único. Hay en el relato un fondo de verdad autobiográfica que confirman los poemas del poeta joven y que alcanzan todavía a la novela posterior. Por eso, si no los hechos mismos, sí debemos tener en consideración los pensamientos o, por mejor decirlo, los sentimientos que ahí se expresan. «Una cita» narra el desenlace infeliz de unos castos amores juveniles, ambientados en Viveiro y con un protagonista masculino, Luciano, quien, como sucederá en la novela, recuerda inevitablemente al propio autor. Del relato conviene tener en consideración el juicio que expresa el sepulturero acerca del amor de los jóvenes:

—¿Y quién mató a Eulalia?...

—¿Quién la mató?... Señor... nadie... ella... Dios... una fiebre... un pesar...

—¿Un pesar?...

—Sí, dicen que un joven, un caballero...

—¿Qué?...

—Un joven, un caballero la seguía. Sus padres lo supieron, temieron por ella, y la amenazaron... ¡Oh señor! con mucha razón; con aquella desventurada amistad, un maligno espíritu se había apoderado de la joven... No comía, y enflaquecía, y se esqueletaba, como si interiormente la quemasen... Diz que algunas veces se habían visto en torno de su casa apariciones extrañas... pero al fin... Dios se la llevó... Sus padres volvieron a reñirla, y a castigarla, y a encerrarla... y mañana la enterraré. Murió en tres días... murió de pesar..., pero murió como una santa. Ya está allá rogando por nosotros.

Enmudeció el hombre del templo, y Luciano enmudeció también. Trémulo, lento y abatido, como si llevase sobre los hombros la bóveda de la Iglesia, se adelanta a la vacía huesa, y se prosterna. ¡Entonces sí que sentía todo el peso del cielo! Hasta aquel momento había experimentado los terrores de la imaginación, los dolores del infortunio; pero ahora le oprimía el remordimiento, sufría el horror del crimen (*Obras*: I, 100).

El remordimiento, ese sentimiento obsesivo en él y al que ya me he referido, se asocia además al erotismo fúnebre que caracterizará buena parte de los poemas:

Tendió en efecto sus brazos; sus manos acariciaban las heladas mejillas de Eulalia, y estrechó a su pecho aquel seno que no palpitaba ya... En aquel abrazo aún había ilusión de amor, aún había sombra de placer... y aquel deleite espantoso le hizo exhalar un suspiro que fue un grito de terror... Sus labios se inclinaban sobre los labios que no respiraban ya; pero en aquel momento sus ojos se clavaron de nuevo sobre la cruz de plata, y volvió a sentir su mágico espanto. Aquella caricia le pareció horrorosa y criminal. Sus labios se detuvieron, y sus manos se elevaron al cielo. Volvió a poner la cruz sobre el pecho de Eulalia, y volvió a exclamar en alta voz: Ya huyo, ya huyo... no me atormentéis más, voces del cielo... Ya os dejo a Eulalia... ya no turbaré su sueño... ¡Ya huyo!... (*Obras*: I, 99).

La conclusión del relato nos da, por fin, una descripción del protagonista que vuelve a cuadrar perfectamente con el sujeto lírico de los poemas iniciales:

Luciano no murió, ni estuvo visiblemente enfermo; pero fue más desgraciado, porque quedó triste para siempre. Su melancolía se hizo un delirio, y su cabellera de veinte años se llenó de canas. Los consuelos de la amistad pudieron restituírle la razón, pero la alegría, no. Aquella noche tiñó de negro toda su vida (*Obras*: I, 1001).

Insisto sin embargo en que no debemos deducir del testimonio más verdad que la pura experiencia sentimental. Otros desarrollos puramente literarios del incidente coinciden en la sugerencia de la muerte por ahogamiento. Es el caso de la muy temprana «Égloga de Belmiro e Benigno», atribuida a Díaz con mucho fundamento:

E xuntádeme á miña compañeira,
 Augas que combatides a ribeira,
 Augas queridas, pois que fostes lousa
 Donde por sempre o meu amor repousa.
 Eu te vín espirar desde a monteira,
 Xulia miña querida!,
 Eu morrer te mirei, e teño vida.

Y aún en su poema «En el álbum de una señora», publicado en 1841, donde el sujeto poético aparece de vuelta del amor, solamente recuerda en el pasado «el devorante anhelo de un nombre que no hallé»:

Uno sólo... en mi oído las cántabras sirenas
 Entre sus rocas tristes le hicieron resonar.
 Grabado está en el alma..., mas, ¡ay!, con sus arenas
 Cubriole y con sus algas la furia de aquel mar...

Verdad biográfica o solamente literaria, lo cierto es que todo invita a pensar que muere ahogada en una playa de Viveiro, una de esas playas que reaparecen en los poemas, casi siempre como escenario de una visión. Es más arriesgado aventurar que su muerte fuese por suicidio, incluso suicidio por amor, o incluso que ese suicidio fuese cargado en la conciencia del poeta⁵. Lo cierto es que Lina y las apariciones de Lina muerta en las visiones líricas tienen constantemente un fondo amargo e incluso vengativo, que se corresponde con atisbos de mala conciencia en el sujeto poético. El amor puro e inocente que significa Lina en un primer momento terminará siendo asociado a la muerte, frontera que separa a los amantes y frontera que el sujeto lírico pugna por atravesar para el cumplimiento de sus antiguos votos. Baste esto por el momento, pues habrá que volver más tarde, cuando se analice el motivo desde una perspectiva ya plenamente literaria.

En 1828, en Compostela, escribió «A alborada», y probablemente antes, la «Égloga de Belmiro e Benigno». Ambos poemas tienen un valor histórico que excede con mucho el literario, pues son poemas en gallego, una lengua que por entonces carecía prácticamente de tradición literaria culta e inmediata y cuyo uso era, además, básicamente coloquial y campesino. De este modo, aquel muchacho anticipaba en bastantes años el llamado *Rexurdimento*, que alcanzaría un hito con la publicación de los *Cantares gallegos*, de Rosalía de Castro, en 1863,

5. Sabemos por Manuel Murguía (1880: 75-76) que él mismo estuvo tentado por el suicidio en sus días compostelanos: «¡Ay! nuestro poeta, que conocía el corazón humano y sabía bastante de sus traiciones, cuando volvía la vista a los días de su juventud, no sabía hacerlo sin unir en un doble lazo de amor las aguas del Landrove, a cuyas orillas había nacido, y las del Sar, con cuya corriente, en horas de desaliento y tristeza, intentó un día desposar sus desconocidos dolores, dándole el último y frío beso».

los cuales, por cierto, debiera haber prologado él si la muerte no lo hubiese impedido.

En este momento, entre finales de 1828 y mediados de 1829, con diecisiete años, parece haber encontrado su propia voz, pues de esas fechas son los primeros poemas que conservará y editará, todos ellos en castellano: «Mi color» –11 de diciembre–, «Al silencio» –7 de enero–, «En la muerte de un hermano niño» y «A la muerte» –26 de junio–, «La inmortalidad» –21 de agosto–. Con «Mi reclusión» y «La inocencia», éste de 1830, están ya todos los poemas que serán incluidos en la edición póstuma como *poemas de adolescencia*. La principal clave existencial en ellos es el recuerdo morboso de Lina, la niña muerta, que ocupa progresivamente el lugar de su amor «sin objeto». Así, en «Al silencio» la imagina en un imposible encuentro amoroso:

Sí, mi amada, mi bien, mi dulce Lina
A mí se acerca, y mudos nos hablamos;
En silencio gozamos,
Y mi frente en su seno se reclina;
Nuestros pechos se oprimen,
Y nuestros labios, ¡ay!, aman y gimen.

En el curso 1831-1832, al final del reinado de Fernando VII, la universidad compostelana sufrió un cierre, debido a la política represiva del ministro Calomarde. Nicomedes-Pastor hubo de trasladarse entonces a la Universidad Complutense, que tendría su sede en Alcalá hasta 1836. En agosto de 1832 salió hacia Madrid, que sería desde entonces, si no su residencia habitual, sí su hogar. A partir de este momento sus diarios nos van a dar buena cuenta de sus peripecias vitales, si bien casi siempre en forma de escuetas anotaciones factuales, como se puede comprobar en las primeras líneas, correspondientes a ese año:

Salida mía de Vivero a Madrid con el maragato Pérez en uno de los primeros días de setiembre. / Tierra de maragatos. / El 19 de setiembre, mi cumpleaños, atravesé los términos de Galicia. / Desde tierra de maragatos fui a ver a Astorga a mi amigo D. Modesto Lafuente (después fray Gerundio). / Por el camino, enfermedad grave del Rey Fern[an]do – Sucesos de la Granja. / Llego a Madrid – Impresión de la Corte – primeras visitas – Varela – Latre – Quintana (*Diario*: 2 r.⁶).

Más expresivo se muestra en la carta que dirige a su madre, el dos de septiembre, desde Valladolid, en la que revela su entusiasmo por el clima seco y soleado de Castilla:

Todo el día he estado paseando por esta ciudad, con amigos que vinieron en la diligencia de León, con otros que hallé en este parador, con personas que he hallado aquí. ¡Y qué estación tan bella, qué tiempo, qué días tan magníficos! ¡Qué hermoso parecía hoy Valladolid bajo este cielo espléndido, inmenso, sin una nube! (Leal Ínsua 1943: 196).

Política y literatura iban de la mano en el Madrid de 1832. La enfermedad del tirano Fernando VII abría las espitas de la revolución liberal y, con ella, de una nueva manera revolucionaria de entender el romanticismo, que hacía ahora bandera de la libertad. En octubre, la regente María Cristina proclamaba una primera amnistía que enfrentó a los liberales con los incipientes carlistas. La guerra civil asomaba ya en el horizonte. El 29 de septiembre de 1833 murió el rey y al acabarse el año se ampliaba la amnistía. En enero del año siguiente se hace cargo del gobierno el antiguo exiliado Martínez de la Rosa, lo cual venía a confirmar el carácter irreversible de las reformas. También es cierto que la política del «justo medio» de Martínez de la Rosa decepcionará en seguida a buena parte de los liberales, entre ellos Larra o Espronceda, y, aunque persiste y se ahonda el enfrentamiento con el carlismo, también entre los liberales comienza a perfilarse la división entre moderados y progresistas que va a continuar a lo largo del siglo. De hecho, la Regente, apoyada en Martínez de la Rosa, intenta un difícil equilibrio entre la reacción absolutista, representada por el carlismo, y el constitucionalismo de los liberales doceañistas. La promulgación del Estatuto Real, en abril de 1834, que buscaba reforzar la autoridad regia, es entendida en seguida como un paso atrás.

6. Este diario inédito, del que preparo edición, se encuentra en la Real Academia Española, ms. 368: *Diario desde 1832 hasta 1863*. En la cubierta se lee: «Datos de la vida desde / la salida de Vivero / hasta marzo 29 863 [con rúbrica]». Son 102 folios numerados. Adapto la ortografía al uso actual.

La literatura no es ajena en absoluto a estas tensiones. Víctor Hugo, modelo de buena parte de los jóvenes escritores españoles, había proclamado poco antes que el romanticismo era el liberalismo en literatura. En España, también lo romántico está a punto de dejar de ser sólo «neotrovadorismo» conservador o historicismo nostálgico. El joven poeta Jacinto de Salas y Quiroga, paisano de Díaz, dedica sus *Poesías*, publicadas a comienzos de 1834, «al pueblo español en la época de su regeneración política y literaria».

El terreno es movedizo y los cambios políticos se reflejan en el plano literario. El estreno en 1834 de *La conjuración de Venecia*, del primer ministro Martínez de la Rosa –aunque escrita en 1830–, se pudo entender como la aplicación del «justo medio» al teatro. Pero el romanticismo es ya otra cosa, al menos, más cosas. Larra lo demuestra ese mismo año con su drama *Macías*. También en 1834, Ángel de Saavedra publica su largo poema narrativo *El moro expósito*, que lleva un importantísimo prólogo de Alcalá Galiano que viene a ser proclama o manifiesto del romanticismo, aunque de un romanticismo que podría calificarse de liberal moderado. Por fin, esta nueva visión de lo romántico –asociada al liberalismo– está dejando de ser algo puramente teórico o circunscrito al terreno del periodismo. En 1835, el mismo Ángel de Saavedra va a confirmar su triunfo con el estreno de *Don Álvaro o La fuerza del sino*. Y en enero de ese mismo año ha aparecido en las páginas de la revista *El Artista* la popularísima «Canción del Pirata» de Espronceda. Ahí tenemos ya, con todas sus consecuencias, la presencia inquietante para los hombres de la generación de Martínez de la Rosa del romanticismo «exaltado», por usar la terminología de la época.

Volvamos a Nicomedes-Pastor Díaz. En Madrid, el joven gallego es acogido en el círculo literario de Manuel José Quintana y Juan Nicasio Gallego, máximos representantes vivos de la tradición poética ilustrada y, con igual valor, símbolos también de la resistencia liberal al fernandismo. También encuentra allí a Donoso Cortés, con quien entablará una estrecha relación que, sin duda, habrá de influir en su posterior pensamiento po-

lítico. Pero Quintana, consciente de que su poesía corresponde a otro momento, ha dejado de escribir. Más significativo es el hecho de que Nicomedes colabore en 1834 en la redacción de la revista *El Siglo*, donde están Espronceda, Ros de Olano y Ventura de la Vega, jóvenes representantes del nuevo romanticismo. Ahí debió de conocer a Joaquín Francisco Pacheco, de quien sería fiel amigo hasta el final. Con todos ellos compartiría las tertulias del café del Príncipe, o Parnasillo, lugar de encuentro de la juventud romántica⁷.

La literatura no le hace descuidar sus estudios, como a tantos otros. El día 28 de octubre de 1833 obtiene el título de Leyes. Desde su llegada a Madrid ha venido recibiendo la protección del general Latre y de Fernández Valera, quien ejercía de padrino de los antiguos colegiales de Fonseca. Gracias a ellos, entra a formar parte de la naciente administración pública, como «oficial segundo» del recién creado Ministerio de Interior. Su primer destino será Cáceres.

Políticamente, es liberal. Dentro de ese liberalismo esencial, al que no renunciará nunca, su posición política va a ir acomodándose progresivamente al sector moderado, el que en ese momento representa Martínez de la Rosa. No es ajeno a ello su desagrado por la deriva tantas veces sangrienta de los conflictos políticos. Un ejemplo vivísimo fue el episodio de la matanza de frailes, a los que se acusaba de causantes de la peste de 1834. Pero, al mismo tiempo, su sincero liberalismo le hace ver con preocupación el bloqueo político de los progresistas por parte de los conservadores. La revolución, tal como se va a ir diseñando, apenas dejará espacio para la alternancia liberal-progresista, y ello provocará una y otra vez el recurso al golpe

7. «Conocim[ien]to de Donoso, y los Carrascos – Tertulia de Quintana. / González Brabo – N[ú]n[ez] Arenas – Comotos – Villarino – El café del Príncipe. Vega – Espronceda – Escosura – Mesonero – Tertulia de Orreilly – Larra – Aveilla – Policía de Arjona – Destierro de Donoso en el ministerio Cafranga. / Juntas de la jura de la princesa en el verano. / Muerte del Rey el día de S[a]n Miguel – Vivía yo otra vez en casa de d[om]i[n]o Ant[oni]o – Abajo Ventura Vega. / [...] Proyectamos un periódico – Creación del Siglo – Muy curiosos pormenores» (*Diario*: 3 v.).

de Estado o al alzamiento. Esa disyuntiva, de difícil resolución entonces, va a condicionar el pensamiento político de Nicomedes-Pastor Díaz.

Más fácil podría parecer el acomodo íntimo del poeta con el político, frecuente en la España del XIX. El propio jefe de gobierno, Martínez de la Rosa, era al mismo tiempo dramaturgo en activo. En posiciones contrarias a él, Espronceda pasaría de la política conspirativa a la parlamentaria. En casi todos los casos, es el éxito literario el que abre las puertas de la política profesional, aunque no debe olvidarse que la poesía, en cuanto uso social, forma parte de cualquier decorado decimonónico. Nicomedes-Pastor Díaz ofrece la singularidad de no ser sólo un político, sino un auténtico profesional de la administración pública, que por entonces estaba articulándose en el Estado liberal, y esa faceta profesional será más visible exteriormente que la condición de poeta. Además, su profesionalidad viene respaldada tanto por su título universitario como por su experiencia real, y desde la base. Pero incluso en este aspecto, Díaz ofrece un sesgo original, porque él si vivirá como conflictiva la relación entre el poeta que lleva dentro, esencialmente subjetivo, y el hombre público, algo que habrá de manifestarse abiertamente, como veremos, en el prólogo de 1837 a las *Poesías* de Zorrilla.

En 1835, en este contexto vital, publica en *La Abeja* el poema «La mariposa negra», fechado en el año anterior. También en 1835 encontraremos en la revista *El Artista* su poema «A la luna» –fechado en 1832–, que comparte con el anterior el tono lúgubre y meditativo que caracterizaba sus poemas de adolescencia. Son éstos poemas ya maduros, incluso innovadores, pero las nuevas circunstancias vitales del poeta no alteraban, como se ve, su musa esencial.

Cáceres fue el primero de sus destinos profesionales, un destino que no debía de ser especialmente atractivo para quien había formado parte de la vida intelectual madrileña más activa. Piénsese, por ejemplo, que en 1835 aparece como uno de los socios fundadores del Ateneo, que tanta importancia va a tener en la difusión de las ideas literarias a lo largo del XIX. Al

año siguiente, en 1836, mediante una eficaz recomendación de Olózaga ante el Ministro de Gobernación, se le nombra «secretario del Gobierno político de Santander». Pero el clima norteño es malo para este gallego de salud delicada, amante de la seca luz meridional, y, además, el alejamiento de Madrid lo irrita. Pronto logrará el traslado a Toledo, desde donde regresa a la capital. En una carta a sus padres se muestra abatido ante el panorama político: el ministerio es «malvado e inmoral», los «facciosos triunfan y se derraman por todas partes» y, frente a esta amenaza del carlismo, «los generales que no son cobardes son imbéciles o traidores». La imagen que proyecta es la de la melancolía, melancolía del liberal desengañado, que nos recuerda a Larra:

Sigo con Cambroner, y melancólico él y melancólico yo, no hacemos más que lamentarnos de males que no podemos remediar, y de que habremos de ser víctimas. Es probable que salga diputado por Salamanca, y entonces no sé lo que haré con respecto a nuestros asuntos de familia. Si las cosas toman un semblante menos funesto, vendrían mis hermanas aunque yo no pudiese ir a por ellas; pero ¿quién responde del porvenir nuestro dentro de algunos meses? (Leal Ínsua 1943: 206 y 207).

Larra se matará el 13 de febrero del año siguiente, 1837, y el eco de ese pistoletazo resuena durante largo tiempo en la conciencia de Díaz, con la apariencia de ser un hito más en la definición de esa frontera vital que se está abriendo en él y en otros jóvenes románticos liberales. La religión, desde luego, es un asidero esencial. «Afortunadamente ni mis estudios me han hecho irreligioso, ni el mundo me ha hecho malvado –escribía en la carta anterior–. Creo aún en el cielo, y en la virtud, y tengo un resto de esperanza de que enteramente no me abandonará. Pero ¡qué triste y abatido me encuentro!» (Leal Ínsua 1943: 207). Como miembro destacado de la sociedad literaria madrileña, acompaña el cortejo fúnebre de Larra llevando una de las cintas del ataúd, y de él será la descripción más vívida de ese momento:

Era una tarde de febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesión centenares de jóvenes, con

semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataúd; en el ataúd los restos de Larra; sobre el ataúd, una corona. Era la primera que en nuestros días se consagraba al talento: la primera vez acaso que se declaraba que el genio es en la sociedad una aristocracia, un poder. La envidia y el odio habían callado; los hombres de la moralidad dejaban para después la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba a nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos a nuestro poeta a su capitolio, al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habían procurado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios; y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras a todos nuestros semblantes (*Obras*: I, 105).

En medio de esa atmósfera emotiva y al mismo tiempo tan teatral, una vez dichos los discursos ante el cadáver de Larra, un joven de apenas veinte años se adelantó y balbuceó los primeros versos de un poema:

Entonces, de en medio de nosotros, y como si saliera debajo de aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oír una voz que por primera vez sonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta colección, y que el señor Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecida a la fuerza de su emoción, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fue igual a nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal, que tan nuevas y celestiales armonías nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aún estábamos poseídos; bendijimos a la Providencia, que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre Larra a la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo a otro poeta al mundo de los vivos, y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla (*Obras*: I, 106).

Sabemos, porque el propio Zorrilla lo confesaría mucho más tarde, que la emoción de aquel joven era más bien escasa y hasta venal, pero su irrupción histriónica —ése es el adjetivo inevitable— surtió un efecto catártico sobre aquel auditorio ex-

cepcional. Forzado o no aquel gesto, lo cierto es que parecía trazar un antes y un después, o al menos eso quisieron ver y resaltar algunos de los asistentes, como Nicomedes-Pastor Díaz. «Al borde de la tumba de un malvado» –palabras del mismísimo Zorrilla (1943: 431)– se alzaba un nuevo poeta, católico y amante de las tradiciones, lo cual, como no hace falta decir, suponía un retorno al romanticismo de orden que había precedido a Larra o a Espronceda.

Díaz se convirtió en el primer valedor del popularísimo poeta que iba a ser José Zorrilla. Fue él también autor del prólogo que acompañó la publicación del primer tomo de sus poemas, en este año 1837. Con él colaborará en la revista *No me olvides*, de título tan romántico, donde habían recalado buena parte de los colaboradores de *El Artista*, como los Madrazo También con él, y en el mismo año, fundaría el Liceo de Madrid, que más tarde tendría su sede en el palacio de Villahermosa, tan ligado a la obra del escritor. Y, sobre todo, para él Zorrilla era la demostración palpable, material, de una poesía posible que trascendiese el ensimismamiento culpable en que él mismo se veía. Con funestas consecuencias para su maduración poética, todo hay que decirlo.

1837 es también el año de aprobación de una nueva Constitución de signo moderadamente progresista, fracasada la vía del Estatuto Real mediante el que la regente María Cristina de Borbón había querido reforzar la autoridad real. Nicomedes-Pastor, más político que poeta en esta ocasión, la celebrará con un poema titulado «A S. M. La Reina gobernadora, Doña María Cristina de Borbón en el acto de jurar la Constitución de 1837». Ante este poema y su significado en el contexto político habría que hacer algunas precisiones. La exaltación lírica de Díaz ante la Regente parece sincera, como sincera debía de ser su adhesión a cuanto aquel texto significaba. Pero desde luego ella no era sincera al jurarla, pues desde ese mismo momento movería todas las piezas posibles para derogarla. En el camino tortuoso que acabaría por forzarla a la renuncia y al exilio, Díaz acentuó posiblemente su perfil conservador y continuó siéndole leal

hasta más allá de lo exigible. Y, sin embargo, fiel a sus convicciones políticas, él supo entender también que, más allá de su propia opción conservadora, era necesario un marco constitucional estable y producto de la libre transacción de ideas. En 1844, cuando las nuevas circunstancias políticas inviten a la reforma del texto, se atreverá a afirmar en un discurso:

La Constitución no es obra mía ni de mi partido; sin duda ninguna no está en consonancia con la mayor parte de mis ideas. Porque es la ley existente del Estado, la defiendo; como defendería el Estatuto, como defendería la Constitución republicana de cualquier país, porque es ley (Chao Espina 1949: 56)⁸.

En agosto de 1837 ocupa puesto de jefe político en Lérida, y en octubre pasa a ocuparlo en Segovia, ciudad a la que dedicará dos poemas y en donde habrá de permanecer hasta 1839, en medio de alguna tormenta sentimental que esos textos dejan traslucir. Fueron otras tormentas, sin embargo, las peores. En Segovia corrió peligro su vida al ser tomada la ciudad sucesivamente por dos caudillos carlistas, Zariátegui, primero, y el conde de Negri, después. Por su serenidad, y con la inesperada ayuda del padre de Zorrilla –comisario carlista–, logró salvar la vida y dejar a cubierto los dineros del Estado y de la Iglesia⁹. De Segovia pasaría de nuevo a Cáceres, donde se preparó para el salto definitivo a la

8. Las cartas de Parga Sanjurjo aportan esta otra reflexión: «Cuando se le interpellaba privadamente sobre política solía contestar que el régimen a la sazón imperante ponía a la monarquía en gran aprieto porque la constitución de 1845 cerraba de par en par las puertas del poder al partido progresista, condenándole a perpetuo ostracismo, cuando todo régimen constitucional ha menester para vivir dos partidos turnantes» (Chao 1961: 208).

9. Zorrilla narra los incidentes en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, poniendo las palabras en boca de su padre: «Es verdad: Nicomedes se vio obligado a esconderse en un horno; yo lo supe y me alojé en la casa en que estaba. En un momento en que soldados revoltosos podían haber dado con él y cometer cualquier tropelía, me senté yo a la boca del horno y entablé con él conversación a través de la tapa que le cerraba y que él sostenía por dentro. Le dije quién era y le pregunté por ti. Cuando tocaron botasilla, no abandoné aquella casa hasta que las tropas comenzaron a salir de la población, y le dije el camino que íbamos a tomar para que echara por el opuesto» (Zorrilla 1943: 1828).

actividad parlamentaria. Entonces, acabada ya la primera guerra carlista, publica uno de sus ensayos políticos más destacados, *La cuestión electoral de diciembre de 1839 y enero de 1840*.

En el año 1840, Nicomedes-Pastor Díaz publica por fin sus *Poesías*. Su obra poética apenas se había dejado traslucir en unos cuantos textos publicados en revistas. De acuerdo con los usos de la época, una vez que aquellos poemas habían cumplido su primera andadura en publicaciones periódicas y cuando habían merecido ser buscados, copiados y elogiados, la edición como libro venía a ser revalidación de su mérito. En el mismo año, y con idénticas razones, también José de Espronceda o Juan Arolas publicaban sus correspondientes libros titulados *Poesías*. Curiosamente, José Zorrilla, poeta más joven que ellos, con obra también más tardía y, sobre todo, muchísimo más abundante, publicaba entonces ni más ni menos que el tomo octavo de sus *Poesías*.

Su consolidación pública como poeta no significaba que la política hubiese quedado relegada a un segundo plano. Es más, el prólogo con que los acompaña viene a ser un paradójico canto de despedida de la poesía, con una argumentación muy cercana a la que había expuesto tres años antes en el prólogo a las *Poesías* de Zorrilla. Habrá que volver sobre él más adelante, pero baste ahora señalar su distanciamiento expreso de aquellos poemas que siente alejados de su actual vocación social, política e incluso religiosa. Era otro hombre, viene a decir, aquel que quedaba encerrado entre las cubiertas del volumen.

Y la situación política del momento va a seguir zarandeándolo con fuerza. Por una parte, es nombrado «Secretario de S. M. con ejercicio de decretos». Por otra, se enfrenta al pronunciamiento de septiembre y apoya abiertamente a María Cristina, la Regente, quien sintiéndose abandonada por casi todos renuncia en favor de Espartero el 12 de octubre de 1840. Nicomedes-Pastor Díaz se encuentra de este modo enfrentado al nuevo regente y a los progresistas, dueños de la situación, y llega a estar preso durante uno o dos meses, lo cual repercute en su delicada salud. Comienza así para él una etapa de inten-

sa actividad política partidaria, en la que destaca junto a Ríos Rosas como publicista de la oposición conservadora. Es joven –aún no ha cumplido treinta años–, pero la artritis que arrastra no le facilita la labor. Las elecciones de 1841 dan la mayoría a los progresistas. También en marzo de este año muere su padre. En medio de todo esto, aparece en su vida Andalucía, y en concreto Sevilla, como una especie de paraíso cercano, sensual, compatible con ese otro paraíso de la memoria que es para él Galicia. «Mi enfermedad cruel, larga – Muerte de papá – Sigo escribiendo desde la cama. // Voy a Sevilla para aliviarme», escribe en su diario (*Diarios*: 16 r.). Andalucía es, en pocas palabras, escenario ideal para el amor, como lo confirmarán sus diarios. Sofía, la enamorada sevillana de su novela *De Villahermosa a la China*, hace un canto de su tierra al comienzo del segundo capítulo que sentimos compartido por el autor:

Mi exterior no te engaña; joven soy, muy joven en años aún; pero nací en el Mediodía, y el mediodía de España es casi el Oriente, casi los Trópicos. A las orillas del Guadalquivir los árboles se hacen robustos y frondosos en diez años, las mujeres dejan de ser niñas a los doce; y allí, donde la juventud empieza con la vida, el amor nace con la infancia. Cuando es aún invierno en todas partes, cuando los viajeros que aportan a aquellas riberas desde todos los puntos de Europa, sacuden, por decirlo así, los copos de nieve de sus vestiduras, las tempranas rosas de aquellos jardines tal vez han dejado caer sus primeras hojas. El aire de febrero es allí muchas veces templado y amoroso, y la fragancia que trasciende de aquellos patios mezcla miradas y acentos de ternura en la brisa que la lleva, y esparce al viento ansias de placer, que caen sobre todos los corazones. El amor es allí la vida desde que la vida empieza; es el aire, es la luz, es el cielo, es el susurro de los árboles, es el vapor que la tierra exhala, es el acento de todos los hombres, es la mirada de todas las mujeres (*Obras*: III, 100-101).

Pero la vida sigue y, afincado por fin en Madrid, puede dedicarse enteramente a su trabajo, sea periodístico o político, a la realidad insoslayable de cada día. No tanto a la poesía, según parece. La oposición moderada había ido ampliando sus apoyos frente a Espartero. Junto a Ríos Rosas, Francisco de Paula y su íntimo amigo Pacheco fundó una revista llamada *El Conservador*,

en la que protagoniza la parte literaria. Como consecuencia del fallido alzamiento de O'Donnell, el 15 de octubre será fusilado su correligionario Diego de León, a quien dedicará un poema y una vibrante biografía donde exalta, no sin contradicciones, a

O'Donnell, Narváez, Meer, Concha, Pavía, Pezuela, Borso y otros militares de nota, los cuales, digámoslo sin rebozo, aunque rechacemos la doctrina de las insurrecciones, se podían creer autorizados para hacer una insurrección en favor de una legitimidad vencida, contra la insurrección que había hecho a una usurpación, vencedora (*Obras*: I, 261).

Esa biografía forma parte de una *Galería de hombres célebres contemporáneos*, editada en colaboración con Francisco Cárdenas entre 1841 y 1844. Otro trabajo de esa serie fue dedicado al caudillo carlista Cabrera, llamado el «Tigre del Maestrazgo», cuya legendaria crueldad y valentía hacían de él un personaje literariamente atractivo, por más que su postura política fuese insostenible para nuestro autor. También se prodigarán ahora los ensayos, sobre todo de crítica literaria, como los dos que dedica a Gertrudis Gómez de Avellaneda, uno a su novela *Sab* y otro a sus poesías.

En 1843, su actividad política encontró por fin terreno favorable. Espartero había continuado reprimiendo levantamientos, pero su base social y política comenzaba a fragmentarse. El resultado de las elecciones de abril fue un claro aviso. Desde luego, Díaz no había cejado de contribuir a ese propósito, ahora desde *El Sol* como antes desde *El Conservador*, *El Correo Nacional* o *El Herald*, entre tantas otras. Su argumento central en este momento era la necesidad de declarar la mayoría de edad de quien iba a ser Isabel II. Pero, como en tantas otras ocasiones, el futuro inmediato no iba a decidirse en el Parlamento o en las urnas, sino en la calle. La sublevación comenzó a prender con fuerza desde Andalucía hasta Levante. A finales de julio, caída Madrid, Espartero se embarca hacia el exilio londinense. En las elecciones que convocan los triunfadores, Nicomedes-Pastor Díaz sale elegido diputado por A Coruña. Está a punto de nacer el orador parlamentario, otra de las facetas de nuestro autor más alabadas en su tiempo, aunque Juan Valera matice

que «se mostró, desde luego, hábil, elegante y florido orador, aunque algo enfático y hasta sentencioso» (Valera 1961: 345).

Declarada la mayoría de edad de la Reina y habiendo jurado ésta la Constitución, no por ello se calmó la agitación política ni se alcanzó un punto de estabilidad. Leal Ínsua transcribe una carta de Díaz a su hermana Teodora, fechada el 10 de diciembre de 1843, muy expresiva de su nostalgia de la literatura y, antes incluso que de ella, de una vida familiar normal, cosas todas ellas que parecían ir quedando relegadas ante las exigencias y el empuje de la política:

Yo no puedo escribir: yo para nada tengo tiempo. Yo paso una vida de continua ocupación y de continuo movimiento. Pero tengo tiempo para leer. Escribeme. Mira que estoy muy solo. Considera que entre la tempestad de palabras que diariamente zumba en mis oídos, no escucho en derredor de mí una palabra de cariño. Considera que cuando reclino mi cabeza bombeada en los divanes del casino, echo de menos mi blanda butaca; considera que no hay mimos para mí; y házmelos tú sobre un papel a lo menos (Leal Ínsua 1943: 244).

Pero, lejos de volver a la poesía, lo que ha publicado en 1842 es un largo *Compendio histórico-crítico de la Jurisprudencia romana desde su principio hasta los tiempos de Justiniano*. Situado en la perspectiva de los vencedores, su actitud ante las sublevaciones progresistas no parece muy diferente de la que antes criticaba. Escribe a su madre el 9 de marzo de 1844:

Lo de Alicante concluyó bien, bien. Boné pagó su intentona. 20 han sido fusilados. Duro ha sido el escarmiento. ¡Quiera Dios que sea el último! Creemos que Cartagena se rendirá inmediatamente y que el orden se asegurará en todas partes. Esto está como una balsa de aceite (Leal Ínsua 1943: 249).

Sería farragoso detallar todas las incidencias de su carrera política, que en este período pasan por su nombramiento como secretario del Banco de Isabel II, que concluyó en quiebra, y su labor como diputado por Cáceres. En la labor parlamentaria mantuvo distancias con la mayoría conservadora, y junto con su amigo Pacheco y con Istúriz –aunque éste, por poco tiempo– constituyeron el grupo llamado de los «puritanos», por

contraste con la menor «pureza» liberal de sus correligionarios naturales. El principal motivo de alejamiento fue la reforma de la constitución de 1837, a la que ya se ha hecho referencia. Para Pacheco, cabeza visible de la tendencia puritana, y para su principal portavoz, el «un tanto apocalíptico Nicomedes-Pastor Díaz» –según lo caracterizaría Patricio de la Escosura– iniciar la reforma era como abrir la caja de los truenos: un riesgo innecesario de inestabilidad y una invitación a ulteriores reformas progresistas. Así nos volvemos a encontrar –como rasgo ciertamente elogiabile– su defensa intransigente de los principios liberales frente a las tentaciones autoritarias del partido conservador. Valera escribía a este propósito en su necrológica:

Combatiendo las doctrinas y los intentos de los señores Pidal, Rodríguez Bahamonde y Bravo Murillo, y defendiendo el *puritanismo* de los liberales conservadores, pronunció algunos de los más bellos y sublimes discursos que se han oído jamás en el Congreso de los diputados de España. Allí declaró su aceptación leal y franca de la Constitución de 1837; allí sostuvo el dogma de la soberanía del pueblo, que de ella intentaban borrar los reaccionarios; allí proclamó el derecho de las Cortes a intervenir en los regios enlaces, y allí manifestó su disgusto de que no se cerrara nunca el período constituyente (1961: 345).

La actividad política y la gestión del banco no habían acabado definitivamente con el creador literario, que continuaba agazapado bajo la oratoria de combate y los déficits y superávits. En el año 1845 comenzó a escribir la que sería primera parte de su novela *De Villahermosa a la China*, según indicará él mismo en 1858, cuando publique el texto definitivo. El hombre público, el orador enfático e histriónico que según todos los testimonios debía de ser, no le bastaban para dialogar consigo mismo, con su personalidad más íntima, que se trasluce en la novela sin apenas máscaras. En la «Advertencia» preliminar de 1858 aclara:

Al escribir este libro, tuve sin duda el pensamiento de publicarle. Después de acabado, conocí que lo había escrito para mí solo, y que el descolorido engendro de algunas noches de insomnio, en la convalecencia de una enfermedad, era como un cuadro que un preso hubiera pintado a la luz artificial de un calabozo, incapaz luego de resistir la prueba de ser mirado a la claridad del día (*Obras*: III, 93).

No sólo eso. Más adelante se refiere a esas páginas como «especie de memorias íntimas, sacadas en gran parte de privadas y auténticas correspondencias». Lo que hoy parece impensable en el caso de un político no es aplicable al XIX, y aun podríamos pensar que Nicomedes-Pastor Díaz estaba modelando consigo mismo un personaje, como habían hecho antes que él todos los grandes románticos, y, entre los españoles, desde luego Espronceda. No obstante, conviene matizar que el sentido de esta novela es perfectamente coherente con el sesgo moralizante y antibyroniano de sus últimas declaraciones poéticas. La novela es también –a su manera– un ajuste de cuentas con el espíritu de su lírica anterior, que había denostado tanto en el prólogo de 1840 como en el que dedicó a la poesía de Zorrilla. Su confesionalismo no es un ejercicio más de subjetividad romántica o de sentimentalismo amoroso, pues su tendenciosidad religiosa y hasta clerical lo presenta con mucho de penitencia pública. Esa primera parte de la novela no se publicaría hasta 1848, cuando aparece en los folletines de *La Patria*, publicación dirigida por Pacheco. La continuación, que se publicará diez años más tarde, enfatizará el tono religioso dominante.

A finales de 1846 hubo nueva convocatoria de elecciones que para Pastor Díaz fueron la oportunidad de reencontrarse con el país natal, pues se presentaba por A Coruña y por su pueblo, Viveiro¹⁰. De Galicia había estado separado largos años, pero allí estaban guardados todos sus recuerdos y deseos de infancia y adolescencia. Pudo volver a recorrer las rúas compostelanas y pudo revivir sus años de estudiante y de poeta prometededor¹¹. En A Coruña, el Liceo Artístico le ofreció un homenaje

10. «Viaje electoral a Galicia – Candidatura en La Coruña, y Vivero – Salgo el 12 de noviembre en el Correo – Me hospedo en La Coruña en casa de Menéndez – Me dan una función en el Liceo – Está presente mi hermana Carmen. Pronuncio un discurso – Salgo p[ar]a Vivero con Carmen en una litera» (*Diario*: 23 r.).

11. Manuel Murguía, que trató al poeta, ha dejado testimonio exacto de ese reencuentro del poeta con los lugares de su juventud y del lugar que esta ciudad ocupaba en su corazón: «Allí –él nos lo ha contado con palabras armoniosas, a las cuales una suave emoción daban mayor encanto– fue donde conoció que en su cuerpo

entusiasta que a él, uno de tantos gallegos alejados de su tierra, le emocionó vivamente. El breve discurso con que contestó a los brindis y lecturas de sus paisanos revela un fondo veraz de nostalgia, acaso de desengaño. ¿Y quién era él para todos? Acaso, ¿era quién debiera haber sido? ¿A quién se homenajeara? ¿Al político o al escritor?:

Empiezo, señores, por declinar, al agradecerlas, el merecimiento de estas demostraciones. Menos que nadie puedo yo considerarme benemérito de las artes, que se cultivan en este recinto. Soy tanto más culpable para con ellas, cuanto que las he abandonado, después de haber recibido sus primeras caricias. Culpable de ingratitud y de deserción me confieso para con las musas, por haberme dejado ir en brazos de otros sentimientos y en alas de otras inspiraciones. He sido como el que abandona la esposa en el hogar doméstico por volar al campo de la guerra; como quien deja por ilusiones de vana gloria, realidades de amor y de felicidad. Sirva esta confesión triste y sincera de escarmiento a la juventud generosa, que rinde culto al genio de las artes en este santuario. Para mí no es más que un remordimiento estéril. Cuando a cierta edad se abandona la literatura, la inspiración no vuelve, por más que después se la invoque. Sucede con ella, al pasar ciertas crisis de la vida, lo que al viajero que atraviesa cordilleras de nieve. Si en su fatiga se rinde al sueño, no vuelve a despertar: en aquel sueño le hiela la muerte (*Obras*: I, 141).

En el discurso afloran muchas de aquellas viejas dudas y contradicciones del poeta, probablemente nunca resueltas satisfactoriamente. Nicomedes-Pastor Díaz, como hijo de su tiempo, cree en la Gloria con mayúscula, pero a estas alturas de la vida y de la Historia española es consciente de que la fama del orador o del político no son nada firme. Y, cuando lo dice, siente en la carne el aguijón del recuerdo de sus compañeros Espronceda y Larra, aquellos jóvenes que si habían muerto prematuramente no lo habían hecho para la Gloria, con mayúscula:

débil y enfermizo ardía la llama sagrada de la poesía. Allí amó, allí sintió brotar, a impulsos de dulcísimas tristezas, las primeras lágrimas de que se enorgullecen los hombres, allí nacieron sus esperanzas, allí, en una palabra, alborearon las mañanas de su gloriosa y fecunda juventud. ¡Todo era sagrado para él en la vieja ciudad!» (Murguía 1880: 76).

Ya antes de ahora lo he dicho en otro lugar. ¿Quién se ocupa hoy de las querellas políticas en que intervinieron el Dante en su siglo, Petrarca en sus tiempos? ¿Quién averigua si Ariosto era un hábil diplomático? ¿Quién recuerda que Milton era secretario de Cromwell? Ahora mismo, en nuestros días, ¿no hemos olvidado el Ministerio, para nosotros infausto, de Chateaubriand, para no acordarnos más que del grande escritor? ¿Quién, dentro de pocos años, tomará en cuenta las opiniones, por cierto encontradas, de Quintana y de Moratín? Los mismos que han florecido en nuestros días, y que contaban nuestros años, Larra, Espronceda, Pelegrín, Villalta –cuya memoria me es triste recordar, porque habían empezado conmigo su carrera malograda–, apenas han bajado al sepulcro, y ya sus nombres no pertenecen a la política en que militaron, ni a los partidos en que se dividieron. Son ya solamente de su patria, porque fueron de la literatura (*Obras*: I, 143-144).

La nostalgia de la poesía está muy presente en los testimonios conservados de esta visita. Podemos adivinar también la insistencia de los coruñeses para que volviese a escribir, porque la queja se repite. En el soneto titulado «El sueño de Endimión», que lleva la indicación «Para un álbum (en La Coruña)», concluye:

También así, señora, en el olvido,
So la quebra más honda del Parnaso,
El que mi numen fue, yace rendido.

Movéis de Oriente el rutilante paso,
Y el triste sigue, a su pesar, dormido:
¡Su helada inspiración toca al ocaso!

«La revolución me lleva, a pesar mío; la vida práctica me arrastra con su inexorable realidad» (*Obras*: I, 144). Son palabras del discurso pronunciado en A Coruña. La vida práctica, en aquel momento, estaba concentrada en las elecciones inmediatas. Ya había sido diputado por A Coruña durante un brevísimo tiempo. Ahora todo sería diferente, pues Viveiro, su lugar natal, iba a amargarle todos los dulzores líricos que acababa de saborear en A Coruña. Ni en uno ni en otro distrito superó la prueba de las urnas. En Viveiro, sin embargo, la derrota llevaba nombres y apellidos conocidos, inmediatos.

No es posible rebajar la importancia de este desengaño en la biografía sentimental de Díaz. Ante todo, no es un desengaño sustancialmente político. A sus ojos era Galicia misma –la patria lejana– la que lo repudiaba. Habría que recordar ahora las palabras que dirigía a su tierra en la «Advertencia» al relato «Una cita», incluido en la edición de 1840:

Nada hay más grato ni más tierno para el autor de estas páginas que el recuerdo de su país, del pueblo donde nació. Nada ha visto más bello ni más pintoresco que el casi ignorado rincón de la tierra donde pasó sus primeros años. Y cuando a la memoria del tiempo más feliz de la vida se unen las imágenes de un país encantador, hay en el sentimiento un no sé qué de inefable y consolador, de particularmente íntimo y casi religioso, que sale de lo más íntimo del corazón, del fondo mismo de la existencia, como todos los afectos domésticos. El murmullo del río de la patria, el eco de la campana de su iglesia, el rumor del viento entre sus árboles o sobre sus techos no se borran nunca del oído, y resuenan siempre en él como la voz de nuestros padres, como el acento de los hermanos con quienes nos hemos criado (*Obras*: I, 89).

Por otra parte, en *De Villahermosa a la China* las tierras de Viveiro, apenas enmascaradas bajo el topónimo de Valdeflores, son refugio de paz, belleza e inocencia, frente a Madrid, la villa ociosa y corrupta. Chao Espina aporta una carta del año 1851 donde se observa cómo la herida seguía sangrando cinco años más tarde:

Galicia es para mí el país en que he nacido: tiene para mi imaginación una belleza poética, como un paisaje pintoresco, como un recuerdo romántico, como una reliquia histórica. En la vida real, en la vida positiva, sobre todo en la vida pública, no tengo yo la culpa de que no me haya contado entre sus hijos.

Si por Galicia fuera, mi nombre no hubiera figurado jamás en los acontecimientos de mi país (Chao Espina 1949: 455).

De nuevo se observa la dicotomía que estaba en el discurso de A Coruña. La vida práctica es ahora «la vida real» o «la vida positiva». Ése es el terreno de la política, no el del poeta, si le hacemos caso, pero en su desazón resulta imposible distinguirlos y separarlos, porque su cualidad de gallego afecta a la personalidad entera del hombre:

En estos tiempos en que la personalidad entra por tanto, soy yo más enemigo que nadie de dar en público espectáculo los sentimientos, o los resentimientos personales. Todo hombre merece por algo la suerte que le cabe: por algo mereceré yo el desvío de Galicia.

Pero lo que es verdad respecto de un hombre, es también verdad respecto de un país. Por algo había merecido Galicia la poca influencia que ejerce, el retraso y aislamiento consiguiente en que se halla (Chao Espina 1949: 457).

Al menos hacia afuera, estos reveses no supusieron un retroceso, pues su carrera política y su prestigio personal iban en ascenso. El año siguiente, 1847, fue especialmente rico desde ese punto de vista. En enero sería propuesto para ocupar la subsecretaría de Gobernación. Por otro lado –y quizás por el lado más ligado a sus íntimas aspiraciones–, el 18 de marzo fue nombrado académico de número de la Real Academia Española, al mismo tiempo que Hartzenbusch. Ingresa formalmente el 17 de noviembre y en su discurso se reencuentran argumentos que habíamos visto en el Liceo coruñés:

Buscando los títulos de mi suficiencia, no encontraría sino los de mi presunción. Estas voces majestuosas y penetrantes habían de resonar con su propio eco en el vacío de mis trabajos. Mi existencia literaria no pasaba de ser una iniciación interrumpida. Mis escritos eran bosquejos; mis cantos nada más que preludios. Por tareas de historia sólo podría ofrecer breves y diminutas reseñas individuales; y mis estudios morales o políticos desvaneceríanse en las tinieblas del olvido, como las exhalaciones meteóricas de una noche de tormenta, o habrían corrido arrastradas en el velocísimo raudal de ese torrente, más atronador que fecundo, con que la Prensa ruge entumecida por entre los partidos, en los borrascosos días de las tempestades políticas (*Obras*: I, 146).

Hay algo más que falsa modestia o ejercicio retórico en estos repetidos lamentos, que tienen algo de prematuro testamento intelectual. En el fondo está la pregunta reiterada sobre cuál sea el sentido de su vida, y eso en el caso de que exista un solo sentido, un argumento unitario. Y si así fuese, ¿cuál sería ese argumento?

He supuesto que recorriendo las alternadas fases de mi vida política y literaria, la Academia ha creído escuchar una tónica predominante en

este desacordado concierto de acciones y de pensamientos, y adivinar con generosa benevolencia que estaban subordinados a una sola idea, a una sola tendencia y aspiración; y que esta aspiración y esta tendencia, más bien a la región de las letras que a la esfera de los negocios políticos, iban guiadas. Más bien que juzgar indulgente mis escritos, ha presumido, sin duda, benévola, lo que pudieran haber sido mis trabajos, si una existencia menos dividida y agitada hubiera concentrado mis esfuerzos sobre un objeto, perenne y exclusivamente literario (*Obras*: I, 146).

Pero en esta ocasión, como cuando exaltaba el papel de Zorrilla años atrás, don Nicomedes-Pastor no se queda en el lamento. Por el contrario, asume los límites de su actividad literaria con la clara conciencia del valor de su papel como intelectual y como político. La acción política, viene a decir, no está reñida ni mucho menos con la literaria y, retomando un argumento muy querido por la tradición liberal del XIX, señala los beneficios de todo tipo que se derivan del acuerdo entre una sociedad libre y una literatura crítica, entre acción y pensamiento. La Academia no tiene por qué ser recinto exclusivo de creadores, sino ese lugar de encuentro:

Aquí, como en la sociedad, el estudio de los hombres consumados en las vigilias de su gabinete fecundará la viva enseñanza que da la amarga experiencia del mundo. En este consorcio, señores, la política podrá recordar diariamente a la ciencia que la perfección moral del hombre y la mejora continua de su condición social es el final propósito de todo saber, de todo estudio, de toda duradera inspiración. Aquí la ciencia podrá repetir todos los días a los hombres pagados en demasía de la importancia política, o sobradamente preocupados de positivos intereses, que nunca, sin esplendor literario y sin superioridad científica, han alcanzado las naciones, por gloriosas y prósperas que aparezcan, aquella supremacía de influencia moral, que es la verdadera grandeza de los pueblos y de los hombres.

La combinación de estos dos principios, señores, es el seguro de vida de toda civilización sólida, como es el sello de perfección de toda consumada literatura (*Obras*: I, 155).

1847 aún habría de darle más satisfacciones. En marzo, su buen amigo Pacheco, jefe de los puritanos, fue encargado por la Reina para formar gobierno. Como no podía ser menos, Nicome-

des-Pastor Díaz ocupó uno de los ministerios, concretamente el de Comercio, Instrucción y Obras Públicas. Bien es cierto que su permanencia en el cargo fue muy breve, pues en agosto dimitió, vencido por sus permanentes escrúpulos ante el panorama político. Antes, en las elecciones parciales de abril, lograba sacarse la espina electoral gallega al lograr acta de diputado por Pozoblanco (Córdoba). De vuelta del verano, el 10 de septiembre fue nombrado rector de la Universidad Central madrileña, aunque él no era profesor. Pero, como escribe Gamallo Fierros, el cargo tenía un sesgo político, dado que la universidad era «una especie de termómetro de la temperatura revolucionaria nacional, y que los Rectores eran personas de confianza del Poder, que más que nada eran *altos espías del Gobierno* en el Claustro» (*apud* Chao Espina 1949: 112).

En 1848, año en que aparece como folletín la primera parte de su novela, hay que anotar un nuevo y largo viaje por su amada Andalucía, donde aún tuvo que esquivar algún levantamiento militar y donde, según Chao Espina, «se cruza toda una estela de amores y amoríos» (1972: 10). Andalucía, como ya he señalado, tiene para él una dimensión sensual y hasta erótica que se trasluce en la apasionada Sofía de la novela. El mismo Chao Espina, tiempo después de la publicación de su tesis, dio a conocer fragmentos de un diario inédito donde se refleja el ajeteo amoroso del escritor en el curso de este viaje, algo que confirman los otros diarios que he ido citando antes. En todos los casos, uno de los nombres más citados es el de Lola Gándara, a quien reencuentra en Málaga y de quien escribe bajo la fecha de 23 de mayo de 1848:

Salgo de Cádiz. A las cuatro y media en la bahía de Málaga... A las 10 voy a ver a Lola – gruesísima. Su niño. Me quedo a comer. Velasco. Me visita Tenorio, Llano, Enríquez... Voy a ver con Lola la Alcazaba – Como con ella la mayor parte de los días la – magnetizo – vamos a ver la fábrica de algodones... Estoy triste y flojo en Málaga no veo a nadie (Chao 1952: 48; 1972: 24].

La historia viene de muy atrás, entrelazada con otros nombres femeninos como Zaida, Barbarita, Carmen o Fanny, entre los

más repetidos. Nuestro solterón alternaba sus magnéticos favores entre todas ellas, como se puede observar en esta antigua referencia de 1842: «Aventuras de Lola, y su desesperación. Carmen y su marcha a Zaragoza – Bárbara y su tremendo altercado con Gándara. Voy a vivir a la calle del Príncipe» (*Diario*: 17 v.). Y no solamente magnetizaba a estas desconocidas Lolas y Zaidas, sino que en mayor o menor grado alcanzaba a destacadas literatas como Gómez de Avellaneda o Carolina Coronado, cuyas menciones en los diarios sugieren algo más que coquetería. En este año 1848, en medio del frenesí amatorio de Sevilla, el puritano y catoliquísimo autor de la novela *De Villahermosa a la China* se la lee a la mismísima Carolina Coronado. Bajo la fecha de 1 de abril de 1848, en Cádiz, escribe: «En casa de Montalvo estrecho la amistad con Carolina Coronado. Doy sesiones con ella en su casa. Le leo mi novela. Me impide salir el 8 para Sevilla, y estar el 9» (Chao 1952: 50; 1972: 26). Entre medias, anota hacia el 12 de abril: «Carolina vuelve de Cádiz – Su correspondencia. Su afecto hacia mí – Su carácter particular. Feria animadísima... Profusión de mujeres hermosas en las calles de Sevilla» (*ibíd.*). Y el desenlace llega el día 27: «Día de despedidas. A Carolina por la mañana. La llevo hasta Triana. – Lloro – Se va en un carro muy sola, muy triste, muy mal – Me da mucha lástima» (*ibíd.*; 1972: 11)¹². Al mismo tiempo mantiene relaciones íntimas con Juanita Ayala, casada, y en cuya casa entra: «Confesión de J. y no puedo ir a su casa» (*ibíd.*; 1972: 26). Esto se da el día 28, es decir, al día siguiente de despedir

12. A pesar de lo sugerido por Chao, no está tan claro que hubiese una relación francamente amorosa entre ambos. Conviene recordar que por estas fechas Carolina Coronado se entera de la muerte por naufragio de su amado Alberto y acude a Cádiz, donde la encuentra Díaz, con la fijación de ver el mar. En abril de 1848, precisamente, fecha su poema «Última tarde en Andalucía», donde escribe que «en despedidas nuestra vida pasa». La relación, fuese del calado que fuese, continuó. Solamente en 1850 hay atisbos de ruptura: «Chismes, diplomacia, y tonterías de Carolina. Dejo de apreciarla – Arreglo un poco la casa y me traslado a las habitaciones de adelante. Muy frío con Zaida» (*Diario*: 33 v.). Aún habrá otra anotación de 1851: «Viene la gente de los baños y excursiones – Carolina también, muy tonta» (35 v.).

a Carolina. Y el día 29, como si nada hubiese sucedido, anota: «Vuelvo y tenemos más confianzas – Estamos solos, y hay cariños – Nos declaramos y sigue así todos los días» (*ibíd.*). En fin, al mes siguiente será Carmen Vergés la favorita del poeta: «Escribo a Carmen y viene a verme y a abrazarme – Está guapa – Voy de noche al teatro con ella» (*ibíd.*). Con Carmen recorre toda Granada, y el 4 de mayo escribe, por si hiciese falta: «Relaciones con Carmen en esta época» (*ibíd.*: 51).

En cualquier caso, el viaje, además de ventilar su mente de las preocupaciones políticas inmediatas, debió de avivar también su conciencia poética, pues entre sus proyectos dejó apuntado el título de un libro, *Meridionales*, que debiera ser un «poema sobre mi viaje a Andalucía en 1848». Esto viene a confirmar la relación causal entre amor y creación lírica que proponen sus poemas y que veremos después. Por otro lado, y más paradójico aún, las protestas contra el amor humano –y no sólo el sensual o erótico– que lanza a cada paso en la novela se contradicen con poemas como el soneto fechado a 15 de mayo de 1849, correspondiente por tanto a esos días, en que se esboza claramente un brote amoroso:

¡Tú, sol de amor, que en la mitad de mayo
Alzas sobre mi fúnebre horizonte
El fuego que me abrasa y me ilumina!...

Que tu faz no me esquite un solo rayo;
Era mi corazón nevado monte:
Hazle, ardiendo sin fin..., verde colina.

Habrà que admitir, sin pretender extemporàneos juicios morales, que no existe correlaci3n entre la vida privada amorosa del hombre, tal como se refleja en los *Diarios*, y las opiniones pùblicas que hace el escritor. En 1859, melanc3lico y aburrido en Lisboa, cerca ya de los cincuenta a~os de edad, anota: «Muchas cartas, y muchos cariños de las mujeres que acompa~aron mi juventud, y mi vida – Y aun otras muy j3venes – casi nunca fui tan alhagado [sic]» (*Diario*, 71 r.).

A pesar de esa viveza del amor en el plano privado, los poemas son raros en toda esta etapa de madurez. La política ha ocupado de pleno derecho su pluma. Buena muestra de ello es el largo ensayo sobre el socialismo que sería leído en el Ateneo entre este año y el siguiente y que se publicaría en *La Patria*, con el título *Conferencias sobre los problemas del socialismo*.

Llegados a este punto, la carrera política de Nicomedes-Pastor Díaz va a repetir pautas conocidas. Volvería a ser elegido en sucesivas elecciones a Cortes, siempre como diputado «cunero». En 1854, Joaquín Francisco Pacheco, entonces ministro de Estado, lo nombra embajador ante el rey de Cerdeña, con sede en Turín. En Turín, por cierto, su salud sufrió tan grave altibajo que creyó llegada la hora de la muerte. Al año siguiente ocuparía igual puesto ante el Gran Duque de Toscana, en Florencia. En 1856, en momentos de grave crisis política, fue nombrado Ministro de Estado en un gabinete presidido por O'Donnell y de sesgo netamente contrarrevolucionario. La provisionalidad del gobierno y el acoso de la enfermedad hicieron que su paso por el gobierno fuese de nuevo muy breve. En este mismo año se le designó Consejero de Estado. Compaginó esos puestos con la escritura de su última obra, *Italia y Roma: Roma sin el Papa*. En 1858, año de la edición definitiva de su novela *De Villahermosa a la China*, se le nombró Senador del Reino. De 1859 a 1861 es embajador en Portugal. En 1863, muy enfermo ya y cuando acaba de morir su hermano, todavía tendría que aceptar ser ministro de Gracia y Justicia con O'Donnell¹³. Fueron sólo tres semanas, pero aquel puesto tenía ante todo un significado simbólico, el acuerdo de las fuerzas políticas contendientes para respetar los principios constitucionales y su espíritu liberal. En la práctica no lo fue tanto, y Díaz, cansado de las luchas políticas y enfermo, hubo de dimitir.

13. «Con repugnancia y sorpresa me veo obligado a aceptar el minist[er]io de G[raci]a y Just[ici]a – Juramos el día mismo a las 10 de la noche – Profunda tristeza que me causa» (*Diario*: 100 v.).

A Nicomedes-Pastor Díaz le quedaba poco más de un mes de vida. En marzo de ese año, 1863, escribe la que será última anotación en su diario: «Mi enfermedad se agrava: noches horribles» (102 r). Algo más de la mitad del cuaderno quedará en blanco. Retirado en su casa, esperó la muerte rodeado de sus amigos y de su hermana Teodora, con quien vivía desde tiempo atrás. Murió el 22 de marzo de 1863 y fue enterrado al día siguiente. Tenía cincuenta y un años. Sus restos se trasladaron a la iglesia de San Francisco de Viveiro en 1923.

A su muerte llamó la atención lo poco material que dejaba tras de sí, hasta el punto de que sus amigos hubieron de moverse para ayudar económicamente a su madre y hermanas, que dependían en gran medida de él. También en esto era «puritano» Nicomedes-Pastor Díaz. Chao Espina, al llegar a este punto, recoge muy oportunamente un pensamiento de su cuaderno privado:

La política y el poder se hacen bien por medio de la ambición, los negocios se hacen con la codicia. El que hace política por interés y lucro es un miserable, y no la hace bien. El que hace negocios con la política se arruinará. Lo mismo sucede con las mujeres. Cuando se hace el amor con la vanidad, o el interés, la mujer no da el corazón. A la mujer como al poder se la conquista con el corazón, con la pasión, con la pasión propia (Chao Espina 1949: 141. RAE, mss. 369, f.1v.).

Sus obras, prologadas por amigos y compañeros, fueron editadas en seis volúmenes entre 1866 y 1868. Iban precedidas por la siguiente dedicatoria: «A la juventud española, en muestra de simpatía y de cariño dedica sus pensamientos y afectos escritos en estos libros, deseoso de su amistad y aprobación, el que, probado por la enfermedad y el dolor, murió sin envejecer, Nicomedes-Pastor Díaz» (1866: I, V). La dedicatoria respondía al deseo expresado en 1855, en trance de muerte, al futuro compilador de sus obras, Fermín de la Puente y Apecechea: «Y que si esta publicación se hace –que sí se hará si V. la toma a su cuidado– la dedique en mi nombre, si ya no lo he hecho yo, como pienso, a la juventud de mi patria, y sólo así llenará los fines de escarmiento, de enseñanza y ejemplo que con ella

me propongo, y aun los de esta solemne apelación que ante ella provocho» (1866: I, XIII-XIV). Curiosamente, sin que podamos saber las razones, quedó fuera la novela *De Villahermosa a la China*.

LA OBRA LÍRICA

La poética de Nicomedes-Pastor Díaz

Como he intentado mostrar a lo largo de las páginas anteriores, en Díaz se produce una angustiada contradicción entre su ideal de lo que es o debiera ser la poesía y aquello que efectivamente resulta ser para él, o, dicho de otro modo, entre el poeta que él querría ser y el poeta que efectivamente era. Ese desajuste entre práctica y teoría, además de resultar paralizante, parece alejarlo de la modernidad literaria, que liga la elaboración teórica a la práctica escritural y hace que tantas veces la teoría anticipe los terrenos que la escritura ocupa luego. En Díaz nos encontramos con un poeta cuya sensibilidad lo situaba en la vanguardia de su tiempo y que, sin embargo, por razones ajenas a la escritura, llegó a elaborar un discurso teórico reaccionario que él mismo fue luego incapaz de cumplir. Su musa profundamente subjetiva, visionaria y hasta morbosa no se plegaba con docilidad a un ideal literario de corte docente, social e historicista. De este modo, la angustia creadora, que tan moderna puede llegar a ser en otros autores del momento, se resuelve en él de modo negativo. El proceso contradictorio va minando progresivamente al poeta en favor del político. El resultado fue el silencio.

Al hilo de la biografía, hemos visto algunas de las manifestaciones de esa poética reaccionaria. Su desapego del ensimismamiento romántico en que él mismo ha incurrido se puede constatar ya en 1837, cuando escribe acerca «Del movimiento literario en España en 1837» y proclama allí su creencia en una literatura social, sí, pero con un sentido consolador o balsámico, nunca revulsiva o inquietante:

Pues que consideramos a la literatura con un fin social, a un fin, digno de la actual sociedad y de la grande obra a que ésta es llamada, debemos dirigirla: pues que vemos en ella el reflejo de sus ideas, con relación a la inteligencia y la filosofía de la humanidad, debemos considerarla; ya que ella debe ser la expresión de sus sentimientos y la fórmula de sus creencias. Nosotros no debemos aspirar a pervertirla, a corromperla, a desnaturalizarla, a convertir en instrumento del genio del mal la lira armonizadora del genio que ilumina y crea; ni a verter, trocado en veneno disolvente y corrosivo, el bálsamo celestial que la providencia derrama sobre las sociedades moribundas e infestadas, para infundirles nuevas fuerzas, para cicatrizar sus heridas, para purificar la sangre de sus venas, y para restituir la alegría y el consuelo al seno de los pueblos afligidos y desesperanzados (*Obras*: I, 103).

Del mismo año es el prólogo a las *Poesías* de José Zorrilla, que, como ya he señalado, marca un hito en su evolución ideológica y literaria. Aunque ambos textos correspondan a 1837, la diferencia sustancial está en el diagnóstico del presente literario español, que es aparentemente optimista en aquél y más pesimista en éste, aunque se trate de un pesimismo táctico, destinado a resaltar por contraste el supuesto valor renovador de Zorrilla. En cualquier caso, Díaz condena y llama a superar un modelo de poesía que coincide en lo esencial con el practicado por él mismo hasta ese momento.

¿Cuáles son las claves que definen la poesía condenada? Aparentemente, si atendemos a las declaraciones del poeta, lo que disgusta en esa poesía de corte byroniano es su autocomplacencia en lo negativo, en estados anímicos basados en el hastío o en la duda, que le impedirían salir al encuentro de los otros y ser poesía afirmativa. En el fondo, lo que Díaz está haciendo es situar sobre el fiel de su crítica las dos almas esenciales que chocan en el seno del romanticismo español hacia esa fecha. Estas declaraciones han merecido dos acercamientos críticos recientes y antagónicos que, al bascular ni más ni menos que sobre el sentido y peculiaridades de este movimiento, subrayan en cualquier caso la importancia del poeta en ese contexto.

Derek Flitter (1992, trad. 1995), en concreto, ha sustentado sobre estos escritos buena parte de su tesis acerca del

sentido conservador e historicista de este romanticismo, para él schlegeliano en su práctica totalidad¹⁴. No es momento para debatir cuestión de tanto calado, pero sí para matizar aquello que afecta a Díaz. Por lo pronto, aunque Flitter señala en su introducción que se abstendrá «de permitir que cualquier valoración de circunstancias políticas se entrometiese demasiado» en su trabajo (1995: 6), lo cierto es que sobre todo él planea la sombra de lo político, como no podría dejar de suceder al tratar este momento histórico. Acierta desde luego cuando echa por tierra la resobada identificación de romanticismo con liberalismo progresista, como también admite Donald Shaw (1993) en el trabajo que comentaré después, pero no debe olvidarse que con todos los matices y discrepancias –incluso sangrientas– el liberalismo es el marco político común en que se desarrolla la revolución burguesa desde la muerte de Fernando VII. No era liberal Böhl de Faber, a quien Flitter intenta limpiar incluso del baldón de chivato, pero sí lo era Pastor Díaz. El matiz no es nimio. Si el progresismo (liberal) no es condición del romanticismo auténtico, tampoco ha de serlo lo contrario, el pensamiento (liberal o no liberal) conservador. Más significativa es su recuperación de la dicotomía de Peckham acerca de un romanticismo «positivo» y otro «negativo», que en este contexto político introduce un sesgo ideológico –incluso moral– cuando menos discutible, similar a aquellos calificativos de Lista cuando hablaba de romanticismo «malo» y romanticismo «bueno». ¿Pastor Díaz es «positivo»? ¿Lo es Fernán Caballero? ¿Son «negativos» Espronceda, a quien Flitter evita acercarse, o Larra? En realidad, sus comentarios acerca de Díaz son básicamente políticos, asociados a la idea de la regeneración de España, también en lo moral: «El propio programa idealista de Díaz es llevado al marco conceptual de la política *moderada*» (1995: 226):

14. Sobre esta idea vuelve Philip W. Silver (1996), aunque desde perspectivas metodológicas e ideológicas diferentes, en un polémico ensayo de «reinterpretación» del romanticismo español.

Para Nicomedes-Pastor Díaz, pues, la literatura que expresaba valores espirituales podía combatir efectivamente el materialismo y el escepticismo religioso, y prestar ímpetu a la regeneración social, en tanto que la poesía de Zorrilla ejemplificaba la clase de escritura que él deseaba (Flitter 1995: 229).

Las insuficiencias de este análisis parcial y excluyente han sido puestas de relieve por Donald Shaw (1993):

En otras palabras, tanto el romanticismo tradicionalista como el subversivo significaban un disentimiento de las normas típicas de la plenitud de la Ilustración. Pero tal disentimiento tomó direcciones radicalmente diversas, si bien ambos grupos de románticos coincidieron en el uso de ciertas nuevas técnicas expresivas. Lo que para los románticos «liberales» fue ante todo la búsqueda de una nueva comprensión de la condición humana, para los «históricos» significaba volver al mito de una sociedad en la que la fe era universal, en la que la monarquía era aceptada sin discusión y en la que la jerarquía social reflejaba la voluntad de Dios. Todo eso subraya la debilidad intrínseca del romanticismo «histórico» y explica por qué no sobrevivió (Shaw 1993: 474-475).

Dicha debilidad, como resalta Shaw, no tiene que ver con lo cuantitativo, pues los «historicistas» eran amplia mayoría, sino con el hecho de que los otros, lejos de mirar hacia atrás, apuntaban hacia la expresión aún dubitativa de un nuevo *Zeitgeist*: «Únicamente Pastor Díaz encaró directamente esa dualidad dentro del romanticismo español» (Shaw 1993: 478). Shaw también acierta plenamente cuando señala las contradicciones que baraja Díaz al contraponer ambos tipos de romanticismo en cuanto de positivo, negativo e incluso agónico tienen, por más que al final el poeta resuelva personalmente la cuestión decantándose por el modelo conservador de Zorrilla. En suma, al margen de las opciones personales de Díaz, él habría sabido plasmar una realidad conflictiva, enfrentada, en la poesía de finales de los años treinta, «que relaciona sus temas, a través de la revolución social en marcha, con la aparición de una nueva cosmovisión que, a pesar de ser negativa, encuentra un eco por dondequiera en el público. [...] Lo que Pastor Díaz no pudo ver, desde luego, es que fue el romanticismo negativo que describe

el que estaba destinado a sobrevivir para afectar hondamente la literatura del siglo veinte» (Shaw 1993: 483).

En la perspectiva de este trabajo, no debemos olvidar que Nicomedes-Pastor Díaz no deja en ningún momento de hablar de su propia experiencia, incluso cuando habla de la poesía de otros, sean Zorrilla o Gómez de Avellaneda. Dicho de otro modo, el conflicto –conflicto generacional– está inserto en su misma interioridad, pues ambos bandos combaten en su interior, lo cual sería fácilmente extensible a otros románticos, en el decurso de aquella década de los treinta, con trayectorias ideológicas similares a la suya. Olvidar esta circunstancia conduce inevitablemente a todo tipo de maniqueísmos.

En realidad, la clave básica creo que no debemos buscarla en los terrenos de las ideas políticas o morales, por mucho que condicionen los resultados. Incluso me atrevería a decir que no basta con el de las ideas literarias, en que se centra Shaw. Ese encadenamiento de ideas se resuelve efectivamente en el terreno del lenguaje poético escogido, es decir, en su traducción efectiva en los textos. Ahí es donde se materializan las opciones anteriores y donde deberemos medir su efectividad.

Si hubiese que destacar, con todo, un factor clave, éste sería la importancia de la subjetividad, el papel central y determinante de la meditación introspectiva, en la línea de los grandes poetas románticos europeos del momento, como Byron o Lamartine, Leopardi o Musset. La subjetividad autorreflexiva, básica en la constitución de la conciencia moderna, será vista con algo más que recelo por la iglesia católica y sus intelectuales próximos. Ése es el caso de Pastor Díaz, quien, al desmarcarse de la lírica de la subjetividad –tildada por él de egoísta–, propugna a cambio una hipotética expresión colectiva –y por ello, objetiva–, de carácter y temática patriótico-religioso. Pretende así transponer al plano literario sus opciones políticas conservadoras, en línea con la reacción neoconservadora de las letras españolas hacia finales de los años treinta:

En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura,

la arquitectura y la música, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que a la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como a su último asilo a lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aún, a despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive. Pero un hombre, en su aislamiento, es el más miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para la dicha y perfectibilidad del hombre la asociación; asociación que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en común poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos; de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas, tristes para la humanidad, en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen y las simpatías se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el caos; el del sentimiento, el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazón sino para sentir la soledad que le rodea, y el abismo de hielo en que yace (*Obras*: I, 109-110)¹⁵.

El siguiente paso en esta línea de negación de su propia práctica escritural lo encontramos en el prólogo de 1840, reproducido en esta edición, donde su propia poesía es contemplada ya como un ejercicio cerrado y donde el silencio del poeta es el verdadero punto de llegada:

Hace tiempo que, dedicado a negocios y ocupaciones de muy distinta naturaleza, no he podido entregarme al delicioso placer de hacer

15. La cita podría ser aún más extensa: «Entonces el genio puede volar aún; pero vuela, como el Satanás de Milton, solitario y por el caos: el sol le causa pena; la belleza del mundo, envidia. Su poesía es solitaria como él; y como él, triste y desesperada. Canta, o más bien, llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aún ser muy vivas; pero sólo en su presencia, si la reconoce; y sólo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia: los himnos que debían consagrarse a una religión de amor, serán solamente gritos de desesperación y de impío despecho, o extravíos de un abstracto y estéril misticismo» (*Obras*: I, 110).

versos. Tal vez no puedo hacerlos ya; tal vez no los haré nunca. En esta época desventurada, las facultades poéticas se extinguen pronto, la imaginación se desencanta, el corazón se hiela, el gusto en vez de perfeccionarse se corrompe, las ilusiones se disipan, y la región poética del mundo se eclipsa, quedando sólo a la vista el mundo real y positivo, o la parte de él llamada así por los desdichados que creen que la imaginación, el sentimiento, el alma, el amor de lo bello y el éxtasis de lo sublime no son nada, como los ciegos pudieran llamar mundo real al que ellos palpan, creyendo fantástico el que nosotros vemos.

Con todo esto, el prólogo es más una despedida que la presentación de una obra en marcha. La sinceridad de esta proclama vendría demostrada por el corto número de poemas que se añadirán en la edición póstuma, como ya he señalado, lo cual no quiere decir –ni muchísimo menos– que no sintiese la nostalgia de la poesía, asociada por otra parte, como se verá, a la nostalgia del amor. Pero ahora, en 1840, él es su crítico más implacable:

Mis versos son hijos de esta triste edad, y de esta literatura más triste aún: no pertenecen al porvenir, ni a la sociedad, ni a la moral, ni a la religión, ni a objeto alguno universal, o, como ahora se dice, humanitario: son composiciones individuales, acentos aislados, plegarias, suspiros, desahogos, gemidos solitarios de un corazón que, como la mayor parte de los corazones que nos rodean, gime y llora solamente por haber nacido. Y si nadie puede estar más convencido que lo estoy yo de que la poesía debe tener un fin social, y una misión fecunda, moral y civilizadora; si a nadie pueden parecer más vanas, fútiles y efímeras todas esas obras de escombros, que van esparciendo como el polvo de su camino los que hoy peregrinan por el desolado campo de las artes; si creo que la ráfaga del huracán que sobre ellos sopla barrerá pronto ese polvo y borrará sus huellas; si estoy evidentemente penetrado de que poesía social no puede existir donde no hay sociedad, y de que en Europa la sociedad pereció, y no hay más que individuos; y si de tan terrible anatema creo heridas las más célebres producciones y las más ilustres capacidades literarias de nuestra época, dejo a cualquiera coleccionar lo que de estos oscuros cantos podré yo creer y esperar.

Y, en fin, ideas semejantes e incluso más explícitas resuenan todavía en la novela *De Villahermosa a la China*, donde el correlato novelesco de Pastor Díaz añora idílicos tiempos pasados donde no se producían los conflictos de conciencia propios del hombre moderno:

En aquellos tiempos, donde quiera que hubiéramos buscado y descrito padecimientos y desdichas, hubiéramos encontrado casos de desventura, pero no almas en desesperación; hubiéramos visto perversos o pecadores, soberbios o malvados, creando el mal en su rebelión contra Dios y el crimen en su guerra contra los hombres; pero no hubiéramos podido ni figurarnos siquiera esos sacrílegos suicidas de su propio bien y de su natural virtud, luchando con el infortunio de su misma fantasía, peleando a brazo partido con la bondad de su corazón, haciendo sombra con sus propias manos a la luz derramada sobre su espíritu, entregados al verdugo de su propia conciencia, víctimas o mártires de sus propias dudas y de sus propias flaquezas; sufriendo, como Satanás, el tormento de querer ser en la tierra dioses, para verse despeñados en el abismo de no poder ser ni racionales siquiera (*Obras*: III, 183-184).

Estas ideas no se desarrollan al margen o por encima de los poemas, sino que pasan a ellos y en ellos ocupan un lugar especial. Es más, como muestra de la paradójica modernidad de Díaz, la componente metapoética es una línea central en el poemario de 1840, con relevancia incluso estructural.

La ordenación de este poemario no es arbitraria, como aún era habitual en aquel tiempo. Hay por el contrario un esquema consciente, basado en una secuencia argumental de índole autobiográfica: la que asocia la construcción en el tiempo del sujeto lírico al despliegue secuencial de los poemas, testigos de este peculiar *Bildung* poético. Los poemas inicial y final son suficientemente ilustrativos. El primero, «Mi inspiración», presenta al sujeto poético obsesionado y atraído por la muerte y lo oscuro, mientras que el último, «A D. José Zorrilla» –que responde a las ideas del prólogo–, reniega de la subjetividad –considerada enfermiza– en favor de la religión y el patriotismo más convencionales. Entre ellos, los poemas despliegan e ilustran la formación de esa poética. Veámoslo algo más en detalle.

«Mi inspiración», el primer poema en la edición de 1840, justifica ese lugar por su carácter de prólogo o presentación de las preocupaciones dominantes en el poeta joven, que aún no vislumbra el conflicto en el horizonte.

El sujeto poético se localiza en un paisaje norteño que es fácil identificar con el de su Viveiro natal, aunque acomodado

a las convenciones literarias de la sublimidad ossiánica: el precipicio, la oscuridad, el mar tormentoso o los relámpagos sobre el horizonte (Samuels 1943: 10-11). Volveremos a encontrar este escenario en otros momentos destacados del libro, y casi siempre asociado al momento de la visión o epifanía lírica, es decir, a esos momentos en que del poema surge una revelación que afecta al conocimiento que el sujeto tiene de sí mismo. La epifanía brota entonces significativamente del fondo del paisaje natal, paisaje de la memoria que es, también, paisaje del alma. En «Mi inspiración» es evidente la interacción con él. Las «rocas y las olas» desatadas son el mejor interlocutor para quien siente «el peso enorme de una inútil vida». Y del corazón de este paisaje aún anclado en lo real, por más literario que resulte, ha de surgir la visión que centra el poema: una mujer fantástica, gigantesca, que se alza de la «niebla oscura» vestida de blanco, con un velo negro sobre el rostro que el viento, por momentos, deja vislumbrar.

Habría que destacar la lograda plasticidad de la imagen, que Díaz describe con ojos de pintor¹⁶, pero con efectos dinámicos perfectamente literarios, como cuando la compara a un tornado tropical:

Cual manga de agua que aquilón levanta
 En los mares del Sur, así camina,
 Y sin hollar el suelo con su planta
 A mi escollo se inclina.

La figura tiene una dimensión simbólica que se resiste a límites demasiado estrechos. Si el título del poema sugiere su valor de musa —«la musa de mi canto»—, también es inevitable que el sujeto poético crea hallar en ella una amante ideal —«¿eres tú mi querida?»—. En realidad será ambas cosas, pues llega y se despide con un beso en los labios. De este modo, ya desde este momento inicial se asocia en la poesía de Díaz la manifestación

16. Y que recuerda acaso aquella pintura del catalán Claudio Lorenzale, *El invierno*, de hacia 1857, en el Museo de Arte Moderno de Barcelona.

lirica con el brote amoroso. Musa o amante son semejantes. La poesía viene de la mano del amor. Pero la mujer fantástica, pálida y llorosa, no se deja arrebatar tan fácilmente su secreto, quién ella sea y en sí misma: «No tengo nombre alguno». Surge entonces una tercera sugerencia que convendrá igualmente a la inspiración de nuestro poeta: ¿acaso es ella la personificación de la muerte? Su velo negro, su confesada vocación de acompañante del dolor y las tumbas parecen indicarlo. Aun así, no es ella quien arrebatara las vidas: se limita a vagar allí donde la muerte aparece, siempre como musa, pero como musa también del dolor:

Sé trocar en ternezas mis terrores,
Sé acompañar el llanto y los dolores,
Mas nunca los consuelo.

Como tal musa y amante, entrega al poeta el instrumento de su inspiración fúnebre: un laúd «de ébano y concha» que —concretará— «en las playas de Albión hallé caído». De nuevo reaparece la referencia ossiánica, pues ese laúd es compañero de la lira de Osián que en «Óscar y Malvina», de Espronceda, «tierna melancolía / vertió en la soledad» con «acento de dolor lánguido y dulce» (1970: 171-172). Finalmente, antes de desaparecer, trazará la poética que domina el «espíritu abatido» del joven poeta Nicomedes-Pastor Díaz:

El rigor de la suerte
Cantarás sólo, inútiles ternuras,
La soledad, la noche, y las dulzuras
De apetejada muerte.

El poeta queda encerrado al comienzo del libro dentro del destino que ella le anunció, entregado a su «sepulcral tristeza». Y, dentro de ese tono dominante, su poesía habrá de ser necesariamente subjetiva, como declara el sujeto lírico:

Escrito está que este interior veneno
Roa el placer que devoré sediento.
Canta, pues, los combates de mi seno,
Infernal instrumento.
Destierra la alegría

Que nunca pudo a su región moverte,
 Y exhala ya tus cánticos de muerte
 Sin tono ni armonía.

La situación pasa a ser radicalmente diferente en el último poema, «A D. José Zorrilla». Este poema cumple una función estructural muy clara, sea como contrapunto simétrico del poema inicial o como epílogo de un libro concebido sobre un trazado autobiográfico. En cualquier caso, el título lo hace coincidir con las páginas en prosa que Nicomedes-Pastor Díaz había dedicado a saludar la aparición de Zorrilla en el panorama poético romántico, palabras que aún se recuerdan en el prólogo que el autor escribe para esta edición de 1840. Zorrilla, tal como Díaz lo ve, representa una voz que viene a acabar con el romanticismo liberal-progresista y, por lo mismo, a restablecer y desarrollar el camino inicial del movimiento, esencialmente cristiano y restaurador de las viejas tradiciones medievales. Este poema, incluso por su lugar simétrico del inicial, pretende ser una sistemática negación de los principios de «Mi inspiración»:

Y arrojemos por fin sobre la arena
 Ese laúd de estériles dolores
 Do, rotas ya las cuerdas, ronco suena,
 Sordo el bordón no más, llanto y furores [...].

Y es negación también del sujeto lírico que protagoniza la mayor parte de los poemas de 1840, ya que ahora se fuerza un sujeto impersonal, pretendidamente positivo, que con frecuencia toma tintes de sujeto colectivo o, por así decirlo, de sujeto social:

Y en vez del arrastrar de esa cadena
 Levantemos la voz, libres cantores,
 Alta y robusta que la escuche el suelo,
 El mundo sin rubor, sin ira el cielo...

Esto es lo que significaría la poesía de Zorrilla dentro del contexto literario español, con la paradoja añadida de que esta poética sea cantada por quien es de hecho su víctima lírica:

Y al fin verás la estúpida mirada,
 Que en un sepulcro pretendió vacío
 Todo abarcar el porvenir sombrío
 De su honda eternidad,
 Ardiente alzarse y reflejar radiosa
 Ese sol de vivir, que en su occidente
 Opuesto el iris deja ver fulgente
 De la inmortalidad...

Subsisten, sí, aunque cada vez más aislados, algunos ropajes del viejo yo de los que Díaz no quiere desprenderse, pues tienen que ver con su anclaje sentimental y simbólico en la patria gallega lejana, que es también la patria del corazón y la infancia, como hemos visto, o, si se prefiere, del mito original privado:

Hijo del mar, sus rocas y arenales
 Me dieron su tristeza, y su gemido.
 El cierzo y los contrarios vendavales
 Fue el céfiro en mi cítara mecido;
 Mi césped blando y mi musgoso lecho
 Verdosas algas y marino helecho.

La negación del tema amoroso, de la sensibilidad lánguida y morbosa de los asuntos fúnebres; en suma, la negación de su mundo característico y más personal lo llevan a un callejón sin salida como poeta. Pero, por otra parte, incluso él mismo parece consciente de que el discurso social, apocalíptico, que reclama es ahora irremediabilmente anacrónico:

Pues contra el mundo y su razón tronemos,
 Aunque a sus ojos de esa edad pasada
 Podamos parecer desenterrada,
 Tremenda aparición.

Y no le abandona la conciencia poética cuando asume la imposibilidad de resolver estas contradicciones en el terreno material del poema. Esa conciencia poética llega al punto de anunciar en este último poema su abandono de la poesía. El poeta joven fue sacrificado así porque no supo seguir la maduración del hombre político y religioso:

A mí aún me deja de esa edad que lloro
 Un eco el corazón, que ya no es mío:
 Viejo instrumento que vibró sonoro
 Yace sin cuerdas sobre el polvo frío.
 Sólo aún repite de tu alambre de oro
 Sordo unísono el tono en su vacío...
 Mas cuando mayo con sus flores vuelva
 Ya te oirá sólo, rui señor, la selva.

Amor y elegía

El poema introductorio «Mi inspiración» anunciaba la estrecha interrelación entre poesía, amor y muerte que caracteriza buena parte de la obra lírica de Pastor Díaz y que le confiere, por otra parte, un sostenido tono elegíaco. No debe extrañar así que la condena posterior de la poesía subjetiva arrastre la condena del amor, adscrito sin mayores matices al campo del placer o la frivolidad. En todos los casos, la poesía –«el delicioso placer de hacer versos»– no es para él un simple ejercicio de ingenio, sino la expresión –exaltadora o condenable– de una fuerza que encarna en los versos, pero que nace y se alimenta del amor, principio vital básico e inevitable.

Sea por medio de la voz lírica, en el caso de los poemas, o sea por medio del personaje de Javier, en *De Villahermosa a la China*, el sentimiento amoroso ocupa un lugar central en su obra, antes y después, desde las exaltaciones adolescentes de «Amor sin objeto» hasta las diatribas de la novela, pasando por la degustación atormentada de poemas como «Su mirar». Para el muchachito de «Amor sin objeto» la pena de amor nace de su misma carencia de materialidad: «pues que nadie responde a mi amor». Es necesidad vital que existe incluso sin objeto en que cumplirse. En «Su mirar», el hombre de sociedad afirmará que la sensación de vivir solamente se recupera mediante el amor, una idea que resonará aún con mayor verdad existencial en los poemas de madurez:

Volvió la vida a latir,
 Volvió el alma a delirar,
 Volvió el ardor de sentir,
 Y el infierno de vivir,
 Y el paraíso de amar.

Pero aquí mismo se destaca también cómo el amor no sólo exalta y resucita, sino que arrastra al «infierno de vivir». El amor es delicioso, sí, pero el amor hace daño. Ya en un poema temprano, como «Mi reclusión», aparecía esa ecuación:

... mi aciaga suerte
 Al amor me condena;
 Y amor será mi muerte;
 Amor mi vida abrasa, y la envenena.

Y nos volvemos a encontrar la idea en «A la luna», de su etapa plenamente romántica:

Desde el primer latido de mi pecho,
 Condenado al amor y a la tristeza,
 Ni un eco en mi gemir, ni a la belleza
 Un suspiro alcancé.

El amor es un castigo en casi todos los casos, sea bajo las formas de una amada que vuelve de la tumba para reclamarlo, de una enigmática mariposa negra o de un ángel que arrastra su rayo mortal bajo la indiferencia de un bello rostro. Por otra parte, el sujeto lírico puede llegar a representar para otros ese mismo papel y ser él mismo instrumento punitivo del amor: «Quema mi corazón todo lo que ama», escribe en el poema «La inocencia». Y, en consecuencia, el amor puede llegar a ser remordimiento, como se ilustra en «A un ángel caído» o en «Desvarío». Así, la vivencia agónica del amor se enreda con la conciencia de culpa que tanto lugar ocupa en la obra tardía y que desemboca en las protestas del prólogo de 1840 o en el poema a Zorrilla:

No, poeta, no más cantar amores,
 Leve flor de una aurora de la vida
 Que ni del sol resiste a los ardores,
 Ni del cierzo a la ráfaga aterida.

En la novela, la conciencia de culpa ocupa el lugar principal¹⁷. El amor humano, asociado al placer, es sacrificado –ésa sería la palabra exacta– ante el amor divino, el propio de la religión. La idea rondaba ya entre los versos de «Al Eresma: «Busqué amor que hallar no puedo / En quien sólo ama el placer». Irene, una de las enamoradas del protagonista de la novela, se protege del amor imposible haciéndose monja. El poema «En una despedida», que comentaré más adelante, sugiere la misma salida en el interlocutor femenino. El protagonista de la novela, Javier, trasunto del propio autor y su portavoz indiscutible, ha sido un conquistador impenitente que desde el primer capítulo de la obra proclama su deseo de retirarse del mundo. Eso no quita que sienta de un modo exasperado las llamadas del amor y la belleza de las mujeres, pero su reacción casi neurótica, hipe-restésica, busca ahogarlas a costa de lo que sea. Su vocación religiosa no lo es tanto, contemplada sin anteojeras ideológicas, sino un modo de penitencia o de mortificación, una huida en absoluto serena de los reclamos acuciantes de la carne. Por eso, más que de una victoria se trata de una posición fieramente defendida en plena batalla:

Mi espíritu responde que yo no lucho contra el amor porque amor sea, sino porque ese amor no es más que placer. Contra lo que busco en vano en la razón mi ayuda, es contra la divinización de ese placer que desdeño, no porque no le sienta, no porque no me embriague, o me subyugue (¡Dios mío! En tal caso no le combatiría), sino porque hay una voz más alta y misteriosa, que suena allá en la región donde el alma toca al cielo, que contra el imperio del placer me grita, y contra su soberanía me rebela... (*Obras*: III, 173).

17. En la novela leemos: «Yo, del suicidio salvé mi vida, de la venalidad salvé mi honra; pero no pude salvar mi conciencia de la responsabilidad y remordimiento de haber contribuido con todas las dotes que para lo bueno, lo bello y lo grande me había dado el cielo, a esta obra de corrupción, de frivolidad y anarquía, de indiferentismo y de duda, de negación de todo criterio y de desconocimiento de toda autoridad, que ha entregado la dominación de nuestra época a la trinidad atea de estos principios: ¡El interés! ¡El placer! ¡La fuerza!... cuando los consagra la legitimidad de la fortuna...» (*Obras*: III, 170).

No es la razón, sin embargo, la solución frente al amor-placer, y en ese mismo pasaje se condena la razón, como ya sucedía en «La mano fría». Y recordemos que «razón» en este contexto le sirve a Pastor Díaz como equivalente de la conciencia autosuficiente del hombre, del libre ejercicio de la subjetividad. Pero en la novela el conflicto se sitúa en un auténtico disparadero religioso, como si la herida de unos ojos hermosos pudiese encontrar solución con el martirio en tierras orientales.

Como ya he señalado, esos zigzagueos alrededor del amor y sus conflictos están organizados en el poemario de 1840 según un criterio cronológico, a la vez argumental y discursivo. Podemos detenernos entonces en tres o cuatro aspectos que, aunque muy unidos entre sí, responden a momentos claramente delimitables del libro: el amor fúnebre y la visión, el amor como distancia o como castigo y la recuperación de la poesía mediante el amor¹⁸.

La imaginación fúnebre

En un poema que coincide en el título con otro temprano de Díaz, «L'immortalité», Lamartine escribía estos versos que pueden servirnos de prólogo a este apartado:

Je te salue, ô mort! Libérateur céleste,
 Tu ne m'apparais point sous cet aspect funeste
 Que t'a prêté longtemps l'épouvante ou l'erreur;
 Ton bras n'est point armé d'un glaive destructeur,
 Ton front n'est point cruel, ton oeil n'est point perfide¹⁹.

18. Y ahora convendrá recordar la intensa faceta amorosa que revelan los diarios y que rompe la imagen oficial que proyecta el literato, tan estimada por la crítica conservadora. Recuérdese ese comentario de Leal Ínsua (1943: 240): «Muerta Lina no pudo amar de verdad a otra mujer y el alma se le fue quedando sin su canción».

19. Lamartine, Alphonse de, *Méditations poétiques. Nouvelles méditations poétiques, suivies de Poésies diverses*, ed. Marius-François Guyard, París: Gallimard, 1981, pp. 37-38.

En el poema inicial de 1840, «Mi inspiración», la mujer misteriosa le anunciaba al sujeto lírico esta poética de la muerte apetecida:

Cantarás sólo, inútiles ternuras,
La soledad, la noche, y las dulzuras
De apetecida muerte.

Es la «fúnebre melancolía» que veía Valera (1961: 343) en sus versos y que se concentra en su poesía primera, para diluirse un tanto después. El amor sigue teniendo aquí importancia, bajo una concepción angustiada. En esa etapa inicial va asociado a Lina, aquella muchacha muerta en su primera juventud y a la que pretende volver mediante los versos. El reencuentro amoroso, entonces, solamente puede producirse en medio de ese escenario fúnebre y morboso, como lo muestran bien un puñado de poemas.

El segundo poema de 1840, «Una voz», abre la secuencia de estos poemas y lleva a la práctica la poética trazada en el anterior. La misteriosa voz que el sujeto poético escucha procede ahora de un tumba. Es un esqueleto airado –«agigantado, aéreo, luminoso»– quien pronuncia su nombre:

Ahora se eleva de una tumba oscura;
Nube la sigue de terror secreto;
Aún pronuncia aquel nombre de ternura,
Pero es quien le pronuncia un esqueleto.

Como anticipo de la «negra sombra» rosaliana y como variante de su propia mariposa negra, «doquier que vuelvo mi aterrada planta, / Allí me sigue, inseparable sombra», escribe. Lo peculiar del caso, lo que singulariza la visión fúnebre de nuestro poeta en este tópico romántico de la unión de amor y muerte, son sus connotaciones francamente morbosas²⁰. La voz cono-

20. Sobre los intensos vínculos entre amor y muerte en la literatura y el arte de esta época, es muy recomendable el trabajo colectivo dirigido por Begoña Torres González (2001), en el catálogo de la exposición *Amor y muerte en el Romanticismo*, con fondos del Museo Romántico de Madrid. Aun así, llama la atención –o confirma lo visto– el hecho de que Pastor Díaz sea ignorado en todos los trabajos.

cida es la de un antiguo amor, que en tiempos felices «amor, amor, su acento pronunciaba». Ahora, los acentos dulces y primaverales toman un sesgo incluso grotesco, extravagante, como cuando compara el gemido del placer sexual con el gemido de la agonía:

Ya del placer el desmayado instante
 Con bárbara ficción remedar quiere;
 Ya en resuello profundo, agonizante,
 Imita las congojas de quien muere...

A fin de cuentas, en el poema inicial de la serie ya anunciaba él que serían «lánguidas agonías mis caricias, / y una tumba mi lecho». Ante el reclamo de esa voz de ultratumba, de ese esqueleto inquieto —«voz de muerte y de ternura», según el esquema de la tumba-lecho—, el sujeto lírico se rinde. «Postrado ante la yerta losa» promete, sin embargo, que su voz no llamará a nadie cuando le llegue a él su momento: «No quedará ni voz, ni sombra leve». Será él un muerto discreto.

«Mi reclusión», poema descartado con acierto en 1840, es otra variante de estas fantasías eróticas adolescentes, ahora con el nombre propio de Lina. Hay datos internos que permitirían situar el poema en un contexto biográfico. Los muros que encierran al sujeto deben de ser los del colegio de Fonseca, en Santiago de Compostela, en donde estudia desde 1825. Lina, tal cual la describe el poema, debe de estar en la fase final de su enfermedad, lo cual da lugar a una morbosa prosopografía:

Palidez devorante
 Marchita tus mejillas nacaradas;
 Tus célicas miradas
 Salen allá de esos hundidos ojos...
 Tus labios son ruinas;
 Tus cabellos, despojos:
 ¡Tú también al sepulcro te avecinas!

Pero nunca más gracias te hechizaron...
 ¡Nunca tan bella así me pareciste!
 ¡Ama mi corazón todo lo triste!...

«La inmortalidad», correspondiente a la misma época, tiene un valor subsidiario para entender las concepciones del joven poeta. Se trata de una larguísima epístola de 374 versos, descartada también con acierto en 1840, que viene a ser una exaltación culturalista de los placeres de la muerte, vista como espacio paradisiáco para el amor: «Cuna el sepulcro fue de su ventura» (v. 107), «¡Oh, puerta del vivir..., tumba dichosa!» (v. 159). Mediante referencias que van del Elíseo griego a las huríes del paraíso islámico, el joven Díaz traslada al espacio de ultratumba ni más ni menos que los goces sensoriales de la vida. Eso sí, sin referencias al más allá católico. Este extravagante epicureísmo juvenil poco o nada tiene que ver con la ortodoxia católica que profesará el futuro exaltador del martirio en tierras lejanas, lo cual explica la nota disculpatoria en la edición póstuma. En cualquier caso, resulta curioso observar esa paradójica continuidad.

«A la muerte», de 1829, que se abre con un dudoso apóstrofe al laúd del poeta latino Tibulo, tiene mayor interés literario, lo cual explica su inclusión en 1840. La inspiración fúnebre aparece aquí más estrechamente ligada a las vicisitudes personales y biográficas de Nicomedes-Pastor Díaz, como lo demuestra el uso de los nombres propios, tanto del río Landro, el de Viveiro, como de Lina, su amor adolescente. Es más, hay pistas sobre el desenlace de esa relación. En este poema comienza a apuntarse un tema que será central en *De Villahermosa a la China*: el rechazo de los placeres sensuales y, más allá, la conciencia atormentada por el pasado depravado, tanto por la disolución del yo personal en un «letargo profundo» como por haber sido él mismo agente corruptor.

A diferencia de la novela, las alusiones al ámbito religioso en que acabará refugiándose el autor maduro son muy leves. La muerte sola, ligada a ese amor de ultratumba –amor puro– que ya se ha visto en los poemas anteriores, le basta como horizonte vital y aun erótico. Y la muerte es «muerte consoladora». Lina y Viveiro, cada una en su plano, representan aquí la inocencia

perdida. El último deseo, pues, sería volver al ayer, a los brazos de Lina agonizante para morir también y salvarse entre ellos:

En ellos, ¡ay!, exánime posando,
 Mi rostro al suyo uniendo,
 Al compás de su lloro agonizando,
 Y sus tardías lágrimas bebiendo [...].

«Desvarío» retoma estas constantes poéticas desde una perspectiva de mayor madurez, con el motivo inicial de las ilusiones frustradas de la juventud, común al malestar romántico:

Alto mi juventud remontó el vuelo
 Y más alto mi amor.
 Ídolo a su pasión buscó en el cielo,
 Pábulo digno a su inmortal ardor.

Se alternan después tres imágenes familiares que se funden. Primero, el lecho de amor –cifra del deseo erótico y del placer– es al mismo tiempo un altar –amor que trasciende la esfera terrestre–, pero ambos se convierten finalmente en tumba –antítesis de lo anterior, desengaño final o única realidad–. Un verso lo resume: «gozando entre una tumba y un altar». De acuerdo con su morbosa inclinación a asociar el amor al campo funerario, el sujeto lírico aún luchará por volver a hacer de esa tumba un nuevo altar –si bien sacrílego– para su amor. Pero, también, como en otros poemas, acabará siendo él mismo un muerto viviente²¹:

Luz y fuego perdí... Sin movimiento,
 Sin camino después,
 De la vida el calor faltó a mi aliento,
 La claridad del día ante mis pies.

Con todo, en este poema concreto hay la voluntad o el deseo explícitos de escapar a ese destino impuesto entre cielo e inferno, entre exaltación y muerte, para llevar una vida normal, gozosa, para disfrutar de la naturaleza y del amor correspondi-

21. La imagen del muerto viviente reaparece en «Desvarío», «El Eresma» o «Su memoria».

do. Aunque el sujeto lírico distancia y relativiza su propia voz al entrecomillarla en estilo directo y en un tiempo pasado:

«Dejemos en sus sábanas de hielo
A los muertos yacer.
Dejemos a los ángeles su cielo,
Y en la tierra busquemos el placer.»

La respuesta –la sentencia, en realidad– llega en los últimos versos, en boca precisamente de ángeles y muertos:

«–No hay para ti ese mundo: llora en vano
Quien en sepulcro convirtió el altar.»

El proceso, como se ve, recuerda aquellos versos de Espronceda en «A Jarifa en una orgía», que resumen un proceso similar de caída desde la exaltación a la realidad:

Luego en la tierra la virtud, la gloria,
busqué con ansia y delirante amor,
y hediondo polvo y deleznable escoria
mi fatigado espíritu encontré (1970: 261).

Podríamos cerrar este apartado con «A la luna». Los poemas a la luna son tributo inevitable a la sensibilidad romántica, que mediante la prosopopeya la transfigura en una suerte de diosa melancólica, solitaria, confidente y demás notas bien conocidas, como pudieran resumir estos versos del poema:

Tú [...] que a los tristes acompañas,
Y al pensador y al infeliz visitas;
Con la inocencia o con la muerte habitas.

La singularidad del poema de Nicomedes-Pastor no la encontraremos, por tanto, en el motivo central, sino en el modo en que éste se inserta en su particular poética. La estrofa inicial, por ejemplo, tiene un carácter metapoético y recapitulatorio que remite a las constantes de su escritura lírica:

Desde el primer latido de mi pecho,
Condenado al amor y a la tristeza,
Ni un eco en mi gemir, ni a la belleza
Un suspiro alcancé.
Halló por fin mi fúnebre despecho

Inmenso objeto a mi ilusión amante,
 Y de la luna el célico semblante
 Y el triste mar, amé.

Tras su «fúnebre despecho», tenemos singularizados dos objetos favoritos de su imaginación, ambos ligados a la patria gallega perdida: la luna, que es la misma que lucía en su tierra, y el mar, cuya nostalgia se expresa mediante esos dos logrados versos: «El mar quedose allá por su ribera, / Sus olas no treparon las montañas». Reaparece aquí, aunque con la perspectiva de la madurez, la visión de la niña amada y muerta, que tantas visiones morbosas había despertado en los poemas iniciales. La luna va desmayada «como el semblante de una virgen muerta» que él vio expirar...

La he visto, ¡ay Dios!... Al sueño en que reposa
 Yo le cerré los anublados ojos;
 Yo tendí sus angélicos despojos
 Sobre el negro ataúd.
 Yo solo oré sobre la yerta losa
 Donde no corre ya lágrima alguna...
 Báñala al menos tú, pálida luna,
 Báñala con tu luz.

E incluso hay ecos concretos de «La mano fría»:

Es cieno ya la esqueletada vida;
 No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura;
 La muerte reina ya sobre natura,
 Y la llaman... *verdad*.

Pero donde está el mayor logro del poema es en su final abrupto, donde el acopio de referentes tradicionales, mitológicos o simplemente tópicos desemboca en una imagen «esqueletada» del astro, que desmiente cualquier idealización:

¿Qué eres de hoy más sobre ese helado cielo?
 Un peñasco que rueda en el olvido,
 O el cadáver de un sol que, endurecido,
 Yace en la eternidad...

No es sólo la idea presente en Espronceda y en otros románticos de que su luz sea prestada, ilusión de vida que vierte en

ella el sujeto poético. El poema deconstruye en realidad todo el armazón retórico heredado, romántico en esencia, que sirve de hilo conductor: su verdad desnuda es la de una piedra arrojada en el vacío.

La visión

En los poemas anteriores ya aparecía el carácter visionario de la imaginación de Díaz. Visión, fantasía o capricho son términos perfectamente aplicables a estos poemas donde se traspasan los límites entre sueño y vigilia o entre vida y muerte. Hay además una marcada coherencia en su irrupción, que suele darse bien en la soledad nocturna del gabinete, bien en el espacio abierto –y no menos solitario– de las alejadas playas de Viveiro. En uno y otro caso, como no hará falta resaltar, nos encontramos con proyecciones simbólicas de la subjetividad, sea como el espacio replegado e interior del yo, sea como su ámbito germinal, puro, bronco y abierto. En cualquier caso, la irrupción de la visión supone siempre una revelación esencial para el sujeto lírico²².

Quizás sea «La mariposa negra» el poema más popular hoy en día de Nicomedes-Pastor Díaz. En él se encuentran los motivos recurrentes de su estética erótico-funeraria unidos a una brillante utilización de los recursos simbólicos e imaginativos. En ningún momento se busca una explicación abstracta para esa imagen perturbadora de la negra mariposa, que en un principio irrumpe en la soledad de la habitación con una cotidianidad que nada tiene que ver con otras visiones anteriores:

22. En la reseña dedicada a la poesía de Gómez de Avellaneda y a propósito de la imitación de Víctor Hugo titulada *Los duendes*, escribe: «Enhorabuena que califiquen esos versos como ridículas quimeras los que tienen la fortuna de dormir siempre tranquilos un apacible y sosegado sueño, o de trasnochar en una vigilia serena. El autor de estas líneas tiene la desgracia de haber sentido pasar muchas veces sobre el lecho de sus delirantes insomnios algunos *enjambres de duendes*» (*Obras*: I, 127-128).

No como un tiempo colosal quimera
 Mi atónita atención amedrentaba,
 Mis oídos profundo no aterraba
 Acento de pavor;
 Que fue la aparición vaga y ligera,
 Leve la sombra aérea y nebulosa,
 Que fue sólo una negra mariposa
 Volando en derredor.

Con razón se han señalado sus semejanzas con *The raven*, de Poe (Valle Moré 1911: 57; Alonso Cortés 1916: I, 1; Chao 1949: 266), o incluso con la negra sombra rosaliana. La mariposa no es la Muerte, la Razón o el Amor. En el contexto del libro de 1840, la mariposa remite una vez más –como la llamada de «Una voz»– a la amada muerta que regresa ahora, como fantasma aterrador, para perturbar la conciencia del sujeto lírico:

A veces creo que un sepulcro amado
 Lanzó bajo esta larva aterradora
 El espíritu errante que aún adora
 Mi yerto corazón.
 Y una vez, ¡ay!, estático y helado
 La vi, la vi, creciendo de repente,
 Mágica desplegar sobre mi frente
 Nueva transformación.

Y se pregunta: «¿Qué es?... ¿Qué quiere de mí?...» Pero la identificación con Lina no reduce su calidad extraña y desasosegante, que de nuevo nos dirige más a la conciencia del sujeto –y a su imaginación creadora– que a la materialidad de la mujer muerta. Él mismo lo proclama: «No hay más verdad que la ilusión del alma». El carácter ambiguo de estas visiones se traduce perfectamente en su ropaje metafórico, como ya sucedía en «Una voz». En medio de sus vuelos, la mariposa negra se transforma por un instante en una acogedora visión erótica: sus alas se tienden como un velo «sobre un cuerpo fantástico colgadas», el zumbido pasa a ser «voz profunda melodiosa», y un rostro de «pálido marfil» se alza donde antes había solamente una «larva aterradora». Aun así, el brillo de sus ojos revela una obsesiva idea de venganza: «hiere en el alma como hiere

el vuelo / del rayo vengador». Este erotismo fúnebre está compuesto de contrarios: asco y ternura, deseo y venganza, ilusión y frustración.

La imagen final abandona de modo brillante el espacio claustrofóbico y oscuro de la habitación para remontarse por contraste a un paisaje natural y grandioso, cercano a la sublimidad. El vacío del pecho del sexto verso, en donde antes rugía un volcán ardiente, no era sino una convencional imagen de la pasión extinguida. Al acabar el poema con la misma imagen, Nicomedes-Pastor Díaz la eleva a un nivel superior de imaginación, ligándola al roce misterioso de las alas que acabamos de ver:

A esa extraña región,
Do sobre el cráter de un abismo helado
Las nieves del volcán se derritieron
Al fuego que ligeras encendieron
Dos alas de crespón.

El otro poema imprescindible de Díaz, y como éste, una fantasía nocturna, es «La mano fría». El planteamiento es muy similar al de «La mariposa negra». También aquí el sujeto del poema aparece en medio de la noche, en un espacio doméstico y cerrado, cercano al que se da en las narraciones de terror. Algo de eso tiene esta visión, apuntalada por el poeta de modo brillante en la descripción, donde combina lo puramente plástico —la propia mano sin cuerpo— con lo auditivo y lo táctil. Primero es un grito. Al despertar, «todo era silencio y sombras». Luego, se oye arrastrar la mano «como en la yerba un gusano», trepa por sus miembros: áspera, fría, férrea, dura, sola, helada «cual de un muerto despegada». Por fin, «cual monte de hielo», se posará en su frente, con un dedo sobre los labios del aterrizado protagonista.

La segunda parte del poema abre otra secuencia paralela. El mundo, al despertar el día, ya no es el mismo. Es «mundo en esqueleto». Donde había hierba, hay ahora polvo. El sol aparece apagado, cubierto con paños negros. Las voces callan o sueñan en algarabía. Los hombres y las mujeres parecen espectros,

«desecadas momias». El mismo corazón del sujeto lírico es ahora cadáver, como si la mano aún estuviese cerrada sobre él²³.

La tercera parte tiene un valor conclusivo. La mano desasida, a diferencia de la mariposa negra, sí tiene un significado concreto que el poeta va a ir desvelando progresivamente, hasta el último verso. No es «la mano del tiempo» ni son sus dedos «desengaños», pues el sujeto apenas ha cumplido los veinte años de edad. Tampoco es imagen de la muerte, y esto merece cierto detenimiento. La muerte no aparece en estos poemas como algo brutal o terrorífico, cosa que sí es la mano. Las manos de la Parca se recuerdan ahí como leves, perfumadas, suavísimas, deliciosas. Curiosamente, reaparece aquí una de esas citas intertextuales que hemos ido viendo en los otros poemas y que refuerzan la coherencia del poemario. No puede ser así la mano de «emboscada muerte», que intenta lograr «lo que no pudo una voz», en alusión a su poema «Una voz». Allí, su lejana amada volvía como un grotesco fantasma para arrastrarlo a su tumba, esa tumba que aquí reaparece como «una tumba, ¡ay!, que perdí». En fin, la mano no es la del infortunio o del destino, ni la del cielo o del infierno: es «la mano de la razón».

¿Qué significa esta conclusión, conocidas las circunstancias biográficas y culturales de Nicomedes-Pastor Díaz? Ante todo, como romántico que es y será, la mano representaría la razón desasida del cuerpo, de los sentimientos y las ilusiones, de la vida en suma. El romanticismo, no debemos olvidarlo, es una concepción organicista del mundo, donde nada es en sí mismo, frente a la concepción mecanicista del universo newtoniano. Todo es y existe en relación con todo lo otro. Por eso, es también la áspera y fría razón la que, por vía táctil, pero también conceptual, impide la realización plena de la existencia²⁴. Y aún

23. Samuels (1943: 6) aduce como «modelo directo» de esta visión la apocalíptica de «Darkness», de Byron.

24. «¡La razón fría! ¡La verdad amarga!» (1982: 102), escribe Espronceda para delimitar el momento en que doña Elvira recupera la razón, en la segunda parte de *El estudiante de Salamanca*.

cabe otra interpretación, más elusiva. El talante moderado y progresivamente conservador de Nicomedes-Pastor Díaz apunta aquí contra el ideal del progreso contemporáneo, que tiene sus raíces en el racionalismo dieciochesco, es decir, en los tan denostados –por los conservadores– filósofos de la Ilustración. Alude también, como señalé más arriba, a la conciencia auto-suficiente del hombre, al libre ejercicio de la subjetividad. La referencia final al «orgullo del hombre» –hermano del orgullo luciferino– parece una pista suficientemente clara. Por si aún hiciese falta, podemos recordar también la referencia a la razón que se encuentra en el poema dedicado a Zorrilla, el más cargado ideológicamente, donde se lamenta de que «ya no existen ni templos, ni desiertos», de que «Naturaleza y religión pasaron»:

Sólo los hombres míseros quedaron,
 Su mundo y su razón;
 Pues contra el mundo y su razón tronemos,
 Aunque a sus ojos de esa edad pasada
 Podamos parecer desenterrada,
 Tremenda aparición.

«A la C... de S...» representa una vuelta de tuerca sobre los amores imposibles, que después veremos, y sobre las visiones nocturnas. La atmósfera en que se da el encuentro, brillante y personal, nos retrotrae al poema inicial, ahora sin las vaguedades adolescentes: un paisaje cantábrico –su paisaje natal–, una playa abierta y tormentosa, un peñón sobre el que aparece ella «en enlutado manto, / bajo tocas de duelo oscurecida», lo cual propicia la imagen de la mujer como «áncora por el mar de algas cubierta»:

Alzarse vi entre el alga de esas rocas,
 Como sirena que del mar brotara,
 Cándida imagen entre negras tocas,
 De ébano el cuerpo y de marfil la cara...

Pero ése es el espacio de la visión, un paisaje y una situación de ensueño personal, lejos de «esa inmensa sierra» del centro de España en que se sitúa el presente real. Ya en «Al silencio», de 1829, antes de marchar a Madrid, el sujeto lírico aparecía

sentado sobre unas rocas frente al océano, en la misma situación que abría el poemario de 1840, aunque sin su componente visionaria. O recordemos cómo en «A la luna», también al pie del Guadarrama, oye el mugido del mar. Es un estereotipo consagrado en su poesía: el sujeto lírico se reencuentra –digamos, textualmente– en ese paisaje concreto, que suele ser también el espacio medio real y medio imaginario en que se produce la aparición de la mujer fantástica.

Por lo mismo, la bella enlutada que aparece en el poema que analizamos, «A la C... de S...», viene a ser hermana de la musa fúnebre y céltica del poema inicial y de la posterior y católica sirena del Norte. Su belleza romántica se esboza con una referencia a Murillo: en su palidez hay una «lánguida sonrisa de tristeza» y, como las Inmaculadas, se balancea sobre las nubes, entre cielo y tierra:

¡Oh!, sí, yo le admiré, pero en mi arrobo
Fantasma de mis sueños le creía
Que entre los rayos de la luna al globo
Sobre un grupo de nubes descendía...

En el poema, la indiferencia inicial del sujeto lírico ante la presencia de la mujer se convierte en amor desesperado cuando ella regresa en forma de sueño y como tal sueño se disipa ante sus ojos. Entonces, ambos se encuentran sin una palabra, apenas unas miradas que descubren en el otro el llanto, el dolor, pero un dolor por así decirlo intransitivo, que no busca consuelo en él. La paradoja de la visión es que solamente ella permite comprender –o simplemente ver– lo que la realidad cotidiana oculta²⁵.

La incertidumbre sobre el origen de la visión, su carácter irreal, acaso recuerdo o sueño, se traslada al registro sintáctico, con esos balbuceos...

25. De todos modos, el título y dedicatoria del poema –«A la C... de S...»– sugieren, por contraste, un referente real y preciso, posiblemente una condesa como la que se entreveía en «Su memoria».

Yo no lo sé: de esta memoria incierta
 Como en sueño fugaz la imagen pierdo,
 Y vacilando el corazón no acierta
 Al origen subir de este recuerdo.

El tono discursivo del poema combina de modo acertado el registro coloquial y los efectos musicales. Lo primero se logra mediante balbuceos y circunloquios: «Yo no lo sé», «sólo sé que», «erais hermosa, sí; recuerdo ahora», «¡ah!, sí, erais bella»... Lo segundo, mediante paralelismos sintácticos y mediante ritornelos que subrayan dos elementos esenciales para el sentido del poema, la soledad y el llanto:

Y llanto y soledad más triste ahora,
 Y llanto y soledad eternamente;
 Llanto porque os dejé, dulce señora,
 Y llanto, ¡ay Dios!, porque os adoro ausente.

«La sirena del Norte» es la tercera de las sirenas de 1840 y uno de los poemas más populares de Nicomedes-Pastor Díaz, o, al menos, aquel por el que se le solía recordar hacia el último tercio del XIX. La sirena de Díaz se contrapone desde los primeros versos a la sirena pagana, mediterránea y sensual. Podríamos decir que su sirena norteña es la cristalización del arquetipo romántico de los Schlegel, aclimatada en tierras gallegas. Como ya se señaló antes, para los Schlegel la literatura romántica, en su sentido de literatura de la era cristiana, reacciona contra los valores exteriores y sensoriales de la época clásica. Ese cambio tiene también connotaciones geográficas. Para el primer romanticismo conservador, la nueva literatura toma sus rasgos esenciales del carácter de los pueblos del norte, donde prevalecen los valores sentimentales, especialmente la melancolía, y una subjetividad en la que predominan los anhelos vagos, el deseo de un más allá de lo material:

La nature sévère du Nord force l'homme à rentrer en lui-même; mais ce qu'il perd du côté des développements brillants d'une imagination sensuelle, tourne au profit des dispositions plus nobles et plus sérieuses de son âme. C'est ce que prouve la franchise avec laquelle les anciens peuples germains embrassèrent le christianisme (Schlegel 1971: 44).

Por tanto, Nicomedes-Pastor Díaz crea una sirena cristiana que, frente a la clásica, conduce a los hombres con su canto hacia nuevas rutas y hacia horizontes cada vez más lejanos y abiertos. En última instancia, siguiendo el hilo del poema, la sirena invita al hombre a perseguir un más allá en su búsqueda incesante, pero un más allá de «mares sin orillas» que es el Cielo cristiano.

Interesa resaltar la coincidencia de este poema con otras visiones que hemos ido viendo, especialmente con aquella que abría el poemario, pues refuerzan la concepción orgánica y en desarrollo del conjunto. Si no supiésemos que el poema había sido publicado ya en 1837, podríamos deducir de su tema y tratamiento que correspondiese a la última fase de escritura del libro de 1840. La musa que hablaba en «Mi inspiración» era también musa romántica, pero en ella prevalecía un fondo ossiánico –pagano a su manera– que exaltaba los valores de la pura subjetividad, sin ningún sentido de trascendencia, y mucho menos cristiana. El poeta romántico que se presenta allí es el ser desgraciado, amigo de la muerte y cantor del dolor. También en «A la C... de S...» la amada surge del mar y se la llama sirena, pero es una sirena carnal y terrestre, que invita al amor humano, aunque sea amor imposible.

En «La sirena del Norte», a diferencia de los otros dos poemas, el sujeto lírico se desdibuja totalmente, a no ser por la ambientación gallega tan querida por Díaz. La anulación de la introspección en primera persona sirve para enfatizar lo que realmente cuenta: el mensaje moral y religioso, que con tanto énfasis defiende en el prólogo y al que, paradójicamente, dice allí no saber responder con su propia obra. Sus poemas, según él, no pertenecerían «al porvenir, ni a la sociedad, ni a la moral, ni a la religión, ni a objeto alguno universal, o, como ahora se dice, humanitario». «La sirena del Norte» es un intento de responder positivamente a esos ideales. Incluso podríamos aventurar que ensaya una adaptación de los valores líricos de Zorrilla –matizados en él por la sensibilidad meridional– a su mundo poético propio, a su paisaje ideal de niñez y juventud,

al que a pesar de la distancia será fiel siempre²⁶. Es una estrategia discursiva inteligente, pues su conciencia de artista sabe extraer de su práctica anterior aquellos elementos que siguen siendo válidos para la nueva poesía que desea construir. El reto, sin embargo, parece que excedía su tenacidad poética, como vamos viendo.

En cualquier caso, la construcción del escenario lírico es lo más atractivo del poema, visto con ojos actuales. Díaz consigue algo muy raro entre los poetas románticos españoles: levantar un paisaje real y vivido –por más hilos literarios que arrastre– y hacer de él un correlato objetivo de su propia meditación. El paseante solitario recorre la misma playa que veíamos en «Mi inspiración» o «A la C... de S...», aunque ahora con más detalles caracterizadores. La visión actual de las barcas en el mar de Viveiro, con sus luces o con sus marineros que hacen sonar la caracola, enlaza con la reflexión que ocupa el cuerpo central del poema, y concluye brillantemente, mediante una brusca elipsis, con la misma escena inicial: «el tumbo del mar sobre la arena, / y el bronco son del caracol marino». Así, la morriña del emigrado –morriña en tiempo y espacio, y hasta morriña moral– reencontra su origen mediante la ensoñación visionaria.

La mujer inalcanzable: amor como distancia o castigo

En «A la C. de S.», que acabamos de ver, se repite esta letanía:

Y llanto, y soledad, hermosa mía,
Y llanto y soledad eternamente:
Soledad, cuando amaros no creía,
Y soledad cuando os adoro ausente.

Lo cierto es que en casi todos los poemas que hemos ido viendo se realiza esta ecuación que liga el amor a su imposibilidad de realización o, en caso de sí realizarse, al dolor o al castigo. En una primera fase, era la frontera de la muerte. Después, el

26. Téngase en cuenta que el poema se publicó en 1837, el año del prólogo a las *Poesías* de Zorrilla.

carácter fantástico e irreal de la mujer. Veremos ahora nuevos matices en tres poemas especialmente interesantes, y no sólo porque representen una etapa de madurez expresiva en la obra de Díaz. «A un ángel caído», «Su mirar» y «Su memoria» nos ofrecen tres facetas diferentes de la inasibilidad femenina, ahora más pegadas al ámbito social, a la realidad cotidiana.

La figura del ángel caído es uno de los emblemas más típicos del romanticismo, con raíces en la poesía de Milton, pero especialmente asociado al titanismo byroniano. Lamartine, tan leído por Díaz y en general por los románticos españoles, escribía en su poema «L'homme», dedicado precisamente a Byron:

Plus je sonde l'abîme, hélas! plus je m'y perds.
Ici-bas, la douleur à la douleur s'enchaîne.
Le jour succède au jour, et la peine à la peine.
Borné dans sa nature, infini dans ses vœux,
L'homme est un dieu tombé qui se souvient des cieux²⁷.

En *De Villahermosa a la China*, Sofía le dice a Irene que su vida será un infierno si su amor no llega a realizarse. E Irene le responde, poco antes de entonar al órgano «El lago», de Lamartine:

—Viviendo así, Sofía, vivirás —replicó con la misma tranquilidad Irene—. Si mueres, tanto mejor, si resistes, no será tu vida un suplicio, no, será una pasión, una esperanza, como la del cielo, como la de Dios. ¡El infierno, querida mía! El infierno no es eso... El infierno es la desesperación... El infierno es el horror de lo que se ama. ¡El infierno! ¿Sabes lo que es el infierno, hija mía? La memoria que le quedó a Satanás del cielo, donde moraba... (*Obras*: III, 155).

El tópico es visible incluso en poetas tan poco byronianos como Zorrilla, quien, en su poema al también gallego Salas y Quiroga, escribía al modo de Lamartine que el poeta es:

Un ángel que pecó en el firmamento,
y el Señor en su cólera le envía
para arrostrar sobre la tierra impía
largas horas de lágrimas y afán.

27. *Op. cit.*, p. 27.

Por eso su memoria tiene un cielo,
y una sublime inspiración su alma,
por eso el corazón de triste duelo
vestido está también (1943: I, 41).

Espronceda –él sí byroniano– hará buen uso de esta imagen en su poesía, y su héroe titánico Montemar ejemplifica perfectamente esta dimensión sobrehumana del hombre que, frente a lo insondable, exiliado en la tierra, se eleva sobre cielos e infierno en busca de su verdad existencial. Sin duda, como lo ha analizado Susan Kirkpatrick (1991), se trata de un arquetipo masculino, contrapuesto por tanto a los valores de inocencia y domesticidad que caracterizan a la mujer. Pero, para lo que interesa más a nuestro caso, Espronceda no deja de aplicarlo también a la mujer, concretamente a Teresa:

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído
o mujer nada más y lodo inmundo,
hermoso ser para llorar nacido (1982: 231).

Teresa representa, en orden secuencial, la segunda fase de la inocente Elvira de *El estudiante de Salamanca*:

ángel puro de amor, que amor inspira,
fue la inocente y desdichada Elvira (1982: 93).

En todos estos casos –y podríamos añadir numerosas heroínas dramáticas– lo que realmente caracteriza a las mujeres es su destino desdichado: son inocentes –angelicales– y, casi como consecuencia, son desgraciadas a causa del mismo amor que inspiran. Sólo que en los hombres el conflicto tiene un sesgo trágico, sublime incluso, mientras que en las mujeres toma formas de patetismo sentimental.

Pues bien, lo peculiar del poema de Nicomedes-Pastor Díaz está precisamente en la inversión de esos papeles, hecho además desde la perspectiva de un sujeto lírico masculino. Hay cautelas en su planteamiento, desde luego, pero que no afectan a lo esencial. Sus ángeles caídos no son exactamente los compañeros de Lucifer, sino una familia de ángeles que ocupan un lugar intermedio entre los fieles y los «genios infernales», ánge-

les condenados por su rebeldía, pero salvados también por ser el suyo pecado de amor:

Pudo ser que el rebelde sentimiento
De el yugo sacudir de criatura
Fuese en alguno el generoso intento
De dar vida a otros seres y ventura.

Su condena será un largo purgatorio en la tierra, confundidos con los hombres. Ése es su castigo y su premio, retener la capacidad de amar y hacerlo entre los hombres. Díaz, hasta aquí, respeta en el fondo las convenciones del modelo. La divinidad los ha condenado a guardar en su interior esa dualidad que hace suya el héroe romántico típico:

«Y guarde a un tiempo el éxtasis del cielo,
«Y el arranque inmortal de su grandeza,
«Pero sin alas para alzar el vuelo
«Sobre el nivel de la mortal flaqueza.

Y, claro, también es convencional que tales seres respiren especialmente entre poetas y amantes, el círculo de los elegidos para la sensibilidad del momento. Pero, volviendo a lo singular del poema, en su segunda parte Nicomedes-Pastor Díaz descubre ángeles caídos que aparecen

En la forma aérea y vaga
De una fantástica maga,
de una fada, o de una hurí.

Son, por tanto, una forma temprana de mujer fatal, y por lo que antes señalé, rara en el romanticismo español pleno, aunque frecuente en las leyendas becquerianas y, por supuesto, en el imaginario del simbolismo finisecular. El hombre pasa a ser entonces la víctima del amor o, para ser más exactos, la víctima de la mujer, cuyo amor excede por su pasión —«ardor de infierno»— lo que los humanos pueden soportar.

La tercera parte del poema singulariza ya la visión en un yo que se dirige a un tú ambiguo, en el que se entrecruza el masculino del sustantivo *ángel*, elidido, con el femenino de la mujer que lo encarna:

¡Ay!, tú cruzaste hermoso ante mis ojos,
 Yo vi en tu frente escrita mi pasión,
 Y como un reo me postré de hinojos
 Para leer mi sentencia y maldición.

Como no podía dejar de suceder, esta aparición de una diosa tan bella como indiferente se cruza, en la peculiar visión erótica de Díaz, con las imágenes fúnebres:

Era triste, era horrible, era la muerte
 En yerta postración mi juventud;
 Tú pasaste a mi lado, y para verte
 Débil me levanté del ataúd.

El sujeto lírico, idealmente poeta y enamorado, comparte esos «deseos sin nombre»²⁹, es –por poeta y por amante– de la estirpe de los ángeles caídos, quienes confunden el amor con «ese anhelar sin objeto», lo cual conduce a la duda existencial:

¿Seré tal vez espíritu yo mismo
 Condenado como ellos a vivir?

Pero al final el poema resalta la distancia insalvable entre las «delicias de otra esfera» que el ángel anuncia con su presencia y la realidad mortal del sujeto, incapaz de auparse a ese otro mundo, como martillean las últimas estrofas:

Un mortal que a los ángeles adora
 Porque en el mundo qué adorar no halló.

«Su mirar» hace descender la inasibilidad de la mujer angélica a una esfera básicamente social, o más exactamente, baraja diferentes modos de inasibilidad femenina, desde la angélica a la social. Su arranque fija un aspecto que vamos viendo que es constante en el autor: el objeto erótico es casi siempre una creación del sujeto, aun cuando no sea propiamente una visión. La mujer deseada es, en cuanto deseada, el fruto de un sueño o una ilusión:

28. La misma expresión usará Bécquer en la carta tercera de *Desde mi celda*: «Cuando yo tenía catorce o quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre».

Pasó..., no era mujer..., era mi sueño
 Que el aura del crepúsculo mecía:
 El ángel era que forjó en su empeño
 De amor mi fantasía.

Y, como aquellas otras que vimos, su imagen idealizada la semeja a una Inmaculada de Murillo, célica, alzada sobre la esfera terrestre:

Aérea, alada, leve, trasparente
 Volar la vi sobre la verde alfombra,
 Como pasa un celaje de Occidente,
 Como vaga una sombra.
 Azul ropaje celestial vestía
 Y alas de gasa el serafín radiante:
 Era la luz, el aire, la armonía,
 Y un pálido semblante.

En «Su mirar» se refleja la quiebra de esas sucesivas imágenes creadas, en lucha con «el abismo de hielo de la realidad». La mujer angélica que logra incorporar al muerto en vida se transforma, mediado el poema, en una triste expósita... según el propio sujeto confiesa querer creer o adivinar:

Era sueño..., pasó..., ronca zumbando
 La voz del mundo resonó en mi oído,
 Y a tu nombre en sus ecos repetido
 Con pavor desperté.

Aunque en su imaginación prefiera ver a la dama como una tierna expósita, usando un arquetipo del patetismo romántico, la imagen que se impone al final es la belleza real y material de la aristócrata que cruza veloz e inalcanzable en «espléndida carroza»:

Yo siguiera a tu espíritu en su vuelo,
 Yo siguiera tu mente hasta las nubes,
 Y esa carroza do brillante subes
 No la puedo seguir.

Con esto, el descenso brusco a la realidad no anula la distancia ideal sino que la transforma en una distancia social, acaso más insalvable. De las nubes rosadas de los lienzos de Murillo des-

cendemos a una escena de salón que recuerda las iniciales de su novela *De Villahermosa a la China*, ambientadas precisamente en los salones del Liceo, situado en el palacio de Villahermosa, durante el carnaval. Se adivinan aquí como allí las miradas veladas por los antifaces, el juego amoroso, la belleza y el placer consagrados como ideales. Y, como allí, aun sin la tortura religiosa, aparece la llamada del deseo, que al mismo tiempo tortura y hace vivir: «Y el infierno de vivir, / Y el paraíso de amar».

«Un mirar..., un amor..., una memoria...», dice uno de los versos de «Su memoria», que enlaza estos dos poemas. «Su memoria» presenta ya no el amor, sino la memoria como castigo, algo presente en numerosísimos textos del período romántico, dada la vivencia agónica del tiempo, la aguda conciencia temporal que caracteriza al movimiento. Espronceda, de nuevo, podría darnos suficientes ejemplos, especialmente en su «Canto a Teresa», donde la lucha de amor y tiempo centra todo el campo temático del poema. En el poema de Nicomedes-Pastor Díaz esta visión se anuncia lógicamente desde un presente desolado, caracterizado mediante notas negativas: desierto, mar sin puerto, noche sin astros... La imagen inicial, de la que se desprende el utillaje metafórico del poema, es el deslumbramiento de un sol ido que sigue brillando fantástico en la oscuridad:

Pero esta noche eterna tuvo un día,
Y su rastro de luz quedó fulgente
Para cegar la deslumbrada mente
Con la imagen fantástica de un sol.

Eso es la memoria que da título al poema. Esa huella de luz ilumina la situación del sujeto, quien ha vislumbrado el cielo y la gloria gracias al amor y, por su pérdida, siente ahora el abismo bajo sus pies. Un cierto regusto bíblico subyace bajo estas imágenes: quien ha probado del árbol del bien y del mal sentirá para siempre la añoranza del paraíso perdido. Por esa razón, ella, la mujer imposible, es «ángel que guarda mi perdido Edén».

Como indiqué antes, el poema lo sintetiza en un verso que, como guiño intertextual, lo agrupa en un solo bloque con

poemas anteriores: «Un mirar..., un amor..., una memoria...» Si este poema se llama «Su memoria», debe leerse en relación con «Su mirar». Son dos fases de un mismo proceso amoroso, al que pudieran sumarse, por lo que vamos viendo, retazos de aquí y de allá²⁹. Ella es de nuevo ángel o deidad, y tiene de nuevo una calidad célica que se transparenta incluso en su presencia física: «de nubes de éter y de azul ceñida», igual que en «A un mirar», donde «azul ropaje celestial vestía / y alas de gasa el serafín radiante». Esa caracterización la distancia irremisiblemente del sujeto lírico. Ya en «A un mirar» se indicaba al comienzo su calidad «aérea, alada, leve, trasparente»: «Pasó..., no era mujer..., era mi sueño». Y en «A un ángel caído»:

¡No soy más que un mortal!, vano mi acento
 Con plegaria de amor te dirigí.
 ¡No soy más que un mortal!..., y el firmamento
 Otros ángeles tiene para ti.

Y en «Un desvarío»:

¡Ay!, era una deidad..., no le fue dado
 Mis sacrílegos votos aceptar.

El deseo sin nombre, fórmula becqueriana del *Sehnsucht* romántico, tiene en Nicomedes-Pastor Díaz una sostenida coherencia en torno a la figura de esta mujer divina e inalcanzable, casi siempre vestida de azul, aquí «memoria de un placer nunca sentido, / memoria de deseos sin objeto», que recuerdan aquellos otros de «A un ángel caído»:

De esos deseos sin nombre
 Que aborta el alma abrasada
 En la órbita arrebatada
 Del alma de un serafín.

29. Descubrimos incluso la cita intertextual de «La mano fría»:

Y un sueño febril acecha, y viene
 Solitaria a la orilla de mi lecho
 Férrea mano a posar sobre mi pecho,
 Que no deja latir mi corazón.

Queda sin embargo una lectura menos ideal, más pegada a la vida social que los versos dejan entrever. Ya en el poema anterior el sujeto lírico venía a concluir con sarcasmo que sería capaz de seguirla desde los salones hasta los cielos mismos, pero jamás en su rica carroza de gran dama. Aquí, en «Su memoria», anuncia ya muy pronto:

Como deidad la miro allá en su altura
Cada vez más de mi pasión lejana,
Que no es dado tener al alma humana
Con seres de otra esfera sociedad.

En el verso 75 de este poema esa otra vertiente o esfera comienza a desarrollarse con una inusitada precisión. Ella viene por el Prado «entre sombras y gas, y aroma y tul». La referencia al gas, en principio tan sorprendente, creo que debe interpretarse de modo literal, y no como término asociado a las consabidas brumas líricas o al éter. El gas se instala en el centro de Madrid para la iluminación pública en 1832. Su aparición en el contexto tan concreto del madrileño Paseo del Prado es una marca de realidad, incluso de modernidad material, que nos hace descender bruscamente del empíreo al juego de sombras y luces de un paseo al atardecer en la capital. Refuerza aún más esa impresión la referencia al coche de la dama, que pasa ante el contemplador dejando entre reflejos de cristales una mirada robada y la visión fugaz «de los pliegues de su manto azul»³⁰.

La componente social se afirma progresivamente. Cielo y tierra definen dos capas sociales, la dama aristocrática y el burgués moliente, que sólo se encuentran de modo tangencial.

30. A título de anécdota, y como dato de difícil comprobación, corre desde finales del XIX hasta Chao Espina el rumor de su amor imposible por la regente María Cristina, que en algún autor se convierte en la mismísima Isabel II (Álvarez Ínsua 1891: 303-304; Gamallo 1943: 13; Chao 1949: 203). Álvarez Ínsua abre esta hipótesis a finales del XIX con estas palabras: «Díjose que amaba a una reina; pero más infortunado que Rui-Blas, no encontró sino desdén y frialdad en ella. Díjose que a esto obedecían sus abatimientos, y por eso había huido a buscar lenitivo y calma en la soledad. ¿Quién puede averiguar la verdad?».

Tal, flotar la miré sobre mi frente,
 Crespón de luto funeral colgando,
 Lanzarme su mirada indiferente,
 Y a su región retroceder veloz.

Para la voz poética, de nuevo, solamente queda el espacio de la noche, propicio a las visiones, tan diferente del árido mundo real. Ella, ahora como fantasma envuelto en ropajes fúnebres —¿y cómo no, cuando es visión?—, se acercará a su «helado lecho». Y, de nuevo, la fantasía nocturna en el gabinete privado intentará construir un espacio alternativo:

Sí, la misma visión, pero de roca;
 El mismo su semblante, mas de hielo;
 Los ojos sin cristal, muda la boca,
 Yerto, clavado, su macizo pie.

Y finalmente ella, bajo las formas de la visión, como tantas damas anteriores, mas transformada ahora en *belle dame sans merci*, establecerá la ecuación final: bien estaría si fuese tu recuerdo solamente recuerdo de una esperanza o de un deseo, pero cuando la memoria lo es de un imposible —«aire o piedra para ti»— se llama desesperación:

«Memoria te cupo en suerte
 Como eterna maldición,
 Más horrible que la muerte,
 Que es la desesperación.

A los poemas anteriores podríamos sumar «En una despedida», que introduce por primera vez en la serie de las *Poesías* la ligazón entre amor y religión, que tan amplio desarrollo tendrá en *De Villahermosa a la China*. Si hasta aquí la peculiar erótica de Díaz se ligaba a la imaginería fúnebre, no particularmente religiosa, en este poema la vemos asociada además a imágenes cristianas, como la cruz, la oración o incluso la Virgen. Del mismo modo, si en casi todos los poemas anteriores el amor que se canta es un amor frustrado en su raíz, imposible de cumplir, ahora saltamos a un punto final, a la despedida de un amor, como glosa el título del poema. Y, realmente, algo hay tam-

bién de despedida de su mundo poético anterior, precisamente cuando su destreza como poeta va creciendo.

Los reproches de los dos amantes –donde no falta la imagen, luego becqueriana, de la herida de amor como herida de arma blanca– se articulan mediante un monólogo del sujeto en cuyo desarrollo se inserta el discurso de la mujer, en estilo directo, según un procedimiento nada raro en él. Pero ese procedimiento retórico se legitima y subraya, en un plano sensible, por los movimientos de labios y manos: «en vano de tu labio», «estrechando las mías tu mano palpitante», «tu boca en vez de un ósculo me ofrece una oración», «tu mano entre mis manos, tu labio requería... / Tu labio quedó inmóvil..., tu mano no era mía...».

La escena, por otra parte, recuerda vivamente el capítulo inicial de la novela, donde el protagonista, a punto de despedirse de su vida anterior licenciosa, recibe al mismo tiempo los reproches de antiguas amantes y nuevas declaraciones de amor, siempre bajo el sonsonete repetido de «es la última noche del mundo». Aquí escribe, en la última estrofa: «Y era el postrer instante de mi postrero día». También, como en la novela, el arrepentimiento de los errores de la pasión conduce a la expiación mediante la religión. Por ejemplo, en el penúltimo verso, ¿significa ese «tu mano no era mía» que ella ha escogido como expiación el camino del convento? La poesía de Díaz está llegando a su crisis.

El amor, la poesía

Como vengo señalando, para Pastor Díaz el amor va estrechamente ligado a la expresión poética, y su renuncia a la poesía no puede separarse de su renuncia al amor. Esto no significa que amor o poesía hayan dejado de afectarle. Todo lo contrario. Pese a todos estos conflictos y renunciaciones, provengan del sentimiento o de la razón, ni el amor ni la poesía acaban de desaparecer tras 1840. Cada vez que el autor sienta revivir su alma con un nuevo amor –aunque se llame «último amor» o aunque sea un leve aleteo–, éste arrastrará consigo nuevos versos. Es más,

casi la mitad de los poemas posteriores a 1840, cuatro poemas, tratan precisamente de esa recuperación de la poesía y el amor perdidos.

En 1846, Nicomedes-Pastor Díaz fue homenajeado en el Liceo Artístico de A Coruña. En su intervención pública su silencio como poeta parecía a esas alturas una herida sin cerrar:

Culpable de ingratitud y de deserción me confieso para con las musas, por haberme dejado ir en brazos de otros sentimientos y en alas de otras inspiraciones. He sido como el que abandona la esposa en el hogar doméstico por volar al campo de la guerra; como quien deja por ilusiones de vana gloria, realidades de amor y de felicidad (*Obras*: I, 141).

De eso trata también «El sueño de Endimión», un poema escrito probablemente entonces, que cumple con las condiciones de galantería de los álbumes románticos para negarlas en el fondo, o al menos para matizarlas. El sujeto lírico se identifica con el enamorado Endimión y la lectora implícita con Diana o Selene, que desenvuelve sus encantos ante él, hundido «en su aplomado sueño». Sin embargo, este Endimión, absorto en su sueño, no es capaz de disfrutar de los placeres del amor o de la simple coquetería amorosa. En el fondo, viene a decir, está muerto para ellos. Aún más importante resulta otra impotencia, porque es el núcleo del poema: su incapacidad para escribir, esa otra muerte más dolorosa que la del sentimiento amoroso. «¡Su helada inspiración toca al ocaso!».

Pero hay todavía otra vuelta de tuerca, una lectura implícita que se desprende naturalmente de la anterior. La poesía, por más que él haya querido desplazarla del terreno de la subjetividad al de la trascendencia social o moral, está íntimamente asociada al amor, al espacio sagrado del poeta subjetivo que en definitiva es, lo quiera o no. Y quien duerme para el amor duerme para la poesía.

El arrepentimiento lírico que significa este poema lo liga al que escribe en Itálica, probablemente en 1848: «Fragmento de una meditación en las ruinas». Es otro poema breve –en versos alejandrinos– de lo que podríamos llamar el ciclo sevillano, y conviene considerar cuánto representa Sevilla en su biografía

sentimental. Lo que en principio parece típico poema romántico a las ruinas toma un sesgo más personal y sentido –más subjetivo–, al ligarse a la experiencia sentimental y literaria del sujeto. Ya no la Itálica romana y bética, sino las mismas ruinas de Itálica acaban por desaparecer: «También muere el sepulcro». Esa afirmación que abre el poema cobra todo su sentido al llegar a la última estrofa, cuando afloran como término de comparación las «almas en ruinas». La meditación histórica, o la nostalgia histórica, desciende así al plano introspectivo. Las viejas luchas del corazón, sus batallas y sobre todo sus derrotas contra el amor ya no se encuentran en «la caverna muda del seco corazón», igual que las ruinas de Itálica ya no se encuentran en Itálica. Solamente la poesía, su escritura, consigue retener para siempre ese instante, esos restos de vida. Itálica permanece gracias a Caro. Su experiencia sentimental, agotada, titila aún en «los ecos de páginas amantes».

El 15 de mayo de 1849, firma su soneto «El sol de mayo». Es de nuevo un poema breve, frente a lo habitual antes. Díaz tiene treinta y siete años, aunque el tono del poema sugiere un sujeto poético mucho más viejo, por más que responda todavía al diseño autobiográfico anterior. En su «fúnebre horizonte», sobre su corazón «nevado monte», un amor tardío como sol de mayo despierta nuevas palabras y viejas sensaciones dormidas: «¡Alzas sobre mi fúnebre horizonte / El fuego que me abrasa y me ilumina!...». Estamos –no se olvide– en el período de escritura de su novela, cuya primera parte había aparecido el año anterior, y faltan aún nueve años para su publicación definitiva. Sin embargo, el poema está muy alejado de su concepción crispada del amor. La viva luz que en los campos puede abrasar, en la montaña nevada vivifica y fecunda, dice literalmente el poema. Sería legítimo entender que aquella luz que abrasaba los campos de la juventud, ahora trae calor y vida al corazón helado del hombre maduro.

Que tu faz no me esquive un solo rayo;
Era mi corazón nevado monte:
Hazle, ardiendo sin fin..., verde colina.

Pero al tratar de las circunstancias biográficas conviene andar con cautela. El poema «Último amor» resaltaba su valor elegíaco en la edición póstuma al ocupar el antepenúltimo lugar, justo antes del dedicado a Zorrilla. Sin embargo, hoy podemos saber que fue publicado en octubre de 1841, con sólo treinta años y, según atestigua su diario, enredado en amores con una tal Barbarita. Claro que, aunque estemos en pleno romanticismo, la perspectiva del sujeto lírico no tiene por qué ser absolutamente coincidente con la del autor. El poema no tiene especial hondura estética, ni imágenes originales o brillantes. Sí ofrece a cambio la manifestación vibrante y conmovedora de una sentimentalidad singular, con un especial valor conclusivo. El sujeto lírico, que se presenta «en prematuro otoño», acepta ahora los dones del amor tardío, más vivo y «con fuerzas más volcánicas», pues es el último destello de una sentimentalidad que se despidе. El tono elegíaco se refuerza al contrastar este poema con las angustias morales vistas. Ese último amor, según indica el texto aunque la vida lo desmienta, es también la recuperación tardía de un antiguo amor de juventud, sacrificado entonces «entre sombras de dudas, y de silencio triste». Era entonces «la noche de mi horror», y podríamos leer nosotros que era más bien «la noche de mi error». Por eso, conviene entender en su literalidad, enérgica y elegíaca al mismo tiempo, esa llamada al amor físico, y en absoluto culpable, de dos amantes que se juntan en el lecho, la cabeza sobre el seno, la «postrimer almohada», los besos que se apuran y paladean con la urgencia de las despedidas:

Y en prematuro otoño el corazón se viste
Con las últimas flores del árbol del amor...

En el poema inédito «En un paseo a solas de Lisboa», que corresponde a su estancia como embajador en Lisboa, entre 1859 y 1861, frizando los cincuenta años, la perspectiva ya otoñal se despoja de dramatismos:

El amor es la antorcha
de nuestra vida.

Pero hay velas y lámparas
en cada esquina.

No temas nunca
por falta de candelas
quedarte a oscuras.

El mejor Díaz revive en los poemas de madurez, y lo hace precisamente porque vuelve sobre su propia subjetividad, su mejor y único tesoro como poeta.

La reflexión política y social

La disyuntiva que he venido señalando entre el ideal poético que defiende teóricamente, al menos desde 1837, y su práctica real, anclada en los valores de la subjetividad, no impide que una parte de los poemas glosen aquellos valores. Lo hemos visto de manera explícita y destacada en el último poema de la serie, el dedicado a Zorrilla, pero está presente también en otros, como el dedicado a la jura de la Constitución de 1837 por la Regente, en el zorrillesco «Enviando mi retrato» o, de manera mucho más diluida, en los dos poemas de tema segoviano, «Al Eresma» y «Al acueducto de Segovia». Aún reaparecerá después de la edición de 1840 en la elegía por el general don Diego León, que es, sin duda, un poema de combate, naturalmente circunstancial.

«Al Eresma» nos brinda una curiosa perspectiva del tratamiento del tema, posiblemente indicativo del momento anterior a la crisis ideológica. Entre 1837 y 1839 Pastor Díaz ocupó el puesto de jefe político de la ciudad, cargo que no resultaría ser precisamente una bicoca, como ya se ha visto al tratar de las incidencias biográficas. Sin embargo, nada de eso se refleja en el poema. Incluso parece traslucirse cierto desdén por los asuntos mezquinos que acarrea su papel político, no merecedores del sacrificio de la vida, algo que solamente el sufrimiento amoroso justificaría. Las referencias a la sociedad y al poder son igualmente despectivas, lo cual contrasta aún más con la situación real del autor. Por supuesto, el sujeto poético no es

un gobernador civil, sino la figura del hombre melancólico y solitario, abandonado por el amor y por los hombres. Las ruinas románticas, la noche, la metáfora del río que va a dar a la mar, todo ello es la envoltura de este soliloquio. Habría incluso que llamar la atención sobre el escepticismo religioso que se trasluce en algún momento y que tanto contrasta con la línea ideológica que desarrollará después como narrador: «cuando cubre un cementerio / el tálamo de mi fe». Y, como en los poemas anteriores, reaparece la imagen del muerto que camina:

De cerrada, oscura noche,
 Encubierto y solitario
 Como un muerto en el sudario,
 Ni la agito ni me ve.
 Ni interrumpo tu murmullo,
 Ni a tu orilla su reposo,
 Y fantasma nebuloso,
 Huellas no estampa mi pie.

Bastante diferente es el planteamiento que se da en el otro poema segoviano, el dedicado al acueducto, donde el sujeto lírico se eclipsa ante el despliegue de los siglos –desde luego, bastante insustancial y retórico–, hasta alcanzar el presente de guerra civil en que se escribe. Estamos ante una variante del tema romántico de las ruinas, sólo que en este caso la supuesta ruina no es tal, sino la tozuda persistencia de la memoria viva de la Historia, maestra de las generaciones, del recordatorio de tiempos gloriosos que contrastan con el presente español, él sí ruinoso:

¡Ay!... Pasaremos, sí: de nuestra nada,
 ¿Qué podremos dejar a nuestros nietos?
 Escombros, cementerios, esqueletos,
 Padrón de esta sangrienta bacanal,
 Do en breve sobre un suelo de cenizas
 Podrá, vagando atónito el viajero,
 Romanas piedras encontrar primero
 Que el polvo de esta raza criminal.

La progresión desubjetivizadora alcanza al poema «Enviando mi retrato», que paradójicamente trata de su relación con la

madre y que, como justifico en su lugar, debe de ser de 1839, esto es, coetáneo del dedicado a Zorrilla con que acaba el libro. No sólo eso. Pastor Díaz, en nota al pie, señala las coincidencias involuntarias y para él gozosas con otro poema de su amigo. En realidad, las semejanzas están más en el planteamiento común, digamos ideológico, que en los detalles y en la anécdota concretos, que en Díaz es el retrato enviado a la madre, mientras que en Zorrilla es el propio rostro del hijo. En uno y otro poeta la clave es «el negro remordimiento» que para este último

irá por doquier conmigo
 como verdugo y testigo
 de mi perdurable afán (Zorrilla 1943: 214).

El poema, por otra parte, se prodiga en la expresión patética y sentimentaloides del amor filial, sin que sobrepase un punto lo habitual en estos casos, de por sí convencionales. Por eso hablaba antes de proceso desubjetivador. El retrato apenas sí supone autorretrato por parte de Díaz. En lo físico, porque su rostro ofrece simples variantes de la falsa sonrisa romántica, incomprensibles para la madre:

¡Ay!, no; que de ese gesto comprimido,
 Del ceño adusto en que tus ojos giran,
 De esos labios que riéndose suspiran,
 Ni ella el confuso enigma acertará.
 Ni en los raros mudables caracteres
 Que como nubes de verano ardiente
 Surcan informes tu abrasada frente,
 La misteriosa cifra leer podrá.

Y, en lo moral, porque se repite el tópico igualmente romántico del corazón gastado; en este caso, con la apelación de pasada al contraste entre el seductor que apura «triumfos de amor y hermosura» sin que halle «un seno mi ternura / en que reposar la frente». La búsqueda del amor, que era central en los anteriores, es vista ahora con desdén al compararse con la figura de la madre, «más que amante y deidad querida y santa». La historia sentimental de la voz poética es tamizada por ese juez y testigo

lejano que recibe el retrato del hijo ausente, retrato que lleva las marcas del dolor y del placer:

Dila que si la vida turbulenta
Rauda al pasar mi faz desfiguró,
Piense que el alma que en el seno alienta
Ese mundo de horror no corrompió.

Frente a esa parquedad en la expresión de lo íntimo –insisto, al margen del convencionalismo de la anécdota y de su tratamiento–, el marco social, político y moral pasa a un primerísimo plano, acorde con sus declaraciones de los prólogos de 1837 y de 1840. En realidad, como confirmará definitivamente el poema final a Zorrilla, en esta parte del poemario se concentran los textos que buscan la inflexión moralizante. El patetismo sentimental se desborda igualmente en el plano social o, digamos, político, antes prácticamente ausente. Definitivamente, Díaz quiere reconducir su poesía hacia los valores que echaba en falta cuando alababa los poemas de Zorrilla, ese poeta que vendría a acabar con las quejas estériles de tantos corazones ensimismados, empezando por el suyo propio:

Entonces, en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; su musa, empero, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones –sin las que no hay sociedad ni poesía–, y llevarle a recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginación debía encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religión y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento; y su pluma no pudo menos de hacer contrastar lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual, con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos (*Obras*: I, 111-112).

La deriva moralista lo lleva a trascender en este poema a la madre el plano subjetivo, marcado como se ha visto por el arrepentimiento, para impugnar la «nación entera», «un siglo criminal», «la nueva Babel», «esta raza corrompida» que nada quiere saber «de Dios ni de virtud», «ni de amor, heroísmo y religión». Del mismo modo, del amor a la madre en el plano personal se

eleva al amor a la madre de Dios, en un plano que quiere ser colectivo. Exactamente esos valores que él siente brotar, como alternativa a su propia poesía, en Zorrilla.

La poesía gallega

A pesar de un sentimiento tan vivo y tan poderoso, aunque algunos versos ha escrito, ningunos ha podido consagrar exclusivamente a tan tierna memoria; y sin embargo, los había hecho. Ausente muy joven todavía de aquel delicioso recinto, y engolfado después en otra vida más agitada y turbulenta, ha solido volver los ojos con melancolía hacia aquel valle de la casa paterna: ha suspirado mil veces por su cuna de flores, y echado otras tantas de menos, en las tormentas de su corazón, las borrascas de aquel mar cuyos bramidos arrullaron el sueño de su infancia. No pudo dejar de cantar alguna vez estos recuerdos, y de consolar con tan melancólicos suspiros sus solitarias penas; pero acaso la vehemencia del afecto le hizo creer siempre fría su expresión, y apagados y pálidos los colores con que había iluminado aquel cuadro tan vivo y brillante. Por eso rompió y borró su pintura con desapiadada severidad; por eso arrojó al olvido versos que le parecían indignos del objeto a que los consagra: y si no hizo lo mismo con los que a su madre dedica, es porque una madre es una persona, y un pueblo es un público (*Obras*: I, 59).

El texto anterior procede del prólogo al relato «Una cita», que cerraba la edición de 1840. Añadía entonces:

Suplir de alguna manera su silencio para con aquellos lugares a que debe el autor todas sus inspiraciones, y donde escribió la mayor parte de estos preludios, es el objeto de esta publicación. Son un homenaje que les tributa, estas páginas que ellos también inspiraron, y en las que no ha hecho más que agrupar en torno de una anécdota vulgar en aquel país, algunas descripciones de su aspecto, y algunas indelebles memorias de venturosos días (*Obras*: I, 59).

Esa reivindicación, ese homenaje al país gallego, se diluye en los versos de aquel libro, como se ha ido viendo, pero adquiere una relevancia especial cuando consideramos al autor en el marco de la literatura gallega. Si por literatura gallega entendemos aquella escrita en lengua gallega, Nicomedes-Pastor Díaz también ocupa un lugar especial. No, desde luego, por la

abundancia. En realidad, solamente dos poemas están escritos en esta lengua, pero uno de ellos, «Alborada», representa el primer balbuceo lírico de altura en lengua gallega del siglo XIX, según la expresión de Carballo Calero (1975²: 48). El poema, del que desconozco cualquier edición anterior a 1866, está datado en una fecha tan temprana como el 11 de marzo de 1828³¹. El otro, la «Égloga de Belmiro e Benigno», es un texto atribuido a él con buenas razones y que permaneció inédito durante siglo y medio.

La poesía gallega de Díaz tampoco ocuparía un lugar relevante por su calidad. «Alborada» es un texto menor, y además, un texto que no comparte los rasgos característicos de la poesía madura del autor, ni siquiera ese tono lúgubre y funerario de los que acabamos de ver. Tampoco se plantea ningún pensamiento profundo. A cambio, inaugura una serie temática que tendrá mucho predicamento entre los poetas y músicos posteriores. Se trata de una alborada casta, en la que el yo poético espera que con el amanecer amanezca también su amada y se asome al balcón. Pero, como en la célebre rima 63 de Bécquer, la amada resulta al final más hermosa y sugerente cuando duerme:

Ven despeinada aínda
 Dar-me o primeiro abrazo, darm'a vida.
 ¡Canto es así máis linda!
 Ven qu'a mañán frorida
 Solo pr'os que se queren foi nacida.

Non, non, durme, descansa,
 Naide turbe o reposo do teu peito:
 Plácida quietud mansa
 Sin cesar vele o teu hermoso leito;
 Durme, que non tes penas,
 E acaso en min soñando te enaxenas.

Resulta cuando menos curioso que el poeta, natural de una zona donde la lengua gallega siempre estuvo bien asentada

31. Véase, para los problemas de datación, la nota correspondiente al poema en esta edición.

y, según se puede comprobar por el uso de giros expresivos y usos sintácticos, buen conocedor de la lengua hablada, tropiece con castellanismos como «hermosa», «luna» o «cadenas», entre otros.

La «Égloga de Belmiro e Benigno» le fue atribuida con fundamento por Xosé María Álvarez Blázquez (1951, 1963). Se trata de un borrador manuscrito, con tachaduras e incoherencias, que posiblemente responda a un ejercicio escolar sobre un tema como el de la amistad, con connotaciones clásicas y dieciochescas. Sin embargo, aquí se desliza ya un tema personal, como es el de la muerte de la amada, que en seguida va a ser recurrente en su producción compostelana en castellano.

No acaba con esto su relación con la literatura gallega, pues a él debía corresponderle hacer el prólogo de una obra fundacional, *Cantares gallegos* de Rosalía de Castro, que aparecería en el año de su muerte. Murguía lo señala en *Los precursores*:

Pastor Díaz, a quien la muerte no permitió escribir las páginas que debían precederles, aseguraba no haber leído nada más corriente, ni más puro, que aquellos versos. Añadía, que se complacería en decirlo así. Que le agradaba aquella nueva aurora y aquel fresco aire de la patria, que venía encerrado en las estrofas más completamente populares a hablarle de los floridos campos de Galicia. Que así como al frente de las poesías de Zorrilla había hecho la defensa del romanticismo –por él inaugurado antes, en su celda de colegial– haría el elogio del movimiento provincial, que tantas cosas nuevas traía a la superficie, que tantas y tan nobles revelaciones hacía y del cual había tenido, así como una visión y un presentimiento (1976: 188).

Resulta sospechoso que Díaz, después de su derrota electoral en Viveiro frente a un candidato «provincialista», elogiase ese movimiento, a no ser en el plano estrictamente cultural. «Pero lo que más le agradaba –añade Murguía, líneas adelante– era ver escrito el libro en aquel dulcísimo dialecto que había hablado en su niñez» (1976: 189). No cabe duda de esto, como no cabe duda de su morriña de gallego transplantado en Madrid, la cual se alimentaría con todo aquello que trajese aromas, sabores o aires de su tierra. Ese sentimiento se hizo explícito en 1840, en el citado prólogo a «Una cita», donde escribía también:

Nada hay más grato ni más tierno para el autor de estas páginas que el recuerdo de su país, del pueblo donde nació. Nada ha visto más bello ni más pintoresco que el casi ignorado rincón de la tierra donde pasó sus primeros años. Y cuando a la memoria del tiempo más feliz de la vida se unen las imágenes de un país encantador, hay en el sentimiento un no sé qué de inefable y consolador, de particularmente íntimo y casi religioso, que sale de lo más íntimo del corazón, del fondo mismo de la existencia, como todos los afectos domésticos. El murmullo del río de la patria, el eco de la campana de su iglesia, el rumor del viento entre sus árboles o sobre sus techos, no se borran nunca del oído, y resuenan siempre en él como la voz de nuestros padres, como el acento de los hermanos con quienes nos hemos criado (*Obras*: I, 89).

También ahí confesaba que su obra en gallego o, al menos, la consagrada a Galicia era mayor de la que conocemos. Aunque las «borrascas de aquel mar cuyos bramidos arrullaron el sueño de su infancia» recorren, como acabamos de ver, su obra en castellano.

BIBLIOGRAFÍA

PRINCIPALES OBRAS DE NICOMEDES-PASTOR DÍAZ

Diario desde 1832 hasta 1863 [Datos de la vida desde la salida de Vivero hasta marzo 29 863], ms. 368 de la Real Academia Española, s. a.

La cuestión electoral en diciembre de 1839 y enero de 1840. Por D. Nicomedes Pastor Díaz, jefe político de la provincia de Cáceres, Cáceres [s.n.]: Imprenta de don Lucas de Burgos, 1839.

Poesías de D. Nicomedes Pastor Díaz, Madrid: Aguado, 1840. Incluye el cuento «Una cita (Anécdota)».

Galería de españoles célebres contemporáneos, o Biografías y retratos de todos los personajes distinguidos de nuestros días en las ciencias, en la política, en las armas, en las letras y en las artes publicadas por Nicomedes Pastor Díaz y Francisco de Cárdenas, Madrid: Ignacio Boix, 1841-1846. 9 vols. en 5 t.

Compendio histórico-crítico de la Jurisprudencia romana desde sus principios hasta los tiempos del emperador Justiniano: extractado de la historia que escribió en inglés Eduardo Gibbon sobre la declinación del Imperio Romano por Nicomedes Pastor Díaz, Madrid: Boix, 1842.

A la Corte y a los partidos: Palabras de un diputado conservador sobre las principales cuestiones de nuestra situación política, Madrid: Imprenta de Corrales y Compañía, 1846.

Discurso del Excmo. Sr. D. Nicomedes-Pastor Díaz. Tema: Hasta qué punto la participación en los negocios públicos de los

que cultivan las letras y profesan las ciencias, puede ser causa o síntoma de decadencia en la literatura de una época, en *Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española*, I, nº 2, Madrid: RAE, 1847.

De Villahermosa a la China. Coloquios de la vida íntima, folletín de *La Patria*, 1848. Solamente recoge la primera parte.

Enciclopedia española del siglo diez y nueve o Biblioteca completa..., Madrid: Boix, 1848. Colabora en la entrada *Socialismo*.

De Villahermosa a la China. Coloquios de la vida íntima, Madrid: Imprenta de M. Rivadeneyra, 1858. 2 vols.

De Villahermosa a la China, folletín de *El Diario de Barcelona*, 1862.

Obras de don Nicomedes Pastor Díaz de la Real Academia Española, Madrid: Imprenta de Manuel Tello, 1866-1868. 6 vols. Comprende: t. I, 1866: *Italia y Roma. Roma sin el Papa*; t. II, 1866: *Poesías*; t. III, 1867: *Álbum literario. Colección de escritos en prosa literarios y académicos. D. Francisco Javier de Burgos: Biografía. D. Ángel de Saavedra, duque de Rivas: Biografía*; t. IV, 1867: *Los problemas del socialismo. Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid en el curso de 1848 a 1849*; t. V, 1868: *Memorias de una campaña periodística. Biografía de D. Diego de León y Navarrete. Biografía de D. Ramón Cabrera. Suplemento a la biografía del excelentísimo señor Duque de Rivas*; t. VI, 1868: *Diez años de controversia parlamentaria. Discursos parlamentarios*.

Poesías galegas: Égloga de Belmiro e Benigno. A Alborada, limiar de Xosé María Álvarez Blázquez, ilustracións de X. Sesito, Vigo: Monterrey, 1951.

Obras completas de Don Nicomedes Pastor Díaz, estudio preliminar y edición de José María Castro y Calvo, Madrid: Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 227, 228, 241), 1969-1970. 3 vols. Contiene: t. I: *Ensayos históricos, Roma sin Papa, Álbum literario*; t. II: *Memorias de una campaña periodística, Los problemas sociales, Diez años de controversia parlamen-*

- taria, Discursos parlamentarios*; t. III: *Poesías, De Villahermosa a la China, Cartas de Nicomedes-Pastor Díaz*.
- De Villahermosa a la China*, selección, introducción y notas de Enrique Chao Espina, Madrid: Anaya (Biblioteca Anaya, 102), 1972. Se trata de un texto amputado.
- De Villahermosa a la China*, Madrid: Círculo de Amigos de la Historia, 1974. 2 vols. Incluye el *Álbum literario* en el segundo volumen.
- Poesías*, Santiago de Compostela: El Correo Gallego (Biblioteca, 114), 1992.
- Obras políticas*, ed. de José Luis Prieto Benavent, prólogo de Guillermo Gortázar, Madrid y Barcelona: Fundación Caja de Madrid y Anthropos, 1996.

ESTUDIOS Y OBRAS CITADAS

- Adrán Goás, Carlos, *Nicomedes Pastor Díaz*, s.l.: Xunta de Galicia (A Nosa Memoria, 17), 1998.
- Alonso Cortés, Narciso, *Zorrilla, su vida y sus obras*, Valladolid, 1916.
- Álvarez Blázquez, Xosé María, «Limiar» a su ed. de N. P. Díaz (1951), pp. I-XII.
- , «Notas para una edición crítica de la égloga *Belmiro e Benigno*, de Pastor Díaz», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XVIII, 56 (1963), pp. 347-356.
- Á[lvarez] Ínsua, Waldo, «Don Nicomedes Pastor Díaz», en *Ecos de mi patria*, A Coruña: Andrés Martínez (Biblioteca Gallega), 1891, pp. 299-304.
- Canosa, Ramón, «Un buen hallazgo poético», en *Viveiro, otra vez...*, Madrid: ed. del autor, 1969, pp. 53-54.
- Caparrós Esperante, Luis, «Nicomedes-Pastor Díaz y Corbelle», en José Manuel González Herrán, coord., *Galicia. Literatura. Tomo XXXV: Escritores gallegos en la literatura española*, coord. de la serie Darío Villanueva Prieto, A Coruña: Hércules de Ediciones, 2003, pp. 196-219.

- Carballo Calero, Ricardo, *Historia da literatura galega contemporánea*, Vigo: Galaxia, 1975².
- Carré Aldao, Eugenio, *La literatura gallega en el siglo XIX*, A Coruña: Librería Regional de Carré, 1903.
- , *Literatura Gallega*, Barcelona, 1911. Es 2ª ed. aum. del anterior.
- Chao Espina, Enrique, *Pastor Díaz dentro del romanticismo*, Madrid: CSIC, 1949. Reed.: Viveiro: Instituto de Estudios Viveirenses, 1995.
- , «Romance Amor atribuido a Pastor Díaz» (1944), en *Cien frases ante la muerte*, Ortigueira: Fojo, 1939. Pero se trata de un volumen misceláneo con encarte de textos posteriores.
- , *Estampas de Viveiro*, Viveiro: s.n., 1952.
- , «Pastor Díaz a través de dos cartas inéditas de Parga Sanjurjo», *Boletín de la Real Academia Gallega*, XXIX, 339-344 (1961), pp. 203-214.
- , «Introducción» a su ed. de N. P. Díaz (1972: 7-37).
- Couceiro Freijomil, Antonio, *El idioma gallego*, Barcelona: Alberto Martín, 1935.
- Donapetry Iribarnegaray, Juan, *Historia de Viveiro y su concejo*, Lugo: Diputación Provincial, 1991. Es facsímil de la primera: Viveiro: s. n., 1953.
- Espronceda, José de, *Poesías líricas y fragmentos*, ed. Robert Marrast, Madrid: Castalia, 1970.
- , *El estudiante de Salamanca. El diablo mundo*, ed. Robert Marrast, Madrid: Castalia, 1982.
- Flitter, Derek, *Spanish Romantic Literary Theory and Criticism*, Cambridge: University Press, 1992. Hay traducción española: *Teoría y crítica del romanticismo español*, Cambridge: University Press, 1995.
- Gamallo Fierros, Dionisio, «Sigue el escándalo. Polémica apasionada sobre la identificación de una figura incierta», *El Español*, II, 55 (13 de noviembre, 1943), pp. 1 y 13.
- García y Tassara, Gabriel, «Crítica literaria. Poesías de D. Nicomedes Pastor (I)», *El Correo Nacional*, 1069 (27 de diciembre de 1840), pp. 1-3.

- , «Crítica literaria. Poesías de D. Nicomedes Pastor. Artículo segundo», *El Correo Nacional*, 1076 (3 de enero de 1841), pp. 1-2.
- Kirkpatrick, Susan, *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España 1835-1850*, Madrid: Cátedra, Universitat de València e Instituto de la Mujer, 1991.
- Leal Ínsua, Francisco, *Pastor Díaz, príncipe del romanticismo*, Lugo: Gráficas Castro, 1943.
- , «Una biblioteca de autores vivarienses», en *Fiestas. Viveiro. 1951*, Viveiro, s. a., s. p.
- Llorens, Vicente, *El romanticismo español*, Madrid: Fundación Juan March y Castalia, 1979.
- Madoz, Pascual, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1845. Ed. facsímil: Santiago de Compostela: Breogán, 1980.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, VI y VII, Madrid: CSIC, 1942.
- Murguía, Manuel, «Pastor Díaz», *La Ilustración Gallega y Asturiana*, II, 6 (28 de febrero, 1880), pp. 75-76.
- , *Los precursores*, A Coruña: Latorre y Martínez, 1886. Edición facsímil: A Coruña: La Voz de Galicia (Biblioteca Gallega), 1976.
- Pardo Bazán, Emilia, «Pastor Díaz» (1882), *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XVIII, 56 (1963), pp. 333-346.
- Prieto Benavent, José Luis, «Nicomedes-Pastor Díaz y Corbelle (1811-1863). Una biografía intelectual y política», en su ed. de Díaz, 1996, pp. IX-LXXXII.
- Samuels, Daniel George, «Pastor Díaz: romántico español», *Revista Hispánica Moderna*, IX, 1-2 (1943), pp. 1-16.
- Shaw, Donald L., «El prólogo de Pastor Díaz a las poesías de Zorrilla (1837): contexto y significado», en *Homenaje a Ermanno Caldera*, Mesina: A. Siciliano, 1993, pp. 471-483.
- Silver, Philip W., *Ruina y restitución: Reinterpretación del romanticismo en España*, Madrid: Cátedra, 1996.
- Tarrío Valera, Anxo, *Literatura gallega*, Madrid: Taurus, 1988.

- Torres González, Begoña, dir., *Amor y muerte en el Romanticismo. Fondos del Museo Romántico*, Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte y Ámbito Servicios Editoriales, 2001.
- Valera, Juan, «*De Villahermosa a la China. Coloquios de la vida íntima*, por Nicomedes Pastor Díaz» (1858), «Nicomedes Pastor Díaz. Necrología» (1863) y «*Diez años de controversias parlamentaria*, por don Nicomedes Pastor Díaz» (1868), en *Obras completas*, II y III, Madrid: Aguilar, 1961 y 1958, pp. 115-120, 338-350 (II) y 733-737 (III).
- Valle Moré, José del, *Pastor Díaz, su vida y su obra. Estudio biográfico-crítico escrito y publicado en conmemoración del primer centenario de su nacimiento*, La Habana: Imprenta de J. B. Cerdeira, 1911.
- Varela Jácome, Benito, «Una novela romántica de Pastor Díaz», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XVIII, 56 (1963), pp. 314-332.
- , *Dos centenarios: el de la primera edición de «Cantares gallegos», de Rosalía, y el de la muerte de Nicomedes Pastor Díaz*, Santiago de Compostela: CSIC (Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos), 1963.
- Vilavedra, Dolores, *Historia da literatura galega*, Vigo: Galaxia, 1999.
- Zorrilla, José, *Obras completas*, ed. Narciso Alonso Cortés, Valladolid: Santarén, 1943. 2 vols.

CRITERIOS DE ESTA EDICIÓN

La publicación de las *Poesías* de Nicomedes-Pastor Díaz fue realizada por el editor Aguado en 1840. Es un volumen de 14 por 22 cm., donde cada poema encuentra espacio generoso, precedido por una hoja con el título y una viñeta final. La última parte del volumen la ocupa el relato «Una cita», al que ya me he referido, y que no recojo aquí. El ejemplar que yo poseo tiene grabadas sobre la piel del lomo las iniciales de su propietario o propietaria, C. S., que me gustaría creer que fuese la «C... de S...» del poema correspondiente. C. S. ha aplicado cuidadosamente al texto la fe de erratas, con cuidadosa caligrafía del XIX, y, si se me permite el detalle romántico, añadiré que guarda aún pétalos de rosa entre las hojas.

La edición que el lector tiene ahora en las manos rescata el texto original de 1840, muy alterado en las sucesivas publicaciones. Todos los poemas descartados entonces o escritos después van editados por separado. Las razones para esto son claras y determinantes. El poemario de 1840 tiene, como se ha visto, una armazón muy pensada y coherente que se diluye en la reordenación póstuma de 1866. Ese orden tiene sentido y, lo que es más importante, añade sentido a los poemas individuales, sentido poético. Además, el poeta supo cribar sus poemas con inteligencia a la hora de editarlos³². Los poemas que descar-

32. Este aspecto ya había sido señalado por García Tassara en el momento de aparecer el libro: «Según nos han informado, muy voluminoso podía ser el tomo; pero el autor ha condenado al olvido todas aquellas composiciones que, en su opinión, desdaban del mérito de las que publica. No hay parto del propio ingenio que no se mire

tó entonces merecen ser conocidos, claro está, pero fuera de ese marco original. No sólo eso. La originalidad de Nicomedes-Pastor Díaz, que constituye uno de sus valores esenciales como poeta, debe ponerse de relieve en el horizonte histórico de 1840, el mismo año en que recogen sus poemas en libro Espronceda o Arolas, el año cuando el romanticismo español alcanza su cenit, tras el que se abre un largo período de retroceso o disolución. ¿Y por qué no decirlo? Si son ciertas las fechas que llevan los poemas, nos encontramos con un lírico romántico cabal que antecede en bastante la eclosión del movimiento.

Por otra parte, para nuestra perspectiva, incluso para nuestro gusto, la *princeps* resulta más moderna y más eficaz desde el punto de vista ortográfico que la posterior. Como puede comprobarse, las versiones de 1866 multiplican el uso de signos de exclamación y de puntos suspensivos, usados siempre con intención de dar énfasis declamatorio al texto, mientras que las de 1840 son generalmente muy sobrias, lo cual conviene al tono dominante del poeta. No quiero con esto poner en duda su posible responsabilidad sobre las lecciones de 1866 –cuestión bastante inasible–, pero el carácter póstumo de esta edición no deja de ser un factor a considerar³³.

La edición de 1866 organiza los poemas en tres bloques o períodos, según un criterio cronológico: adolescencia, juventud y madurez, que desbarata la cuidada progresión de la primera edición. Por otra parte, la adscripción de los poemas a cada

con ojos de padre; y es por tanto una especie de valor a lo Guzmán el Bueno, este de resistir a la sensación de arrojar todas las galas al público, como por la ventana: bastando por otra parte, ser un poco entendidos en tales materias para conocer que no se forma una colección de poesías tan igual, y por decirlo así, tan redondeada como la del señor Pastor Díaz, sin arrumbar la multitud de concepciones abortadas y de mal digeridos pensamientos que forman el temeroso caos de los borradores de cada poeta, y entre cuyo fárrago suelen morir oscurecidas y desperdiciadas, como diamantes en bruto, el rasgo más bello, el verso mejor, las más afortunadas inspiraciones» (1841: 3). Sabemos por la misma referencia que el poeta no estaba en Madrid cuando se dio a la imprenta el volumen.

33. Algo semejante sucederá con la edición póstuma de los poemas de Bécquer, en 1871, que multiplica los signos de exclamación.

una de esas épocas se revela bastante inconsistente. Tomemos como ejemplo «En una despedida», que allí aparece como de madurez, pero que estaba ya en la *princeps*. En todo caso, esta edición póstuma nos da el único testimonio de la mayor parte de los poemas excluidos en 1840 y, por supuesto, de los posteriores. Aun así, en el caso de existir algún testimonio publicado en vida del poeta lo he preferido siempre a la lectura de 1866. Aparte las razones antes expuestas, también en estos casos se confirma la misma tendencia a la sobriedad ortográfica, e incluso en los casos en que las versiones póstumas alteren sustancialmente la lectura, no puede afirmarse que la mejoren.

Los criterios seguidos para la transcripción son los habituales en este tipo de ediciones. Ajusto la puntuación a la norma actual con un criterio conservador, respetando en la medida de lo posible los usos del original. Y, todo hay que decirlo, aunque en ocasiones esta adaptación estorbe la fluidez de los versos. Resuelvo las alternancias entre grafías equivalentes, como b y v, o entre s y x –espresión / expresión–, aunque en ocasiones fuerce a una determinada interpretación –estático / extático–, siempre según el uso actual. Sin embargo, cuando la lectura original pudiese tener valor fonológico, la he conservado. Esto tiene especial relevancia en los poemas escritos en gallego, pues en esta lengua la norma era prácticamente inexistente.

Más discutible puede ser la conservación en todos los casos de la mayúscula a comienzo de verso, tal como aparece en la *princeps* y en buena parte de los poemas recogidos en publicaciones periódicas. Soy consciente de que esto puede deberse sin más a los gustos o costumbres de los tipógrafos, pero aun así me parece característico del poeta y del momento, aunque la tradición editorial posterior lo haya proscrito. Y pienso ahora en cómo Cernuda, a contracorriente, rescata ese uso habitual en la poesía inglesa.

En fin, los poemas incorporan aparato de variantes, no sólo de las ediciones señaladas, sino también de la publicación en revistas y periódicos del XIX. Este cotejo añade datos de interés para el establecimiento de la cronología de su escri-

ra, muy desdibujada en las ediciones en libro. Al tratarse de la primera edición rigurosa de su obra lírica han de faltar necesariamente testimonios, especialmente manuscritos, muchos de los cuales pudo revisar Chao Espina y que hoy permanecen ocultos. El trabajo, pues, sigue abierto. En sucesivas reediciones, si el poeta –que no esta edición– alcanzase ese honor, irán siendo incorporadas.

Esta edición se benefició de una subvención de la Xunta de Galicia, en su programa de Promoción Xeral da Investigación, durante los años 2000-2001, renovada para el trienio 2003-2005.

POESÍA COMPLETA

POESÍAS

[PRÓLOGO DEL AUTOR EN LA EDICIÓN DE 1840]

Al dar a la prensa estas composiciones, creo de mi deber manifestar el principal motivo que me ha decidido a hacerlo. Si la prensa fuera el público, no me atrevería a llamar su atención sobre estas producciones; pero le respeto demasiado y le conozco lo bastante para que yo pueda presumir que dar a luz este libro es publicarle. La prensa es un medio de copiar como cualquier otro; y cuando el número de personas que por afición, por curiosidad o por cortesía me piden copias de mis versos ha llegado a ser demasiado considerable para que yo pueda satisfacerlas a todas, he creído más cómodo formar esta pequeña colección y tenerla impresa.

Por otra parte, habiéndoseme llamado más de una vez poeta, debo presentar mis títulos a fin de no usurpar un nombre no merecido, y de no arrogarme a la sombra del misterio una reputación fundada en lo que no existe; porque tal vez no existirá más que lo que al presente imprimo. Las composiciones que ahora doy a luz, muchas de ellas publicadas ya en folletines o en periódicos literarios, cuentan por la mayor parte siete u ocho años de fecha. Hace tiempo que, dedicado a negocios y ocupaciones de muy distinta naturaleza, no he podido entregarme al delicioso placer de hacer versos. Tal vez no puedo hacerlos ya; tal vez no los haré nunca. En esta época desventurada, las faculta-

des poéticas se extinguen pronto, la imaginación se desencanta, el corazón se hiela, el gusto en vez de perfeccionarse se corrompe, las ilusiones se disipan, y la región poética del mundo se eclipsa, quedando sólo a la vista el mundo real y positivo, o la parte de él llamada así por los desdichados que creen que la imaginación, el sentimiento, el alma, el amor de lo bello y el éxtasis de lo sublime no son nada, como los ciegos pudieran llamar mundo real al que ellos palpan, creyendo fantástico el que nosotros vemos.

He aquí las razones que me asisten para aventurarme a dar a luz estas páginas; he aquí la disculpa de mi osadía.

Por lo demás, todo el que lea el prólogo que escribí para las poesías de mi amigo el Sr. Zorrilla, conocerá la poca importancia que yo puedo dar a estos versos y aun al género a que pertenecen. En aquel escrito están consignados mis principios literarios, y allí se puede ver lo que a mis ojos vale y significa la estéril y anárquica literatura de nuestra edad. Mis versos son hijos de esta triste edad, y de esta literatura más triste aún: no pertenecen al porvenir, ni a la sociedad, ni a la moral, ni a la religión, ni a objeto alguno universal, o, como ahora se dice, humanitario: son composiciones individuales, acentos aislados, plegarias, suspiros, desahogos, gemidos solitarios de un corazón que, como la mayor parte de los corazones que nos rodean, gime y llora solamente por haber nacido. Y si nadie puede estar más convencido que lo estoy yo de que la poesía debe tener un fin social, y una misión fecunda, moral y civilizadora; si a nadie pueden parecer más vanas, fútiles y efímeras todas esas obras de escombros, que van esparciendo como el polvo de su camino los que hoy peregrinan por el desolado campo de las artes; si creo que la ráfaga del huracán que sobre ellos sopla barrerá pronto ese polvo y borrará sus huellas; si estoy evidentemente penetrado de que poesía social no puede existir donde no hay sociedad, y de que en Europa la sociedad pereció, y no hay más que individuos; y si de tan terrible anatema creo heridas las más

célebres producciones y las más ilustres capacidades literarias de nuestra época, dejo a cualquiera colegir lo que de estos oscuros cantos podré yo creer y esperar. Por eso he dicho que no los publicaba, sí que los imprimía. En la poesía puede suceder lo que en la arquitectura; en torno de los monumentos es preciso que se eleven las obras pasajeras que sólo duran la vida de un hombre. A par del Escorial y del Vaticano se alzan miles de casas comunes, que se derriban y se renuevan cada generación; y al pie de las eternas pirámides levanta el árabe su barraca de palmas que dura sólo un día, como a vista de Homero, Virgilio, Dante, Tasso, Shakespeare y Calderón, que cantaron para los siglos y para las generaciones, hoy se escribe para una población, para una clase, para una tertulia. He aquí todo el interés, toda la importancia que, a lo más, doy a mis versos. Harta desgracia es no tener más fe, y carecer de la arrogante presunción del que estampó al frente de los suyos: *Exegi monumentum ære perennius*¹.

Por eso al imprimir estos preludios, he creído deber disculparme para con el público y para con los artistas del arrojo de publicarlos.

1. «He erigido un monumento más perenne que el bronce» (Horacio, *Odas*: III, 30).

MI INSPIRACIÓN*

Cuando hice resonar mi voz primera
 Fue en una noche tormentosa y fría;
 Un peñón de la cántabra ribera
 De asiento me servía;
 5 El aquilón silbaba,
 La playa y la campiña estaban solas,
 Y el océano rugidor sus olas
 A mis pies estrellaba.

No brillaban los astros en el cielo,
 10 Ni en la tierra se oía humano acento;
 Estaba oscuro, silencioso el suelo,
 Y negro el firmamento.
 Sólo en el horizonte
 Alguna vez relámpagos lucían,
 15 Y al mugir de los mares respondían
 Los pinares del monte.

Fuera ya entonces cuando el pecho mío,
 Lanzado allá de la terrestre esfera,
 20 Vio que el mundo era un árido vacío,
 El bien, una quimera.

* Al publicarse este poema en 1835, en las páginas de *La Abeja*, llevaba el siguiente epígrafe, que desaparecerá en las siguientes ediciones: «*La musa es el dolor; vate el que llora.* Don Juan Donoso Cortés, a la muerte de la señora duquesa de Frías.» La cita procede de su *Elegía a la muerte de la duquesa de Frías*, de 1830. Juan Donoso Cortés (Valle de la Serena, Badajoz, 1809-París, 1853) siguió en estos años un itinerario intelectual muy semejante al de su amigo Díaz, y como él, pertenecía al círculo de Joaquín Francisco Pacheco. Se inició en política desde el liberalismo y la defensa de la monarquía constitucional, aunque en progresiva deriva hacia posiciones conservadoras. Su vinculación a la Reina Gobernadora hizo que en 1840 la acompañara al exilio como su secretario particular. Hacia 1848 se produjo su ruptura con el liberalismo, al que sin embargo Díaz se mantendría fiel, y su exaltadísima defensa del catolicismo, lo que le llevaría a justificar una suerte de dictadura teocrática. Estas ideas del Donoso final tienen su plasmación más conocida en el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* (1851).

Nunca un placer pasaba
 Blando ante mí, ni su ilusión mentida,
 Y el peso enorme de una inútil vida
 Mi espíritu agobiaba.

25 Quise admirar del mundo la hermosura,
 Y hallé doquiera el mal. De amor ardía,
 Y nunca a mi benévola ternura
 Otro pecho se unía.
 Solo y desconsolado,
 30 Cantar quise a la tierra mi abandono,
 Mas ¿dó tienen los hombres voz ni tono
 Para un desventurado?...

Al destino acusé, y acusé al cielo
 Porque este corazón dado me habían;
 35 Y de mi queja, y de mi triste anhelo
 Los cielos se reían.
 ¿Dó acudir?... ¡Ay!... Demente
 Visitaba las rocas y las olas
 Por gozarme en su horror, llorar a solas
 40 Y gemir libremente.

Un momento a mi lánguido gemido
 Otro gemido respondió lejano,
 Que sonó por las rocas cual graznido
 De acuático milano.
 45 De repente se tiende
 Mi vista por la playa procelosa,
 Y de repente una visión pasmosa
 Mis sentidos sorprende.

Alzarse miro entre la niebla oscura
 50 Blanco un fantasma, una deidad radiante
 Que mueve a mí su colosal figura
 Con pasos de gigante.

Reluce su cabeza
 Como la luna en nebuloso cielo;
 55 Es blanco su ropaje, y negro velo
 Oculta su belleza.

Que es bella, sí: de cuando en cuando el viento
 Alza fugaz los móviles crespones,
 Y aparecen un rápido momento
 60 Celestiales facciones.
 Pero nube de espanto
 Tiñó de palidez sus formas bellas,
 Y sus ojos, luciendo como estrellas,
 Muestran reciente el llanto.

65 Cual manga de agua que aquilón levanta
 En los mares del Sur, así camina,
 Y sin hollar el suelo con su planta
 A mi escollo se inclina.
 Llega, calladamente
 70 En sus brazos me ciñe, y yo temblando
 Recibí con horror ósculo blando
 Con que selló mi frente.

El calor de su seno palpitante
 Tornome en breve de mi pasmo helado:
 75 Creí estar en los brazos de una amante,
 Y... «¿quién, clamé arrobado,
 Quién eres que mi vida
 Intentas reanimar, fúnebre objeto?
 ¿Calmarás tú mi corazón inquieto?
 80 ¿Eres tú mi querida?»

«¿O bien descienes del elíseo coro
 Sola, y envuelta en el nocturno manto,
 A ser la compañera de mi lloro,
 La musa de mi canto?»

85 Habla, visión oscura;
 Dame otro beso o muéstrame tu lira:
 De amor o de estro el corazón inspira
 A un mortal sin ventura.»

 «No, me responde con acento escaso,
 90 Cual si exhalara su postrer gemido;
 Nunca, nunca los ecos del Parnaso
 Mi voz han repetido.
 No tengo nombre alguno,
 Y habito entre las rocas cenicientas,
 95 Presidiendo al horror y a las tormentas
 Que en los mares reúno.»

 «Mi voz sólo acompaña los acentos
 Con que el alción¹ en su viudez suspira,
 O los gritos y lánguidos lamentos
 100 Del náufrago que expira.
 Y si una noche hermosa
 Las playas dejo y su pavor sombrío,
 Sólo la orilla del cercano río
 Paseo silenciosa.»

105 «Entro al vergel, so cuya sombra espesa
 Va un amante a gemir por la que adora;
 Voy a la tumba que una madre besa,
 O do un amigo llora.
 Pero es vano mi anhelo;
 110 Sé trocar en ternezas mis terrores,

1. El alción, más conocida como martín pescador, es un ave que va asociada tradicionalmente al mar. En las fábulas de Esopo se narra cómo el alción, huyendo de los hombres, hace su nido en un peñasco en medio de las olas sin prever que la borrasca lo destruiría. La referencia del texto remite más en concreto a Ovidio, quien narra cómo Alcíone encuentra en la orilla del mar el cuerpo ahogado de su marido, Ceix, y ella se transforma en ave de voz lastimera (*Metamorfosis*, XI, 731-750). *Vid.* nota correspondiente en «La sirena del norte».

Sé acompañar el llanto y los dolores,
Mas nunca los consuelo.»

«Ni a ti, infeliz: el dedo del destino
Trazó tu oscura y áspera carrera.
115 Yo he leído en su libro diamantino
La suerte que te espera.
A vano, eterno llanto
Te condenó, y a fúnebres pasiones,
Dejándoos sólo los funestos dones
120 De mi amor y mi canto.»

«De ébano y concha ese laúd te entrego
Que en las playas de Albión² hallé caído;
No empero de él recobrará su fuego
Tu espíritu abatido.
125 El rigor de la suerte
Cantarás sólo, inútiles ternuras,
La soledad, la noche, y las dulzuras
De apetecida muerte.»

«Tu ardor no será nunca satisfecho,
130 Y sólo alguna noche en mi regazo
Estrechará tu desmayado pecho
Iluso, aéreo abrazo.
¡Infeliz si quisieras
Realizar mis fantásticos favores!
135 Pero ¡más infeliz si otros amores
En ese mundo esperas!»

2. El nombre de Albión, primera designación de la Gran Bretaña y luego de Inglaterra, se une a la referencia ossiánica al laúd, compañero de la lira de Osián que en «Óscar y Malvina», de Espronceda, «tierna melancolía / vertió en la soledad» con «acento de dolor lánguido y dulce» (1970: 171-172).

- Diciendo así, su inanimado beso
 Tornó a imprimir sobre mi labio ardiente.
 140 Quise gustar su fúnebre embeleso,
 Pero huyó de repente.
 Voló: de mi presencia
 Despareció cual ráfaga de viento,
 Dejándome su lúgubre instrumento
 Y mi fatal sentencia.
- 145 ¡Ay!, se cumplió: que desde aquel instante
 Mi cáliz amargar plugo a los cielos,
 Y en vano a veces mi nocturna amante
 Volvió a darme consuelos.
 Mis votos más queridos
 150 Fueron siempre tiranas privaciones,
 Mis afectos, desgracias o ilusiones,
 Y mis cantos, gemidos.
- En vano algunos días la fortuna
 Ondeó sobre mi faz gayos colores;
 155 En vano bella se meció mi cuna
 En un Edén de flores;
 En vano la belleza
 Y la amistad sus dichas me brindaron:
 ¡Rápidas sombras, ay, que recargaron
 160 Mi sepulcral tristeza!...
- Escrito está que este interior veneno
 Roa el placer que devoré sediento.
 Canta, pues, los combates de mi seno,
 Infernal instrumento.
 165 Destierra la alegría
 Que nunca pudo a su región moverte,
 Y exhala ya tus cánticos de muerte
 Sin tono ni armonía.

Y tú, amor, si tal vez te me presentas,
170 No pintaré tu imagen adorada;
Describiré el horror de las tormentas
 Y mi visión amada.
 En mi negro despecho
Rocas serán mis campos de delicias,
175 Lánguidas agonías mis caricias,
 Y una tumba mi lecho.

UNA VOZ

Yo conozco esa voz: a su sonido
 Todo mi ser se estremeció temblando;
 Hela subir cual bélico alarido
 A los cielos mi muerte demandando.

5 Conozco ya esa voz: un tiempo ufana
 La señal dio de paz y de alegría.
 Hoy retumba cual lúgubre campana
 Que al alta noche anuncia la agonía.

10 La oyó mi corazón la vez primera,
 Y entre aromas y púrpura sonaba.
 Fue el céfiro vital de primavera,
 Y amor, amor, su acento pronunciaba.

Ahora se eleva de una tumba oscura;
 Nube la sigue de terror secreto;
 15 Aún pronuncia aquel nombre de ternura,
 Pero es quien le pronuncia un esqueleto.

Agigantado, aéreo, luminoso,
 Véole alzar la vengadora frente:
 Lánzame ese gemido doloroso,
 20 Y se hunde entre las sombras de repente.

Doquier que vuelvo mi aterrada planta,
 Allí me sigue, inseparable sombra;
 A cada paso airada se levanta,
 Mi nombre dice, y otro ser me nombra.

25 Óigola entre la espuma del torrente,
 Óigola en el bramar del torbellino,
 En el sordo murmullo de la fuente,
 En el tronar del piélagos marino.

Ya, como aterrador remordimiento,
30 Mi sueño torna en convulsión inquieta;
Ya despierto a su estrépito violento,
Cual si escuchara la final trompeta;

Ya del placer el desmayado instante
Con bárbara ficción remedar quiere;
35 Ya en resuello profundo, agonizante,
Imita las congojas de quien muere...

De quien murió... ¡Gran Dios!... De quien me llama,
De quien me emplaza a su desierto asilo,
De ese tremendo ser que me reclama,
40 Que ni en la tumba me miró tranquilo.

Obedézcote ya, voz misteriosa;
Heme sumiso a ti como en la vida;
Heme postrado ante la yerta losa;
Ve tu incesante petición cumplida.

45 A pasar van cual tu vivir amargo
Los lentos días de mi amargo duelo,
Y será más profundo mi letargo,
Que mi tumba también será de hielo.

De ti quedó un recuerdo de hermosura,
50 De ti la sombra que implacable miro,
De ti esa voz de muerte y de ternura,
Ese que vaga universal suspiro.

De mi existencia oscura, solitaria,
No quedará ni voz, ni sombra leve:
55 No habrá en mi losa funeral plegaria,
Nadie que un ¡ay! por mi memoria eleve.

A nadie llamaré, ni quien se asombre
Habrá en el mundo a mi nocturno acento;
Ni como el tuyo mi olvidado nombre
60 Eco ser  jams de un pensamiento.

EL AMOR SIN OBJETO*

Vanamente mis ojos inquietos
 Por doquiera se tienden y giran,
 Vanamente mis labios suspiran
 Abrasados de fúnebre ardor.

5 Soledad espantosa me cerca,
 Noche eterna mi pecho ha cubierto:
 Para mí todo el mundo es desierto
 Pues que nadie responde a mi amor.

10 Todo es fuego mi pecho exaltado,
 Sólo amando me place la vida,
 Y fijando en otra alma querida
 De existir la penosa ilusión.

Ilusión..., ilusión desgraciada,
 Que la triste verdad no realiza,
 15 Ilusión que mi pena eterniza
 Porque nadie responde a mi amor.

Yo no sé lo que quiere mi pecho,
 Yo no sé por qué tiemblo y qué lloro,
 No conozco lo mismo que adoro,
 20 No hallo objeto a mi triste pasión.

Sólo encuentro un inmenso vacío
 Donde el alma se agita sedienta,
 Y esta sed de querer se acrecienta
 Porque nadie responde a mi amor.

* «La composición que sigue, escrita hace más de diez años, cuando el autor no contaba todavía diez y siete, corre manuscrita, impresa y puesta en música con muchas alteraciones, versos y estrofas enteras que no son de su autor. Por eso la publica tal como entonces la escribió, si bien con la misma incorrección y descuido de aquella edad» (Nota en la primera edición). En su publicación en *No me olvides*, 1837, precisa el lugar y fecha de la composición: Santiago, agosto de 1830. Esto significa que, en realidad, al autor le faltaba un mes para cumplir los diecinueve años.

25 Tal vez amo en mis tristes delirios
 A un fantasma que forja mi mente,
 Y doquiera le miro presente,
 Le da vida mi fúnebre ardor.
 Yo le escucho, le estrecho en mis brazos,
 30 Yo su aliento de aroma respiro,
 Yo..., infelice..., demente deliro...
 Nadie, nadie responde a mi amor.

Vanamente de nácar y rosas
 El Oriente engalana la aurora;
 35 Vanamente su faz brilladora
 Lanza el sol con radioso esplendor.
 Ni la tarde en los campos me agrada,
 Ni de noche la luna brillante;
 Luz y sombra buscaba en mi amante,
 40 ¡Ay!... y nadie responde a mi amor.

Con mi amante risueña la aurora
 Me inundara de blanda alegría,
 Con mi amante gozara yo el día,
 Campo y sombras, y grato frescor.
 45 Con mi amante la luna me viera,
 De sus rayos bañado y de llanto,
 Apurar ese mágico encanto
 Que a las penas les presta el amor.

Tú tal vez, corazón que yo busco,
 50 Que tal vez solitario palpitas,
 Y en fantásticos sueños te agitas,
 Y suspiras y lloras cual yo.
 Ven a mí, yo te haré venturoso,
 Yo te ofrezco esas horas risueñas,
 55 Yo te ofrezco esa dicha que sueñas...
 Ven, querida, responde a mi amor.

Ven a mí... Yo no busco hermosura:
No apetece este pecho vacío
Sino un pecho de amor como el mío,
60 Sino el alma, sino el corazón.
Ven... Abiertos te esperan mis brazos,
Ya parece que en ellos te estrecho;
Ya parece que siento tu pecho
Contra el mío latiendo de amor.

65 Nadie me oye..., mis voces se apagan,
Y se apaga con ellas mi vida.
Donde no halla mi pecho querida,
Un sepulcro hallará mi dolor.
Un sepulcro es el lecho florido
70 Que apetece mi anhelo postrero;
Un sepulcro la dicha que espero,
Pues no existe la dicha de amor.

LA MARIPOSA NEGRA*

Borraba ya del pensamiento mío
 De la tristeza el importuno ceño:
 Dulce era mi vivir, dulce mi sueño,
 Dulce mi despertar.
 5 Ya en mi pecho era lóbrego vacío
 El que un tiempo rugió volcán ardiente;
 Ya no pasaban negras por mi frente
 Nubes que hacen llorar.

* En su *Diario*, en la entrada correspondiente a 1834, escribe el autor: «Periódicos nuevos [...] Pacheco escribe la Abeja [...] Nueva literatura – romanticismo – El Artista. // Yo hago algunas poesías – la mariposa negra» (*Diario*: 4 v.). En *La Abeja*, precisamente, la publicación que dirigía su amigo Joaquín Francisco Pacheco (1808-1865), publicaría este poema en febrero de 1835, acompañado de una nota del fundador de la revista en la que se subrayaban sus contactos con la literatura europea y, más en concreto, con Lamartine y Musset: «Nos apresuramos a insertar en nuestro periódico la siguiente composición que ha caído en nuestras manos, y que conceptuamos una bellísima elegía. Por desgracia de la literatura española este género ha sido muy poco cultivado entre nosotros. Ecos de la sociedad a que pertenecían, nuestros grandes poetas han cantado a veces las penas del amor y sus dolores positivos, pero ni conocieron ni pudieron cantar estas amargas del alma, este idealismo del dolor, consecuencia de la sociedad moderna, en que están empapadas más allá de los Pirineos todas las composiciones actuales que simpatizan algo con el público. Un joven amigo nuestro, D. Nicomedes Pastor Díaz, relegado por su destino de oficial de gobierno civil en el fondo de una de las provincias de menos instrucción y recursos intelectuales, cultiva espontáneamente y, a nuestro entender, con gran aprovechamiento, este ramo de literatura; y sus inspiraciones poéticas, conocidas de pocos, pero apreciadas de verdaderos inteligentes, prometen sin duda hacer sentir en España un reflejo de las sensaciones que producen entre nuestros vecinos las de Lamartine y Alfredo de Musset. [...] Creemos firmísimamente que llegará un día en que las producciones de este ingenio naciente harán honor a nuestro país; entre tanto, y a pesar de tal cual incorrección que notamos en la *Mariposa negra*, hemos querido publicarla, como un obsequio a la amistad, y un homenaje y un estímulo al talento. J. F. P.» Al reimprimirse en *Museo Artístico Literario*, en julio de 1837, llevaba esta otra nota introductoria: «A pesar de haber publicado la composición que damos a continuación hace algún tiempo en la *Abeja*, no hemos dudado en darle un lugar en nuestro periódico por ser casi desconocida, mereciendo seguramente llamar por su mérito la atención de nuestros lectores» (1837: 47).

Era una noche azul, serena, clara,
10 Que embebecido en plácido desvelo
Alcé los ojos en tributo al cielo
De tierna gratitud.
Mas, ¡ay!, que apenas lánguido se alzara
Este mirar de eterna desventura,
15 Turbarse vi la lívida blancura
De la nocturna luz.

Incierta sombra que mi sien circunda
Cruzar siento en zumbido revolante,
Y con nubloso vértigo incesante
20 A mi vista girar.
Cubrió la luz incierta, moribunda,
Con alas de vapor informe objeto;
Cubrió mi corazón terror secreto
Que no puedo calmar.

No como un tiempo colosal quimera
Mi atónita atención amedrentaba,
Mis oídos profundo no aterraba
Acento de pavor;
Que fue la aparición vaga y ligera,
30 Leve la sombra aérea y nebulosa,
Que fue sólo una negra mariposa
Volando en derredor.

No cual suele fijó su giro errante
La antorcha que alumbraba mi desvelo;
35 De su siniestro misterioso vuelo
La luz no era el imán.
¡Ay!, que sólo el fulgor agonizante
En mis lánguidos ojos abatidos,
Ser creí de sus giros repetidos
40 Secreto talismán.

- Lo creo, sí..., que a mi agitada suerte
 Su extraña aparición no será en vano.
 Desde la noche de ese infausto arcano,
 ¡Ay Dios!..., aún no dormí.
- 45 ¿Anunciárame próxima la muerte,
 O es más negro su vuelo repentino?...
 Ella trae un mensaje del destino...
 Yo... no le comprendí.
- Ya no aparece sólo entre las sombras;
 50 Doquier me envuelve su funesto giro;
 A cada instante sobre mí la miro
 Mil círculos trazar.
 Del campo entre las plácidas alfombras,
 Del bosque entre el ramaje la contemplo,
 55 Y hasta bajo las bóvedas del templo
 Y ante el sagrado altar.
- «Para adormir mi frenesí secreto
 Cesa un instante, negra mariposa;
 Tus leves alas en mi frente posa:
 60 Tal vez me aquietarás...»
 Mas redoblando su girar inquieto,
 Huye, y parece que a mi voz se aleja,
 Y revuelve, y me sigue, y no me deja,
 Ni se para jamás.
- 65 A veces creo que un sepulcro amado
 Lanzó bajo esta larva aterradora
 El espíritu errante que aún adora
 Mi yerto corazón.
 Y una vez, ¡ay!, estático y helado
 70 La vi, la vi, creciendo de repente,
 Mágica desplegar sobre mi frente
 Nueva transformación.

Vi tenderse sus alas como un velo
 Sobre un cuerpo fantástico colgadas,
 75 En rozagante túnica trocadas,
 So un manto funeral.
 Y el lúgubre zumbido de su vuelo
 Trocose en voz profunda, melodiosa,
 Y trocose la negra mariposa
 80 En genio celestial.

Cual sobre estatua de ébano luciente
 Un rostro se alza en ademán sublime,
 Do en pálido marfil su sello imprime
 Sobrehumano dolor,
 85 Y de sus ojos el brillar ardiente,
 Fósforo de visión, fuego del cielo,
 Hierde en el alma como hierde el vuelo
 Del rayo vengador.

«Un momento, ¡gran Dios!» Mis brazos yertos
 90 Desesperado la tendí gritando:
 «Ven de una vez, la dije sollozando,
 Ven y me matarás.»
 Mas, ¡ay!, que cual las sombras de los muertos
 Sus formas vanas a mi voz retira,
 95 Y de nuevo circula, y zumba, y gira,
 Y no para jamás...

¿Qué potencia infernal mi mente altera?
 ¿De dónde viene esta visión pasmosa?
 Ese genio..., esa negra mariposa,
 100 ¿Qué es?... ¿Qué quiere de mí?...
 En vano llamo a mi ilusión quimera;
 No hay más verdad que la ilusión del alma:
 Verdad fue mi quietud, mi paz, mi calma;
 Verdad que la perdí.

- 105 Por ocultos resortes agitado
Vuelvo al llanto otra vez hondo y doliente,
Y mi canto otra vez vuela y mi mente
 A esa extraña región,
Do sobre el cráter de un abismo helado
- 110 Las nieves del volcán se derritieron
Al fuego que ligeras encendieron
 Dos alas de crespón¹.

1834

1. DRAE 2001: «1. Gasa en que la urdimbre está más retorcida que la trama. || 2. Tela negra que se usa en señal de luto».

A LA MUERTE

Te teneam moriens.

TIB. *Eleg.* I, *lib.* I*.

Ven a mis manos de la tumba oscura,
Ven, laúd lastimero,
Do Tibulo cantaba su ternura
Dando a Delia su acento postrimero.

Y traeme los ayes encantados
5 Con que dulce gemía,
Cuando ya con los párpados cerrados
En brazos de su amor desfallecía.

Ven, y el son de tu armónico suspiro
Sobre mi arpa vibrando,
10 Al viento dé las ansias que respiro
El fin de mi existencia preludiando.

Yo lloraré de un alma solitaria
El insaciable anhelo,
Invocando en mi lúgubre plegaria
15 El solo bien que me reserva el cielo.

Yo ensalzaré tu celestial dulzura,
Muerte consoladora.
Yo cantaré en tus brazos tu hermosura;
20 Nadie en el mundo como yo te adora.

* El pasaje original de Tibulo dice: «Te spectem, suprema mihi cum uenerit hora, / Te teneam moriens deficiente manu» (*Elegías*, I, 1: vv. 59-60). «Que te vea, cuando me haya llegado la hora suprema; / que al morir te sostenga con desfalleciente mano», según la traducción de Francisco Bauzá (*Elegías*, Madrid: CSIC, 1990, p. 8). Poco se sabe de Delia, nombre poético de la primera de las mujeres que canta Tibulo. El epígrafe falta en la publicación de 1837.

Parece ya que en el dintel¹ sombrío
 De la tumba dichosa
 Siento exhalar un delicioso frío
 Que el ardor templó de mi sed fogosa,

25 Y que un ángel más bello que mi Lina,
 Con semblante risueño,
 En féretro de rosas me reclina,
 Y el himno entona de mi eterno sueño.

«Venid, exclama, a los sepulcros yertos
 30 A terminar los males.
 No es ilusión la dicha de los muertos;
 La nada es el vivir de los mortales...»

Lo sé, lo sé; mas de otro modo un día,
 Brillante a mis ardores,
 35 El campo de la vida se ofrecía
 Vertiendo aromas y brotando flores.

«Do más placer divise, dije ufano,
 Allí está mi ventura.
 El ser que me formó no es un tirano,
 40 Y el bien en el gozar puso natura.»

«Destiérrese de mí la razón lenta
 Y su impotente brillo:
 Será mi norte lo que el pecho sienta,
 Será feliz mi corazón sencillo.»

1. *Dintel*: «Parte superior de las puertas, ventanas y otros huecos que carga sobre las jambas» (DRAE 2001). Por el contexto, parece confusión con *umbral*, que curiosamente figuraba en la anterior versión impresa.

45 Dije, y cual ave del materno nido
Lanceme en vuelo osado²;
La senda del placer hollé atrevido,
Siempre de sed inmensa arrebatado.

Corrí a las fuentes do mi labio ardiente
50 Beber el bien quería,
Y a su hidrópico afán desobediente
El néctar del deleite no corría...

Y corrió por mi mal... y era veneno;
Bebieronle conmigo:
55 Crimen en vez de amor ardió en mi seno,
Fui amante inútil y funesto amigo.

Denso vapor al fin anubló el alma,
Y en letargo profundo
De quietud falsa, de horrorosa calma,
60 Dejé los hombres, y maldije al mundo...

¡Oh, natura falaz!, tú me engañaste
Con pérfida mentira
Cuando en mi débil corazón grabaste
Esa imagen ideal por que suspira.

65 Pasó de mis fantásticas visiones
La magia encantadora.
Destino atroz, no tengo ya pasiones,
Y un solo bien mi corazón implora.

Envía sólo un rayo de contento
70 Sobre mi hora postrera;

2. «Yo me lancé con atrevido vuelo», escribe Espronceda (1970: 261) en *A Jarifa en una orgía* para mostrar un proceso semejante.

Dame un solo placer, sólo un momento,
El momento no más en que me muera.

Ya que entoldaste siempre mi ventura
Con tan nubloso velo,
75 Rasga en mi ocaso su cortina oscura,
Déjame, cuando expire, ver el cielo.

¡Ay!, y al sentir ese éxtasis profundo
Que da la patria eterna,
A la que fue mi patria en este mundo
80 Volver me deja una mirada tierna.

Llévame de mi Landro³ a los vergeles,
Y allí, muerte piadosa,
Bajo los mismos sauces y laureles
Do mi cuna rodó, mi tumba posa...
85 Apura, oh muerte, mi deseo apura,
Y a mis votos te presta.
Lleva a su colmo mi postrer ventura;
Premia un instante una pasión funesta.

Propicia a la ilusión que me alucina,
90 Llévame a la que adoro;

3. El río Landro o Landrove, su otra denominación, desemboca en la ría por Viveiro. En el diccionario de Madoz (1845: IV, 693) aparece exclusivamente como «Landrobe», y de ese modo se encuentra en escritores gallegos del XIX, como Vicetto, o incluso de la primera mitad del XX, como Otero Pedrayo. Díaz, en sus poemas, prefiere casi siempre el término Landro, que es el único vivo en la actualidad, aunque en su correspondencia use «Landrove» (Leal Ínsua 1943: 297). Desconozco el fundamento de Leal Ínsua (1943: 151) para atribuirle ese cambio a nuestro poeta: «Fue Pastor Díaz, enfermo de amor y de tristeza, que hizo aún más sonoro su nombre quitándole la última sílaba y dejándonos esta palabra eufónica, Landro, para gusto de posteridades». Otro tanto sugiere Donapetry (1953: 59), cronista local de Viveiro: «Pastor Díaz ensalzó en inspirados versos las apacibles orillas de su añorado río, en cuyos vergeles pidió a la muerte el eterno reposo y lo poetizó con el apócope de Landro.»

Tremola entre los brazos de mi Lina
Tu crespón, para mí bordado de oro.

En ellos, ¡ay!, exánime posando,
Mi rostro al suyo uniendo,
95 Al compás de su lloro agonizando,
Y sus tardías lágrimas bebiendo,

Mis brazos se enlazarán a su cuello,
Que apoyo me prestara
Para esforzar el último resuello
100 Que en sus labios mi espíritu exhalara...

¡Ay!, accede al ansiar de un alma triste,
Muerte que anhelé tanto,
Y en vez de esa corona que no existe
Cubra una flor no más tu negro manto...

105 Mas no..., no cederás tu poderío,
Oh destino inclemente,
Y contra el mármol del sepulcro mío
Con furor ciego estrellarás mi frente.

Mi tierna juventud, mis padeceres,
110 Mi llanto no te apiada...
Moriré, moriré, mas sin placeres;
¡Ay!, moriré sin ver a mi adorada.

LA INOCENCIA

A Amelia

Tendió su manto ya de oro y de rosa
La tarde en la pradera.
¡Qué tranquilo está el mar! ¡Qué silenciosa
La ría y la ribera!

5 ¡Y qué en vano a mis ojos tan brillante
Decoración se pinta,
Si no refleja otra mirada amante
Su inanimada tinta!

10 Que aletargada el alma, sin placeres,
Sin amor, sin pesares,
Se halla más sola en medio de los seres
Que un bajel de esos mares.

Mas aún benigno compadece el cielo
Mi espíritu postrado,
15 Y un ángel me depara de consuelo
De su altura bajado.

Aún hay para mi noche luz de aurora;
Aún mi Amelia me ama.
Bella inocente, ven..., tu amigo llora
20 Y en su dolor te llama.

No tardes, ¡ay! Tus ojos virginales,
Tu celeste inocencia,
Me infunden nuevo amor a los mortales
Y a mi triste existencia.

25 Y cuando de tu angélica ternura
Inspirado me veo,

Yo creo en la virtud, en la hermosura,
Y hasta en la dicha creo.

Ya viene allá... ¡Cuán cándidas, cuán bellas
30 Se ostentan sus facciones!
Aún no surcan su rostro, cual centellas,
Fogosas las pasiones.

Mas sus ojos mirándome se inflaman
De rayos de alegría,
35 Y con magia del cielo la derraman
Hasta en el alma mía...

Ven a mi corazón, dulce hermosura;
Ven, ángel, a mis brazos;
Ven, y de tu pureza y mi ternura
40 Forme el dolor los lazos;

Y ven, que aunque mi pecho los rigores
Del desengaño oprimen,
Aún no trocara al mundo mis dolores
Por sus goces de crimen...

45 Santa ilusión que en la desgracia imploro,
A ser vuelve mi anhelo.
No es ilusión una virtud que adoro:
Conservádmela, oh cielo.

Eternizad de este ángel la pureza,
50 Y esa celeste calma
Que es el supremo bien, esa belleza
Que da la paz del alma.

¡Amelia!... Un corazón desencantado
Nada puede ofrecerte,

55 Ni tú hallarás donde te ofrezca el hado
Más venturosa suerte.

Fascinada por mágicas visiones
Creerás en otros seres:
Suspirarás por nuevas sensaciones,
60 Por extraños placeres.

Abrazarás la nube engañadora
De esa dicha mentida,
Y llorarás como tu amigo llora
La bella edad perdida.

65 Verás al fin de esa esperada calma
Un letargo sombrío,
Y llegarán los vuelos de tu alma
Al caos del vacío.

Así las ondas de este Landro hermoso
70 Corren al mar vecino,
Apeteciendo el natural reposo
De su raudo camino.

Helas, empero, aquí por los juncuales
Tan puras, tan serenas,
75 Retratando en sus plácidos cristales
Las márgenes amenas.

Y helas allá cuán bravas y verdosas
Tus ojos amedrentan,
Y en montañas alzándose espumosas
80 En las rocas revientan.

Quédate, Amelia mía, en la ribera,
Quédate entre las flores;

No agoste tu lozana primavera
Canícula de amores.

85 Vive los días de tu alegre mayo
Enlazada a tu amigo,
Que aún tiene rama el árbol que hirió el rayo
Para darte su abrigo.

No serás tú la nube que le encienda,
90 Leve vapor de aurora,
Ni será que a tu soplo se desprenda
Su copa protectora.

No..., ni el cariño avivaré risueño
Que tu candor me ofrece,
95 Ni seré osado a despertar el sueño
Que feliz te adormece.

Y ¡ojalá que jamás se despertara,
Y piadosa la suerte
De ese sueño a los dos nos transportara
100 Al dormir de la muerte!...

¿Quién sabe en tanto si pasión traidora
Su tiro oculto apresta?...
¿Si en tu pecho sonar podrá una hora
De mudanza funesta?

105 ¿Qué?... ¿Sonó ya tal vez?... En tu alma bella
La compasión trocada
¿Habrá encendido la primer centella
Que brota en tu mirada?...

¡Tú tiembles!..., ¡tú enmudeces!..., ¡tú suspiras!,
110 Y reprimiendo el llanto

Mi mano estrechas, y mis ojos miras
Con sonrisa de espanto.

Ángel de la inocencia, yo te imploro:
Disipa estas quimeras.
115 Celestial hermosura, yo te adoro...
Mas ¡ay!..., tú, no me quieras.

No se fijen tus vagas ilusiones
Sobre mi ardiente seno.
Teme el triste furor de mis pasiones
120 Y su oculto veneno.

Todos los fuegos que mi pecho inflama
Son rayos matadores.
Quema mi corazón todo lo que ama;
Sólo inspira dolores.

125 Sufra yo solo, y mi feliz querida
Enjague en paz mi llanto.
Su voz arrulle el sueño de mi vida
Como un mágico canto.

Y duerma tu ilusión con mis temores,
130 Tan sumida en el pecho,
Que pueda la virtud mullir de flores
Para los dos un lecho.

Alcémole, mi bien, en la espesura
Que este valle guarece,
135 Lejos del mundo que con risa impura
La inocencia escarnece.

Y no importa que oscuros e ignorados
Nos rechace su suelo,

Si nos ven a su gloria aproximados
140 Los ángeles del cielo...

Ven, ángel mío, ven... La unión más santa
 En mis brazos te espera...
Mira cómo la luna se levanta
 Por la azulada esfera.

145 Como ella, por el cielo sostenidos,
 Nosotros volaremos
Do la oscura región de los sentidos
 De lo alto miraremos.

Y pasarán cual sombras las pasiones,
150 Y allá, en otros momentos,
Podré sentir, mi bien, palpitaciones,
 Nunca remordimientos.

Y abarcando, a su fin, de una mirada
 Mi efímera existencia,
155 «Felicidad, diré, o no eres nada,
 O fuiste la inocencia.»

SU MIRAR*

Pasó..., no era mujer..., era mi sueño
 Que el aura del crepúsculo mecía:
 El ángel era que forjó en su empeño
 De amor mi fantasía.

- 5 Aérea, alada, leve, trasparente
 Volar la vi sobre la verde alfombra,
 Como pasa un celaje de Occidente,
 Como vaga una sombra.

- Azul ropaje celestial vestía
 10 Y alas de gasa el serafín radiante:
 Era la luz, el aire, la armonía¹,
 Y un pálido semblante.

- Yo no vi en él lo que otro tiempo viera
 En la espléndida faz de la hermosura,
 15 Cuando a mi pecho fulminar sintiera
 Su llama ardiente, dura.

- No era un mirar sobre la faz del mundo,
 No era un mirar de la terrestre vida:
 Hundiérase del cielo en lo profundo
 20 Su mirada perdida.

* En su *Diario* inédito, escribe con fecha de 1837: «Liceo en este tiempo – Zorrilla – Alv. [?]- Gallego (Perico) // Castro – Santaella – Salamanca empieza. *Marquesita de G. – Su mirar – Su memoria*. Escribo el prólogo de los poemas de Zorrilla» (*Diario*: 8 v. Subrayado mío). Parece claro que esta escena de salón, en la que aparece incluso el título del poema, tiene mucho que ver con su origen. Es más, en su primera versión de 1837 lleva el subtítulo de «A la marquesa de...». E incluso versos de este poema aparecen encabezando el poema de Zorrilla «Un recuerdo y un suspiro», incluido en la edición de sus *Poesías* de ese año 1837.

1. Parece un eco anticipado de Bécquer, también poeta de los salones, en su rima 31 (XXV): «la luz, el aire / y el pensamiento» (31, XXV).

Allá en un punto, en la insondable esfera
Misteriosa lanzábase y lejana,
Que ni alcanzar ni comprender pudiera
Otra mirada humana.

25 Y desde sus incógnitas regiones
En mágico reflejo a mí volvía,
Y de ella en torno un mundo de ilusiones
Fantástico nacía...

¡Ilusiones! ¡Ay!, pasaran
30 Como ráfaga encendida,
Que del árbol de la vida
Hoja y flores abrasaran.

35 Mi alma las alas plegó
De su vagaroso vuelo,
Y en el abismo de hielo
De la realidad cayó.

Faltó la tierra a mis pies
En aquel seno profundo;
Faltó a mis ojos el mundo
40 Que sólo una ilusión es.

Faltó el misterioso afán
Que me encumbraba a la esfera,
Faltó el norte a mi carrera,
Y a mi brújula el imán.

45 Llamarle pude quietud
A mi solitaria calma,
Y era la vejez de un alma
Que perdió amor y virtud...

Rayo, aquel mirar divino
 50 A mi abismo descendió
 En busca de mi destino,
 Y a su fulgor repentino
 Mi espíritu despertó.

Volvió la vida a latir,
 55 Volvió el alma a delirar,
 Volvió el ardor de sentir,
 Y el infierno de vivir,
 Y el paraíso de amar.

Y esa mirada angelical, sublime,
 60 Marcado lleva el sello del dolor:
 Es el mirar de un serafín que gime,
 Y pide a Dios un rayo de su amor.

Simbólico mirar, que transparenta
 So un espíritu puro, virginal,
 65 El ansia vaga de llorar sedienta
 De la pasión primera de un mortal.

Mirar que eleva eterna una plegaria
 Al que a la dura tierra le arrojó,
 Y en su aflicción profunda, solitaria,
 70 A los cielos demanda: «Y ¿quién soy yo?»

«Que de orfandad, misterios y amargura
 «Aparición fatídica me hallé.
 «Arrojada en el mundo a la ventura,
 «Ajena compasión mi madre fue.

75 «De mi expósita cuna los vagidos
 «No arrulló nunca el canto maternal,
 «Ni en su ósculo inefable recogidos
 «Los sollozos sentí de mi natal.

«Pasó una noche y despertó una aurora:
 80 «Flor arrojada a un arenal me vi.
 «¿Dónde está mi jardín el cielo ignora,
 «Y el árbol bello a que arrancada fui?...»

¡Ay!, de esa soledad la historia triste
 En tu pálida frente adiviné.
 85 La lágrima primera que vertiste
 Como esmalte en tus párpados se ve.

Y allá buscan la imagen de consuelo
 Que el mundo les negara sin piedad.
 Bájalos, ¡ay!, que no la tiene el cielo
 90 Sobre otro ser de amor y soledad.

Bájalos, heme aquí, triste hermosura,
 Que mi destino en su mirar leí.
 Yo también he bajado de esa altura,
 Ángel, para adoraros; ¡heme aquí!

95 Aquí... del mundo a la puerta,
 Y no llaméis, que en su encono
 No ofrece a vuestro abandono
 Ni un lecho en que reposar.
 Tomad la ruta desierta
 100 De un corazón que os adora,
 Y que os promete, señora,
 Un culto, un templo, un altar.

¡Oh, mi deidad!..., que yo hiciera
 Un sagrario a tu hermosura
 105 Do alumbrara sola y pura
 Tu celeste brillantez.
 Ni a esa túnica ligera
 Tocara el borde mi mano,

Ni empañara aliento humano
 110 El esmalte de tu tez.

Allí sí que al térreo manto
 Rasgara tu vista el velo,
 Pura remontando al cielo
 Tu mirada virginal.
 115 Mientras en transporte santo
 Yo a tus plantas noche y día
 Estático besaría
 Tu dorado pedestal.

Y si una vez de tu altura
 120 Descendiendo vagamente,
 Tu mirar sobre mi frente
 Dejaras blando caer,
 Ese rayo de ventura
 Rayo a mi existencia fuera,
 125 Y al éxtasis sucumbiera
 De amor, de gloria y placer...

Era sueño..., pasó..., ronca zumbando
 La voz del mundo resonó en mi oído,
 Y a tu nombre en sus ecos repetido
 130 Con pavor desperté.
 «He allí tu aparición, dijo gritando,
 «Por mi mano y mi voz desencantada;
 «Hela allí: no es tu huérfana, tu fada,
 «Ni el ángel de tu fe.

135 «Que antiguas glorias su blasón retrata,
 «Lleva en la tierra un nombre de grandeza,
 «Y esa frente de luz y de belleza
 «Áurea diadema orló.

«Espléndida carroza la arrebató,
 140 «Magnífico palacio la da sombra,
 «Y la fortuna su dorada alfombra
 «A sus plantas tendió.»

Maldición sobre ti, mundo celoso,
 Que el ángel de mis sueños me robaste,
 145 Que su esplendor diáfano eclipsaste
 Con tu brillo infernal.
 Maldición, que a su vuelo vagaroso
 Las seráficas alas detuviste,
 Y el talismán fantástico rompiste
 150 De mi amor inmortal.

Y tú, visión de luz, ¿a qué del suelo
 Por la pompa trocaste y los placeres
 El cielo azul de los etéreos seres,
 Y el trono de zafir?
 155 Yo siguiera a tu espíritu en su vuelo,
 Yo siguiera tu mente hasta las nubes,
 Y esa carroza do brillante subes
 No la puedo seguir.

Mas aún cruza relámpago el espacio
 160 Ese mirar, y a lo infinito vuela,
 Y aún a mi triste despertar revela
 La deidad que soñé.
 Ni las bóvedas planas de un palacio
 Ceñir podrán lo que no abarca el mundo,
 165 Ni el sentimiento comprimir profundo
 Que yo te consagré.

Que en vano esos salones recorriendo
 Buscará esa mirada indagadora
 Do el espíritu vive que os adora,
 170 Que sentís, que no veis...

Sentid, y no veáis..., y bien que ardiendo
Pase ante vos el soplo que respira,
No queráis ver los ojos con que os mira...
Sentid, y no miréis.

- 175 Que negro ante estos ojos hay un velo,
Y verás sobre mí desde tu altura
Nube de polvo circundarme oscura,
Y alzarse entre los dos.
¡Ay!... Mira siempre vagarosa al cielo,
180 Y pura allí sin nube y sin grandeza,
Tú verás mi pasión, yo tu belleza
En el seno de un Dios.

A S. M. LA REINA GOBERNADORA EN EL ACTO DE
 JURAR LA CONSTITUCIÓN DE 1837*

Bendición sobre vos, Reina adorada;
 Bendición sobre vos, y paz y gloria,
 Hoy que al amor de un pueblo consagrada
 Juras su ley, proclamas su victoria.

5 Bendición sobre el solio do se asienta
 El poder, la inocencia y la hermosura.
 El pueblo que hoy su pacto te presenta
 También del trono la victoria jura.

10 Sólo ante ti, magnánima heroína,
 Puede elevar tan sacro juramento;
 Sólo por ti merecerá, Cristina,
 Que le acepte propicio el firmamento.

15 Que en el cerco de nubes que ennegrece
 El horizonte de la patria oscuro,
 Sólo eres tú la luz que resplandece,
 Sólo es tu trono inmaculado y puro...

* «La composición que sigue fue puesta en manos de S. M. al siguiente día del acto solemne a que va consagrada, por el Sr. Ministro de la Gobernación (que era entonces) D. Pío Pita Pizarro» (Nota de la primera edición). María Cristina juró la Constitución el 18 de junio de 1837. La aprobación de esta Constitución, que estaría vigente hasta 1845, le fue arrancada en realidad a la Reina Regente por los liberales progresistas, tras arrumbar el Estatuto Real (1834). En 1840, María Cristina habrá de renunciar incluso a la Regencia, que ocupará entonces el progresista Espartero, auténtica bestia negra de Pastor Díaz. Sin embargo, la Constitución de 1837 suponía un claro retroceso con respecto a la de 1812, sobre todo en cuanto a las atribuciones del rey, que compartía ahora soberanía con la nación, e incluía de hecho muchos puntos de transacción con los moderados. Nicomedes-Pastor Díaz, que en su *Diario* confiesa que se pasaría definitivamente al bando moderado en 1839, muestra aquí su entusiasmo liberal, pero también su distancia con respecto a los exaltados –identificados con los revolucionarios franceses– y los carlistas, entonces levantados en pie de guerra.

En la confusa oscuridad luchando
 Su pendón tus guerreros ya no vían,
 Y por lanzarse al enemigo bando
 20 Ciegos las armas contra sí volvían.

El contrario aplaudió: su risa impura
 Sonó en su campo cual rugir de fiera;
 A raya tuvo el libre su bravura
 Y gritó en alta voz: «¡Una bandera!»¹

25 Y esa bandera que buscaba en vano,
 Espléndida, radiante, inmaculada,
 Esa bandera tremoló en tu mano...
 ¡Bendición sobre ti, Reina adorada!

Ese estandarte nuevo, refulgente,
 30 En santa unión nos lleve a la pelea,
 Y cuando al torvo despotismo ahuyente,
 Iris de paz y de bonanza sea.

Que en su fondo a tu nombre entrelazadas
 Simétricos ostenten sus colores,
 35 Divisas en malhora separadas,
 Unidas ya como en guirnalda flores.

Si es de un solo matiz lúgubre, oscuro,
 Del fanatismo el pabellón de muerte,
 ¿Pensáis que el paño de un sepulcro impuro
 40 Sea emblema de unión durable y fuerte?

1. La bandera, a la que Nicomedes-Pastor Díaz dedica parte del poema, debía ser la enseña que identificase el bando constitucionalista frente al carlismo. En realidad, hasta Real Decreto de 13 de octubre de 1843 no fue la oficial del Estado la rojo-amarillo-rojo, que ya lo era sin embargo en la Marina desde el siglo anterior. En el bando carlista, aunque ploriferasen también las enseñas –como entre los constitucionalistas–, la tradicional era la blanca con la cruz de Borgoña, es decir, el color de la enseña monárquica con los dos leños rojos cruzados como en la cruz de San Andrés.

¡Ah!, no hace mucho que humillar al Sena
Quiso el blanco pendón de sus señores.
Miradle roto en extranjera arena
Al mágico brillar de tres colores.

45 Tres colores también, y el de tu manto,
Orlan las libertades españolas;
Mas uno es ya su lazo sacrosanto,
Una la enseña que a su faz tremolas.

50 Álzala, oh Reina, en tu gloriosa mano;
Vedla, pueblos de Europa: es ella, es ella:
Ésa es la libertad del pueblo hispano.
¿Quién de vosotros la miró tan bella?

55 ¡La libertad!... Horrorizado el mundo
Creyola un tiempo del puñal armada,
Coronada la sien de gorro inmundo
Sobre regios cadáveres sentada.

60 O el martillo del Cíclope en su mano,
A polvo reduciendo las ciudades,
Alzando el grito de su triunfo insano
Sobre desamparadas soledades.

En alas de visión más venturosa
La ve España bajar sobre su suelo,
Pura, fecunda, celestial, gloriosa
Como al hombre en su amor la ha dado el cielo.

65 La ve con la diadema en su cabeza
Subir contigo al soberano asiento,
Y las formas tomar de tu belleza,
Y pronunciar tu sacro juramento.

La ve dorar las alas refulgentes
70 Del ángel regio que a tu lado brilla,
Y al cielo alzar sus manos inocentes
Que también piden paz para Castilla.

La ve... y ahoga el llanto de ternura
La voz con que a tu nombre victorea,
75 Y al nombre augusto que tu labio jura
Con lágrimas responde: «Eterno sea.»

Y cuando alzas sublime al firmamento,
Confirmando tu voto, una mirada,
Bendición, bendición murmura el viento,
80 Bendición sobre ti, Reina adorada.

LA MANO FRÍA*

Breve fue y robado instante
 A la amarga inquieta vida,
 En que el ánimo rendida
 Rindió los miembros también.
 5 Eran horas de alta noche,
 Y en mi solitario lecho
 Posaba tranquilo el pecho,
 Lenta pulsando la sien.

Cuando súbito en el sueño
 10 Vibró el cuerpo estremecido,
 Y taladrando mi oído
 Grito de muerte sentí.
 Desperté, tendí con ansia
 Los yertos brazos al viento,
 15 Contuve tardo el aliento,
 Miré en torno, y nada vi.

Todo era silencio y sombras,
 Todo oscuridad y calma:
 Sólo el reposo del alma
 20 Despareciera fugaz.
 Que ella, que sin lumbre mira,
 Percibió, negro y secreto
 Más que la noche, el objeto
 Que a ahuyentar vino su paz.

25 Y en breve sentí arrastrarse
 Como en la yerba un gusano,
 Áspera y fría una mano
 Que por mis miembros trepó.

* El *Diario* permite datar este poema en 1838, durante la estancia en Segovia: «Composiciones al acueducto. La mano fría. Al Eresma» (*Diario*: 10 v.).

Una mano férrea, dura,
30 Una mano sola, helada,
Cual de un muerto despegada,
Que en mi frente se posó.

Posó: cual monte de hielo
Su enorme peso oprimía,
35 Sin dejarle a mi agonía
Ni un ¡ay! de espanto lanzar.
Porque en mis labios su dedo
Sentí cual férrea mordaza
Que su sello de amenaza
40 Imprimió muda al pasar.

Y pasó: pasó la noche,
Y el sueño, y la helada mano,
Y a la aurora esperé en vano
Que disipara mi horror.
45 Que horrible más que las sombras
Su negra faz mostró el día...
Todo mudado se había
De mi vista en derredor.

Radiante no brilló el mundo
50 Ni iluminado el espacio,
Ni su disco de topacio
Trémulo ostentaba el sol.
Ni del pabellón pendían
De un cielo desmantelado
55 Nubes de gasa y brocado
Recamadas de arbol.

Trocara en árido polvo
Su esmeralda la pradera,
En negros paños la esfera
60 Su abrigado turquí.

Y ante un sol descolorido,
Sobre una tierra desierta
La naturaleza muerta,
Muerta la vida creí.

65 Tantas voces que armonía
Daban y concierto al mundo
Callaban en lo profundo
De medrosa soledad.

O sueltas a un tiempo, el caos
70 Lanzaba al mundo aturdido,
Como en ráfagas, el ruido
De su eterna tempestad.

Y vía cruzar los hombres
Al azar graves o inquietos,
75 Ora errantes esqueletos
Sin espíritu ni voz,
Ora fantasmas siniestros
Derramando en su mirada,
Fuego el alma depravada,
80 Sangre el corazón feroz.

Busqué entonces con recelo
En la universal negrura
Una forma de hermosura,
Un destello de beldad.
85 En vano, ¡ay Dios!, que el conjuro
De aquella noche de espanto
De la belleza el encanto
Rindió también sin piedad.

Y vi inmóviles y mudos
90 Los semblantes de las bellas,
Apagadas sus centellas,
Sus pupilas sin lucir.

Las vi, desecadas momias
 Yertas pasando a mi lado,
 95 Su labio frío y cerrado,
 Y mi seno sin latir.

Sí, que como centro horrible
 De aquel mundo en esqueleto
 Sin calor quedara y quieto
 100 Cadáver mi corazón.
 Y la mano que en mi frente
 Sus dedos selló pasando,
 Se fijara en él pesando
 Con perenne compresión.

105 ¡Ay!... ¿Qué mano, santo cielo,
 Qué mano fue vengadora
 La que con magia traidora
 Transformó el mundo o mi ser?...
 ¿Era la mano del tiempo,
 110 Por dedos sus desengaños?...
 No..., no brillara veinte años
 El sol desde mi nacer.

¿Era la mano de mármol
 De emboscada muerte oscura
 115 Abriendo la sepultura
 De una existencia veloz,
 Asiéndome con la rabia
 De implacable odio tirano,
 Que al fin fiaba a una mano
 120 Lo que no pudo una voz?...

No, que un día en mis dolores
 Vino la Parca a mi lecho,
 Y cruzadas en mi pecho
 Sus leves manos sentí.

125 Y eran manos perfumadas,
Suavísimas, deliciosas,
Que festonaban de rosas
Una tumba, ¡ay!, que perdí.

 ¿Fue acaso del infortunio
130 Esa mano, o del destino?
 ¿Del cielo enojada vino
 O de la infernal mansión?
 No..., que al orgullo del hombre
 Sorprenbí el horrible arcano
135 De que era la helada mano,
 La mano de la razón.

A UN ÁNGEL CAÍDO (FRAGMENTOS)

Helos allí postrados por el suelo
 Desde el trono esplendente en que brillaron:
 Genios de eterna luz los creó el cielo,
 Y genios de tinieblas se tornaron.

5 He allí esa frente más que el sol radiante
 Que llevar pudo estrellas por guirnalda,
 Cuando entre nubes de oro y de diamante
 Desplegaban sus alas de esmeralda.

10 Su voz sonaba, y al *hosanna* eterno
 Se inundaban los cielos de armonía:
 Su vuelo alzando, hasta el remoto infierno
 Luminosa su huella se extendía...

Pero intentó su vanidad demente
 El poder igualar que los creara.
 15 Quiso, alzando sus ondas, el torrente
 La montaña inundar de do bajara.

Y la montaña le tragó en su seno
 So el gran poder que al universo abruma;
 Y a sus abismos, convertida en cieno,
 20 Fue su brillante vanidosa espuma.

A los abismos, ¡ay!, do abrió su planta
 Vasto sepulcro a su impotente crimen,
 Do en vano su soberbia se levanta
 Con los hierros luchando que la oprimen.

25 Ya es su voz el bramar de la tormenta,
 Su resuello feroz los huracanes,
 Que alguna vez abrasador revienta
 Con espantoso estrépito en volcanes...

30 Eso y no más les queda de la gloria
Que deslumbraba en la terrestre esfera,
El despecho infernal de su memoria
Y el resplandor de la infernal hoguera.

 Y ellos que para amar fueron nacidos,
Con el amor de un Dios alimentados,
35 Helos sin fin de Dios aborrecidos,
A odiar y a maldecirse condenados.

 Pero tal vez no todos la sentencia
De no amar y el tormento merecieron:
Pudo mirar la celestial clemencia
40 Que espíritus de amor no le perdieron.

 Pudo ser que en las huestes celestiales
Débiles almas, ¡ay!, también se hallaran
Que, sin ceder al crimen, criminales,
Siguiesen a otros ángeles que amaran.

45 Pudo ser que el rebelde sentimiento
Del yugo sacudir de criatura
Fuese en alguno el generoso intento
De dar vida a otros seres y ventura.

 Y pudo ser que la justicia eterna
50 Al sumergir la turba maldecida,
De una mirada perdonase tierna
A esos tristes espíritus la vida.

 «Vivid, les dijo, en la mansión del hombre,
«De su dolor al yugo uncid la frente;
55 «Llevad su carne mísera y su nombre,
«Prisión de un alma de ángel penitente.

- «Pasad sobre su valle de dolores
 «Largo destierro y siglos de quebranto:
 «Pues pecasteis de amor, de sus amores
 60 «Probad tan solo el afanoso llanto.
- «Y si del rayo que encendió el infierno
 «Sólo os hirió al pasar leve centella,
 «En amenaza de un suplicio eterno
 «Guarde vuestro interior su eterna huella.
- 65 «Y guarde a un tiempo el éxtasis del cielo,
 «Y el arranque inmortal de su grandeza,
 «Pero sin alas para alzar el vuelo
 «Sobre el nivel de la mortal flaqueza.
- «El mundo no comprenda vuestra lucha,
 70 «A vuestro llanto estúpido se ría,
 «Y a vuestra voz responda, si la escucha,
 «Con gritos de sarcasmo y de alegría.
- «Mas apurando el cáliz de los males
 «Séaos consuelo en el dolor sumidos
 75 «Que otros serán los genios infernales;
 «Vosotros sed... los ángeles caídos...»
- Y desde entonces se ven
 Sobre el suelo peregrinos
 Esos seres que la sien
 80 Doblan con triste desdén
 A los humanos destinos.
- Extrañas apariciones
 Que, perdidas e ignoradas,
 Cruzan las generaciones
 85 Cual cruzan nobles pasiones
 Por las almas degradadas.

Que el mundo no las comprende
Porque a su altura no llega
Y su grandeza le ofende;
90 Que humilla lo que sorprende,
Y lo que deslumbra, ciega...

Así les vemos pasar
Solitarios e infelices,
De otros seres a la par,
95 Sin huellas y sin raíces,
Como barcos por el mar.

Ni para su rumbo hay puerto,
Ni para su noche hay polo,
Y en el océano incierto,
100 Como fiera del desierto,
Por marchar, marchan tan solo.

Para cumplir su destino,
Para ceder a su afán,
Sin curar que en su camino
105 Los envuelva el torbellino,
O los lleve el huracán.

Y si compasivo el cielo
Con la raza que los ve,
Libre les deja su vuelo
110 Porque avasallado el suelo
Se postre humilde a su pie,

Y en sus marmóreos anales
Graba entonces la memoria
Esos nombres colosales
115 Que se alzan como fanales
En la noche de la Historia,

Ellos oscuros están
 Mientras en torno iluminan,
 Como el cráter de un volcán
 120 Cuyo seno ardientes minan
 Hondos abismos de afán.

Y en la cumbre en que se admiran
 Y en el templo en que se adoran,
 Ni aire de placer respiran,
 125 Ni hallan eco si suspiran
 Ni lágrimas cuando lloran.

Por eso raudo el solitario vuelo
 De su vivir apuran;
 Por eso surcan como un rayo el cielo
 130 Y como un rayo duran.

Por eso eterno torbellino agitan
 Con sus formas inquietas,
 O el fantástico mundo sólo habitan
 De amantes y poetas.

135 Por eso a veces cruza el firmamento
 Como un canto sublime
 El misterioso lúgubre lamento
 De una deidad que gime.

Y por eso tal vez pasa fecundo
 140 De amargura y dolores
 Algún ser que portento admira el mundo
 De hermosura y de amores...

.....

Helos allí que aparecen
En la forma aérea y vaga
145 De una fantástica maga,
De una fada, o de una hurí¹.
Cree el hombre que amor le traen
En su pupila de estrellas,
Y desciende el rayo en ellas,
150 Y en vez de amor frenesí.

Que entonces nacen ardientes,
Horribles esas pasiones
Que a mortales corazones
Piadoso el cielo negó.
155 Y a vueltas de esa belleza,
Reflejo del sol eterno,
Se oculta el ardor de infierno
Que sus alas abrasó.

Aún queda a su triste noche
160 Luz de aurora en el semblante,
Y en sus ojos de diamante
Fascina la brillantez.
Queda en sus labios perfume
De celestial ambrosía,
165 Y ese acento de armonía
Que aún llega al cielo tal vez.

Mas si al acento atraídos,
Si de esa luz fascinados,
Mortales desventurados,
170 Osáis su aliento aspirar,

1. La palabra *hurí*, a pesar de su amplio uso por los románticos, no entra en el diccionario de la Real Academia hasta 1884: «Cada una de las mujeres bellísimas creadas por la fantasía religiosa de los musulmanes para compañeras de los bienaventurados en su paraíso» (DRAE 1884).

Veréis cuál se torna en llama
 Que inextinguible os devora,
 Y al sentir os en mal hora
 Arder, creeréis que es amar.

175 ¡Ay!... No es amar el suplicio
 De ese convulsar² inquieto,
 De ese anhelar sin objeto,
 Sin horizonte ni fin.

 De esos deseos sin nombre³
 180 Que aborta el alma abrasada
 En la órbita arrebatada
 Del alma de un serafín.

 ¡Ay!... No es el amor del mundo,
 Flor de la vida del alma,
 185 Con su transporte, su calma,
 Su esperanza y galardón,
 Con sus lánguidos suspiros,
 Y su llanto de alegría,
 Con sus besos de ambrosía;
 190 Su placer y su ilusión.

 No es ese lazo de rosas
 De dos almas que se hallaron
 Juntas, cuando despertaron,
 Su juventud al nacer;
 195 Y antes de seguir el curso

2. Hartzembusch, en el prólogo a la edición de 1866, tildaba este verbo como incorrecto. Sin embargo, se encuentra en los diccionarios de la Real Academia desde 1780 hasta 1837. En esta última edición se define como «encoger y retraer los nervios».

3. Bécquer utilizará la misma expresión en la tercera de las cartas *Desde mi celda*: «Cuando yo tenía catorce o quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esa esperanza sin límite que es la más preciada joya de la juventud» (*Desde mi celda*, ed. D. Villanueva, Madrid: Castalia, 1985, p. 125).

De esta vida de tormento
Sacrifican un momento
Sobre el altar del placer.

No: de esos seres extraños
200 No hay lazos, placer, ni flores,
Ni caricias, ni favores,
Ni un suspiro, ni un mirar.

Altar sí, do en sacrificio
Se da al ángel que se adora
El llanto que eterno llora
205 Quien le vio una vez pasar...

.....

¡Ay!, tú cruzaste hermoso ante mis ojos,
Yo vi en tu frente escrita mi pasión,
Y como un reo me postré de hinojos
210 Para leer mi sentencia y maldición.

Hiriome el rayo que esquivé en el suelo
Cuando, presa de ciega vanidad,
Pedí un objeto para amar al cielo,
Pedí para un mortal una deidad.

215 Yo desdeñé también rebelde, ingrato,
La triste condición en que nací:
Mil corazones rechacé insensato,
Mil plegarias amantes desoí.

Era una sed que no aplacó la fuente;
220 Buscó el raudal que por el monte va;
He allí que pasa indómito el torrente,
Y sin templar mi sed me ahogará.

He allí que cruza su mirar de fuego
 Bajo un rostro de tibia palidez,
 225 Y al yo mirarla convertirse luego
 Mudo mármol sus ojos y su tez...

Ni una voz, ni un acento, ni un suspiro,
 Ni un leve pensamiento para mí,
 Ni el anhelo mirar con que le miro,
 230 Ni la vida aceptar que le rendí.

¡Ay!, si era mi existencia sola, oscura,
 ¿De qué me sirve tu funesta luz?
 Antorcha de una negra sepultura,
 Déjala con su noche y con su cruz.

235 ¿A qué viniste a perturbar mi sueño,
 Blanco fantasma, y mi profunda paz?
 ¿A qué arrancaste el tétrico beleño⁴
 Que circundaba lívida mi faz?

Era triste, era horrible, era la muerte
 240 En yerta postración mi juventud;
 Tú pasaste a mi lado, y para verte
 Débil me levanté del ataúd.

Tú venías del cielo..., yo te amaba;
 Creí que me mirabas..., te adoré;
 245 Sentí correr mi sangre, y era lava,
 Y «esto sí que es morir», triste clamé.

Porque al punto ligeras más que el viento
 Tus alas te llevaron más allá,
 Y en vano en convulsivo movimiento
 250 Mi espíritu infeliz te sigue ya.

4. Planta narcótica.

Porque en vano delicias de otra esfera
 Soñé al mirar tu aérea aparición,
 Y realizada la fatal quimera
 Que en mal hora abortó mi corazón...

255 «¡No soy más que un mortal!», vano mi acento
 Con plegaria de amor te dirigí.
 «¡No soy más que un mortal!...» y el firmamento
 Otros ángeles tiene para ti.

Y para mí ¿qué guarda? El mundo, el cielo
 260 ¿Qué son ya para un ser que odian los dos,
 Cuando me niega su quietud el suelo
 Y ángeles de dolor me envía Dios?

¿Queda tal vez oculto algún abismo
 De su destino incógnito cumplir?
 265 ¿Seré tal vez espíritu yo mismo
 Condenado como ellos a vivir?

¡Ay!... ¡Si en mi noche esta esperanza fuera
 Crepúsculo de bien y de verdad!
 ¡Si ese ángel su mirada detuviera
 270 Un momento en mis ojos por piedad!...

¡Si cruzando sus manos en mi pecho
 Temblaran al pulsar del corazón!
 ¡Si reposando en mi abrasado lecho
 Viera de tanto ardor la abnegación!

275 Tal vez entonces, ángel destronado,
 Descendiera un recuerdo sobre ti.
 Y ¡ay!, «eres tú», clamaras, «desgraciado»,
 El ser de amor que con mi amor perdí.

«Eres tú el que yo busco...» Y ceñiría
 280 Mi cuello con su abrazo celestial;
 Y entonces, ¡ángel mío!..., moriría...
 ¡Mísero ser!.... No soy más que un mortal.

Un mezquino mortal que sufre y llora
 Luchando con el mundo en que nació;
 285 Un mortal que a los ángeles adora
 Porque en el mundo qué adorar no halló.

Un corazón perdido en el desierto,
 Do viendo al horizonte una beldad,
 Al llegar a sus pies rendido y muerto,
 290 Ya no le pidió amor, sino piedad.

Y ni piedad, ni amor... Ángel caído,
 Tu destino en el mundo es harto cruel.
 Mas te envía el Señor... Dale cumplido:
 Vierte entera la copa de su hiel.

295 Y ni amor, ni piedad... Ahoga en el vuelo
 De tus alas el ay de mi sufrir:
 Para ti queda en esperanza un cielo;
 Para mí... la esperanza de morir.

Y ni amor, ni piedad... Mas tus oídos
 300 Escucharán mi voto criminal.
 Tú eres, ¡ay!, de los ángeles caídos;
 Yo buscaré tal vez uno infernal.

Y en mi despecho me diré violento
 Por consuelo a mi ciego frenesí:
 305 «¡No soy más que un mortal!... Ni el firmamento
 Otros ángeles tiene para mí.»

MARIPOSA Y FLOR

Traducción de Víctor Hugo*

- No, decía a la errante mariposa
 Triste la flor del tallo suspendida,
 No vueles más.
 ¿A qué en la vega giras vagarosa,
 5 Mientras me agito al duro tronco asida?
 ¿Por qué te vas?
- Amémonos, unamos la existencia
 Do aquí, lejos del mundo de los hombres,
 Nos puso Dios;
 10 Do huyendo su maléfica presencia
 Nos crean, confundiendo nuestros nombres,
 Flor a las dos.
- Mas, ¡ay!, que el aura leve te arrebatara,
 En tanto dura me aprisiona al suelo
 15 Honda raíz.
 Y no me es dado en círculos de plata
 Girar contigo, y perfumar tu vuelo.
 ¡Suerte infeliz!...
- Y allá lejos te pierdo en la pradera,
 20 O inquieta cruzas la esmaltada alfombra
 De flor en flor,

* «La pieccecita que sigue, sobre desfigurarse como toda composición traducida, pierde mucha parte de su gracia por sola la circunstancia de que los nombres *mariposa* y *flor* son ambos en castellano del género femenino, al paso que en francés, siendo *fleur* del femenino, y del masculino *papillon*, corresponden a los dos sexos con una analogía más completa» (Nota de la primera edición). El poema original, sin título, figura como el XXVII en el libro de Víctor Hugo *Les chants du crépuscule*, de 1835, y va fechado a 7 de diciembre de 1834, a las «6 heures du soir». Víctor Hugo, *Poésie*, I, París: Seuil, 1972, pp. 352-353. En 1861 daría lugar a una célebre canción de Gabriel Fauré.

Mientras yo quedo en soledad severa
 A ver lenta girar mi propia sombra,
 En derredor.

25 Mas tú vuelves, y tornas, y te agitas,
 A cada flor mostrando brilladora
 Un nuevo encanto.
 Así mi ansiosa juventud marchitas,
 Así me ves volviendo a cada aurora
 30 Bañada en llanto.

¡Oh!, coronen mi afán horas felices,
 Y fiel amante ya, tu vago vuelo
 Reposa en mí.

Toma en la tierra como yo raíces,
 35 O alas me da para cruzar el cielo
 Unida a ti.

II

A *****

Mariposas y flores, dueño mío¹,
 La tumba en breve reunirá, y su suerte
 Será común.

40 Mas ¿qué esperar a un túmulo tardío
 Si antes unirnos puede que la muerte
 La vida aún?

1. La ambigüedad de género, apuntada por el autor en su nota explicatoria, parece alcanzar a este apóstrofe en masculino a una interlocutora supuestamente femenina, pero que se explicaría por la convención del drama áureo, que evita la anfibología de *dueña* usando el sustantivo siempre en masculino. Aunque, curiosamente, también «mi amor» o «mi bien», sintagmas usados luego, evitan la caracterización de género.

- Aún hay, sí, do vivamos, do volemós,
Si al azul de la esfera vagarosa
45 Tiendes las alas.
Y campos hay también donde brotemos,
Si en el campo pretendes, pura rosa,
 Lucir tus galas.
- 50 Adonde quieras, sí, donde respires,
 O matiz seas, o aromado aliento,
 Brisa o vapor;
 O mariposa rutilante gires,
 O ligero botón halague el viento
 Tu ala, o tu flor.
- 55 Pero unidos, mi bien... En tanto dura
 La vida, es nuestra unión mi único anhelo,
 Mi bien real;
 Que después, ¡oh mi amor!, a la ventura
 Podremos escoger... La tierra, el cielo,
60 Nos será igual.

DESVARÍO

Alto mi juventud remontó el vuelo
 Y más alto mi amor.
 Ídolo a su pasión buscó en el cielo,
 Pábulo¹ digno a su inmortal ardor.

5 Era un culto, una fe... Yo prosternado
 Le subí en el altar.
 ¡Ay!, era una deidad... No le fue dado
 Mis sacrílegos votos aceptar.

10 Los oyó por mi mal... Oyó el acento
 Que impuro blasfemó...
 Y descendió a mis brazos, y mi aliento...
 No, mi aliento de amor no le abrasó.

 Pero a mis pies el suelo estremecido
 Fuego brotó infernal.
 15 Vi al ídolo en cenizas convertido,
 Y el ara santa en urna sepulcral.

 Aún está allí..., desnudo y solitario
 Como mi corazón:
 Un túmulo do estaba un santuario
 20 Alza imponente su fatal padrón².

¡Ah!, pensé que de altar su negra losa
 Me pudiera servir,
 Y en ofrenda de culto religiosa
 Mis lágrimas eternas recibir.

1. «Alimento que se toma para subsistir» (DRAE 2001).

2. «3. Columna con una lápida o inscripción que recuerda un suceso. || 4. Nota de infamia que queda en la memoria por una mala acción» (DRAE 2001).

- 25 Yo las lloré... Sobre la piedra dura
Se helaron al caer.
Nada tuvo la yerta sepultura
A mi ardiente oración que responder.
- Fuera del mundo, allá lindando al cielo
30 Se levanta su cruz;
Mas en torno a mis pasos por el suelo
Ni despide fosfórica una luz.
- Luz y fuego perdí... Sin movimiento,
Sin camino después,
35 De la vida el calor faltó a mi aliento,
La claridad del día ante mis pies.
- Fáltame, ¡ay Dios!, la antorcha y el camino,
Y vano es preguntar.
40 «—¿Cuál puede ser, respóndeme, el destino,
Si atrás queda un sepulcro y un altar?»
- «¿Cuál puede ser a quien más vasto encierra
Que el mundo un corazón?
¿Darle podrá entre el polvo de la tierra
Lo que no le dio un culto, una pasión?»
- 45 «—No hay más allá..., ni senda ni camino
Que a tus plantas tender.
Si un instante no más fue tu destino,
Un instante del cielo pudo ser.
- «¿Y a qué lento su término a la vida
50 Y el camino buscar,
Si al vuelo fue de un rayo recorrida,
Cruzando entre una tumba y un altar?»»

Mas yo dije tronando en mi despecho
A la insultante voz:

55 «Las puertas abre de mi eterno lecho,
Que este eterno morir, menos atroz.

«Si terminó su efímera carrera
Mi existencia infeliz,
¿Qué de sus restos el destino espera
60 Que no arranca infecunda su raíz?

«¿Por qué aún fría como ondas de veneno
Corre sangre veloz?
¿Por qué aún hueco el abismo de mi seno
Al eco se estremece de una voz?

65 «Un altar... Una tumba... Únicos seres
Fuera del mundo ya.
¡Un altar!... No comprendo sus placeres;
¡La tumba!... Su quietud segura está.

«¡Ay!... Yo pedí sus goces a la vida,
70 Su transporte al amor;
Yo pedí el corazón a una querida,
A la virtud su esfuerzo y al honor.

«¿Y muerte en esperanza me ofreciste
Y en vida soledad?...
75 –¿Lecho y corona en túmulo volviste
Y mi culto en sacrílega impiedad?...

«–¡Ay! ¿Por qué fue entre todos señalado
Un débil corazón
Inocente, del cielo condenado
80 Al aire respirar de otra región?

- «¿Y a qué sin aire en el abismo hundido
Sofocarme y morir?...
Yo ser quiero del mundo en que he nacido,
Gozar con los mortales y sufrir.
- 85 «Quiero los campos y su blanda alfombra,
Su perfume y verdor;
Los bosques y su bóveda de sombra
Y la fuente escuchar y el ruiseñor.
- 90 «Quiero ver los matices de la aurora
Y los visos del mar,
La brisa del vergel consoladora
Sobre el césped mullido respirar.
- «Quiero estrechar el seno de una bella,
O llorar a sus pies,
95 Y en himno al cielo repetir con ella:
«El mundo que nos diste hermoso es.»
- «No, no ambiciono en brazos de una nube
Ascender como Ixión³,
Ni volar en las alas de un querube,
100 Ni descender helado al panteón.
- «Dejemos en sus sábanas de hielo
A los muertos yacer.
Dejemos a los ángeles su cielo,
Y en la tierra busquemos el placer.»

3. *Ixión*: rey mitológico de los lapitas. A pesar de haberle perdonado Zeus un crimen anterior, pretendió a la mujer de éste, Hera. Zeus lo puso a prueba mediante una nube con la forma de Hera. Ixión hizo el amor con la nube, de donde nacerían los centauros, y fue castigado por ello a vagar eternamente por los aires sujeto a una rueda.

105 Mas ¡ay!... Como a sacrílego conjuro
A mi acento se ven
Dejar los muertos su ataúd oscuro,
Abandonar los ángeles su Edén.

Y en tronador acento sobrehumano
110 A mi voz contestar:
«—No hay para ti ese mundo: llora en vano
Quien en sepulcro convirtió el altar.»

AL ERESMA*

No, no empañarán mis ojos,
 Eresma, tu agua fulgente,
 Ni detendrán tu corriente
 Con su mirada fatal.

5 No te asustes como el mundo
 De mi presencia importuna,
 Que no hay ni un rayo de luna
 Que me pinte en tu cristal.

De cerrada, oscura noche,
 10 Encubierto y solitario
 Como un muerto en el sudario,
 Ni la agito ni me ve.

Ni interrumpo tu murmullo,
 Ni a tu orilla su reposo,
 15 Y fantasma nebuloso,
 Huellas no estampa mi pie.

Mas, si al sentir en la brisa
 Que sobre tus ondas juega
 La ráfaga que les llega
 20 De un aliento abrasador,
 Me conoces, y espantado

* El Eresma es uno de los ríos que bordean Segovia. En octubre de 1837, Nicomedes-Pastor Díaz ocupó el puesto de jefe político de esta ciudad, en donde permanecería hasta 1839, en las difíciles circunstancias que quedan señaladas en la introducción. El puente a que se refiere más adelante es, naturalmente, el acueducto romano, que merecerá otro de los poemas de 1840. Ya se ha transcrito aquella anotación del *Diario*, en 1838: «Composiciones al acueducto. La mano fría. Al Eresma» (10 v.). El *Diario* permite entrever también una agitada vida amorosa. Como nota curiosa, su amigo José Zorrilla lo recordará en la misma situación que glosa este poema, cerca del acueducto, en el suyo titulado «Recuerdo a N. P. D.», donde apostrofa a las aguas que bajan de los montes: «Y si pasando, desde el alto lecho / do el puente os presta soledad y abrigo, / veis por las grietas del canal estrecho / tal vez llorando a mi amoroso amigo; / si es que las llagas de su herido pecho / consuelo admiten o a su mal testigo, / decidle que hay quien su pesar agora / del Manzanares a la margen llora» (Zorrilla 1943: I, 202).

Tu murmullo me interroga,
Eresma, el espanto ahoga;
Responderte ha mi dolor.

25 Preguntas si la frescura
De tus márgenes me llama,
Y si el ardor que me inflama
Podré en tus ondas templar.
Sed de los labios se templa.
30 Mas cuando un alma se abrasa,
Tu agua toda viene escasa,
Río, y toda la del mar.

Ni ofrecer puedes la muerte,
Ni yo buscar en tu centro
35 La tumba en que ya no encuentro
El término a mi sufrir.
Que hoy son mis males mayores,
Cuanto mezquinos parecen,
Que a mi orgullo no merecen
40 La importancia de morir.

Acaso huyendo mi planta
De un mundo que la aprisiona,
Fuera de él busca su zona
De silencio y soledad.
45 ¿A qué?... En torno a un alma sola
Harto hay silencio profundo,
Harto es cementerio el mundo,
Y yermo la sociedad...

Ni pienses que es el arcano
50 De esos monumentos viejos
Lo que vengo en tus reflejos,
Claro río, a sorprender.
Quede para ojos tranquilos

A través de tus cristales
55 Descifrar esos anales
De un decrepito poder.

Lean sobre ese peñasco,
Por cuyos cimientos corres,
Qué mano elevó las torres
60 Que coronan tu ciudad.
Y a par el siglo gigante
En que un pueblo omnipotente
Con los arcos de ese puente
Rubricó su eternidad.

65 Hallarán lápidas, tumbas,
Letreros, templos y altares,
Y aún bellos los alminares
Con que alza airosa su sien
Tu alcázar que, vieja nave
70 Encallada en una roca,
Caerá aunque el mar no la toca,
Del viento al primer vaivén.

No; yo no miro esas piedras
Que necio un siglo amontona,
75 Y otro siglo desmorona
Del hombre en justicia fiel.
Que son hoy lo que antes fueron
Esas mezquinas mansiones,
Más que ciudades prisiones,
80 Y tumbas indignas de él.

Ni alzarme puedo del polvo
Do el hombre estampa sus huellas
Hasta ese manto de estrellas,
Tu alfombra y tu pabellón.
85 Que el mismo brazo de hierro

Que del mundo me repele
 Sujeta porque no vuele
 Lejos de él al corazón.

Ni, extraña al mundo y al cielo,
 90 Y más que los dos piadosa,
 Hay en tu campo una rosa
 Que su fragancia me dé.
 Ni dichas que cubrir pueda
 La noche con su misterio,
 95 Cuando cubre un cementerio
 El tálamo de mi fe.

Nada existe... Bellos lazos
 Que el alma a la vida unieron,
 Al ímpetu se rompieron
 100 De iracunda tempestad.
 Una lágrima, un gemido
 Fueron sus tristes despojos,
 Y no encontraron mis ojos,
 ¡Ay!..., ni mis labios piedad.

También rechazó con mofa
 105 Esa sociedad mi llanto:
 Tal vez creyó que era un canto
 La queja en que prorrumpí.
 Y por eso guardé, ¡oh río!,
 110 Para tu orilla y tu seno
 Todo el dolor y el veneno
 Que a derramar vengo en ti.

Que busqué en vano a mi acento
 Labio que le acompañara,
 115 Seno amante en que lograra
 Sin rubor lloro verter.
 Busqué la amistad iluso

Do hay sólo interés y miedo,
Busqué amor que hallar no puedo
120 En quien sólo ama el placer.

Y de la cumbre de hielo
De esa soledad poblada
Oí abajo en la enramada
Tus puras ondas mugir.
125 Y a tus solitarias márgenes
Dije, volviendo mis huellas:
«Agua y voz me darán ellas
Para llorar y gemir.»

Heme aquí... Dulce mi acento
130 No harás con tu blando arrullo,
Mas cubrirá tu murmullo
Su resuello de huracán;
Y aunque no hay en tus orillas
Eco con que le respondas,
135 Habrá rocas y habrá ondas
Que en ellas le estrellarán...

Y de esta lágrima inmensa
Que un mundo entero acibara,
Do se exprime y se alquitara
140 Toda una vida de hiel;
De esta lágrima pesada,
De plomo ardiente fundida,
Siempre a un rostro suspendida
Y siempre cayendo de él;

145 De esta lágrima vidriosa
Que ojos opacos velando,
Con mentida luz vibrando
Al mundo acaso engañó;
Donde un ojo indiferente

150 Tras de su prisma de hielo
Cual radiosa luz del cielo
El brillo de un rayo vio;

De esta gota de un abismo
Como mi dolor profundo,
155 Que ningún labio en el mundo
Supo amoroso enjugar,
¿Qué harás?... ¿Qué, al darla a tus ondas,
Eresma, piensas que espero?...
Que tú la lleves al Duero,
160 Y el Duero la lleve al mar.

SU MEMORIA*

Heme aquí, como en medio del desierto,
 Sin árboles, sin sombra, sin arrimo.
 He aquí sobre un océano sin puerto,
 Noche sin astros, faro, ni arrebol.
 5 Pero esta noche eterna tuvo un día,
 Y su rastro de luz quedó fulgente
 Para cegar la deslumbrada mente
 Con la imagen fantástica de un sol.

Hubo un instante de ilusión, de gloria,
 10 Voló un instante el corazón al cielo,
 Y guardó el corazón una memoria
 Con que a su abismo descendió después.
 ¡Ah!, que mejor el negro abismo fuera
 Que, de esa viva ráfaga surcado,
 15 Ver cada instante el cielo iluminado
 Y más hondo el abismo ante los pies.

Fuera mejor del bátratro¹ profundo
 Sin término mirar la oscura sima,
 Que la visión sublime de otro mundo
 20 Aparecerse al mundanal horror;
 Y mejor bajo un túmulo de mármol
 Encerrarse al nacer, muerto viviendo,
 Que ver la luz la soledad sufriendo
 Con un recuerdo celestial de amor.

* El título del poema aparece en una entrada del *Diario* correspondiente a 1837, en relación con cierta «marquesita de G.» y con el poema «Su mirar» (*Diario*: 8 v.). *Vid.* nota a este último poema.

1. Infierno.

25 Que emponzoña las horas de la vida
 Como a un precito² la eternal ventura,
 Como un recuerdo de virtud perdida
 Que despierta en un alma criminal.
 Un cielo..., una virtud que yo perdiera,
 30 Donde dejara una ilusión de gloria;
 Un mirar..., un amor..., una memoria...
 La memoria quedó para mi mal.

 Hela en torno de mí, fascinadora,
 Reflejo fiel de una fatal mirada;
 35 Hela sobre mis ojos vengadora
 De mi antiguo misántropo desdén.
 Hela doquier de aureola refulgente,
 De nubes de éter y de azul ceñida,
 Ángel en los espacios suspendida,
 40 Ángel que guarda mi perdido Edén.

 Y asida de mi eterno pensamiento,
 Fija siempre sobre él, como él errante,
 Si fuerza adquiere, y vida, y movimiento,
 Y atmósfera, y perfume de deidad,
 45 Como deidad la miro allá en su altura
 Cada vez más de mi pasión lejana,
 Que no es dado tener al alma humana
 Con seres de otra esfera sociedad.

 Y solo yo en el mundo, ella en el cielo,
 50 Fatiga mi vivir, no le acompaña:
 Vela con mis delirios cuando velo;
 Ocupa, si medito, mi razón.
 Y mi sueño febril acecha, y viene
 Solitaria a la orilla de mi lecho

2. Condenado al infierno.

55 Férrea mano a posar sobre mi pecho,
Que no deja latir mi corazón.

Sobre él entonces un recuerdo pesa,
Como si un mundo entero le abrumara,
Cual si inmensa una lápida de huesa
60 Desplomara sobre él la eternidad.

Memoria de un placer nunca sentido,
Memoria de deseos sin objeto,
Memoria atroz que el corazón inquieto
No osa creer memoria de verdad.

65 Que no es entonces la visión radiante
Que cruzó por la esfera de mi vida
Un día que su angélico semblante
De inmortal resplandor la iluminó.

Que no es aquel mirar en que brillaba
70 El astro al fin de mi tormenta oscura,
La frente en que leyera mi ventura,
Y un nombre, ¡ay Dios!, que el cielo no escribió.

Que no es la aérea arrebolada nube
Del aura entre los árboles mecida,
75 Sílfida, que del *Prado* lenta sube
Entre sombras y gas, y aroma y tul.

Que se desliza y pierde ante mis pasos,
Sólo un mirar dejándole a mi noche,
Robado a los cristales de su coche
80 O de los pliegues de su manto azul.

No es genio de esperanza y de consuelo,
No es la visión de un porvenir de gloria,
El éxtasis purísimo del cielo,
El amor, la virtud y la beldad.

85 Todo esto fue su vista; y su memoria
Es la imagen de espanto que me oprime,

El triste acento que incesante gime,
Desengaño, despecho, soledad.

Tal, flotar la miré sobre mi frente,
90 Crespón de luto funeral colgando,
Lanzarme su mirada indiferente,
Y a su región retroceder veloz.
Y un punto en mi frenética congoja
Fuerza y valor cobrando del despecho,
95 La mano alzando del helado lecho,
Así su manto, y la llamó mi voz.

«—Detén, clamé, no busques esa altura
Do contigo no vuela el alma mía.
Sé en imagen al menos mi ventura:
100 Era tu imagen más que otra verdad.
Y aunque de luto y de terror vestida
Tu fantástica forma viene ahora,
Aún ese luto y esa muerte implora
Como el supremo bien mi soledad.»

105 «¿Por qué, dime, enojada, a mi deseo
Martirio tomas mi única esperanza?
¿Por qué el solo recuerdo que poseo
En vértigo me agita y convulsión?
¿Por qué a tu paso, antorcha de mi vida,
110 La sangre de mis venas siento helada?
¿Por qué al clavarme esa fatal mirada
Sangre destila herido el corazón?»

Vila a este acento estremecer el suelo,
Y severa plantarse y silenciosa,
115 Vi al viento de la noche alzar su velo,
Y su aureola fosfórica apagar.
Dura sentí su túnica ondulante,
Fría mi mano que su borde asiera,

Cual si mi voz maléfica pudiera
120 Su vaporoso ser petrificar.

Sí, la misma visión, pero de roca;
El mismo su semblante, mas de hielo;
Los ojos sin cristal, muda la boca,
Yerto, clavado, su macizo pie.

125 Mas bajo el mármol retumbó un gemido
Cual si rompiera de una tumba el seno,
Y esta sentencia al pavoroso trueno
De sus inmóviles labios escuché.

«Si un recuerdo es esperanza,
130 El recuerdo es el placer,
Que a más la ilusión alcanza
De la ventura que el ser.

«Si empero el dedo divino
Cuando el bien te hizo mirar,
135 Sobre el libro del destino
Quiso tu dicha borrar,

«Memoria te cupo en suerte
Como eterna maldición,
Más horrible que la muerte,
140 Que es la desesperación.

«Y si sueño de tu gloria,
Fue mi realidad allí,
Será siempre mi memoria
Aire o piedra para ti.

145 «Que sólo puede ofrecerte
Un destino tu pasión
Más horrible que la muerte,
Que es la desesperación.»

EN UNA DESPEDIDA

Llegó el instante ansiado, instante al par temido,
 Que un misterioso enigma funesto hace a los dos;
 Y en breve entre nosotros las aguas del olvido
 Cegarán ese abismo que hoy abre un triste adiós.

5 ¡Así cerraran ellas la herida envenenada
 Que un día y otro día ahondó traidor puñal!
 ¡Así al mugir lejano de tempestad pasada
 Respondiera en silencio tranquilo su raudal!

10 Mas hoy sobre nosotros la tempestad aún brama,
 Y al último estampido de su infernal fragor
 La nube que nos cerca con ráfagas de llama
 Alumbra el turbio ocaso de nuestro triste amor.

15 Amor que al fin se apaga, llama que se oscurece
 Violenta despidiendo su resuello final:
 Y en vano es mi propósito que el cielo no agradece,
 Y en vano se renueva tu lucha desigual.

20 En vano de tu labio la tímida protesta
 Rechaza a mi ternura el nombre que te di.
 En vano bajo el velo de una amistad funesta
 Aún hoy retractar quieres el amoroso sí.

Brilla, brilla en tus ojos, y ese postrer instante
 Revela comprimida so un yugo tu pasión.
 Estrechando las mías tu mano palpitante,
 Pidiéndome un recuerdo, imploras un perdón.

25 Y en mis ojos leyendo la lúgubre fiereza
 Que brota en mi despecho ceñuda su altivez,
 Más que mi horrible calma, temiendo tu flaqueza,
 Huyes luchando trémula por la postrera vez.

Y buscas de otro abrigo la sombra protectora,
30 Que sin piedad nos niega volcánica pasión.
Para templar la llama que oculta nos devora
Tu boca en vez de un ósculo me ofrece una oración.

«Parte infeliz, me dices, y endulce la amargura
Del acíbar que tragas la hiel que yo bebí.
35 No a tu consuelo niegues saber mi desventura,
Y si otras te llorasen... yo... rogaré por ti.

«Mañana, cuando el cielo propicio a tu destino
Tienda bajo tus pasos la alfombra de su luz,
Contaré las pisadas de ese raudo camino
40 Al son de mis plegarias, postrada ante una cruz.

«Yo invocaré a la Virgen que cubra con su manto
Los hombros del viajero que acaso me odiará,
Que acaso, en duda incrédula de un voto tierno y santo,
Ignore el alto precio que mi pasión le da.

45 «Yo pediré llorosa, yo clamaré ferviente
Que un ángel te conduzca donde es fuerza partir,
De donde a pesar tuyo rogaré eternamente,
Y acaso, a pesar mío, te vuelva a conducir.

«Sí, vuelve; en los momentos de mi rogar tardío
50 Mi tierna y pura súplica oiga tu corazón.
Temple el airado enojo de tu furor sombrío
La voz que a un tiempo elevan mi pecho y mi oración.

«Vuelve, y mi voz disipe, si trémula, sincera,
La voz mentida, aleve, que nunca pronuncié,
55 Y que de un alma crédula, más que amante altanera,
Me arrebató en un día la mal segura fe.

«Y vuelve, ¡ay!, vuelve en breve, do ansiosa los rigores
Que fingió en odio ingrato tu ciego frenesí,
Más tiernos te reclaman que hipócritas amores...
60 ¡Oh!, llórente en buen hora... Yo rogaré por ti.»

Como el remiso aliento del triste que agoniza
Tu tímida plegaria estúpido escuché.
De ese momento lúgubre que el dolor solemniza
La emoción reprimida confuso respeté.

65 Sobre el oscuro fondo de mi penosa duda
Sentí en raudo relámpago plácida luz cruzar.
Creí oír como el eco de tu expresión ya muda
Mi nombre murmurando al pie del santo altar.

70 Creí desde él los ángeles con tu oración subiendo
Esparcir su perfume hasta do fuera yo,
Con sus doradas alas de mi pasión cubriendo
La nube que en mal hora tu espíritu aterró.

75 Creí verte llorosa bajo el tupido velo,
Sólo al oscuro templo tus lágrimas fiar,
De amarme y ser ingrata perdón pidiendo al cielo,
Y amarme y ser ingrata, llorando, confesar.

80 Y era el postrer instante de mi postrero día:
Tu mano entre mis manos, tu labio requerí...
Tu labio quedó inmóvil... Tu mano no era mía...
¡Oh!, bórrese del tiempo la hora en que te vi.

ENVIANDO MI RETRATO*

Aún hay sobre el desierto de la vida
 Lejana y solitaria una palmera;
 Aún hay un puerto do salvarse espera
 De su hórrida tormenta el corazón.
 5 Aún hay como en su norte un pensamiento
 Clavado en mi memoria eternamente;
 Hay de mi vida otro vivir pendiente
 Con inefable eterna adoración.

Lejos, empero, sí... Los bellos ojos
 10 Que el vértigo de amor desvanecía,
 El seno que mi acento estremecía,
 Helos allí abatidos de esperar.
 Allí su abrazo, que se tiende al viento
 Como el ¡ay! de su idólatra ternura...
 15 Sal a su encuentro tú, feliz pintura:
 Ese abrazo y suspiro ve a buscar.

Ve más que yo dichosa... Ve y respira
 La atmósfera de amor que ya no aliento,
 Y que ese llanto de que estoy sediento
 20 Destiñan y sus besos tu color.
 Ve y mírala... Mas, ¡ay!, baja tu frente,

* «La presente composición se escribió, y la leyeron algunas personas tres o cuatro meses antes que mi amigo el Sr. Zorrilla escribiese la que lleva por título *Hojas secas a mi madre*. Es muy natural, era casi forzoso que los dos tratásemos a veces un mismo asunto, y sin embargo es imposible que hayamos sido nunca plagarios uno de otro. Pero esta advertencia se escribe para los que no nos conocen» (Nota de la primera edición). El poema de Zorrilla se titula «Las hojas secas» y lleva la dedicatoria «A mi madre». Apareció en el tomo tercero de sus *Poesías*, en 1838, por lo que deberíamos entender que el poema de Díaz es de esa fecha o anterior. Sin embargo, en el *Diario* consigna la realización de su retrato, por Ortega, en 1837, y su envío a Madrid en 1839 (8 v. y 11 v.): «Envío mi retrato a Madrid. Mal estado de mi familia. Papá enfermo. Felipe en Madrid» (11 v.). En este mismo año 1839, según consta en el *Diario*, escribe su poema a Zorrilla y se adhiere definitivamente al partido moderado (12 r.). Éste es el marco ideológico y vital del poema.

Llega a sus plantas y tu planta humilla;
 Y dobla prosternado la rodilla
 Ante el altar de su celeste amor.

25 Sí, como ante el altar; más que ante el solio
 Refrena el paso, y el mirar inquieto,
 Y tus párpados velen de respeto
 La juvenil fogosa brillantez.

 Conoce al fin a la mujer que miras:
 30 Es más que reina, sí, besa su planta;
 Más que amante y deidad querida y santa;
 Es una madre... Humíllate otra vez.

 ¿A quién sino a una madre? ¿A qué otros ojos
 Presente hiciera de esa faz mi mano?

35 ¿Qué amor sufriera de ese mundo vano
 Tal testigo a su fría veleidad?

 ¿Qué fueras tú al amor?... La más ardiente
 Con un crespón de olvido te velara,
 Y o con la planta del desdén te hollara,
 40 O fueras su padrón de vanidad.

 Pero una madre... te alzaré en sus brazos
 Con el delirio que me alzaban niño;
 Y más que entonces ebria en su cariño
 Querrá dar vida a tu color con él.

45 Y en ese raptó brillará radiosa...
 Estrecharate estática, anhelante...
 ¡Ay! No empero una voz para ese instante
 Te ha dado, ni una lágrima, el pincel.

 Mudo lienzo, ilusión... Para ti, nada,
 50 Para ella, un universo, un paraíso;
 Si en ti fijar mis años fue preciso,
 Por ti a los míos torne su vivir.
 Y prodigiosa página esa tela

De una vida de afán será la historia,
55 Do guarde lo pasado su memoria,
Do busque su esperanza el porvenir.

Que tú serás a un tiempo el bello infante
Que en su regazo juvenil reía,
El niño que lloraba y padecía
60 Como entrando en la vida a su pesar.
Y el joven triste, que en el llanto sólo
Del seno maternal halló consuelo
A esas angustias de amargura y duelo
Do lucha el corazón antes de amar.

65 Ella las vio nacer: su flor temprana
Cubrirse vio de espinas de pasiones,
Y hoy verá más profundo en tus facciones
Tan demudadas, ¡ay!, nuevo dolor.
Y al lienzo en vano pedirá que pinte
70 De ese oscuro penar el triste objeto,
Buscando ansiosa el fúnebre secreto
Que más que yo tal vez halle su amor.

¡Ay!, no; que de ese gesto comprimido,
Del ceño adusto en que tus ojos giran,
75 De esos labios que riéndose suspiran,
Ni ella el confuso enigma acertará.

Ni en los raros mudables caracteres
Que como nubes de verano ardiente
Surcan informes tu abrasada frente,
80 La misteriosa cifra leer podrá.

Y a su seno estrechándote afligida,
O en sus besos intente arrebatada
Lo que no pudo ardiente la mirada
Adivinar, sintiendo el corazón.

85 Ora con llanto y trémulas plegarias

Cuenta demande de tu vida al cielo,
Ora reclame acentos de consuelo
De ti, triste semblante, en su aflicción...

90 Y tú, callada pintura...,
¿No habrá en la inmoble actitud
De esa olvidada lectura
Una expresión de ternura
Con que calmar su inquietud?

95 ¿Nada podrás responder
A una infeliz que te implora?
¿Podrás tu seno esconder
A una mujer que te adora,
Si es, ¡ay!, la que te dio el ser?...

100 Cuando de noche, abrigada
Del doméstico reposo,
Como una amante citada,
Ufana y sobresaltada
Llegue a ti con pie medroso;

105 Y tu lienzo descolgando
Por más verte a su sabor,
Cuerpo a sus tintas prestando,
Le interrogue sollozando
Por el hijo de su amor...

110 Di, ¿qué habrás de responder?
¿Qué la darás por consuelo
Ya que no la des placer?
¿Qué amor habrás de ofrecer
A esos amores del cielo?

115 ¿Con qué el llanto enjugarás
Que destiñe tu barniz?

¿Qué a sus ojos contarás?...
¡Ah!... No te miren jamás
Si no has de hacerla feliz...

Mas no... De tu faz sombría
120 El velo oscuro levanta,
Y al seno materno fía
Lo que de ti no sabría
Ese mundo que te espanta.

Dila por qué, aunque lozana,
125 Brilla así tu juventud
De precoz favor ufana,
No es más esa pompa vana
Que el oro de un ataúd.

Dila por qué, aunque halagado
130 De ruidosa sociedad,
Yace en lágrimas bañado
Tu corazón sepultado
En eterna soledad.

Dila que brazo enemigo
135 Estorba en su derredor,
Que al menos sombra, no abrigo,
No un compañero, un testigo,
La amistad dé a su dolor.

Dila por qué, aunque se apura
140 En darme un mundo aparente
Triunfos de amor y hermosura,
No halla un seno mi ternura
En que reposar la frente.

Dila... Mas basta a tu duelo
145 Su precioso llanto ver...

Pide ya una voz al cielo
 En que la ofrezcas consuelo
 Ya que no la des placer...

.....

Dila que si la vida turbulenta
 150 Rauda al pasar mi faz desfiguró,
 Piense que el alma que en el seno alienta
 Ese mundo de horror no corrompió.

Dila que en una atmósfera infestada
 Con el soplo mefítico, mortal,
 155 De una nación entera condenada
 A ser por todo un siglo criminal.

Que en el negro sangriento torbellino
 Que en torno vemos de esta edad rugir
 Los que en mal hora sentenció el destino
 160 En ella desgraciados a vivir.

Que en la borrasca universal do boga
 Ebria una raza que su fin no ve,
 Y que el grito mortal del que se ahoga
 Canto de vida y de esperanza cree¹.

165 Que en la nueva Babel, do erguido el hombre
 En castigo a su necia presunción,
 De Dios ni de virtud entiende el nombre,
 Ni de amor, heroísmo y religión.

1. Debe anotarse la coincidencia del verso con el título del libro de Rubén Darío *Cantos de vida y esperanza*, de 1905.

Do el cielo de esta raza corrompida
170 Es la tierra que huella con sus pies,
Su destino el placer, su fin la vida,
Y su moral sublime el *jinterés!*

Dila a una madre tú, que del profundo
Del alma de su mano la plantó,
175 Aún resguardada al huracán del mundo
Una flor de virtud no se arrancó.

Que en vano polvo, escombros y maleza
Amontonó sobre ella el vendaval;
Que aún conserva un esmalte de pureza
180 Como rosa guardada en un fanal.

Que marchita tal vez, descolorida
Porque a la luz del cielo no creció,
Su perfume balsámico en mi vida
Más de una vez fragante derramó.

185 Y el aquilón sañado entre sus hojas,
Como el aura en las cuerdas de un laúd,
Al son hizo mezclar de mis congojas
Acentos, ¡ay!, de amor y de virtud.

Dila, sí, que estos nombres sacrosantos
190 Donde ella los grabó fijos están,
Y que siempre al gemido de mis cantos
En armónico acorde se unirán.

Que todo es de ella, cuanto el alma encierra
De puro y grande, y noble y celestial;
195 Y también de ella si quedó a la tierra
Centella alguna de calor vital.

Que arrebatado en vértigo inconstante
 De borrasca en borrasca el corazón,
 Si abrigó sólo efímera un instante
 200 Cada quimera de fugaz pasión,

Hubo siempre un afecto intenso, fijo,
 Y un eterno suspiro de pesar,
 Del joven no, del corazón del hijo
 205 Que a nadie supo así constante amar.

Y ese celeste amor como un sagrario
 Puro el recinto conservó tal vez,
 Tutelar, alejando del santuario
 De bastarda pasión la embriaguez.

210 Siempre radiante, y luminosa, y pura,
 Presidió allí subida en el altar,
 Y nunca aun adorada la hermosura
 Al ara en que ella está pudo llegar.

Nunca humana belleza su memoria
 215 En mi mente frenética eclipsó;
 Nunca la más querida en su victoria
 La copia de ese rostro recibió².

Y si a pasión funesta no fue escudo,
 Pena del cielo a un corazón infiel,
 Del despecho mortal librarne pudo
 220 Y al tósigo endulzar la amarga hiel...

2. Y, sin embargo, a título de anécdota, habrá que decir que en 1844 su diario registra el envío de su retrato a Lola Gándara en un contexto de amoríos variopintos: «Ángeles Sales – Envié mi retrato a Lola. Elisa Roda, cartas, y trapisondas – Viene Barbarita de Francia = 26 de d[i]ciemb[re] sesión conmigo de noche en mi casa. – Conciertos en palacio y bailes de Narváez» (*Diario*: 19 v.).

Que cuando triste al contemplar doquiera
Reyes del mundo al crimen y al dolor,
A la eterna bondad llamé quimera,
Y blasfemé del mundo y su hacedor,

225 Su imagen entre nubes refulgente
Salía como el iris oriental
A sostener el corazón doliente,
Y contra el genio a protestar del mal.

Ella rasgaba ante mi vista el velo
230 De esa horrible verdad que nada ve,
Y por ella volví piadoso al cielo
Mirada ansiosa de esperanza y fe.

Que ella me la inspiró... Recuerdo ahora
Que, una plegaria al murmurar los dos,
235 Aprendí a amar al Dios a quien adora,
Porque madre también tuvo ese Dios.

Y hoy al mezclar en mi oración su nombre,
Creo al Señor gritando en mi impiedad:
«-Si tiene madre sobre el mundo el hombre,
240 «Madre tendrá la triste humanidad...»

¡Ay!, dila, en fin, que unida al fondo mismo
Del corazón que un mundo devoró,
Pegado a las paredes de un abismo
Do ni cenizas hay de cuanto ardió,

245 Escrito un nombre brilla venerando
Y una llama a par de él arde inmortal,
Do eterno y solo quedará brillando
¡El nombre suyo y el amor filial!...

Háblale así... Tu comprimido labio
 250 Repita el voto que mi voz te presta;
 Ella creará a tu boca la protesta
 Que con ósculo ardiente sellará.
 Y llorosa postrándose a tus plantas
 No a ti te mirará, mirará al cielo,
 255 Y en respuesta a tu acento de consuelo
 A la Madre de Dios por mi orará.

¡Oh!... ¡Quién la viera en su actitud sublime,
 En las alas tendiéndose del alma,
 Por llevar hasta mí la dulce calma
 260 Que el cielo preste en premio a su oración!
 ¡Y quién besara su adorable mano
 Cuando, por fin de su plegaria ardiente,
 Derrame con fervor sobre tu frente
 Su solemne sagrada bendición!

265 ¡Oh!... Llegará hasta mí: madre querida,
 Tu esperanza y tu fe no será en vano,
 Y el signo santo de tu augusta mano
 Propicio sobre mí pueda caer.
 Y, misterioso lábaro³, descienda
 270 Del enemigo mundo en la batalla,
 Mi corazón como invisible malla
 De la traidora suerte a guarecer.

Y apure el mal su copa de amargura,
 Y remache sus hierros el destino,
 275 Y en borrascoso eterno torbellino
 Despedácese el orbe en derredor.
 Que en tanto pueda iluminar fulgente

3. «Estandarte que usaban los emperadores romanos, en el cual, desde el tiempo de Constantino y por su mandato, se puso la cruz y el monograma de Cristo, compuesto de las dos primeras letras de este nombre en griego» (DRAE 2001).

Tu astro de paz mi soledad sombría,
En tanto me bendigas, madre mía,
280 Cielo habrá para mí, mundo y amor.

A LA C... DE S... (EPÍSTOLA)

Envuelta, ¡ay Dios!, en enlutado manto,
Bajo tocas de duelo oscurecida,
¿Qué fuiste, dime, aparición de llanto,
Al asomar tu faz sobre mi vida?

5 ¿Qué fuiste en esa playa tormentosa,
Áncora por el mar de algas cubierta?
¿Qué fuiste entre las zarzas, blanca rosa,
Sobre la cima del peñón desierta?

10 ¿Fuiste algo para mí cuando tu velo
Trasparentó la aureola de tu frente,
Y entre las nubes de esa noche un cielo
Dejó a mi vista adivinar fulgente?

15 ¿Fuiste un humano ser, fuiste una hermosa
Por el mundo ante mí rauda pasando,
O fosfórica estrella vagarosa
De mi ilusión la atmósfera cruzando?...

20 Yo no lo sé: de esta memoria incierta
Como en sueño fugaz la imagen pierdo,
Y vacilando el corazón no acierta
Al origen subir de este recuerdo.

Sólo sé que la orilla de esos mares
Recorriendo mi planta solitaria,
Sin que ni Dios, ni el mundo, a mis pesares
Oyesen su blasfemia o su plegaria,

25 Vacío el corazón, la sangre yerta,
Ciega la vista de mirar al cielo,
Cansada el alma de esperar incierta,
Pidiendo el cuerpo su sepulcro al suelo,

Alzarse vi entre el alga de esas rocas,
30 Como sirena que del mar brotara,
Cándida imagen entre negras tocas,
De ébano el cuerpo y de marfil la cara...

Yo estaba triste: en derredor el cielo
Vasto desierto ante mis pies tendiera;
35 Vos visteis mi dolor bajo ese velo,
Mas ni un suspiro demandé siquiera.

Si vuestro seno le exhaló, lo ignoro,
Y en mi dolor acaso desdeñada,
Os vi llorar, os respondió mi lloro,
40 Y cayó sobre mí vuestra mirada.

Ni el mirar ni la lágrima era mía,
Ni fue de vos mi vago pensamiento;
Ni yo el dolor de vuestra faz leía,
Ni vos sobre mi faz mi desaliento.

45 Y véis mi semblante en vos clavado
Como en lisa pared fija pintura,
Acaso extraño en su mirar, pasmado
De ver sin adorar tanta hermosura.

Erais hermosa, sí; recuerdo ahora
50 De ese rostro de nácar la belleza,
La blanca frente de arrebol de aurora,
La lánguida sonrisa de tristeza.

Recuerdo en esos ojos decaídos
Brotando el fuego en ráfagas radiosas,
55 Y a los labios volver descoloridos,
Blando el reír, sus naturales rosas.

¡Ah!, sí, erais bella: en la mitad del cielo
 La luna sobre el mar da menos brillo
 Que vos alzando el enlutado velo
 60 Dando a la luz un rostro de Murillo¹.

¡Oh!, sí, yo le admiré, pero en mi arrobo
 Fantasma de mis sueños le creía
 Que entre los rayos de la luna al globo
 Sobre un grupo de nubes descendía...

65 Seguí cual si fantástica cruzarais
 Las huellas de esos ojos en el viento,
 Mas ni aun acaso en mi ilusión lograrais
 Que alzara a vos apasionado acento.

70 Jamás tal vez de esta mirada incierta
 Visteis brillando la anublada lumbre,
 Y al ver hundida su pupila, y muerta,
 Juzgasteis su mirar fría costumbre.

75 Ni a unos ojos creísteis abismados
 En la honda sima ante mis pies pendiente,
 Que pudieran posar embelesados
 Su vago vuelo en tu argentada frente.

80 Ni yo de vos creyera que a mi anhelo
 Prestarais más que la apacible calma
 De aquel reflejo de la paz del cielo
 Que la ideal belleza infunde al alma.

1. Bartolomé Esteban Murillo (Sevilla, 1617-1682) es recordado en este contexto como el pintor de las Inmaculadas, más que como el costumbrista, pero sin las connotaciones religiosas que Díaz apunta en su poema «El Belén». Aquí interesa sobre todo la iconografía del tema, tomada por Murillo de la Ascensión de la Virgen, representada como una mujer real y hermosa, suspendida entre cielo y tierra. La laicización del tema y, es más, su utilización en un contexto amoroso y mundano, es reveladora de la evolución ideológica del poeta y, posiblemente, de sus contradicciones.

Vos visteis mi quietud: blanda sonrisa,
De compasión acaso y de extrañeza,
Leve agitó como nocturna brisa
De vuestra faz doliente la belleza.

85 Y belleza y pasión dando al olvido,
Lejos mirando el surco de su rayo,
Por vuestra voz armónica mecido,
Reposé en mi letárgico desmayo...

90 Y desperté... Con raudo movimiento
Buscó las vuestras trémula mi mano;
Busqué tu voz... y oí rugir el viento,
Y a lo lejos bramar el oceano².

El huracán mi sueño sorprendiera,
Y en su ráfaga audaz me arrebatara;
95 Y ya no os vi jamás... De esa ribera
La tempestad por siempre me arrojara.

No: ya no os vi jamás, y en el momento
Que no veros jamás fue mi destino,
Sentí trocarse en paso de tormento
100 Cada paso mortal de mi camino.

Entonces tarde conocí en mal hora
Que aquel mirar indiferente y vago
El rayo fue de una pasión traidora
Que a espaldas sólo fulminó su estrago.

2. La rima y la medida del verso obligan a leer *oceano* como palabra llana, lección que se repite en varios otros versos, por ejemplo el v. 127 de este mismo poema, en alternancia con *océano*. En la edición original, de hecho, la tilde se encuentra sobre la vocal *a*.

105 Y entonces, ¡ay de mí!, desapiadada,
Más alta y fría que esa inmensa sierra,
Desplomó sobre mi alma abandonada
Su yerta soledad toda la tierra.

Me encontré solo... En mi dolor profundo
110 Busqué en vano una sombra de consuelo;
Sólo tu sombra vi mayor que el mundo,
Seguir y huir mis pasos sobre el suelo.

Solo esa imagen enlutada y triste
Miro doquier, como un mortuorio manto
115 Que el campo inmenso de la vida viste
Con su color de soledad y llanto.

Y llanto, y soledad, hermosa mía,
Y llanto y soledad eternamente:
Soledad, cuando amaros no creía,
120 Y soledad cuando os adoro ausente.

Soledad cuando a par de tu hermosura,
En letargo de amor absorto y quieto,
No osaba revelar a tu ternura,
De mí mismo ignorado, mi secreto.

125 Y llanto entonces que surcaba en vano
La amoratada tez de mis mejillas.
Como inunda sin causa el oceano
Con periódico flujo sus orillas.

Y llanto y soledad más triste ahora,
130 Y llanto y soledad eternamente;
Llanto porque os dejé, dulce señora,
Y llanto, ¡ay Dios!, porque os adoro ausente.

Llanto porque estas lágrimas perdidas
Corren acaso oscuras al Leteo³,
135 Sin esperanza de encontrarse unidas
Con las lágrimas, ¡ay!, de otro deseo.

Y soledad sin fin porque la suerte,
Sólo en mi extraño corazón trocada,
De amor la ausencia en desamor convierte,
140 Y la memoria de mi amor en nada...

Que nada os quedará: nube ligera
Que a la vista no más cruzando el cielo,
Ni dio sombra a tu frente en la ribera
Ni dio una gota de su lluvia al suelo.

145 Allá se fue lejana al horizonte
A derramar sus líquidos torrentes,
Y a fulminar sobre el escueto monte,
Lejos de tu mirar, rayos ardientes...

No..., nada os quedará: nunca esos mares
150 Repetirán al son de su bramido
La voz que endulzó un día mis pesares
Con un nombre también dado al olvido.

Y para mí ¿qué quedará?... Señora,
Quedaréis vos en mi memoria y canto,
155 Y quedaramme un alma que os adora,
Y quedarán mi soledad y llanto.

3. El Leteo era para los antiguos griegos el río del olvido, donde debían beber los muertos.

LA SIRENA DEL NORTE

Un tiempo fue que la falaz Sirena
 Del mar de Mediodía
 Sobre las rocas de la costa helena
 Las naves en el piélagos sumía.

5 Que ya entonces el hado le enseñaba
 Al hombre sin ventura
 Que también el placer la muerte daba,
 Que también es un monstruo la hermosa.

10 Ya el Egeo tan pérfidos cantares
 No escucha, ni el Euxino¹.
 Cuando la muerte corre aquellos mares,
 Truena como el cañón de Navarino...²

.....

15 Más felices del Norte las regiones
 Aún tienen su cantora,
 Que no siempre de crudos aquilones
 Domina allí la furia bramadora.

De aquel mar la Sirena melodiosa
 Es nuncio de consuelo:

1. El Ponto Euxino es el actual Mar Negro.

2. En octubre de 1827, la alianza naval entre franceses, ingleses y rusos derrotó a la armada turca y egipcia en la bahía de Navarino –hoy Pilos–, un episodio crucial en la guerra de independencia de Grecia. La entrada a la bahía estaba cubierta por ciento cuarenta y cinco baterías de costa. La batalla supuso el declive del dominio turco y la consecución de un ideal internacionalista muy querido por los románticos. Recuérdese que Byron mismo murió en Grecia durante esa guerra. La referencia no era rara y se encuentra en revistas como *El Panorama*: «Batalla de Navarino», 2 (10 de enero, 1839), pp. 17-19.

20 Cuando ella canta, el pescador reposa,
Las nubes huyen y se calma el cielo.

Vésela entonces parecer ligera
Cual niebla de verano,
O en los bosques vagar de la ribera,
O surcando la espuma de Oceano.

25 Luce a veces cual raudo meteoro
Sobre el oscuro monte;
O allá, cayendo el sol, cual nube de oro
Asoma sobre el líquido horizonte.

30 Ora se asienta en el escollo alzado
Que el huracán azota;
Ora, sobre un bajel abandonado,
A la merced de las tormentas flota.

Busca la vista alguna vez en vano
Do resuena su acento;
35 Otras también la voz del oceano
Su voz asorda, o se la lleva el viento.

Yo la vi un tiempo en mi natal ribera,
De la noche a deshora,
Tender fulgente en la estrellada esfera
40 Ráfaga hermosa de boreal aurora.

De allí sus alas cándida agitaba
Cual cisne en su laguna,
Y en el arpa de nácar que pulsaba
Vibrar me pareció rayos de luna.

45 Lejano empero a mí sentir huía
Su remontado acento.

Tal vez allá lograban su armonía
Los globos percibir del firmamento...

50 Y tendió al fin su pavonado manto
La noche del destino
Que me fue dado interpretar su canto,
Y su concierto comprender divino.

Pasado había el áspero bramido
De equinoccial tormenta.
55 Era ya el tiempo en que el flotante nido
Sobre las ondas el alción³ sustenta.

La atmósfera brillaba transparente,
Melancólica y pura,
Cual siempre brilla en la estación doliente
60 En que su tierno adiós dice natura.

Chispas brotaba de argentada lumbre
Fosfórica la playa,
Y allá se vía en la enriscada cumbre
La hoguera relucir de la atalaya.

65 Sobre la mar las barcas vagarosas
Del pescador se mecen,
Que ora cruzan cual sombras silenciosas,
Ora con mil antorchas resplandecen.

3. El alción es el martín pescador y, como ya se ha indicado en el primer poema de esta serie, la tradición lo muestra haciendo su nido sobre el mar, que acaba destruyéndolo. En la mitología griega, Zeus castiga a Alcíone, hija de Eolo, convirtiéndola en alción, pero, compadecido más tarde de su desventura, haría que los vientos se calmasen siete días antes y siete días después del solsticio de invierno, la época en que empolla. Son los llamados «días alciónicos». *Vid.* nota correspondiente en «Mi inspiración».

Y el fruto de su afán de cuando en cuando,
 70 Cual ufano guerrero,
 Sobre el marino caracol soplando,
 A las playas anuncia el marinero.

Al pie solloza de la vieja ermita⁴
 El búho sus congojas;
 75 La ráfaga de otoño el bosque agita,
 Y arrancadas volar se oyen las hojas...

Entonces fue cuando elevó su acento
 La escondida Sirena.
 Yo no la vi; no revoló en el viento;
 80 No apareció en las ondas, ni en la arena.

Allí sonó do escombran la ribera
 Religiosas ruinas;
 Allí rústico templo un día fuera;
 85 Allí oró el pueblo fiel de las marinas⁵.

4. Posiblemente, la ermita de San Roque, en Viveiro, situada sobre un otero que domina el mar.

5. Chao Espina (1949: 223) identifica este escenario con «aquella cueva primitiva de “San Juan de Covas”, que un tiempo fue altar y templo bajo la advocación de San Juan Bautista, el cual sigue siendo patrono y titular de aquellos marineros. Esta cueva se alza sobre el acantilado en la parte Este y conserva restos ya insignificantes de lo que fue». En la toponimia local hay, por otra parte, huellas del mito de las sirenas, como puede ser la pequeña playa llamada de las Sirenas, al pie de un acantilado, o la cueva de la Doncella, donde se sitúa a una muchacha encantada, de cabellos rubios y vestido blanco, que baja en los amaneceres de San Juan para bañarse y peinar sus cabellos con un peine de oro. Todo esto lo recoge también, con variantes, Leal Ínsua (1943: 76): «Cerca se abre a las aguas la cueva de la Doncella en donde la leyenda sitúa a una sirena adolescente que se peina desnuda y espléndida con peine de alba todas las mañanas de San Juan, atrayendo a los marineros que regresan de las faenas pesqueras, hacia el peligro de la resaca al tiempo que canta voluptuosamente unas absurdas canciones de amor». En la actualidad se mantiene la tradición local de la romería nocturna de la playa de O Torno (Cervo), que se celebra una noche de agosto en honor de la sirena Maruxaina. Véase también Donapetry (1953: 69).

Minó la mar sus frágiles cimientos
 Al altar de la aldea;
 Las ondas derribáronle y los vientos,
 Y cubrirale en breve la marea.

90 Allí se oyó su voz; allí el sonido
 De su arpa soberana,
 Dulce cual melancólico gemido,
 Solemne como el son de la campana.

95 Eran sólo infelices pescadores
 Los que su canto oían;
 Del puerto los tranquilos moradores
 Del primer sueño en la quietud yacían.

100 Y en tanto yo, cabe una cruz sentado⁶,
 Absorto y vigilante,
 En vez oí de oráculo inspirado
 Que así cantó sencilla al navegante.

105 «Incierto surcador del oceano,
 Que ante su yerma inmensidad perdido
 Rumbo buscas al término lejano
 Del hemisferio antípoda escondido,
 Sigue, sigue atrevido
 Tu audaz seguro vuelo,
 Y allá en los altos mares te abalanza;

6. Comenta Parga Sanjurjo de este pasaje: «Esta cruz de madera estaba elevada sobre un montículo de arena en la playa de Cobas, en cuyo montículo se hallaban sepultados muchos náufragos de los buques de guerra *Magdalena* y bergantín *Palomo*, que se fueron a pique en la concha de Vivero a principios de la última centuria. Sin duda por esta circunstancia y por su proximidad al mar elegía este sitio el poeta para estimular su imaginación» (Chao 1961: 210-211).

Su inmensa soledad es tu esperanza;
 Tu guía está en el cielo.

110 «Un tiempo fue que el mísero marino
 Senda en esos desiertos no tuviera,
 Y en la noche del mar fue su camino
 La cercana extensión de la ribera.
 Indefensa y ligera,
 115 Jamás la débil quilla
 De los rudos escollos se alejaba,
 Y el primer soplo de aquilón sembraba
 De fragmentos la orilla.

«Mil Caribdis⁷ entonces abisimosas
 120 De monstruos y terror el mar sembraron,
 Y las columnas de Hércules famosas
 Las puertas del océano cerraron.
 En vano se lanzaron
 Aquellos hombres fieros
 125 A recorrer del orbe los caminos,
 Que la tierra en sus ámbitos mezquinos
 Los cerró prisioneros.

«La tradición guardó de los mortales
 Fama de un universo allá escondido;
 130 Y al recordarle el hombre en sus anales,
 Tristemente escribió: *Mundo perdido*.
 Mas breve fue, que henchido
 De ignorancia altanera,
 Llamar osó quiméricas visiones
 135 A las vastas incógnitas regiones
 Do llegar no pudiera.

7. Caribdis aparece en el Canto XII de la *Odisea* y es, con Escila, uno de los monstruos mitológicos que debe superar Ulises en su regreso a Itaca.

«Y al fin brilló una noche de ventura
 En que, en la erguida popa reclinado
 El nauta audaz, interrogó a Natura
 140 Sobre el rumbo a los hombres ignorado.
 No, no, clamó inspirado;
 Su inmensurable vía,
No en tan estrechos límites se encierra;
No brillará jamás desde la tierra
 145 *El fanal de mi guía.*

«De ese desierto inmenso los destinos
 Sólo otra eterna inmensidad iguala.
 De ese ponto ignorado los caminos
 Sólo el celeste océano señala.
 150 *Su bóveda es mi escala;*
 Allí tiene mi vuelo
 Marcadas ya sus rutilantes huellas:
 Yo surcaré la esfera y las estrellas...
 Mi camino es el cielo.

155 «Mas, ¡ay!, que alguna vez negros crespones
 Ante su inmóvil faro se tendieron,
 Y entre olas de aplomados nubarrones
 También los astros náufragos se hundieron.
 ¿Dó entonces se acogieron
 160 Las pavoridas naos?
 ¿Quién rasgó de natura el manto denso?
 ¿Qué antorcha pudo iluminar lo inmenso
 De aquel profundo caos?»

 «¿Quién sino un Dios entre un oculto cielo
 165 Mediador puede ser y un oceano?
 A descorrer su impenetrable velo,
 ¿Cómo llegara de un mortal la mano?
 Preciso fue un arcano;
 Pudo en la tierra sólo

170 Un misterio recóndito, profundo,
 Marcar el cielo, y revelar al mundo
 La brújula y el polo.

«¿Dó vas? ¿Dó vas, huyendo la ribera?»,
 La ignorancia gritó. «¿Por qué ese cielo,
 175 Por qué ese norte buscas do te espera
 La eterna noche y el eterno hielo?...»
 Y a su imbécil recelo,
 Impávido el marino,
 Mostrando alegre el polo refulgente,
 180 *He allí, clamó, en la bóveda esplendente*
Una estrella, un destino.

«*He allí brillar la inmóvil atalaya*
De donde vela Dios sobre mi suerte,
Mientras luce estrellándose en la playa
 185 *Siniestra espuma de naufragio y muerte.*
Sus. —Y a su voz más fuerte
 Que el piélagos iracundo
 El ondulante pabellón alzose
 Y al fin siervo el océano postrose
 190 Ante el señor del mundo.

«Viéronle allá las tierras de Occidente,
 Y más allá le vieron nuevos mares,
 Y más allá volver por el Oriente
 Le vieron con asombro en sus hogares.
 195 De tormentas y azares
 Triunfador en su vuelo,
 Sin fanales, sin ruta, sin ribera,
 Do le plugo llegar, llegó doquiera
 Guiado por el cielo...

200 «Deja, deja los riscos espumosos,
 Marinero, a los fieros huracanes;

Ni esos faros te guíen engañosos,
 Tal vez incendios y tal vez volcanes.
 La luz de tus afanes
 205 No alumbra en ese suelo,
 Y allá la busca en mares sin orilla,
 Do encendida por Dios eterna brilla
 La inmóvil luz del cielo.

«Y tú, infeliz habitador del mundo,
 210 Que en procelosa vida navegante
 También ignoras de ese mar profundo
 El misterioso término distante...»

 Súbita en esto, ráfaga del monte
 Sopló sobre los mares,
 215 Y arrebató perdido al horizonte
 El postrimero son de sus cantares.
 No más oí de la gentil Sirena
 El concierto divino,
 Sino el tumbo del mar sobre la arena,
 220 Y el bronco son del caracol marino.

A LA LUNA*

- Desde el primer latido de mi pecho,
 Condenado al amor y a la tristeza,
 Ni un eco en mi gemir, ni a la belleza
 Un suspiro alcancé.
- 5 Halló por fin mi fúnebre despecho
 Inmenso objeto a mi ilusión amante,
 Y de la luna el célico semblante
 Y el triste mar, amé.
- El mar quedose allá por su ribera,
 10 Sus olas no treparon las montañas;
 Nunca llega a estas márgenes extrañas
 Su solemne mugir.
- Tú empero que mi amor sigues doquiera,
 Cándida luna, en tu amoroso vuelo;
 15 Tú eres la misma que miré en el cielo
 De mi patria lucir.
- Tú sola mi beldad, sola mi amante,
 Única antorcha que mis pasos guía,
 Tú sola enciendes en un alma fría
 20 Una sombra de amor.
- Sólo el blando lucir de tu semblante
 Mis ya cansados párpados resisten;
 Sólo tus formas inconstantes visten
 Bello, grato color,
- 25 Ora cubra cargada, rubicunda
 Nube de fuego tu ardorosa frente,
 Ora cándida, pura, refulgente,

* El poema sería incluido en la célebre antología de Menéndez Pelayo *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana*, lo que venía a ser algo así como su consagración en el canon de la época. También Valera lo incluiría, junto a «Mi inspiración», en su *Florilegio de la poesía castellana en el siglo XIX*.

Deslumbre tu brillar.
 Ora sumida en palidez profunda
 30 Te mire el cielo desmayada y yerta,
 Como el semblante de una virgen muerta,
 ¡Ah!..., que yo vi expirar.

La he visto, ¡ay Dios!... Al sueño en que reposa
 Yo le cerré los anublados ojos;
 35 Yo tendí sus angélicos despojos
 Sobre el negro ataúd.
 Yo solo oré sobre la yerta losa
 Donde no corre ya lágrima alguna...
 Báñala al menos tú, pálida luna,
 40 Báñala con tu luz.

Tú lo harás, que a los tristes acompañas,
 Y al pensador y al infeliz visitas;
 Con la inocencia o con la muerte habitas:
 El mundo huye de ti.
 45 Antorcha de alegría en las cabañas,
 Lámpara solitaria en las ruinas,
 El salón del magnate no iluminas,
 Pero su tumba sí...

Cargado a veces de aplomadas nubes
 50 Amaga el cielo con tormenta oscura,
 Mas ríe al horizonte tu hermosura,
 Y huyó la tempestad.
 Y allá del trono do esplendente subes
 Riges el curso al férvido oceano,
 55 Cual pecho amante que al mirar lejano
 Hierve, de su beldad.

Mas, ¡ay!, que en vano en tu esplendor encantas,
 Ese hechizo falaz no es de alegría,
 Y huyen tu luz y triste compañía

- 60 Los astros con temor.
 Sola por el vacío te adelantas,
 Y en vano en derredor tus rayos tiendes,
 Que sólo al mundo en tu dolor descendes
 Cual sube a ti mi amor.
- 65 Y en esta tierra, de aflicción guarida,
 ¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?
 Del nocturno reposo de los seres
 No turbas la quietud.
 No cantarán las aves tu venida,
 70 Ni abren su cáliz las dormidas flores:
 Sólo un ser de desvelos y dolores
 Ama tu yerta luz...
- Sí, tú mi amor, mi admiración, mi encanto;
 La noche anhelo por vivir contigo,
 75 Y hacia el ocaso lentamente sigo
 Tu curso al fin veloz.
 Párate a veces a escuchar mi llanto,
 Y descende en tus rayos amoroso
 Un espíritu vago, misterioso,
 80 Que responde a mi voz...
- ¡Ay!, calló ya... Mi celestial querida
 Sufrió también mi inexorable suerte...
 Era un sueño de amor... Desvanecerte
 Pudo una realidad.
- 85 Es cieno ya la esqueletada vida;
 No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura;
 La muerte reina ya sobre natura,
 Y la llaman... *verdad*.
- ¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante,
 90 El hombre de otros tiempos viviría,
 Cuando en el mundo, de los dioses vía

Doquiera la mansión!
 Cada eco fuera un suspirar amante,
 Una inmortal belleza cada fuente;
 95 Cada pastor, ¡oh luna!, en sueño ardiente
 Ser pudo un Endimión¹.

Ora trocada en un *planeta oscuro*,
 Girando en los abismos del vacío,
 Do fuerza oculta y ciega en su extravío
 100 Cual piedra te arrojó.
 Es luz de ajena luz tu brillo puro,
 Es ilusión tu mágica influencia,
 Y mi celeste amor ciega demencia,
 ¡Ay!..., que se dispó.

105 Astro de paz, belleza de consuelo,
 Antorcha celestial de los amores,
 Lámpara sepulcral de los dolores,
 Tierna y casta deidad.
 ¿Qué eres de hoy más sobre ese helado cielo?
 110 Un peñasco que rueda en el olvido,
 O el cadáver de un sol que, endurecido,
 Yace en la eternidad...

1832²

1. El mito de Endimión, tan estimado por poetas y pintores, está íntimamente unido a la luna, representada por la diosa Selene, que se identifica también con Diana. Gracias a su amor, permanecería eternamente dormido y eternamente joven.

2. «Publicada en el año de 1835 en un número del *Artista*» (Nota de la primera edición).

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA*

Cuando sumido en tinieblas
 Sus párpados cierra el mundo,
 Y en paz los pueblos remedan
 La calma de los sepulcros;
 5 Cuando en mi frente clavados
 No están ojos importunos,
 Y puede elevarse al cielo
 Sin apariencias de orgullo;
 Cuando no sigue mis pasos
 10 Mirada necia del vulgo,
 Que acechar pretende en ellos
 Un fin a mí mismo oculto;
 Cuando me es dado dar suelta
 Desde el seno en que los hundo
 15 A los suspiros que ahogo
 Con las lágrimas que enjugo;
 Cuando turbias las estrellas
 Prestan su brillo confuso,
 Y por parecer más solos
 20 No da sombra cuerpo alguno;
 O la luna en el ocaso
 Su disco menguado y mustio
 Esconde, y blanquea el cielo
 Un reflejo del crepúsculo,
 25 Placed a mi dolor entonces
 Abrigarse taciturno
 De la colosal arcada
 De ese gigante acueducto;
 Pláceme, inciertos los pasos,
 30 Al pie de su inmenso muro
 Deslizar encapotado

* Hay que datar este poema en 1838, según se consigna en el *Diario*, junto a «La mano fría» y «Al Eresma». *Vid.* nota correspondiente en «La mano fría».

Como un fantástico bulto;
O allá a su extremo sentado
Mirar, sobre el fondo oscuro
35 De una población dormida
Y de un horizonte turbio,
Cómo en las nubes descuellan,
En festonado dibujo,
Ligeros los mismos arcos
40 Que sobre el suelo robustos
Con veinte siglos de peso
Quieren aplastar al mundo...
Entonces sobre su mole
Y sobre su edad me subo,
45 Y de la tierra elevado,
Cual leve vapor nocturno,
De otros tiempos y otros hombres
Razas y pueblos descubro.
Acalla entonces mi pecho
50 Sus suspiros importunos,
O sorda el agua mugiendo
Los confunde en su murmullo;
Que el rumor que por las bóvedas
Hace el raudal en tumulto,
55 Sobresaliendo a compás
En el silencio profundo,
Parece el resuello eterno
De un pueblo entero difunto,
De una raza de gigantes
60 Dormida en aquel sepulcro...
Y cercado de tinieblas
Como el monumento augusto,
Alzando bronco mi acento
Sobre su acento confuso,
65 Estrellando entre sus arcos
Mi voz, creyendo en mi orgullo
Que de su sueño de piedra

La inmoble paz interrumpo,
 A solas con el coloso
 70 Le interrogo y le conjuro.

Obra gigante de gigante raza,
 Portento de la tierra y de los hombres,
 Que por más noble, inmemorial los nombres
 De tu artífice ignoras y tu edad.
 75 Rúbrica colosal que un pueblo eterno
 Estampó con su planta soberana,
 Arco del triunfo que en su audacia insana
 Sobre el tiempo alcanzó la humanidad.

Puros en vano en tu horadada cumbre
 80 Los raudales benéficos deslizas,
 Que en la antigua ciudad que immortalizas
 Vierten vida a torrentes y frescor.
 De ese raudal, los hombres al nombrarte,
 Cual si por él no fueras, se olvidaron,
 85 Y *Puente* un siglo y otro te llamaron,
Puente no más tu pueblo admirador.

Que un puente fue la colosal empresa
 Del que asentó robusto tu cimiento,
 Puente so el cual pasara turbulento
 90 De mil generaciones ancho el mar.
 Puente sobre el abismo de los tiempos
 Por la mano del hombre suspendido,
 Que a un porvenir podrá desconocido
 Un pasado recóndito enlazar.

Viera la tierra ya los anchos ríos,
 95 Aún de inmenso diluvio rebramando,
 En cauce estrecho a su pesar entrando,
 Del hombre al yugo su torrente uncir.

Y a esos seres de un día, triunfadores
 100 Viera ya de las olas y los vientos,
 Al océano mismo en sus cimientos
 Con cadenas de diques reprimir.

Ya el Éufrates y el Tigris domeñados
 Sufrieran de Babel torres y puentes¹;
 105 So altas moles doblaban reverentes
 Tajo y Danubio la vencida sien.
 «Raudos empero más, un pueblo dijo,
 «Y en su ciego rodar devastadores,
 «Del hombre mismo corren los furores...
 110 «Yo sobre ellos un puente haré también.

«Y sobre las oleadas de otros pueblos,
 «Y sobre sus tormentas y avenidas,
 «Probemos en cien arcos esculpidas
 «Las huellas a estampar de nuestros pies.
 115 «Y que pasen las razas venideras
 «Bajo el trofeo que su frente abruma,
 «Sin dejar ni las manchas de la espuma
 «Que salpiquen en él dando al través.

«Y por diadema de su sien altiva
 120 «Que perenne y fugaz orle su frente,
 «Raudal fecundo que sus siglos cuente,
 «Cual péndola inmortal de ese reló.
 «Y que al compás de su mudanza eterna
 «Su duración robusta se acrisole.»
 125 Dijo, y alzando tu soberbia mole,
 A un tiempo río y puente construyó.

1. Los ríos Tigris y Éufrates, que cruzan la actual Irak y desembocan juntos en el Golfo Pérsico, constituían el eje sobre el que se asentaba la antigua civilización de Mesopotamia, que significa «país entre los ríos». La torre de Babel (Génesis 11: 1-9) sería la muestra del orgullo babilonio.

- Y tus gigantes arcos se extendieron,
 Y en su cima las aguas resbalaron,
 Y los siglos vinieron, y estrellaron
 130 En tus pilares su rugir feroz.
 Y tú, en silencio, inmoble los miraste
 Bajo tus plantas humillar su orgullo,
 Pasar, y de tus aguas el murmullo
 Ahogar solemne su soberbia voz.
- 135 ¿Quién sabe lo que viste de esa altura?
 ¿Quién leerá los anales de tu historia?
 ¿Quién pudiera a su frente la memoria
 De esa frente maciza trasladar?
 ¿Quién sabe si a los hijos del Oriente,
 140 Poblando estas incógnitas orillas,
 De Nínive² y Babel las maravillas
 Plugo en imagen noble reflejar?
- ¿Quién si de ilustre sociedad perdida
 Allá en la noche de los siglos densa,
 145 Tus grandes restos, y de ciencia inmensa,
 Y de un arte magnífico serán?
 ¿O si en bárbara edad animó el cielo,
 Con poderosa inspiración altiva,
 El brazo de esa raza primitiva
 150 Que sólo el nombre nos dejó de Hispán?³

2. Antigua capital del imperio asirio, en la orilla oriental del río Tigris.

3. Hispán, rey legendario de los héspedes, sería origen del nombre de España. En el siglo XIII, Rodrigo Jiménez de Rada, en su *Historia de los hechos de España*, o *Historia Ghótica*, explica que, antes de marcharse de España, Hércules la dejó en manos griegas y puso como caudillo a Hispán, «un noble al que había criado desde la adolescencia, y por el nombre de éste llamó España a Hesperia» (*Historia de los Hechos de España*, Madrid: Alianza Editorial, 1989, p. 69). Jiménez de Rada le atribuye una labor reconstructora y en la práctica fundadora de España: «como era hábil, valeroso y de estirpe de héroes, reconstruyó la devastada España y llevó a cabo

- ¿Quién nos dirá si el águila de Roma
 Humilló a tu grandeza su arrogancia?
 ¿Si acaso, asoladoras de Numancia,
 Acampó sus legiones a tus pies?
 155 ¿O si Viriato y su indomable hueste
 Cayendo de los cerros carpetanos⁴,
 En tu bóveda osó de sus tiranos
 Colgar en triunfo el arrancado arnés?
- Si te hallaron ya en pie, ¿qué te dijeron
 160 De la ciudad eterna los señores?⁵...,
 Que envidiosos de ser tus fundadores,
 Cual hijo te adoptaban imperial.
 Y dejaron dudando a las edades
 Si ellos sellaron con tu planta el suelo,
 165 O si fuiste más noble, alto modelo
 A su familia de obras colosal...
- Y más tarde de pueblos la marea,
 Que a renovar la humanidad esclava
 Al Austro⁵ el Norte vengador lanzaba,
 170 Desbordado en inmensa inundación

grandes obras, de las que aún quedan algunas» (70-71), como serían el acueducto de Segovia, objeto de este poema, o la coruñesa torre de Hércules. También Covarrubias, en el *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), asocia el término «España» a este rey legendario: «en otro tiempo se dijo Iberia, por el río Ebro, a cuya corriente estaba edificada una ciudad Ibera, y della y del río tomó aquella provincia el nombre de Iberia. Dijo España, según algunos, de Híspalo, que reinó en ella después de los Geriones; o de Hispán, su duodécimo rey, según Esteban de Garibay, lib. 4, cap. 14».

4. La Carpetania es el nombre aplicado por los historiadores romanos al territorio comprendido entre la sierra de Guadarrama y el Tajo, con centros urbanos como Tole-tum, Segobriga o Complutum. Era característico de los carpetanos situar sus poblamientos en riscos e incluso en cuevas naturales o artificiales. Numancia y Viriato son suficientemente conocidos como hitos históricos en la construcción del imaginario nacional español.

5. El viento sur, y por sinécdoque, el Sur.

Paró a tus pies, y el genio de sus triunfos
Señaló a su furor otro camino,
Porque, instrumento del furor divino,
No leyó sobre ti su maldición.

175 En reflujo espantoso el Mediodía
Revolvió sus falanges y escuadrones,
Y viste desplegar sus pabellones
A tu sombra a los hijos de Ismael⁶.
Mas al probar su alfanje en tus pilares
180 De la sed del desierto se acordaron,
Y ese raudal benéfico adoraron
A quien sirves de altar y de dosel.

¡Cuántos después sangrientos y feroces,
Cuántos pueblos cobardes o livianos,
185 Cuántos gigantes a tus pies enanos
Estrelló imbécil una y otra edad!
¡Cuánto acento y rumor, gritos e idiomas
Asordaron la voz de tu murmullo!...
¡Hoy sobre los sepulcros de su orgullo
190 Sólo anima tu voz la soledad!...

Sola tu voz quedó de tantas voces,
Y sólo tú de tantos monumentos
Que el humano furor con sus cimientos
O el brazo del Eterno niveló.
195 Y al terremoto que aplastó los montes
Sobre las huellas de Babel borradas,
Sobre Tiro y Tadmur⁷ desamparadas,
Tu pedestal sencillo no tembló.

6. De Ismael, hijo de Abraham, descenderían los ismaelitas; por extensión, los pueblos árabes.

7. Tiro, en Líbano, fue siempre urbe importante, al menos desde el primer milenio antes de Cristo, cuando los navegantes fenicios establecieron en torno a ella impor-

Sopló la ira de Dios, y torres, muros,
 200 Plazas y circos, pórticos y altares,
 Alcázares, castillos y alminares
 Dobláronse cual cañas, de un vaivén.

Ni defendió sus santos mausoleos
 La muerte misma en su recinto helado,
 205 Ni quiso Dios del surco del arado
 Libertar su santuario de Salem⁸.

Pero a ti sí, que el agua de los cielos
 Viertes fecunda en la mansión del hombre,
 E iguales, sin curar de raza y nombre,
 210 Al rico y pobre en tu precioso don.

A ti plugo al Señor en su venganza
 Olvidar cual recóndito tesoro...
 Eterna Providencia, yo te adoro:
 Tú eres, obra gigante, su padrón.

215 Tú estás ahí para ensalzar su nombre,
 Tú estás ahí para cantar su gloria,
 Tu estás ahí para vengar la historia
 Y proclamar severa una verdad.

Tú ahí quedaste a revelar al mundo
 220 Lo que los hombres de otros tiempos eran,
 Y a confundir los hombres que quisieran
 Ostentar hoy su estéril vanidad.

Que decirles te es dado: «Raza imbécil,
 «Gárrula eleva efímeros escombros,
 225 «Nunca más que a la altura de tus hombros,
 «Nunca más que a tu rápido vivir.
 «Y sin fe el corazón, sin cielo el alma,

tantes bases comerciales. La actual Tadmur, en Siria, es más conocida por su antiguo nombre de Palmira y por las impresionantes ruinas romanas que conserva.

8. Nombre antiguo de Jerusalem, que significa «paz».

«Tímido y bajo de tu mente el vuelo,
 «Sólo a arrastrarte raudo por el suelo
 230 «El humo de tu ciencia haces servir.

 «Do es nada el corazón, muerte se crea,
 «Y polvo cuando es polvo el pensamiento.
 «Quien elevó a las nubes mi portento,
 «Su espíritu elevaba más allá.
 235 «Y era más que un mortal el ser gigante
 «Que en el mundo tan grandes y tan bellas
 «Pudo estampar las portentosas huellas
 «Que pie de otro mortal no borraré.»

No, no las borraré; podrá insultante
 240 A esos siglos llamar bárbaros, fieros,
 Y esos siglos en pie verán severos
 Más que tu agua su acento huir veloz.
 Y de lo alto verán de esos pilares
 Disiparse a sus pies su vano orgullo,
 245 Pasar, y de tus aguas el murmullo
 Ahogar solemne su blasfema voz.

¡Ay!... Pasaremos, sí: de nuestra nada,
 ¿Qué podremos dejar a nuestros nietos?
 Escombros, cementerios, esqueletos,
 250 Padrón de esta sangrienta bacanal,
 Do en breve sobre un suelo de cenizas
 Podrá, vagando atónito el viajero,
 Romanas piedras encontrar primero
 Que el polvo de esta raza criminal.

255 Henos aquí del cielo maldecidos,
 Que a acelerar el triunfo de su saña
 Nos da el tiempo y la muerte su guadaña
 En vértigo infernal de destrucción.
 Y ruinas, sangre y mortandad cruzando,

260 Al ebrio profanar de un sacro nombre,
La ley del cielo y la razón del hombre
Arrastramos a un mismo panteón.

Henos aquí. Posteridad tremenda,
Tú te alzarás, y en tu robusta mano
265 La fuerza imbécil de este siglo enano
En tu balanza pesarás fatal
Con los gigantes que en jugar grandioso,
Con piedras al descuido y sin cimiento,
Al agua a devorar dieron, y al viento,
270 Y a nosotros también su obra inmortal.

Ellos fundaban en el aire ríos;
Ellos colgaban de las nubes puentes
Que eternos las hicieran sus torrentes
Sobre los hombres pródigos verter.
275 Y nosotros también montes alzamos...
De ruinas y de piedras sepulcrales,
Y sobre ellos después anchos raudales
De sangre hacemos bárbaros correr...

Y en tanto tú, sagrado monumento,
280 Sordo a nuestros estúpidos clamores,
Nuestra impotente rabia y sus furores
Como agua de turbión oirás crujir.
Y cuando el mundo ya no sepa el nombre
De este siglo decrépito e infecundo,
285 Acaso puedas abrumar al mundo
Con un nombre que aguarda el porvenir.

Díselo, sí; los pueblos venideros
En ti lean el nombre soberano
Del pueblo que te alzó, y en humo vano
290 El nombre nuestro espárzase veloz.
Ríe, si hoy a tus pies brama cual trueno

Entre montañas: su impotente orgullo
Pasará, y de tus aguas el murmullo
Ahogará al fin su tormentosa voz.

VIE ET MORT*

Yo no hallo placer en la vida,
 y tengo miedo a la muerte.
 (*Palabras de la persona a quien
 fueron dedicados estos versos.*)

Oh! le mot est horrible, c'est un cri d'agonie;
 C'est l'arrêt du destin, c'est l'oracle du sort.
 C'est l'abyme sans fond; le néant de la vie,
 Et l'horreur de la mort.

5 Oui: j'ai cru quelquefois ce funeste anathème
 L'entendre murmurer dans les échos du soir:
 Mon cœur le rejeta comme le cri blasphème
 Du sombre désespoir.

10 Mon cœur le répéta, mais honteux de son crime,
 Avec son doute amer il enferma ce mot:
 Mon cœur ne croyait pas tout être une victime,
 Tout accent un sanglot.

15 Il osait espérer!... La beauté, l'innocence...
 Elles furent pour lui et l'espoir, et la foi:
 Oh ma belle, il comprit le vrai de l'existence
 En passant près de toi.

* «La composición que sigue no se publica para leerse en Francia. El autor está bien persuadido de que sus versos no lo serán para oídos franceses, y de que sus compatriotas comprenden toda la dificultad de hacerlos en un idioma extranjero, sobre todo cuando no se ha escrito en él ni una carta de cuatro líneas. Escritos para una persona amante de la literatura de aquella nación, el autor sólo los publica para ella, como un homenaje debido a un bello talento, y como la única ofrenda que le es dado consagrar a una eterna e indeleble memoria» (Nota de la primera edición).
 El poema es del año 1840, según se consigna en el *Diario*, por lo que debió de ser incorporado a la edición de ese mismo año en el último momento: «Mi composición francesa, Vie et mort» (*Diario*: 14 r.).

Et fut là ton regard sa céleste lumière,
 Le doux teint de ton front fut l'aube de son jour;
 20 Ta pensée fut sa vie, ton bonheur sa prière,
 Ton âme son amour.

Et je voulus aussi de céleste harmonie
 M'enivrer dans la voix de ton tremblant soupir.
 Tu parlas –je frémis. Depuis lors (je t'en prie),
 Faut-il vivre ou mourir?...

25 Ni la vie, ni la mort. –Voilà donc le mystère...
 Mais tu n'as plus toi-même si désolante foi;
 Tu parlas en Pythie au fond du sanctuaire¹;
 Mais l'oracle est pour moi.

Non, ce n'est pas pour toi cette nuit si profonde,
 30 Elle n'est pas pour toi cette coupe de fiel;
 Pour toi, brillant esprit, qui planes sur le monde
 T'envolant dans le ciel.

Non, ce n'est toi, mon ange, brillante de jeunesse,
 Parfumée d'innocence, rayonnante d'amour;
 35 Ce n'est toi qui pourrait plonger dans la tristesse
 Du terrestre séjour.

La vie coule pour toi en longs flots de lumière,
 Et sur ce front où luit le sourire des cieus,
 Rien que l'ombre d'azur de ta longue paupière
 40 N'ombragera tes yeux.

D'un éternel printemps brillera sur ton âme
 Le ciel toujours serein, et l'émail de ses fleurs,

1. La Pitia era la mujer encargada de transmitir el oráculo en los templos dedicados a Apolo. El de Delfos, al pie del monte Parnaso, era el más famoso.

Sans qu'y roule l'été son tonnerre de flamme,
Ses nuages de pleurs.

45 Non, il n'est que pour moi le jour sombre d'orage,
Elle fut pour moi seul l'aveugle nuit d'horreur,
Qui poussa dans les flots d'une mer sans rivage
Le bateau de mon cœur.

Dès lors je n'ai pas vu ni le ciel, ni la terre;
50 Ni le jour m'éclaira, ni le phare du port,
Et je demande en vain dans ma nuit solitaire
Ou la vie, ou la mort.

Ni la mort, ni la vie... Ah! Qu'est-ce que de vivre,
Oh mon ange adoré, si ma vie c'était toi?
55 La mort... eh bien... la mort qui de toi me délivre,
Me glace aussi d'effroi.

Ni la vie, ni la mort... sur ce désert de sable,
Vide ou rempli de cendre, mon être est un tombeau;
L'építaphe y manquait, et le mot qui m'accable,
60 Tu l'y gravas. —C'est beau.

.....

Mais on dit que souvent l'on voit au cimetière
Un ange dans la nuit assis sur un cercueil,
Y pleurant quelquefois ses larmes de lumière
Sur un marbre de deuil.

65 Hélas! si dans l'essor de ta pure jeunesse
Fatiguée dans ton vol, de calme et de bonheur,
Aussi veux-tu goûter une heure de tristesse
Pour soulager ton cœur;

Belle apparition, viens, descend dans mon âme;
70 Viens, voici le tombeau où tu pourras t'asseoir:
Répands dans l'ombre au moins les clartés de ta flamme
Sur un marbre aussi noir.

Brille au moins sur l'horreur de ma nuit éternelle
Un moment de ton front l'auréole étoilée,
75 Couvre de la poussière de l'émail de ton aile
Ma carcasse brûlée.

Oh! viens... du crépuscule en rayon, ou d'aurore
De ce tombeau vivant visiter le séjour:
Arrose, je t'en prie, le feu qui y brûle encore
80 D'une larme d'amour.

Et puis... je n'en veux rien... pur et charmant génie,
Je n'ose rien de plus demander à mon sort,
Mais du moins rends-moi le désir de la vie,
Ou l'amour de la mort.

A D. JOSÉ ZORRILLA*

Poeta, ven, y cantemos
 A una voz nuestros amores.
 En un arpa los lloremos,
 Que bien cobijarse vemos
 A un árbol dos ruiseñores.
 (*D. José Zorrilla al autor.*)¹

No, poeta, no más en arpa triste
 Cante de amores lánguido un acento,
 Que a conmover la tierra recibiste
 Y su eco a trasladar al firmamento.
 5 Quebranta el voto que a mi duelo hiciste;
 Dale cual yo con nuestro amor al viento;

* El poema fue escrito en 1839, según permiten constatar unas líneas muy expresivas del *Diario*: «Poesías mías. Epístola a Zorrilla. [...] Política. Mi disgusto, y mi adhesión definitiva al partido moderado» (12 r.). Por supuesto, en ese contexto ideológico debe leerse el poema, que responde bien a los valores que Nicomedes-Pastor Díaz había resaltado en su conocido prólogo a esa edición de las *Poesías*, comentadas en la introducción a esta edición. Tal como Díaz lo ve, Zorrilla representa una voz que viene a acabar con el romanticismo liberal-progresista y, por lo mismo, a restablecer y desarrollar el camino inicial del movimiento, esencialmente cristiano y restaurador de las viejas tradiciones medievales: «El genio actual conserva aún reconcentrado todo lo que en la humanidad debía haber, y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos; para él aún puede haber creencias y virtudes, e ilusiones y amor, y abnegación, y heroísmo e interés, que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad.

Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía a que le arrastraba su siglo, era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganización y de duda, como debe serlo el egoísmo que nos disuelve y el escepticismo que nos hiela; y parándose en su carrera, y apartándose de la boca del Tártaro a donde caminaba, y subiéndose a un puesto más avanzado y más digno de su misión, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada, como Dios la creó para servir de teatro a la virtud y a la inteligencia del hombre; y tiñendo su pluma de los colores del iris y de los celajes del oriente, ha dirigido a la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendición y alabanza al Creador» (*Obras*: I, 111).

1. Los versos corresponden a la segunda parte del poema «Un recuerdo y un suspiro», dedicada a Nicomedes-Pastor Díaz, que fue incluido en el primer tomo de las *Poesías de don José Zorrilla* (1837). Se da la particularidad de que también Zorrilla encabeza su poema con unos versos del poema de su amigo «Su mirar».

Desdeña un árbol, y a tus trovas bellas
La copa busca de un pensil² de estrellas.

No, poeta, no más cantar amores,
10 Leve flor de una aurora de la vida
Que ni del sol resiste a los ardores,
Ni del cierzo a la ráfaga aterida.
Brotó sobre este tronco de dolores,
Y aunque fragante a veces y encendida,
15 Al primer soplo del mundano aliento
Secas sus hojas desparrama el viento.

No, ¡ay de mí!, ruiseñor en los rosales
Ni entre los mirtos amoroso anido.
Hijo del mar, sus rocas y arenales
20 Me dieron su tristeza, y su gemido.
El cierzo y los contrarios vendavales
Fue el céfiro en mi cítara mecido;
Mi césped blando y mi musgoso lecho
Verdosas algas y marino helecho.

25 Dejemos, ¡ay!, en su inocente sombra
Los pájaros dormir, y en sus arrullos;
Dejémoslos gozar sobre esa alfombra
Entre aromas, y brisas, y murmullos,
Que esa senda que el cielo les escombra
30 De musgo, y grama, y flores, y capullos,
La cumbre no es do al hombre peregrino
Sobre el mundo a trepar lanzó el destino.

Y dejemos también esos volcanes
Allá en las nubes disipar su hoguera;
35 A esas almas batidas de huracanes,

2. *Pensil*: «Lo que está pendiente o colgado en el aire. Hoy se extiende a significar cualquier jardín delicioso, y se usa como sustantivo masculino» (DRAE 1869).

Dentro fuego voraz, témpanos fuera,
 Esa zona de horrores y de afanes
 Do nunca claro el sol se reverbera,
 Sino a través de impuros nubarrones
 40 Que alzan negras del alma sus pasiones.

Y arrojemos por fin sobre la arena
 Ese laúd de estériles dolores
 Do, rotas ya las cuerdas, ronco suena,
 Sordo el bordón no más, llanto y furores;
 45 Y en vez del arrastrar de esa cadena
 Levantemos la voz, libres cantores,
 Alta y robusta que la escuche el suelo,
 El mundo sin rubor, sin ira el cielo...

Ese mundo... hele allí que se levanta
 50 Con su millón de bocas, de gemidos,
 Lanzando de blasfemias y alaridos
 Un rugido feroz.
 Hele allí con sus pompas y miserias,
 Sus guerras, sus cadalsos y sus leyes,
 55 Su libertad, sus pueblos y sus reyes...
 ¿Quién oirá nuestra voz?...

Que, ¡ay!, no la edad vivimos venturosa,
 Que soberano del desierto el hombre
 Con sus cantos poblaba y con un nombre
 60 Su virgen soledad.
 O cuando a un pueblo ante un altar fue dado,
 Con una sola inspiración y acento,
 Unísono elevar al firmamento
 El himno a su deidad.

65 Ya no existen ni templos, ni desiertos:
 Naturaleza y religión pasaron;
 Sólo los hombres míseros quedaron,

Su mundo y su razón;
Pues contra el mundo y su razón tronemos,
70 Aunque a sus ojos de esa edad pasada
Podamos parecer desenterrada,
Tremenda aparición.

No importa, no, que en la Babel erguida
Que hacina con volúmenes su ciencia,
75 De lo alto nuestra voz su inteligencia
Ostente desdeñar.
No así en la excelsa socavada roca
Desdeña sorda el águila marina
El gemir del alción que vaticina
80 Los furores del mar.

Mas no gemir; la humanidad no muere;
Bajel que Dios construye no naufraga:
La noche cierra y la tormenta amaga,
Pero el Norte allí está.
85 Un esfuerzo, una voz, y el marinero
Podrá bogando saludar la aurora
Del que en su afán desesperado implora
Día que al fin vendrá.

Y reanime su luz al que esqueleto
90 Quedó de un pueblo helado en su camino;
El ardor de esa fe brille divino
Que apagó duda infiel.
Pueda Judá los esparcidos huesos
Entre el polvo evocar de sus difuntos,
95 Y alzarlos vivos del sepulcro, y juntos
Al soplo de Ezequiel³.

3. El profeta Ezequiel anunció la destrucción del reino de Judá, con Jerusalem y su templo (Ez. 3-24), aunque a él mismo se debe también la promesa de su restauración y de la llegada del segundo David, el Mesías (Ez. 33-39).

- Sí: muerta está en el campo y corrompida
 La sociedad, de Dios abandonada;
 Sobre el polvo cayó desesperada
 100 Sin vida y sin calor.
 Su vida y su calor eran del cielo,
 Virtud y religión eran sus lazos,
 Y los osó romper, y hecha pedazos,
 Ved sus restos de horror.
- 105 Miradla ahí arrastrando entre ruinas
 Fría serpiente que el Señor condena,
 U, hozando en los cadáveres cual hiena,
 Muerte y polvo pastar.
 Miradla ya, que en su postrer congoja
 110 De un templo sin techumbre hace su nido,
 O va a enroscarse al pedestal hendido
 Del apagado altar.
- Templos, altares, tronos y ciudades
 En escombros los vándalos hundieron...
 115 Y ¿dó está la mansión que construyeron
 Con su ariete infernal?
 ¿Dó se levanta la ciudad atea?
 ¿Dó está tu trono, pueblo soberano?
 ¿A qué frente rodó de tu tirano
 120 La diadema imperial?...
- Esclavo siempre, la cadena al cuello,
 Rompes el seno a la fecunda tierra
 Sin que el tesoro que madrastra encierra
 Sea premio a tu sufrir.
 125 ¡Oh, esa tierra que cavas no te dieron,
 El cielo en que creías te robaron,
 Y las puertas del templo te cerraron
 En que orar y gemir!...

Hambre y sed tiene el hombre en el desierto:
130 Corra un raudal por sus arenas de oro,
Y a su murmullo mezclará sonoro
Su eco nuestro laúd.
Y a nueva y santa prometida tierra
De amor y paz y libertad le lleve,
135 Do ley de eterna religión renueve
Su vida y juventud.

Verás entonces cuál bañada en lloro
Su vista al cielo con fervor levanta,
Y en pos su vista remontar su planta
140 Al éter inmortal.
Verás si el trono que en la tierra en vano
Reclamó altivo a sus antiguos dueños
Trocar quisiera por los ricos sueños
De ese trono ideal.

145 Verás cómo, las nieblas disipando
Y el hielo de su noche el pensamiento,
Se abre a la luz del claro firmamento
Sobre su ancha raíz.
Y ansioso girasol, sigue los rayos
150 De ese astro eterno que en su empírea cumbre
A las terrenas plantas da su lumbre,
Su perfume y matiz.

Y al fin verás la estúpida mirada,
Que en un sepulcro pretendió vacío
155 Todo abarcar el porvenir sombrío
De su honda eternidad,
Ardiente alzarse y reflejar radiosa
Ese sol de vivir, que en su occidente
Opuesto el iris deja ver fulgente
160 De la inmortalidad...

- Mas si rico el tesoro de esperanzas
 Guardar nos place al postrimer momento;
 Si aun de ese soplo que arrebató el viento,
 Y la vida con él,
 165 En aromosa brisa de ventura
 Nos place detener el torbellino,
 Descuelga el arpa, trovador divino,
 Yo avivaré el pincel.
- Y sobre el negro fondo de dolores
 170 Que aun en su infancia al hombre cubre ahora,
 Leve el trasluz de su cercana aurora
 El mortal pueda ver.
 Pueda en su cuna de dolor postrada
 La triste humanidad alzar la frente,
 175 Rayar mirando en el purpúreo Oriente
 Dorado amanecer.
- Es el carro de Dios... Amor le guía;
 Vuelve glorioso a redimir al mundo,
 El caos antiguo a disipar profundo
 180 De mal y esclavitud.
 Viene a ceñir su túnica a la Esposa,
 A orlar su sien de perlas y de flores,
 Con soplo ardiente a fecundar de amores
 Su eterna juventud...⁴
- 185 ¡Oh!... Cantemos el himno a ese himeneo;
 Repita el mundo su eco melodioso,
 Y en paz espere el porvenir glorioso
 Del terrenal Edén.
 E infúndanos la fe de nuestras almas
 190 Con tonos de tan mágica armonía,

4. Resuenan aquí ecos del *Cantar de los cantares*, siguiendo con las citas de procedencia bíblica que nutren el poema.

Que circunde una aureola de ese día
Nuestra inspirada sien.

Y vendrá..., vendrá el Tártaro y sus penas,
Y la horrisona Gehenna⁵ de gemidos,
195 Como a un conjuro a nuestra voz reunidos,
Su grito a enmudecer.
Y en sus cavernas lóbregas el eco
Repita en breve acorde a nuestro canto:
«Mísera humanidad, enjuga el llanto:
200 «Tu ley será el placer...»

Mas mi canto, ¡ay de mí!, que en mi esperanza
Vibrar ya oía en sonos halagüeños,
Dichosa acelerando la mudanza
Que vio mi mente en días más risueños,
205 Hoy, dulce amigo, a reflejar no alcanza
El esplendor de mis brillantes sueños,
Y en esfuerzo precoz desfallecido
Antes de oírse pasará perdido.

También cubrió con su capuz⁶ mi frente
210 La nube de dolor que envuelve al mundo;
Sopló también sobre mi fe luciente
La duda de Satán su hálito inmundito:
Nada quedó de mi entusiasmo ardiente
Más que el recuerdo, por mi mal, profundo,
215 De esa visión de gloria y de poesía
Que, ¡ay!..., me arrancó un suspiro de armonía...

Mi voz se agotó ya: tardo el aliento
En murmullo apagado se evapora;

5. Tanto el Tártaro como Gehenna son denominaciones bíblicas del Infierno.

6. *Capuz*: «Cubierta de la cabeza más larga que ancha, remata en punta, y se echa a la espalda cuando se quiere» (DRAE 1843).

Sopló una noche abrasador el viento,
 220 Y yermo el campo se encontró a la aurora.
 Radiará en vano puro el firmamento
 Luz a torrentes dando brilladora,
 Que mudo y ciego el ruiseñor sin nido
 Lanzará en breve su final gemido.

225 Oh tú, que inagotables de armonía
 Abrigas en tu pecho manantiales
 Que el mismo Dios como las fuentes cría,
 Y suelta al mundo atónito en raudales;
 Tú a quien en su concierto envidiaría
 230 El coro de los genios celestiales,
 Tu hosanna alzando de uno al otro polo,
 No conmigo, ¡ay de mí!..., canta tú solo.

Más que el mundo tal vez desencantado,
 Más que él sin fe, mi corazón se ahoga.
 235 Más que el siglo del bien desesperado,
 Puerto no ve sobre la mar do boga,
 Y la tormenta de arrostrar cansado
 Soltara acaso la amarrada sogas,
 Si entre el rugir del huracán no oyera
 240 Ráfagas de tu voz cruzar la esfera...

¡Oh!, más que al mundo para mí nacido,
 A mí esa voz de salvación se tienda.
 No él acaso en su caos confundido
 Al vano esfuerzo de tu canto atienda.
 245 Para siempre en su error adormecido
 No despierte a su son, ni le comprenda,
 O en desacorde horrible a su armonía
 Llore a tus risas y a tu llanto ría.

A mí aún me deja de esa edad que lloro
 250 Un eco el corazón, que ya no es mío:

Viejo instrumento que vibró sonoro
Yace sin cuerdas sobre el polvo frío.
Sólo aún repite de tu alambre de oro
Sordo unísono el tono en su vacío...
255 Mas cuando mayo con sus flores vuelva
Ya te oirá sólo, ruiseñor, la selva.

POEMAS INCORPORADOS EN LA EDICIÓN DE 1866

A ALBORADA*
Poesía gallega

Ai miña pequeniña!
Qu'ollos bonitos tes! Que brilladores!
Case salta a alma miña,
E vendo os teus colores,
5 Ver me parece todos os amores!

* Llama la atención la cadena de errores y malentendidos que acompaña las sucesivas aproximaciones críticas a este poema, a pesar de ser crucial en el desarrollo de la lengua literaria gallega en el XIX. Es un lugar común en la crítica gallega dar por sentado que el poema fue publicado por vez primera en *El Museo*, o, más concretamente, en *El Museo Artístico Literario* en 1828. En esta última publicación abundan las colaboraciones del poeta, como se habrá podido comprobar, pero desde luego «Alborada» nunca fue publicado ahí. En el ejemplar de la Hemeroteca Municipal de Madrid falta una hoja, pero, consultada en el volumen conservado en la Universidad de Connecticut, de la que amablemente me facilitaron copia, tampoco aparece. Por otra parte, no hubiera podido hacerlo en 1828, pues la primera entrega de la revista está fechada el 1 de junio de 1837. Tampoco he podido localizarlo en el rastreo de otras publicaciones coetáneas donde aparece la palabra *museo* en el título, como *El Museo Literario* o *El Museo de las Familias*. Salvo sorpresas, como pudiera ser la aparición de un manuscrito, cabe afirmar que el primer testimonio que tenemos del poema es su publicación en el tomo segundo de las *Obras*, en una fecha tan tardía como 1866. Incluso la fecha exacta de composición, que en las *Obras* figura como el 11 de mayo de 1828, ha sido objeto de un encadenamiento de malas lecturas, al menos desde Carré (1903: 24), quien lo da por escrito el 11 de marzo de 1828, dato que repite sin más Couceiro Freijomil (1935: 303). El mismo Chao Espina, que sin duda conoce perfectamente la edición de las *Obras*, vuelve a dar la fecha errónea del 11 de marzo

Agora qu'a alborada
 Os dulces paxariños xa cantaron,
 E da fresca orballada
 Nas perlas os ramiños se pintaron;
 10 Agora, que diviños
 Brillaran os teus ollos cristiños!

Ai!, asoma esas luces,
 Asoma a esa ventana, miña hermosa;
 Tu que sempre reluces
 15 Con elas máis lustrosa
 Cá Luna, cando nace silenciosa.

Verasme aquí cantando,
 Xunto estas augas craras, estas penhas,
 Verasme aquí agardando
 20 Que se rompan as lúgubres cadenas
 Da noite que m'aparta
 De quen nunca a alma miña se veu farta.

Mírame, si, querida,
 Cando do blando sono te levantes,
 25 Máis fresca, e máis garrida

de 1828 y añade que la poesía fue «publicada en el *Museo* cuando el poeta tan sólo contaba diecisiete años» (1949: 187). Quizás se deba a él la introducción del nombre de la revista. Ricardo Carballo Calero se limita a repetir que está datada el 11 de marzo de 1828 y que fue publicada «no *Museo*» (1975: 52). Xosé María Álvarez Blázquez, de quien suelen echar mano los antólogos para editar el poema, repite el dato de que apareció «no *Museo* no ano 1828 e recollida logo no tomo de *Poesías*, de 1840» (1951: 50). Sin embargo, como bien sabe el lector de esta edición, en 1840 no mereció ser incluido. Por otra parte, el mismo Álvarez Blázquez afirma seguir fielmente la lectura del poema a partir de la edición de *Obras Completas* que, por cierto, data erróneamente en 1868. Los mismos datos erróneos se repiten en antólogos actuales, como Anxo Tarrío (1988: 53), quien añade el dato del *Museo Artístico Literario*, o Dolores Vilavedra (1999: 102). Para esta edición adapto las normas ortográficas y morfológicas de la Real Academia Gallega (2003), aunque respetando todas las particularidades léxicas, fonéticas y gramaticales del texto editado en 1866, por supuesto incluyendo los numerosísimos castellanismos.

Qu'estas froes fragantes,
Cá espuma destas ondas resonantes.

E aínda non parecen
Eses olliños teus? Dormes, rosiña?
30 Dormes, e resplandecen
Os campanarios altos da mariña?
Aínda non oíche
Aquela dulce voz que m'aprendiche?

Déixasme qu'aquí solo
35 Ás augas lles dirixa os meus acentos,
E non vés ao meu colo
Fartarme de contentos,
E amante aproveitar estes momentos?

Desd'aquí vexo os mares
40 Serenos, estenderse alá no ceo;
Oio d'aquí os cantares
Da pílara¹ fugaz, do merlo feo;
Pero o teu seno lindo
Non o vexo, meu ben, qu'estás durmindo.

45 Xa se foi o luceiro;
Desperta desa cama, miña rosa;
Desperta, e ven primeiro
Abrir a venturosa
Ventana do teu carto: ven graciosa.

50 Sal como sempre sales,
Máis diviña cá diosa de Citera²
Salindo dos cristales,

1. *Pílara*: en castellano, chorlitojeo (*Charadrius*). Ave acuática menuda.

2. Venus, nacida de la espuma del mar, habría llegado a la isla de Citera sobre una gran concha.

Máis galana cá leda primavera
 Esparcindo rosales:
 55 Venus pra min, amante,
 Primavera, mañán, e fror fragante.

Xa te vexo salindo
 Mirarme, e retirarte avergonzada;
 E de quen vas fuxindo,
 60 Tontiña arrebatada?
 Do teu amor que canta na enramada?

Non fuxas, non, querida;
 Ven aquí; baixa a escala sin temores:
 Esa frente garrida
 65 A miña man a cubrirá de frores;
 Xa as teño aquí xuntiñas;
 Que venturosas son! Que bonitiñas!

Ven despeinada aínda
 Dar-me o primeiro abrazo, darm'a vida.
 70 Canto es así máis linda!
 Ven qu'a mañán frorida
 Solo prós que se queren foi nacida.

Non, non, durme, descansa,
 Naide turbe o reposo do teu peito:
 75 Plácida quietud mansa
 Sin cesar vele o teu hermoso leito;
 Durme, que non tes penas,
 E acaso en min soñando te enaxenas.

Reposen os teus ollos,
 80 Eses ollos diviños, venenosos:
 Tamén finos cogollos
 Nos rosales pomposos
 Agardan por abrirse recelosos.

Si, miña prenda amante:
85 Eu cantarei aquí mentras que dormes.
Ai, qu' o Landro brillante
Non é dourado Taxo, nin o Tormes
Alinda o meu retiro!
Durme, si, durme, mentras qu' eu suspiro.

Mayo 11 de 1828.

LA INMORTALIDAD. EPÍSTOLA A GENARO*

... anne aliquas ad cælum hinc ire putandum est
 Sublimes animas; iterumque ad tarda reverti
 Corpora.⁹ Quæ lucis miseris tam dira cupido?...
 VIRG. *Æneid. lib. VI*¹

Decretada ya está por el Destino
 Mi eterna suerte al fin: siempre sombrío,
 Sólo la oscura soledad me agrada;
 Claustros y torres, bosques y ruinas.

- 5 Buscando alivio a una pasión tan triste,
 Cual hoy me abrasa lo interior del pecho,
 Vengo a templar las llamas que me cercan,
 Junto a estos muros santos, do reposan
 Generaciones mil; aquí gustoso
 10 Cerca miro las olas estrellarse,
 Las luchas remedando de mi pecho;

* «Entiéndase que en esta epístola hablo sólo como poeta, sin intención de apartarme de lo que sobre su contenido nos enseña nuestra santa religión, a la que siempre sujeto mi modo de pensar. Digo esto, para evitar las sospechas de alguno que no me conozca, pues sería ocioso advertirlo a los amigos, que conocen bien mis sentimientos, y saben cuán religiosos son» (Nota en la edición de 1866). Las cautelas parecen justificarse en la biografía que Fermín de la Puente y Apezechea pone al frente de sus *Obras*, que muestra la autocensura de Díaz en este poema (1866: XX-XXI): «Por donde quiera notaréis este giro en las opiniones, en las doctrinas, en los afectos de nuestro escritor. Lo hallaréis, por ejemplo, en las poesías: desde la *Epístola a Genaro*, de cuyos versos se han suprimido algunos, protestando, sin embargo, el autor contra ellos, y desde los que escribe en una reclusión; desde éstos, repetimos, a los que dirige a *La Sirena del Norte*, *Al Quince de Octubre* y *Al Acueducto de Segovia*, ¡oh, cuánto, con firme planta, ha andado por la senda del bien!».

1. La cita completa (*Eneida*, VI, 719-721) comienza con el apóstrofe: «O pater, anne aliquas ad caelum...». «Padre mío, ¿hay que pensar entonces que de aquí suben al cielo / ligeras algunas almas y de nuevo regresan a los torpes cuerpos? ¿Qué ansia tan cruel de luz es la estos desgraciados?» (Virgilio, *Eneida*, trad. Rafael Fontán Barreiro, Madrid: Alianza, 1986, pp. 168-169).

Y más cerca, las urnas solitarias²
 ¡Aumentando el pavor de las tinieblas!
 Ellas me aguardan, ¡ay, Genaro amigo!...

15 Cual incierto marino, descubriendo
 La playa a do los vientos le conducen,
 Primero ve desde la erguida popa
 Qué mansión el destino le prepara;
 Así yo, de las olas do fluctúo
 20 Contemplo el puerto a do su rumbo lleva
 La contrastada nave de mis días.
 ¡Ignorada región!... ¡Oh, si a lo menos
 De aquel país oscuro, algún viajero
 Tornase a las mansiones de la vida!...
 25 ¡Supiera el hombre su eternal destino!
 Mas, ¡ah!, no vuelven; y el postrer letargo
 Es cima que, una vez ya transpasada,
 El mísero mortal nunca recobra.

 Pero ¿puede lo eterno a los humanos
 30 Parar arrebatado el pensamiento?
 ¡En vano un muro inmenso nos separa!
 ¡Cuán corta es la carrera de la vida
 Al rápido correr de aquella mente,
 Que altiva, impetuosa, irresistible,
 35 Supo escalar la cima de los cielos
 Ensanchando el espacio, y de los mundos
 La inmensidad continua dilatando!
 ¡Cuán estrecha, al vagar interminable
 De la ambición continua de aquel pecho,
 40 De aquellos corazones, incesantes
 En querer disfrutar; de aquella hidra
 Que siempre en mil pasiones renaciendo,

2. Se entiende que son las *urnas*, cuevas marinas en la costa vivairense en donde el viento levanta raros sonidos. Podría entenderse también en un sentido funerario.

Nunca tranquila reposó y cansada!
 ¡Vano es parar el rápido torrente
 45 A orillas del abismo en que se sume!

Deseó siempre el corazón humano...
 ¡Hasta la tumba, deseó constante!
 Vio el sepulcro: cesó la ilusión grata
 De por siempre existir, y al fin un día,
 50 A fuerza de ver muertes, convenciose
 Que era fuerza morir. Mas... ¿pudo entonces
 Contener sus miradas, y sereno
 El cuadro terminar de sus afanes
 En el abismo horrible de la nada?
 55 ¿Pudo ver sin espanto el desgraciado
 Su vida terminar hórrida y triste,
 Sin aguardar un bien, entre las tumbas,
 Que en el mundo engañoso no topara?
 ¿Pudo mirar el déspota tranquilo
 60 No reinar más, ni ya bajo sus plantas
 La humanidad postrarse? ¿Pudo un día
 El tierno esposo, el cariñoso padre,
 El sensible amador, adiós eterno
 A la esposa querida, al hijo amado
 65 Decir sereno, y de los dulces lazos
 De amor..., ¡por siempre más!..., desenredarse?
 No: que en el sueño de la corta vida
 Soñó también que prolongados fueran
 Con la muerte sus días; y abrazose
 70 Con tan dulce ilusión. Quiso a la muerte
 El velo arrebatarse con que cubriera
 Del porvenir inmenso los abismos;
 Y al abrir con sus ojos el sepulcro,
 A través de las fétidas reliquias,
 75 Del placer y la paz vio los destellos.
 ¡Ay! ¡No fue engaño su dichosa idea!
 ¡Encanto dulce!, ¡imagen de consuelo!

¡Oh!, si del hombre todos los delirios
Fuesen tan gratos... ¡venturoso fuera!

80 Aquí, mi amigo, de Platón guiado³,
A la luz de las lámparas sombrías
Que sobre estas columnas reverberan,
Mi mente me dictaba lo que al hombre,
Ambicioso por siempre, extender place
85 Más allá de la tumba, ¡oh mi querido!–
¿Por qué en sueño tan grato despertarme
Quiere una ciencia inútil y funesta?
¿Por qué abrirme a la luz los ojos ciegos,
Luz que no pueden, débiles, llorosos,
90 Sufrir sin turbación? –Ya que el humano
Marchitó las guirnaldas que a la vida,
Al salir de sus manos, dio natura,
Deja que espere, al fin de su carrera,
Puro placer y paz interminable.
95 ¡Ah! ¡Qué importa si es sólo una esperanza!...
¡También sobre la tierra una esperanza
Son solamente los ansiados goces!–
Al alma nunca sacia lo presente;
Esperar el placer... ¡es disfrutarle!

100 Pero ¿qué pudo en manos de los hombres
Puro permanecer? Todo... inocente
Nace; mas, ¡ay!, que al soplo del malvado
Brotó la sangre..., ¡agóstanse las flores!

105 Deseaba intranquilo el infelice
Sus días terminando, ver de nuevo
Sin término otra vida levantarse;
Cuna el sepulcro fue de su ventura,
E impávido corrió, de sus vacíos

3. Referencia al conocido mito de la caverna, que Platón expone en su *República*.

A lanzarse en la sima. En todas partes
 110 Creó delicias raras y tormentos
 Su mente arrebatada, y en diversas
 Esperanzas el hombre dividido
 Fue, como en cultos, razas y países.

Vio el muelle egipcio, el ingenioso griego,
 115 Bajo las cavernosas catacumbas,
 Mansiones de placer; deja el humano
 Sus prendas breve plazo, se adormece,
 Y allá despierta en ignorado reino.
 El anciano Carón, barquero adusto⁴,
 120 Su sombra guía por neblosas ondas
 Del Averno a los campos infinitos;
 Ve del Erebo⁵ en la profunda noche,
 En derredor de lóbregas cavernas,
 Los genios de maldad silbar horribles,
 125 ¡Furias, Parcas y fúnebres ensueños!
 De la orilla en el barro cenagoso,
 Sumidos ve los manes insepultos,
 Y escuchando los gritos penetrantes,
 Que lejos dan los malos en sus penas,
 130 Del Tártaro imagina los tormentos,
 Y huye aterrado, y al Elíseo⁶ vuela,
 De siempre pura luz mansión dichosa.
 Allí torna otra vez a las delicias
 Que tal vez suspendió: ¡ve las queridas
 135 Sombras que amara un día entre los hombres!...

4. Carón o Caronte, como el contexto señala, era el viejo barquero encargado de transportar las almas al más allá, a través de la corriente de la Estigia.

5. El Averno es el mundo subterráneo, donde son conducidos los muertos. Érebo –aquí pronunciado *Erebo*– representa en la mitología griega la Oscuridad que preside el Tártaro, o abismo profundo.

6. El Elíseo es el lugar de bienaventuranza, opuesto al Tártaro, en el ámbito mitológico griego de los muertos.

¡Si allí bajara la que el ser me ha dado,
 La estrecharía, madre cariñosa,
 Cual siempre la miré; y embriagada
 Los elíseos jardines recorriendo,
 140 A par de aquellos hijos que adoraba,
 Prolongara el placer!

—En vano Tisbe⁷

Baja amorosa al hórrido sepulcro;
 ¡Su Píramo querido, entre los bosques
 145 De fragante arrayán⁸, prepara el lecho
 Donde un amor eterno los corona
 En juventud inacabable, ardiente!...
 Allí, olvidados de su error funesto,
 Se estrechan con placer: llanto de fuego
 150 Baña sus rostros; el amante labio
 Se une al labio feliz; juntos palpitan
 Por siempre sus ardientes corazones...
 Y si algún tanto su delirio cesa,
 Un breve, suavísimo desmayo,
 155 Cual fresca aurora del tostado julio,
 Suspende sus fatigas, y de nuevo
 Los encendidos besos, los suspiros
 Restallan, ¡ay!..., ¡para durar eternos!...
 ¡Oh, puerta del vivir..., tumba dichosa!

160 Baja, si gustas, al risueño albergue
 Do el oriental voluptuoso espera,

7. La historia de Píramo y Tisbe, como la de Romeo y Julieta, representa el amor desgraciado que va más allá de la muerte. Ambos jóvenes babilonios, al ver su amor dificultado por las respectivas familias, se citan en el sepulcro del rey Nino. Tisbe llega antes, pero debe resguardarse de una leona que acaba de devorar su presa y baja por agua. La leona desgarró la capa que Tisbe acaba de perder. Ésa es la imagen que descubre Píramo cuando llega: la capa de su amada desgarrada y enrojecida por la sangre. El joven se hace atravesar por su propia espada, aunque alcanza a ver con vida a su amada cuando ésta regresa.

8. Un mirto oloroso.

Atravesando el peligroso puente,
 Ceñir sus sienes con las palmas de oro
 Del árbol de la dicha. ¡En vano un día
 165 Lloran su sangre de Ismael los hijos⁹
 So el yugo de un sultán, o en los desiertos
 La sed los quema y abrasados mueren!
 La muerte es su placer: allá, acostados
 En grutas de ámbar olorosas, miran
 170 Serpear por campiñas de diamante
 Ríos de miel y néctar deliciosos.
 Allí, entre flores y banquetes santos,
 Do angélicas criaturas administran
 Al labio humano copas de ambrosía,
 175 Mil candorosas jóvenes deidades,
 Más puras que el azul de los espacios,
 Siempre nuevos placeres añadiendo,
 Jóvenes siempre, y siempre más hermosas,
 Halagan sin cesar entre sus brazos
 180 A aquellos pechos que el amor subyuga
 Hasta más lejos de la triste huesa.
 Allí en días más plácidos y tiernos
 Que una noche de luna a los amantes,
 Recostados al margen de un arroyo,
 185 En brazos de sus célicas amadas
 Se encantan con los sonos melodiosos
 De mil campanas de cristal radiante,
 Que se mecen pendientes de las ramas,
 Como un vergel de fúlgidas estrellas¹⁰.

9. Por extensión, los musulmanes. *Vid.* nota correspondiente en «El acueducto de Segovia».

10. Se trata de las huríes del Profeta, que tanto desarrollo tendrán en la imaginación erótica de los románticos europeos, especialmente en las series literarias y pictóricas de las Orientales. Las huríes son las doncellas que acogen y deleitan en el paraíso a los buenos musulmanes: *Vid.* nota correspondiente en «A un ángel caído».

- 190 También entre el ramaje, que guarnece
 De topacio las rocas, en las márgenes
 De las divinas sonoras fuentes
 Entonan dulces cánticos y trinos
 Mil pintadas suaves avecillas;
 195 Donde nadan en éxtasis absortas
 Las almas de los jóvenes poetas.
 Tibulo encantador, Nasón amante¹¹
 Melodioso Meléndez, en aquellos
 Retiros cantaríais a las bellas,
 200 De estro y de amor perpetuos embriagados.

- ¡Oh, si también allá, bajo los sauces,
 O en el triste rincón de una pradera,
 Posado entre las hojas de un aliso,
 Cantase yo la luna y las tristezas!
 205 ¡Oh, si cuando, mi acento entrecortado,
 Cesase de llorar, y en mi extravío,
 «¡Lina adorada!», extático exclamase...
 Lina me oyera, y un suspiro solo,
 Un solo palpar sacrificará
 210 A la triste pasión que me devora!...
 ¡Oh cielo hermoso, a mi deseo vano!...

- Pero deja recuerdos, ¡ay!, tan dulces
 A más sencilla edad; deja que el griego,
 El romano, el egipcio, el persa muelle,
 215 Y el bárbaro habitante de Bizancio,
 Corran sus encantados paraísos;
 Deja que torvo el druida sangriento,

11. «Ni Ovidio, ni Meléndez murieron jóvenes; pero lo eran cuando escribieron los versos a que hace relación este apóstrofe» (Nota de la edición de 1866). Los latinos Tibulo y Publio Ovidio Nasón acompañan aquí al español Juan Meléndez Valdés (1754-1817), máximo representante del neoclasicismo lírico, unidos en el texto por la temática erótica.

El fiero escandinavo, el bretón frío
 Que en los bosques de Albión un tiempo erraba,
 220 Circuyan¹² las mansiones sepulcrales,
 Para más destrozarse sus enemigos,
 Y devorar en bárbaros banquetes
 Sus cadáveres negros humeando;
 Deja que el europeo al cielo suba,
 225 Entre celestes coros conducido,
 A ver de Dios la majestad augusta;
 Deja al árido ateo contemplando
 Su ciego acaso y su espantoso nada!—

Tú ahora, ven conmigo, atravesando
 230 El paso hercúleo, y las turbadas ondas
 Del mar que fiera dominó Cartago¹³.
 Ve allá en la margen del Ésaros humilde
 Que atraviesa los muros de Crotona¹⁴,
 De un templo las columnas ruinosas.
 235 Allí sentado un venerable anciano
 Te dirige su voz, la voz que un tiempo
 Los doctores del Indo le enseñaron;
 Oye, mi amigo, su lección divina.
 Pitágoras os habla: no el Empíreo¹⁵,
 240 No campos placenteros, no festines
 Os promete, ni amor: —«Mortal», os dice,
 «Tu vida pasará como las mieses
 «Que doran las llanuras cada estío,
 «Y otra vez volverás a la existencia.
 245 «Doquier circula el fuego de la vida,

12. Del verbo *circuir*, «rodear, cercar» (DRAE 2001).

13. Del estrecho de Gibraltar a las costas de Cartago, en la actual Túnez.

14. En Crotona, en el sur de Italia, estableció Pitágoras su academia, en donde enseñaba matemáticas, filosofía, música o astronomía.

15. *Empíreo*: «Dícese del cielo o de las esferas concéntricas en que los antiguos suponían que se movían los astros» (DRAE 2001).

«Y de una en otra criatura, corre
 «La inmensa escala de los seres todos».
 Bien como el agua, que del mar se eleva
 Vaga en nubes, despéñase en torrentes,
 250 Y sosegada, fecundando el suelo,
 Vuelve a la mar en variado curso.
 Si felizmente la virtud hermosa
 Orna tu vida, ilustra tus desgracias,
 Serás dichoso en existencia nueva
 255 Que el cielo te destina. ¡Oh tú, abatido
 Mísero labrador, que so el arado
 Desfallecido expiras, canta alegre
 Himno de gloria; que a las altas gradas
 Del solio subirás, donde ora brilla
 260 Tu bárbaro opresor. ¡Y si allí sabio
 La deprimida humanidad doliente
 Tu corazón benéfico levanta,
 Más dichoso serás, y a las campiñas
 Y a las cabañas tomarás tranquilo!
 265 ¡Dogma consolador! ¡Dogma del cielo!

¡Oh, amigo mío! ¿Pudo más suave
 Esperanza halagar mortales pechos?
 Otro espere de Elíseos la fragancia;
 Otro al Olimpo¹⁶ y los mayores orbes
 270 Subir pretenda en venturoso vuelo.
 Mas ¡ay!, ¡cuán poco el corazón del hombre,
 Si es una siempre, halaga la esperanza!
 La vida es lo que anhela; en vano dura
 La desgracia, y anubla de sus días
 275 La breve aurora: la desgracia misma
 Le une a la vida más. Así el salvaje

16. El Olimpo es la morada de los dioses.

Que en Spitzberg¹⁷, de los eternos hielos
 Entre el duro crujió pasó su infancia,
 A la margen del Betis trasladado,
 280 Suspira, en su vergel, por la natía¹⁸
 Estéril roca, y el erguido abeto,
 La larga noche, y la enterrada choza
 Envuelta en pieles y apretada nieve.

¡Oh, mi Genaro!, déjame que ceda
 285 A tan grata ilusión: yo también quiero
 Renacer otra vez. –Odié la vida...
 Y la espero mejor– ¡Ah!, ¡cuán dichoso
 Veré la tumba abrirse, y recibirme!
 Sí: naceré otra vez. Desde otro asilo
 290 Escribiré a mi amigo mis deseos;
 Aspiraré otra vez de mi ardores
 La llama infausta, vana, y los pesares
 De la amistad, a par de sus delicias;
 Aún otra vez en mi laúd doliente
 295 La muerte cantaré; veré de nuevo
 Las amenas riberas del Landrove¹⁹
 De otras flores cubiertas y otras ninfas.
 Viviré un día, cuando ya no truene
 Sobre la tierra la injusticia armada,
 300 Y la oliva que nazca en el sepulcro
 De los malvados, cubra con sus ramos
 Los dichosos jardines de mi patria.
 Ya no entonces mi voz saldrá rugiente
 Entonando los himnos sanguinosos

17. La isla de Spitzberg es la principal del archipiélago de Svalbard, perteneciente a Noruega y antesala de las exploraciones históricas del Polo Norte.

18. «Natural, nativo» (DRAE 2001).

19. Si exceptuamos la «Égloga de Belmiro e Benigno», que permaneció inédita hasta 1951, ésta es la única vez en que Díaz cita el río de Viveiro por su nombre original, y no por el de Landro.

305 Que el libre pecho entre los hierros canta.
 Sólo que aún triste, mi cansada huella
 Vagará en los extensos panteones,
 Y el polvo de los déspotas pisando,
 Recorreré el recinto religioso
 310 Do reposan sus víctimas heladas.

Tal vez allí mi tumba descubriendo,
 Meditando yo mismo en mis despojos,
 Diré: «¡Aquí yace un amador sombrío!—
 No lejos mora su adorada Lina.»
 315 Y el dulce sentimiento que me excite
 El recuerdo que salga de la huesa,
 De aquel sentir antiguo de mi pecho
 Será tal vez el renovar confuso.

320 Allí vendrá un anciano, a quien el brazo
 Dará una bella joven, cual guiaba
 Al venerable Ossián blanda Malvina,
 Entre las tumbas de Morvén²⁰ sombrío.
 —«Joven», aquel anciano me dijera,
 325 Cuando en los años de que tú disfrutas
 Me vieron jugueteón estas orillas,
 ¡Oh, cuánto amaba al desgraciado amigo
 Que ese mármol cubrió!..., ¡cuántos momentos
 Entre mis brazos acalló sus penas,
 330 Y exhaló su tristeza que espiraba!,
 ¡Cuántos, al vislumbrar de oscura noche,
 Un mismo lecho en calma deliciosa
 Unió nuestro cariño, y escuchaba
 La triste relación de nuestros goces!,
 335 ¡Cuánto esa Lina!..., ¡cuánto esa memoria!...

20. Figuras del repertorio ossiánico, habituales en la literatura europea desde el XVIII. Entre los contemporáneos, recuérdese el poema «Óscar y Malvina», de Espronceda, que es «imitación del estilo de Ossián» y comienza por un apóstrofe al «magnífico Morvén».

No ames, ¡oh joven!»... Y llorando entonces,
 Él posara su sien sobre mis hombros,
 Yo bañara sus canas con mi llanto...,
 Otra vez y otras mil a mí benino,
 340 Entre mis brazos enlazando al pecho.

¿Qué hay más bello, Genaro, entre los sueños
 Que al hombre pensador dulces halagan?
 ¿Prefieres guardarlo en las estrellas,
 Mansión extraordinaria, que no idea
 345 Por sí la humana mente, donde en éxtasi²¹,
 Ya sin humano sentimiento, vive?
 Será el supremo este deleite acaso;
 Pero a quien sus encantos no imagina
 Profano..., ¡ni es consuelo, ni esperanza!

350 No, amigo, no: si en lo futuro incierta
 Vaga mi mente, mi razón me dice
 Que sólo al soplo del placer franquea
 Mi pobre corazón, fácil entrada.
 ¡Ay, mi querido! ¡Si la vida fuese
 355 Dulce, como será la ansiada tumba,
 No así sumiera en tétrico letargo
 Aqueste corazón tan infelice,
 Aqueste pecho, que vivir no puede
 Sin que el aliento del amor aspire!

360 Dame, Genaro, tus consejos santos;
 Haz que brillen mis días más serenos,
 Y deja que la mano de la Parca
 Se adelante hacia mí: ¡nunca he temido
 365 El filo atroz que a tantos estremece!

21. Es forma admitida.

Me acordaré, muriendo, de mi amada,
Y expiraré tranquilo; mis deseos,
Mis placeres, e inquietas esperanzas,
Y mis delirios, todos, se acabaron:
¡Venga después lo que me guarde el cielo!...
370 ¡Mejor será que mi penosa vida!

¡Acaso mi memoria algún agrado
Te traiga entonces!..., viéndose, con flores
–Sin ambición, ni envidias, ni rencores–,
El ciprés de mi tumba engalanado.

Abril 21 de 1829.

MI COLOR

¡Oh, cuál me place, hermosa,
La blancura festiva
Con que pinta la aurora
La cuna de los días!
5 El cisne en los estanques
Que sus alas erguidas
Ostenta, y por los aires,
Cual blanco rayo, gira;
La cándida paloma,
10 Mensajera de dichas;
El jazmín oloroso,
Y la azucena altiva;
Las nacaradas conchas
Por la playa esparcidas,
15 La espuma de los mares,
Y la nieve en las cimas,
Cuando el cierzo las nubes
Allí apiñadas limpia...,
¡Qué blancas y qué hermosas
20 Son a mis ojos, Lina!
Cuando la primavera
Sale vertiendo risas,
Coronando los bosques,
Vistiendo las campiñas,
25 Y a los frescos arroyos
Esmalta las orillas,
Con mil cándidas flores
Nevadas margaritas,
Parece al firmamento,
30 Cuando en noche tranquila
Mil plateados astros
Por los espacios vibran;
También la pura rosa
Con su color hechiza

- 35 El seno que perfuma,
Los ósculos que liba;
 ¡Ay, qué color tan bello
El de la rosa, Lina!
El oriente y ocaso
- 40 Con sus nubes carmíneas,
 Inspirando deleites
Al expirar el día;
Los pacíficos mares
Cuando el sol ya declina,
- 45 Y en las olas oculta
Sus trenzas de oro, tibias;
Los pechos palpitantes
Donde el amor anida,
 O en atrevido vuelo
- 50 Regalado se agita;
Las mejillas que besa
Cuando ardiente se anima...
 Todo la bella rosa
Con su color eclipsa;
- 55 ¡Todo!..., bien que si brotan
Halagüeña sonrisa
 Los amorosos labios
De la adorada mía...,
Escóndese la rosa,
- 60 No púdica..., ¡de envidia!
 ¿Y no es también hermoso
El color de la espiga
Cuando en mares de oro
Fluctúa con la brisa,
- 65 O cuando resplandecen
Allá por las marinas
Las apartadas playas
Que el horizonte alindan?
 Pues, ¿y el dorado fruto
- 70 Que en el vergel domina?

¡La olorosa naranja,
 Las pomas que Amor pinta,
 Y a través de las hojas
 Se mecen suspendidas?[?]
 75 Es hermoso el dorado;
 Y más bello, mi Lina,
 El azul majestuoso
 De la bóveda empírea;
 ¡El verde de los mares,
 80 y el verde, que varía
 En mil gratos matices,
 Si el aire y sol le rizan!
 Vedle ya, de esmeraldas,
 Y de grama que ahija,
 85 De las blandas praderas
 Tejer la alfombra rica,
 Do el triste Sar¹ arrastra
 Sus aguas escondidas;
 Ya con tortuosas ramas
 90 De las lozanas viñas
 Vestir con verdes visos
 Las amantes colinas
 Que el raudo Miño asorda,
 O el Avia² fertiliza;
 95 Ya en el vergel frondoso,
 Corona siempre viva
 De aquel plácido Landro
 Que vio nacer mis días,
 Donde voló mi infancia...
 100 (¡Halague mis cenizas!)
 Pintar los tiernos juncos,
 Las hojas, que acarician

1. El río Sar atraviesa tanto Compostela, donde estudió Díaz, como la vega de Padrón, que cantará Rosalía de Castro en su libro *En las orillas del Sar*.

2. El río Avia, que da nombre a Ribadavia –la capital del Ribeiro ourensano–, desemboca en el Miño.

El pérsico meloso,
Las fresas y las guindas;
105 Al nogal corpulento,
Las copudas encinas
Cubrir de augusta sombra;
Y en la choza pajiza
Do el labrador sencillo
110 Goza serenas dichas,
Teñir el musgo y yedra
Que los muros abrigan.
–Mas, ¡ah!, ni el blanco puro,
Ni la rosa encendida,
115 Ni el oro refulgente,
Ni el azul que ilumina
Los ámbitos del cielo,
Ni el verde que matiza,
Son, amada, a mis ojos,
120 De más plácida vista
Que el negro de la noche,
Cuando triste respira
Mi corazón perdido
En su melancolía:
125 ¡Entonces todo es negro!...,
Las montañas erguidas,
Los árboles espesos,
Los campos y las villas;
Negro es el Sar medroso,
130 Y negras sus orillas;
Negros esos retiros
Donde el alma medita;
Y puesto que tus ojos
También son negros, Lina...,
135 Negro mi color sea...,
¡Negra la suerte mía!

Diciembre 11 de 1828.

MI RECLUSIÓN

 Cuando al sumirse la existencia mía
 Bajo estos elevados paredones,
 De sus vagos delirios e ilusiones
 Libre creí mi ciega fantasía;
5 Cuando, dejado el mundo tumultuoso,
 Estos tranquilos techos me acogieron,
 Y sombras, y silencio delicioso
 A mi inquietud febril sobrevinieron,
 Mis labios sonrieron,
10 De blando gozo se inundó mi pecho,
 Y exclamé satisfecho:
 «¡Al fin tendré aquí paz!..., y sepultado
 En mi lúgubre asilo,
 Aquí seré olvidado;
15 ¡Viviré oscuro, viviré tranquilo!»

 «De vana gloria, y ambición exento,
 Sobre el dolor y el infortunio alzado,
 No se verá mi corazón manchado
 De orgullo vil, ni vil abatimiento.
20 Yo seré el mismo; empero mis pasiones
 Las mismas no serán... ¡Ya se apagaron!
 Sin pábulo mis ciegas ilusiones,
 Un pecho dejarán que atormentaron.
 Mis deseos se helaron,
25 Que ya no los inflama la esperanza;
 Y en súbita mudanza
 Despeñado al abismo del olvido,
 Menospreciado luego,
 Después aborrecido,
30 ¡Al fin también se extinguirá mi fuego!»

 Dije, y entré. –Mi tétrico retiro
 Me abrió en silencio sus antiguas puertas;

¡Salve!, les dije a sus paredes yertas,
 Y mi triste saludo fue un suspiro.
 35 Extático quedé; se heló mi acento;
 No lloraron mis ojos cual solían:
 Creí sentir la calma del contento,
 Y mis afectos pareció que huían.
 No huyeron, ¡ay!..., dormían;
 40 Dormían fatigados, y humeando;
 Estaban reposando,
 Por más fuerza cobrar... ¡y despertaron!
 Despertaron ardiendo,
 Y otra vez circularon
 45 Con nuevo brío en torbellino horrendo.

¡Vana fue mi quimérica esperanza!
 ¡Vano el encierro y soledad oscura!
 Los males de mi pecho no hallan cura:
 ¡Jamás mi corazón tuvo mudanza!
 50 No dejará de amar hasta que expire;
 ¡No dejará de arder hasta que muera!
 Y aunque a breñas y a yermos me retire,
 Conmigo llevaré mi pasión fiera.
 Si aborrecer pudiera
 55 Me juzgara infeliz; lo soy ahora
 Porque mi pecho adora;
 ¡Y siempre lo seré!..., mi aciaga suerte
 Al amor me condena;
 Y amor será mi muerte;
 60 Amor mi vida abrasa, y la envenena.

Él es, él es el bárbaro castigo
 De un infeliz que no conoce el crimen;
 Sus lazos son los grillos que me oprimen,
 No los cerrojos de mi oscuro abrigo;
 65 No: ¡mármoles sagrados, altos muros!,
 Tal vez mi bien de vuestra guarda espero.

¡Oh!, no me le neguéis, patios oscuros;
 Atended a mi acento lastimero.
 No entre vosotros quiero
 70 Fantasmas de placer; no, de ilusiones
 Que cebéis mis pasiones;
 Corred tan sólo por mi mente un velo
 De letárgico olvido,
 Y aquí hallaré consuelo;
 75 Aquí el reposo que lloré perdido.

Aquí de mi adorada los acentos
 No me harán palpitar, ni sus miradas
 Sobre mis tristes ojos desmayadas
 Tendrán en suspensión mis movimientos.
 80 Vendrá a alumbrar mi calabozo el día,
 ¡Y yo no la veré!... La noche helada
 Vendrá también, y entre su niebla umbría,
 Tampoco la veré; ni en mi morada,
 Contra mí reclinada,
 85 Podrá tocar mi labio enardecido
 La orla de su vestido;
 Ni exhalando en su seno mi tristeza,
 Posaré en su regazo
 Mi lánguida cabeza;
 90 ¡Ni de su cuello penderá mi brazo!

Y así borrada en mi cruel despecho
 Será su imagen, su recuerdo amante.
 Yo llegaré a no amar: vendrá un instante
 Que yerto quede, y sin amor mi pecho.
 95 Vendrá..., ¡pronto vendrá!..., cuando me muera,
 Cuando al sepulcro baje ya vecino...
 Allá en su seno la quietud me espera;
 Allí te olvidaré. No: no imagino,
 Mi bien, otro destino
 100 Donde no pueda amarte: ¡ni en la muerte

- Dejaré de quererte!
 Que ni desgracias, ni mi oscura vida,
 Ni mi injusto castigo
 Me privarán, querida,
 105 De verte siempre, y de vivir contigo.
- ¡Nunca! –En vano se cubre mi morada
 De ciega oscuridad; en sus visiones
 Veo brillar tus ojos, tus facciones,
 Siento sonar tu voz enamorada
 110 Por estos patios lúgubres, vagando
 En el silencio de la noche oscura;
 Siempre estás ante mí..., ¡siempre temblando
 De ti imploro el abrazo de ternura!
 Mi planta se apresura
 115 Por volar a tus pies. Mas... ¡sombra vana!,
 Cada vez más lejana,
 Mi frenético anhelo no te alcanza;
 ¡Y delira, y te sigue,
 Y en trémula esperanza
 120 Cada vez más iluso te persigue!

- Breve tal vez y turbulento sueño
 Reposo intenta dar a mis ardores;
 Pero entre sus fantásticos vapores
 Yo te busco, y te tengo, ¡dulce dueño!¹,
 125 Y torna al punto mi cruel desvelo,
 Y en hórrido delirio me levanto;
 Brilla la aurora; se ilumina el cielo,
 ¡Mas mi ilusión no cesa, ni mi encanto!,
 Ni el ardoroso llanto

1. En la literatura del XVII la forma «dueño» se aplicaba indistintamente al masculino y al femenino para evitar la anfibología con «dueña», personaje literario antipático que era monja, beata o viuda. Según el *Diccionario de Autoridades* (1732), «se llama también la mujer no doncella».

- 130 Su curso suspendió... ¡Triste mañana!...
 La fúnebre campana
 Pulsa en mi corazón; pero sus sonos
 Al anunciar el día
 No alejan las visiones
 135 De mi siempre anublada fantasía.

- A todas horas sin cesar te veo;
 Siempre están palpitando tus acentos
 Sobre mi alma... ¡Todos los momentos,
 Mi vida toda... en adorarte empleo!
 140 Que mi vida es amar; mi pecho ardiente
 Más no sabe ni quiere; ¡más no espera!
 Mi deidad es amor (mi labio miente),
 ¡Mi deidad eres tú!... Yo no existiera
 Si amor no sostuviera
 145 Esta máquina débil: su alimento
 Es la pasión que aliento;
 Y en el combate eterno en que batallo,
 Es mi sangrienta daga;
 La sola dicha que hallo,
 150 ¡El único deleite que me embriaga!

- ¡Cuán puro este placer naciera un día,
 Y qué en breve mudó! Mi desventura
 Aquella aurora emponzoñó tan pura,
 ¡Hoy ya suplicio de la vida mía!
 155 Tú..., tú también mudaste, ¡dulce dueño!
 Ya no es tu rostro el plácido semblante
 Do lozano vigor brilló risueño,
 Cuando yo no cuidaba ser tu amante:
 Palidez devorante
 160 Marchita tus mejillas nacaradas;
 Tus célicas miradas
 Salen allá de esos hundidos ojos...
 Tus labios son ruinas;

Tus cabellos, despojos:
 165 ¡Tú también al sepulcro te avecinas!

Pero nunca más gracias te hechizaron...
 ¡Nunca tan bella así me pareciste!
 ¡Ama mi corazón todo lo triste!...
 Y esos los rayos son que me abrasaron.
 170 Pero... ¡más triste yo! –Si se presenta
 En mis ardidos labios falsa risa,
 Es calma que presagia la tormenta,
 Como presagia el huracán la brisa;
 ¡Oh, mi Lina!... Sumisa,
 175 Tu nombre al pronunciar, la voz me falta;
 Mi cabeza se exalta
 Sólo a tu idea..., tiemblo al escucharte;
 Mi vista desvaría
 Atónita al mirarte,
 180 Y al asirte en mis brazos, ¡moriría!

No..., no es éste el amar de los mortales;
 No es éste su querer pálido y frío...
 ¡Es gozar, es morir!... ¡Luz..., desvarío!
 ¡Gloria sin fin, tormentos infernales!
 185 –Ven a mí, dulce bien: tú mi consuelo,
 Y yo el tuyo seré; ¡y uno seremos!
 No en vano tan iguales nos dio el cielo
 El amor y el dolor, ¡lazos extremos!
 Ven..., los dos lloraremos:
 190 Yo enjugaré tus lágrimas ardientes
 Con besos más fervientes;
 Tú sostendrás con plácidos abrazos
 Mi triste caimiento;
 Y si muero en tus brazos,
 195 ¡Tuyo será mi postrimer aliento!

¡Imagen de placer! ¡Sombra perdida
De un delicioso fin! ¡Sorda venganza
Del destino, ahogó en germen mi esperanza!
Esperanza del bien..., ¿dónde eres ida?
200 Mas... ¡cuándo esperé yo!... Días pasaron
Que feliz pude ser –¡nunca lo he sido!
¡Ay! ¡Cuando más mis llamas se elevaron,
Fue cuando el cielo decretó su olvido!
¡Ay, dulce bien querido!...
205 No: ya no pido amor; guárdale pura
A quien con más ventura
(Si con menos amor) logarte pueda,
¡Oh, nunca merecerte!–
A mí sólo me queda
210 Llorar, amarte..., ¡ambicionar la muerte!

EN LA MUERTE DE UN HERMANO NIÑO*

¡Caro hermanito mío!
 ¡Cómo el soplo ligero de tu vida
 Dejó tu cuerpo frío!
 ¡Qué pronto fue abatida
 5 La flor de tu existencia interrumpida!

¡Cuán breve cesó el lloro
 Que las primeras penas te arrancaron!
 ¡Cómo al empíreo coro
 Tus lágrimas se alzaron,
 10 Y a las caricias nuestras te robaron!

Aún la undécima luna
 De tu vivir efímero duraba;
 Aún la vaga cuna
 Tu dormir arrullaba,
 15 Y el néctar maternal te alimentaba.

¡Cuál tu trémula mano
 Ya en cariñosa muestra se tendía!
 Ya jugueteón y ufano,
 La primera alegría
 20 En tu purpúreo labio sonreía.

Y ya tu informe acento,
 Por un plácido instinto, señalaba
 El rayo de contento,
 Que a tu labio asomaba
 25 Si el nombre maternal balbuceaba.

1. Chao Espina (1949: 200) descubrió en el archivo parroquial de Santiago de Viveiro la partida bautismal de este «hermano niño», nacido el cuatro de agosto de 1828 y a quien se le puso el nombre de Manuel Antonio. El mismo autor informa de la muerte anterior de otra hermana, el tres de julio de 1827.

Bello cual la inocencia,
 En tus mejillas derramara Flora¹
 Sus tintas y su esencia;
 Tu risa encantadora
 30 Era como la risa de la aurora.

Dormías al arrullo
 De tu madre, envidiada y envidiosa;
 Cual yace en su capullo
 El botón de la rosa,
 35 Que mece el aura, de gozarle ansiosa.

Como un sutil aliento
 La encapotada muerte, introducida
 En súbito momento,
 ¡A tu cuna querida
 40 Vino a apagar la antorcha de tu vida!

¡Vano fue que en sus brazos
 El maternal cariño te estrechase!...
 Que en ansiosos abrazos
 Tu calor alentase,
 45 Y alma nueva en sus besos te inspirase.

Su llanto enardecido
 Sobre tus yertos miembros descendía;
 Con ardiente gemido
 Su pecho te oprimía...
 50 ¡Y nueva vida al tuyo dar quería!

Tus ojuelos brillantes
 De una pálida nube se empañaron;
 Tus venas palpitantes

1. Diosa latina de las cosechas y del florecimiento en general.

Su curso retardaron,
55 ¡Y en inacción helada desmayaron!

La Parca destructora
En tus lívidos labios ha tendido
Su mano engañadora;
Tu aliento fue oprimido,
60 Y el color de tus rosas extinguido.

En tanto..., ángel airoso,
Rápido de los cielos descendiendo,
Con un beso amoroso
Tu vida recogiendo,
65 En sus labios a Dios la fue subiendo.

Tu espíritu divino
Voló sobre la esfera refulgente;
Y el cielo cristalino,
En su primera fuente
70 Recibió el soplo que animó tu mente.

Dejaste los mortales,
Dejaste nuestro suelo de dolores;
Dejaste nuestros males,
Y en eternos dulzores
75 Trocaste nuestros duros amargores.

¿Quién sabe si la suerte
Mil ásperas cadenas te forjaba
Para tu dura muerte,
Si tal vez aflaba
80 La más crüel saeta de su aljaba?

Acaso algún tirano
En ti su torva saña esgrimiría;
Tal vez luchando en vano,

En desigual porfía
85 Tu infelice vivir terminaría.

Tal vez de injusta guerra
El odioso aparato te llevara
A desolada tierra,
Do tu vida acabara
90 Lejos del seno de tu Patria cara.

En vano en los desiertos
Tu lánguido ayear² repetirías;
Con los brazos abiertos,
En vano te alzarías,
95 Y a tu mísero hermano llamarías.

¡En cuán feliz instante
Las miserias terrenas te dejaron!
Pero aún tierno infante,
Los dolores turbaron
100 Ese corto vivir que te arrancaron.

Sin gustar los placeres
Bajaste a los abismos del olvido:
Continuos padeceres,
Y continuo gemido...
105 ¡Lloro continuo tu vivir ha sido!

Pero no las pasiones
En sus volcanes fieros te abrasaron;
Ni en rebeldes facciones
Tus deseos se alzaron,
110 Y en pos de falsos bienes se afanaron.

2. «Repetir ayes en manifestación de algún sentimiento, pena o dolor» (DRAE 2001).

Jamás las amarguras
 De los nombres más dulces conociste;
 ¡Ni en las mismas ternuras
 De la amistad sentiste
 115 Cuanto pueda doler al alma triste!

Nunca tiernos abrazos
 Inflamarán el fuego de tus venas;
 Nunca en amantes lazos
 Sentirás duras penas,
 120 Ni el peso oprimidor³ de sus cadenas.

Ni de ambición sangrienta
 En carro atronador serás llevado;
 Ni la espada cruenta
 Penderá de tu lado.
 125 –¡Ay, duerme, duerme en sueño reposado!

En el dulce regazo,
 Tu aliento se apagó do se encendiera;
 Tu muerte fue un abrazo,
 ¡Oh..., feliz!..., ¡quién muriera
 130 Tan dulcemente... sin cuidar que muera!

Breve sueño dormiste:
 ¡Cuán lejos, ay de mí, te ha amanecido!...
 ¡La vida transpusiste!...
 Hermanito querido;
 135 *Salí tras ti clamando... ¡y eras ido!*⁴

3. «Oprimidor» no figura en ninguno de los diccionarios de la RAE.

4. Es el conocido verso de las *Canciones entre el alma y el esposo*, de San Juan de la Cruz: «¿A dónde te escondiste, / Amado, y me dexaste con gemido? / Como el ciervo huyste / Auiéndome herido; / Salí tras ti clamando, ya eras ydo» (*Cántico espiritual. Poesías*, ed. Cristóbal Cuevas, Madrid: Alhambra, 1983, p. 363).

Tiende a mí tus alitas
Del seno del Señor, donde reposas...
Llévame adonde habitas;
Enséñame esas cosas
140 Que no oyó humano oído..., ¡tan sabrosas!

De ellas siempre sediento
Mi corazón está desque respira;
Por ti serán mi aliento...,
El estro de mi lira,
145 ¡Y nueva vida que en mis venas gira!

Junio 26 de 1829.

AL SILENCIO. ODA

Cuando mi alma embelesada canta
 Allá dentro del pecho extasiado,
 Mi labio está callado,
 Mi vista absorta, estática mi planta.
 5 Y sólo en triste giro
 Rompe el silencio con algún suspiro.

Mientras... la noche en negra colgadura
 Enluta el orbe; callan las praderas;
 En las solas riberas
 10 Apenas el océano murmura;
 Y el silencio prosigue,
 Y mi anhelante corazón le sigue.

Las fúlgidas estrellas centellean;
 Giran miles de globos por los cielos;
 15 En prolongados vuelos
 Los funestos cometas se pasean,
 ¡Y todo calla! –en tanto...
 Cunde en silencio el tenebroso manto.

Temblorosa Dïana¹ se presenta
 20 El ámbar del rocío destilando:
 Huye y vuela callando;
 Llega la aurora y el silencio aumenta;
 Arde el sol encendido,
 Arde inmenso, y no se oye su ruido.

1. Diosa romana de la caza y, por extensión, diosa de la naturaleza y de las cosechas. Está relacionada igualmente con la luz de la luna y con Selene. En Díaz, sin embargo, se asocia preferentemente al alba, como vuelve a suceder en «El sueño de Endimión».

25 ¡Salve, salve, silencio majestoso!
 Sigue, callando, tu eternal carrera,
 Mientras de esta ribera,
 Mirando al mar y al campo nebuloso,
 Solitario palpito...
30 El ruidoso gozar no necesito.

 ¿Qué era un tiempo la grata melodía
 En el vergel umbroso resonando,
 Y el eco fiel y blando
 Que mi amor y mis penas repetía,
35 Si, mientras más sonaba,
 Más mi pecho afligido se apenaba?

 En este valle y fúnebres retiros
 Oí un día mil plácidos acentos,
 Amorosos lamentos,
40 Cánticos tiernos, flébiles suspiros...
 Y del son regalado...
 ¡Sólo un recuerdo ingrato me ha quedado!

 Oí por las cabañas de esta orilla
 Mil repetidas quejas elevarse;
45 Al pastor lamentarse,
 Al pescador gritar de su barquilla,
 Y en sus alas el viento
 Prolongaba el tristí[si]mo lamento.

 Allá en las puertas de ciudad oscura
50 Sólo tristes murmullos me aterraban;
 En derredor zumbaban
 Confusos gritos de maldad impura
 Con audacia funesta,
 Mientras callaba la virtud modesta.

55 ¡El cavernoso abismo de su seno
Abortó los tiranos y la guerra!
Gimió doquier la tierra;
Tembló la mar al pavoroso trueno,
Y donde se mostraron,
60 Allí la humanidad encadenaron.

 No es mío, no, los ayes lastimeros
Con que en los campos la miseria llora,
Ni recordar ahora
Quiero vanos placeres pasajeros;
65 No humeantes murallas,
Ni el sangriento fragor de las batallas.

 Que recostado en estas rocas quiero,
Lejos huyendo el turbulento mundo,
El silencio profundo
70 De la noche abarcar; y el orbe entero,
Cuan compasadamente
Eterno marcha, contemplar mi mente.

 Sí: cual oculta el remontado cielo
La sublime verdad en su tesoro,
75 Así el placer que adoro
Cubre su faz de silencioso velo;
Y el que en su seno goza
Mientras se oculta más, más se alboroz.

 La noche, el mar, los cielos no acabados,
80 Los campos y desiertos extendidos,
Los ojos encendidos
Do prende amor en vuelos abrasados...
Todo en silencio mueve...
Y el alma mía en su quietud se embebe.

85 Y como alguna vez ruge el Tonante²
 Con sorda tempestad, porque más puro
 Brille el etéreo muro;
 O cual se opone al triste caminante
 Desierto inanimado
 90 Porque más goce en el vergel cuidado;

 Así exhala Natura breve acento,
 Que más vivo el silencio resucita;
 Más amante palpita
 El corazón en fatigado aliento,
 95 Y de variar gustoso,
 Torna más dulce al plácido reposo.

 Tal de noche las aguas sonoras
 Se oyen bramar: retiemblan las montañas;
 De sus hondas entrañas
 100 Lanza el abismo voces temerosas;
 Y otra vez se adormecen,
 Y los lúgubres ecos enmudecen.

 Mientras, suspira el viento en la floresta,
 El río se desliza murmurando;
 105 La fiera vagueando
 Lanza por las tinieblas voz funesta;
 Se queja Filomena...³
 Y mi amada tal vez llora su pena.

2. Zeus es en la *Odisea* y en la *Iliada* «el tonante esposo de Hera». Aquí está claro que bajo la referencia mitológica se refiere al trueno.

3. Bajo el nombre mitológico de Filomena se encubre en la tradición lírica el ruiseñor. Aún Jovellanos, en el XVIII, echa mano de ese nombre en su *Epístola del Paular*: «pues sólo de la viuda tortolilla / se oye tal vez el lastimero arrullo, / tal vez el melancólico trinado / de la angustiada y dulce Filomena» (*Obras completas*, I, ed. J. M. Caso, Oviedo: Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1984: 178).

Sí, mi amada, mi bien, mi dulce Lina
110 A mí se acerca, y mudos nos hablamos;
En silencio gozamos,
Y mi frente en su seno se reclina;
Nuestros pechos se oprimen,
Y nuestros labios, ¡ay!, aman y gimen.

115 Gimen, sí, gimen: el sollozo ardiente
En que el seno agitado al fin prorrumpe
Mi placer no interrumpe;
Más extasía la embargada mente;
Y cuanto más suspira,
120 Más, en silencio, el corazón delira.

Así, cuando mi alma se arrebatada
Contemplando en las tumbas silenciosas
Las sombras pavorosas
Que animadas mi mente se retrata,
125 Cuando la visión crece,
Al compás, la ilusión se desvanece.

Torno al silencio: los contentos míos,
El blando lloro, el meditar sereno,
Hallo sólo en su seno;
130 Y la pasión, los ciegos desvaríos,
La razón que los calma:
¡Salve, oh silencio..., bálsamo del alma!

Enero 7 de 1829.

EL SOL DE MAYO*

Ese sol que candente reverbera
Sobre el campo a sus fuegos abrasado,
Y el joven lirio del vergel tostado
Deja, y seco el arroyo en la pradera;

- 5 Allá en el risco de montaña fiera
Bajo marmórea nieve sepultado,
Torna en arroyo el témpano apretado
Que fecunda espumoso su ladera.

- 10 ¡Tú, sol de amor, que en la mitad de mayo
Alzas sobre mi fúnebre horizonte
El fuego que me abrasa y me ilumina!...

Que tu faz no me esquivé un solo rayo;
Era mi corazón nevado monte:
Hazle, ardiendo sin fin..., verde colina.

15 de mayo de 1849.

* En la edición de 1866 este poema se incluye en la sección titulada «Segundo período. Juventud». Junto al siguiente que aquí aparece, son los únicos de esa sección no publicados en 1840. Sin embargo, tanto la fecha del poema como su temática nos llevan a un período de madurez, pues el poeta tenía treinta y siete años en mayo de 1849. La fecha de mayo de 1849 lo sitúa además en el marco andaluz, concretamente sevillano, del que ya se ha hablado bastante. En el *Diario*, en las fechas correspondientes a mayo de 1849, se encuentra la escueta anotación: «Obtengo á Fanny: debilidad física» (28 v.). En el diario paralelo, que publicó fragmentariamente Chao Espina, hay datos significativos correspondientes a dos días antes de la escritura del poema: «13 de Mayo – Corrida de toros – por la tarde voy a casa de Fanny que me espera sola – Confianza, y entrega – Conflicto. Cartas ardientes de resulta de esto» (Chao Espina 1972: 26). No era una desconocida esta Fanny, pues aparece en el *Diario* desde 1838 y volverá a aparecer en fechas posteriores. Las anotaciones de este año 1849 abundan, como se ha visto, en referencias a relaciones amorosas muy variadas, incluso llamativas. Escribe, por ejemplo, hacia el final: «Mi pasión no disminuye, aunque satisfecha abundantem[en]te – Tula [Gertrudis Gómez de Avellaneda] quiere anudar relaciones conmigo – Fanny viene á Madrid en d[iciemb]re» (*Diario*: 28 v.).

EN LOS DÍAS DE UN MAGNATE

- Iba a cantar, señor, y ya mi mente
 Recogía en la Historia
 Los lauros con que adorna vuestra frente
 El genio de la gloria.
- 5 Cuando, cual nube, que de negro manto
 En julio el sol rodea,
 Cubrió mi alma de nubloso espanto
 Una lúgubre idea.
- 10 Y los ojos clavados en el suelo,
 Medité tristemente
 Del hombre audaz el orgulloso anhelo,
 Y su razón demente.
- 15 ¿Por qué, clamé con alborozo y fiesta,
 Solemniza aquel día
 Que a la existencia le lanzó funesta,
 Do nadie le pedía?
- 20 ¿Por qué idólatra luego de la vida,
 Se alegra, al par que huye?
 ¿Por qué del año ensalza la venida
 Que tal vez no concluye?
- Teme del Tiempo la guadaña inmensa,
 Y vano al Tiempo adora;
 ¡Como el egipcio al cocodrilo inciensa
 Que después le devora!...
- 25 No, yo no cantaré; sólo postrado,
 Pediré al Cielo santo,
 Que alargue el hilo a su vivir sagrado:
 Orar será mi canto.

30 Pero en el tierno y fervoroso ruego,
 ¡Oh extraño movimiento!,
 Alcé mi frente, y de celeste fuego
 Vi circundado el viento.

Sentí angélico aroma difundido,
 Y mi arrobada calma
 35 Turbó una voz, que sin herir mi oído,
 Así sonó en mi alma.

—«¡Necio! ¡Tú que recónditos arcanos,
 De tu espíritu mismo, desconoces,
 Sólo creyendo en las mentidas voces
 40 Que osas llamar razón!
 «¿Por qué dejas los ámbitos del cielo
 Do sólo asciende el éxtasis del canto?
 ¿Nada es verdad en el inmundo suelo
 Sino la inspiración?

45 «En buen hora esos míseros humanos,
 Que de terrenos límites ceñidos
 Para vivir no más fueran nacidos,
 Lloren su único bien.
 «En buen hora con tétrico semblante
 50 Miren volar la efímera existencia,
 Y el giro de los años incesante
 Siempre acusando estén.

«No así el pecho magnánimo, que abriga
 De la virtud el hálito divino:
 55 Ni a sus ojos la vida es un destino,
 Ni sueño... y vanidad.
 «Él su enigma recóndito comprende;
 En la tierra su tránsito no es vano;
 Que... algo es la vida a quien por ella asciende
 60 ¡A la inmortalidad!

- «Sus días son magníficos presentes
Que los cielos al mísero regalan,
Y en el Empíreo, timbres que señalan
El humano blasón.
- 65 «Y el año que tan plácido renueva
Para el prócer benéfico que cantas,
Un nuevo paso, con que eterno eleva
Su inmortal escalón.
- «En él alzado mírale, y radiante
70 Deslumbrando en su espléndida carrera,
Reverberar en la terrestre esfera
Como un sol de virtud.
«Así, tras de las hórridas tormentas,
Lanza el astro purísimo del día,
75 Triunfador de las nubes cenicientas,
Gozo, lumbre y salud.
- «Y tú, el arpa profética pulsando,
En ardoroso cántico proclama
Que de su vida la preciosa llama
80 Jamás se apagará.
«Que el Tiempo en torno de él sus alas posa,
Y la corriente indómita de olvido,
En su nombre estrellándose rabiosa,
Su nombre acatará.»
- 85 Calló la oculta voz, y vi la aurora
De este precioso día;
Y sobre el arpa de marfil sonora
Preludí mi alegría.
- Mas al querer con cánticos de gloria
90 Dar mi voz a los vientos,
Resonaban tan sólo en mi memoria
Los divinos acentos.

Y los canté... y del éxtasis sagrado
Perdido que hube el fuego...
95 Otra vez en la tierra prosternado
¡Torné a mi humilde ruego!

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA [VERSIÓN DE 1841]*

Del álbum de una hermosa las páginas doradas
 Pudieran ser de un alma la semejanza fiel.
 Ella las abre al mundo, cándidas o rosadas,
 Y el mundo va borrando de negro su papel.

5 E imprime bellos cuadros, y cantos y armonías,
 Y nombres, y recuerdos, y risas, y dolor;
 Empero siempre páginas habrá blancas, vacías,
 Que esperan nuevos nombres de amistad y de amor.

10 A veces, ¡ay!, en vano, de una existencia entera
 Se abren las bellas hojas de nácar y marfil.
 En vano desplegándose el corazón espera
 Que grabe un nombre eterno en su seno el buril.

No más que tintas pálidas, no más que nombres vanos
 El deleznable lápiz fugaz bosquejará,
 15 Nombres tal vez sin vida, escritos con las manos
 Por quien abriga estéril el corazón quizá...

* Incluyo aquí, excepcionalmente, las dos versiones de este poema, dadas sus marcadas diferencias. La segunda de las versiones, fechada en 1859, apareció pocos días después de su muerte, en *La América*, acompañada de la siguiente nota: «Tenemos el profundo dolor de anunciar a nuestros lectores el fallecimiento del notable hombre político y distinguido escritor, nuestro colaborador y amigo don Nicomedes Pastor Díaz, de quien insertamos en otro lugar una composición poética inédita, que casualmente ha venido a nuestras manos, y que es el triste augurio de un fin cercano. En el próximo número insertaremos su biografía, debida a la pluma de un reputado literato» (*La América*, VII, 6 [27 de marzo, 1863], p.14). El literato sería Juan Valera, impulsor de la revista y testigo del fallecimiento de don Nicomedes. El poema no era «augurio de un fin cercano» y ni siquiera inédito, pues el propio poeta lo había incluido veintidós años antes en las páginas de una publicación de la que él mismo era editor, *El Conservador*, en 1841. Aquella primera versión, ahora recuperada, es en la que se basaría la edición póstuma de 1866, en donde se incluía bajo la sección «Tercer período. Madurez». Sigo en este caso la lectura de 1841, que a la vista del testimonio anterior resulta ser la primera.

¡Ay!, por mi mal, señora, borradas y vacías
 Yo volví muchas hojas del libro de mi fe,
 E inconstancia pudieron llamar las almas frías
 20 Al devorante anhelo de un nombre que no hallé.

Uno sólo... en mi oído las cántabras sirenas
 Entre sus rocas tristes le hicieron resonar.
 Grabado está en el alma..., mas, ¡ay!, con sus arenas
 Cubriole y con sus algas la furia de aquel mar...

25 Y a vos, como ninguna de gracia y de ternura,
 Existencia brillante, radiosa¹ aparición,
 Que en un solio recibes de gracia y de hermosura
 De un pueblo de amadores la esclava adoración,

Sobre el álbum magnífico de esas páginas de oro,
 30 De esas hojas de rosa, de nácar y marfil,
 Al estampar el mundo su unánime «te adoro»,
 Decid: ¿sentisteis siempre abrasado el buril?

Y en ese torbellino de ese doblar inquieto,
 Leves unas tras otras las hojas del amor,
 35 Tu penetrante espíritu ¿no sorprendió el secreto
 De lo que llama el mundo constancia y pundonor?

¿No queda en lo más íntimo de esa existencia bella
 Un escondido oráculo que nadie descifró?
 ¿Blanca no hay y vacía una página en ella
 40 Do el nombre de la vida tal vez no se escribió?...

Perdón, perdón, señora, a mi indiscreta duda,
 Perdón al extravío del pensamiento audaz.
 Perdón a un alma triste, de creencias desnuda,
 A quien ni amor dio dichas, ni dio el olvido paz.

1. «Radiante, lo que despide rayos de luz» (DRAE 1869).

45 Blancas, rotas o escritas, ¡ah!, no cerréis, señora,
Las páginas del álbum de vuestro corazón;
Que aún más desgracia fuera que hallarais en malhora
Quien pudiera abrasarlas con sólo una pasión.

EN UN ÁLBUM [VERSIÓN DE 1859]*

Del álbum de una hermosa las páginas doradas
 Pudieran ser del alma la semejanza fiel.
 Ella las abre al mundo, cándidas o rosadas,
 Y el mundo va borrando de negro su papel.

- 5 E imprime bellos cuadros, y cantos, y armonías,
 Y risas, y recuerdos de júbilo y dolor.
 Empero siempre páginas habrá blancas, vacías,
 Que aguardan nuevos nombres de amistad y de amor.

- 10 ¡Ay!, por mi mal, hermosa, ya no es un nombre el mío:
 Es el recuerdo vano de un alma que ya fue,
 Es el triste *aquí yace* de un epitafio frío;
 Es el *requiescant* fúnebre de su responso al pie.

- 15 Rezándolo piadosa, y en tanto en tus altares
 Se quemem mil antorchas de ardiente adoración:
 Que un día, el de los muertos, distraiga tus pesares
 Encender una lámpara al pie de esta inscripción.

1859

* La versión de 1859 muestra tendencia a la síntesis, lejos del discurso amplificatorio de la anterior, pero en coherencia con su poesía más tardía.

EN UNA TARDE DE LLUVIA

Tendidas sobre el Betis como un velo,
Miro esas nubes deshacerse en llanto;
Puras las rosas, su capullo en tanto
Con más pompa y color abren al cielo.

5 Soltara, empero, el huracán su vuelo
Que so el crujir de su encendido manto
Gruesa avenida vierais con espanto
Tronchar las flores y arrasar el suelo.

10 Así acontece al corazón, señora,
Flor que con blanda lluvia de tristeza
Balsámicos perfumes evapora;

Mas ruge el austro en su invernal crudeza,
Y el raudal de la manga asoladora
Troncos deja no más, fango y maleza.

FRAGMENTO DE UNA MEDITACIÓN EN LAS RUINAS*

También muere el sepulcro; también murió la Historia;
Hasta la tumba efímero se humilla nuestro ser.
Las ruinas son un sueño: su vida es la memoria;
Vida y memoria llegan los siglos a perder.

5 Antes aquí se alzaban columnas a millares,
De un pueblo emperatorio severo panteón:
Las ruinas se acabaron; y mieses y olivares
Robaron a la muerte su postrera ilusión.

10 En choza convertido, donde el zagal se aloja,
El antro de las fieras del ancho circo está.
Itálica..., responden los versos de Rioja¹:
De Itálica los ecos nada responden ya.

15 También de almas en ruinas que florecieron antes,
Sólo guarda recuerdos la lúgubre canción:
Su vida son los ecos de páginas amantes,
No la caverna muda del seco corazón.

* Tomo como texto base el aparecido en *Álbum del Bardo* (1850), su última publicación en vida del autor. El título que registra la edición póstuma es «En las ruinas de Itálica. Improvisación».

1. López de Sedano, en 1774, había atribuido a Francisco de Rioja la *Canción* a las ruinas de Itálica y esa atribución persistió hasta 1870, cuando, muerto ya Pastor Díaz, Fernández Guerra la restituyó a su verdadero autor, Rodrigo Caro.

EL SUEÑO DE ENDIMIÓN
Para un álbum (en La Coruña)

Reclinada la frente entre beleño,
 Yace Endimión¹ dormido en la montaña,
 Mientras del cielo que su oriente empaña,
 Leve Dána desarruga el ceño.

5 Callada sigue su amoroso empeño,
 Rebozada en la luz que al joven baña:
 No era para un mortal dicha tamaña;
 Y él sigue hundido en su aplomado sueño.

10 También así, señora, en el olvido,
 So la quiebra más honda del Parnaso,
 El que mi numen fue, yace rendido.

15 Movéis de Oriente el rutilante paso,
 Y el triste sigue, a su pesar, dormido:
 ¡Su helada inspiración toca al ocaso!

1. Endimión ya aparecía en el poema «A la luna» (vid. n. correspondiente), posiblemente uno de los más populares de los suyos, a juzgar por el número de publicaciones en la prensa de la época. Diana aparece a continuación como representación de Selene, la luna, por cuyo amor permanece Endimión eternamente dormido y joven. *Vid.* «Oda al silencio», donde la diosa romana Diana se asociaba igualmente al alba.

EL QUINCE DE OCTUBRE

[*Al general don Diego León, primer conde de Belascoaín*]*

¡Que pase el tiempo! Cálida, humeante,
 Aún del lívido tronco palpitante,
 La noble sangre brota.
 Aún no humillada en desigual pelea,
 Pabellón de venganza, al aire ondea
 5 Aquella lanza rota.

—
 Aún le vemos cruzar bello y bizarro,
 Cuando eclipsaba su enlutado carro
 El esplendor de un solio;
 Cuando erguía, en magnífica grandeza,
 10 Por recibir el lauro, su cabeza,
 De un fatal capitolio.

—
 Aún miramos un pueblo consternado,
 En silenciosa execración postrado,
 15 Conjurando al destino;

* Inserto aquí la dedicatoria que figura en la edición póstuma de 1866. El general Diego de León y Navarrete (1807-1841) alcanzó renombre en la primera guerra carlista, hasta merecer la consideración de «primera lanza del Reino». Fue conde de Belascoaín, vizconde de Villa-Robledo y virrey de Navarra. Su defensa de la Reina Gobernadora, María Cristina, exiliada en Francia, y el intento de hacerse con su hija menor de edad, la futura Isabel II, que permanecía en el Palacio de Oriente, lo llevó a enfrentarse al nuevo Regente, el general Espartero. El día 15 de octubre de 1841, tras el fracaso de su alzamiento, fue ejecutado en Madrid. Nicomedes-Pastor Díaz, cercano a sus ideas, le dedicó a Diego de León una emocionada biografía (Díaz 1969, I: 243-274), que comienza por este recordatorio: «Entre los hombres distinguidos que la revolución y la guerra han dado en su curso, ninguno ha dejado un recuerdo tan profundo en la memoria de España como el general León. El nombre de este guerrero que, saliéndose de la esfera de los hombres de nota, toca ya en la de los varones insignes, es de aquellos que nunca asoman a los labios sino entre las emociones de la tristeza solemne y del verdadero entusiasmo». Probablemente, el poema fuese escrito especialmente para este número de homenaje a Diego de León que publicó *El Heraldo* al cumplirse el aniversario de su muerte, en el mes de octubre. *Diario*, 1842: «Art[ícu]los de octubre. Versos, y aniversario de León. Rompimiento con el *Heraldo*. Ríos, Tasara [sic] y yo publicamos el *Sol*» (17 v.).

Y en medio de sus llantos y oraciones
Señal de muerte dar cuatro sayones;
Detrás... un asesino.

20 Aún hierve en sangre el empapado suelo,
Y alzan en tanto en derredor su vuelo
Monstruosos vampiros.
Y en tanto, ¡ay Dios!, por cantos de alabanza
Sólo nos quedan gritos de venganza,
Sollozos y suspiros.

25 Hay ante nuestros delirantes ojos
Vapor sangriento que levanta rojos
Espectros maldecidos.
Ni articula la trémula garganta
La voz robusta que los héroes canta
30 Con dolientes quejidos.

¡Que pase el tiempo!... Que el crespón de duelo
Nos muestre en breve iluminado el cielo
En fúlgida diadema:
Que al evocar al héroe inmaculado
35 No alcemos en su túmulo sagrado
Voz triste de anatema.

¡Que pase el tiempo!... Y sin horror, ni llanto,
Bajo el etéreo, esplendoroso manto
Que le vistió la gloria,
40 Descubramos al sol del mundo entero
La estatua santa del postrer guerrero
Que ennoblecó la Historia.

Tal vez faltaba en la civil campaña
El héroe digno a sustentar de España
45 El timbre hidalgo y fiero:

Faltaba al pie de un trono derrocado
Un nombre con la sangre rubricado
De un mártir caballero.

50 Lucharan, ¡ay!, para mentidas glorias
En arenas de estériles victorias
Valientes los hispanos.
Juguete, empero, de alevosa afrenta
Los vio la patria al demandarles cuenta,
Vencidos o villanos.

55 Allá al morir al pie de su bandera,
Ni aun engañada, la lealtad sincera
Fue a los bravos abono.
Que vencedores al mirarse un día,
60 Por libertad hallaron tiranía,
Y en orfandad el trono.

Los que, vivos, leales se contaron,
Atónitos, proscriptos, reclamaron
Su nombre y sus pendones.
Los muertos, en su túmulo sin brillo,
65 Acaso demandaban un caudillo
En sus tristes mansiones.

Y fuiste tú, la prez de los leales,
Fuiste entre los valientes inmortales
El mártir escogido.
70 No te guardaba el cielo la victoria,
Sino enlazar al nombre de tu gloria
La causa del vencido...

Que el mundo así te admire y te comprenda,
Cuando en las aras de tu santa ofrenda
75 Mártir te consagramos.

Cuando del puro honor del pueblo ibero
 Última prez, y del valor guerrero
 Campeón te aclamamos.

80 Que seas tú, de nubes circundado,
 El genio tutelar que a nuestro lado
 Nos asista serenos,
 Cuando suene en la lóbrega tormenta
 De este siglo de horror la hora sangrienta
 De morir como buenos...

85 Ya te vieron así... Genios fatales,
 Para honrar tus sangrientos funerales,
 A otros héroes llamaron.
 Y a la muerte acudieron tus valientes,
 Y de tu sombra en sus radiosas frentes
 90 La aureola reflejaron.

Montes, Quiroga, Boria, Gobernado¹
 Galopando te vieron a su lado
 En su postrer momento.
 Tu voz como en el campo conocían,
 95 Y por dicha, al morir, obedecían
 Tu respetado acento.

Allá en los días de la lucha fiera,
 Cerrar como León, mil veces fuera
 Acento de victoria.
 100 Ora, en el trance de su triste duelo,
 Morir como León era consuelo,
 Y galardón de gloria...

1. Montes de Oca, antiguo ministro conservador y sublevado junto a Diego de León en 1841, sería ejecutado, al igual que el alférez José Gobernado, el teniente Manuel Boria y el brigadier Quiroga y Frías. «[1841:] Fusilamientos de León, Montes de Oca, Bono, Quiroga, Boria y Gobernado» (*Diario*: 16 v.).

¡Que pase el tiempo!... Cálida, humeante
Limpiad, ¡ay!, de su tronco palpitante
105 Esa sangre que brota.
 Que siempre invicta, en la marcial pelea
Sagrado pabellón al aire sea
 Su noble lanza rota.

ÚLTIMO AMOR*

Es bello, sí, en la aurora risueña de la vida
 El palpitar primero de amante corazón;
 Bello sentir brotando del alma sorprendida
 La perfumada lágrima de la primer pasión.

5 Bello, como en mañana se ve de primavera
 Blanco espino en los bosques florido aparecer;
 Tierno, cual joven madre siente la vez primera
 Nueva preciosa vida su seno estremecer...

10 Sí: ¡recuerdo dulcísimo, memoria encantadora
 Que desvanece efímera la sombra de otra edad!
 Cuando ¡ay! pasó el perfume, la brisa de esa aurora,
 Nada en el alma deja la amarga realidad...

15 Mas, ¡ah!, si en pos las nieblas de una estación más triste
 Tienden sobre la vida su cárdeno color,
 Y en prematuro otoño el corazón se viste
 Con las últimas flores del árbol del amor,

Ah, más tierna, más bella, más esplendente y pura
 La luz de ese crepúsculo se esfuerza a revivir;
 Con fuerzas más volcánicas el corazón apura
 20 Las últimas delicias de amar y de sentir.

Como aves fugitivas a su antigua enramada,
 Las ilusiones tornan del juvenil ardor:

* A pesar de lo sugerido por el título y de su engañosa inclusión en la edición póstuma, el poema se publicó por vez primera en octubre de 1841, cuando acababa de cumplir los treinta años. Es difícil aventurar a quién vaya dirigido. En las fechas de la publicación, el diario indica: «Viene Barbarita a Madrid – El 19 de setiembre la visito – Notables circunstancias de este encuentro etc.» (*Diario*, 16 r.). Y ya en octubre: «Intimidad de Barbarita – mejoría lenta» (16 v.). Antes, sólo se la ha citado en 1832, y como escueta mención. Entre medias abundan los nombres femeninos. El nombre de Barbarita se prodigará en los años siguientes.

¡Oh, cómo encuentra entonces el alma fatigada
De olvidados placeres, el último el mayor!

25 Cual retirado albergue, cual templo solitario,
Del mundo en los confines parece la beldad.
Es más que nunca el ídolo que eterno en el sagrario
El corazón eleva, de su honda soledad.

30 Que es solemne, sublime un pecho lastimado
Ver, que el mundo con lágrimas abrevó y con su hiel,
De pasiones herido, de penas desgarrado,
Batido de los vientos de la fortuna infiel.

35 Olvidando pesares, fortunas y pasiones,
Y su inconstancia misma, de un ídolo a los pies,
Y adormecerse en sueño de infantiles visiones
En los brazos de un ángel... para morir después...

40 Así fue un tiempo, hermosa, que si ángel pareciste
A mis ardientes ojos de esperanza y de amor,
Entre sombras de dudas, y de silencio triste,
Dejé venir misántropo la noche de mi horror.

Mas hoy... jamás idólatra tanto subió, y sincero,
Arrebatado el éxtasis de la primera edad.
Cuando mi voz te dijo: «Tú eres mi amor postrero».
No, no empañaron dudas la fe de mi verdad.

45 Verdad, verdad... Bien mío..., tu angélica hermosura
Tenga en mi último voto su triste galardón.
Destino reservaba la suerte a tu ternura
De entregarle aherrojado mi inquieto corazón.

50 Verdad... Que un día al menos de este vivir de duelo
Que del mundo en los límites tú sola endulzarás,

Descanse en la promesa con que me liga el cielo...
Después de ti, ángel mío..., yo no amaré jamás.

Santa como la tumba sea esta fe jurada,
Santa como postrera, si triste, mi pasión,
55 Y santos, recibéndolos tu imagen adorada,
Los últimos suspiros que exhale el corazón.

Y eternos, que a tus plantas ya no serán fugaces
Los que del borde se alzan tal vez de un ataúd;
Eternos, ya que un tiempo, creyéndolos falaces,
60 Los sofocó adorándote mi ardiente juventud...

Hoy ven, amada mía... Sé el árbol postrimero
A cuya sombra plácida me siente a reposar,
En cuyo aroma aspire fatigado viajero
Perfumes que no tienen la rosa ni el azahar.

65 Ven a tomar mi vida: mi frente fatigada,
¡Ay!, si oprime tu seno, reclínala a tus pies.
Mulle de tus caricias la postrimer almohada
En que repose el alma, *para morir después.*

Y una sonrisa tuya sea el purpúreo rayo
70 Del sol que alumbre espléndido mis horas de vivir.
Tu voz, la melodía que en mi final desmayo
Preludie las que pueda sobre el Empíreo oír.

Y tu aliento balsámico la brisa que me oree,
Y un beso de tu labio la regalada miel
75 Que al despedir al mundo mi labio paladee,
Tras el amargo dejo de su copa de hiel.

EMPIEZA AQUÍ DE EL BELÉN EL ARTÍCULO OFICIAL*

La Majestad soberana
 Que en trono de eternidad,
 De los cielos y la tierra
 Rige el gobierno imperial,
 5 A mí, pecador indigno
 De merced tan singular,
 Humildemente postrado
 Ante el místico sitial,
 Donde anunciaron al mundo
 10 La buena nueva de paz,
 Secretarios del Altísimo,
 Mateo, Lucas, Marcos, Juan,
 Y Pedro, el jefe escogido
 De poder y autoridad,
 15 Y Pablo, el doctor divino
 De doctrina y de moral;
 Hoy, por último traslado

* «En una de las amenas y sabrosísimas reuniones con que los señores marqueses de Molins solían celebrar, en unión de sus amigos, la Nochebuena, con misa devotísima, donosos versos y cena opípara, se imaginó un año dar a luz un periódico titulado EL BELÉN, alusivo todo al gran suceso que la reunión, con el mundo cristiano, celebraba; redactado todo aquél por los ingenios presentes. Al Sr. Pastor Díaz tocó la parte oficial, y lo verificó en estos elegantes e ingeniosos versos que, como dignos de su pluma, y por consejo acertadísimo de su hermana, la señora doña Carmen Díaz de Pastor, ha parecido conveniente conservar» (Nota en la edición de 1866). En el prólogo de 1866, Hartzenbusch precisa que este poema lo «leyó la noche de Navidad de 1857 en casa del Sr. Marqués de Molins» (1866: XIV). Y añade, con absoluta transparencia, que de él «juzgarán los políticos; en ciertos versos de ella habló el autor en nombre de algunos». La publicación imitaba en tamaño y disposición tipográfica los amplios diarios de la época, incluso con su folletín al pie de la primera página, ocupado entre otros por Campoamor. Los marqueses de Molins eran Mariano Roca de Togores (1812-1889) y M^a del Carmen Aguirre-Solarte (1828-1899). Mariano Roca de Togores, que recibió el título en 1848, era un destacado miembro del partido moderado, ministro varias veces y conocido poeta. *El Belén* aún sería réimpresso en 1886 por el propio Molins, esta vez en un pequeño volumen, a modo de misalito, con el título: *El Belén. Periódico publicado la Noche-buena de 1857 por la tertulia literaria del marqués de Molins*, Madrid: Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1886.

De su excelsa voluntad,
Me manda esta media noche
20 Que os venga a comunicar:
—Que aquella Virgen Santísima,
Prole bendita de Adán,
Vástago de regia stirpe,
Por David y por Judá;
25 Esposa elevada al tálamo
Del Paráclito¹ inmortal
Que fulgura en el triángulo
De la Santa Trinidad;
Hija humilde de los hombres,
30 Y emperatriz celestial
De los nueve coros de ángeles
Que al lado de Dios están;...
De cuya sien las estrellas
Son la diadema imperial,
35 Los rayos del sol, su túnica,
Y la luna, pedestal...
Cabe un humilde pesebre
De un reducido portal,
Do consagrarán grandezas
40 De la más pobre humildad,
Suceso que no bastaran
Dignamente a sublimar
Los aposentos magníficos
De la regia Majestad,
45 Ha parido hoy en Belén
Un infante celestial,
Que ha de ser Rey de los Reyes
Por toda la eternidad...
Que hoy ha dado a luz del mundo
50 Al Príncipe singular

1. El Espíritu Santo, que Cristo anuncia como «Paracletos», el protector (Jn 14, 15-15).

Que no tiene en este mundo
 Su reinado terrenal;
 Pero que al mundo descende,
 Moisés divino, a guiar
 55 Por el Sarah² de la vida
 La pobre raza mortal
 A la conquista de un cielo,
 Donde su ley fundará,
 En la herencia de su Padre,
 60 Reino que fin no tendrá...
 –Y sigue la excelsa Madre,
 Que un Dios parido nos ha,
 Después del parto glorioso,
 No sólo en salud cabal,
 65 Sino, ¡oh, prodigio inaudito!,
 Que nunca a ser volverá,
 En integridad incólume
 De pureza virginal³.

I

Por tanto, manda y previene
 70 La suprema autoridad
 Que preside a los Consejos
 Del destino universal:
 Que en correspondiente pompa
 A tanta celebridad
 75 Cielo y tierra solemnicen
 El nunca visto natal.

2. No parece viable ni lógica la relación que ofrecen los versos entre la figura bíblica de Moisés y ese «Sarah de la vida». Sara, o Sarah, era la mujer de Abraham. La única concordancia coherente en el contexto sería la voz *Sahara*, como sinécdoque de desierto, esto es, «por el desierto de la vida». Al margen que el desierto que cruza Moisés en el Éxodo sea, como se sabe, el del Sinaí.

3. El dogma de la Inmaculada Concepción había sido proclamado el 8 de Diciembre de 1854 por Pío IX. Como creencia, tenía fuerte arraigo en España de antiguo, como demuestran las pinturas de Murillo.

Que hasta las humildes pajas
Do el recién nacido está
Vengan hincados de hinojos,
80 Postrada al suelo la faz,
Reyes que desde el Oriente
En adoración traerán
Los perfumes de la Arabia,
Los tesoros del Catai.
85 Y que mientras que a mostrarles
La profética ciudad,
Las estrellas por el cielo
Peregrinando vendrán,
A las rústicas majadas
90 Un arcángel llevará
La nueva de que ha nacido
El Pastor universal;
A quien, más ricos que reyes,
Los zagales llevarán
95 El incienso de su fe
Y el oro de su humildad...
–En tanto verán los cielos
Coros de ángeles cruzar,
A cuyo estruendoso vuelo,
100 Espantado Satanás,
En el fondo del infierno
Mande las puertas cerrar;
Mientras que en el seno oscuro,
De hinojos el viejo Adán,
105 Circundado de los Padres,
Oyendo, y llorando, está
Cuál resuena entre las nubes
El angélico cantar:
–«¡Gloria a Dios en las alturas,
110 Y al hombre en la tierra, paz!»

II

- Manda al *Ministro de Estado*
 Que para inmortalizar
 Hazaña de tanta gloria,
 Y de tanta heroicidad,
 115 Se prepare una *Gran Cruz*
 Que el Infante tomará,
 Que al Infierno ha de vencer,
 Y que al mundo ha de salvar:
 Cruz que, hincada en el Calvario,
 120 A los cielos tocará
 Con dos brazos que, extendidos,
 De Oriente a Poniente irán.
 Cruz, cuyo purpúreo esmalte
 La sangre de un Dios será,
 125 Que ha de fecundar a ríos
 La herencia estéril de Adán...
 Cruz, que guirnalda de espinas
 Y una leyenda tendrá
 Con letras, que misteriosas,
 130 Todas las lenguas leerán.
 Cruz, que no ornará fastuosa
 La soberbia mundanal,
 Sin pretensiones efímeras
 De irrisoria potestad...,
 135 Sino que cuando, afrentosa,
 La deícida ciudad
 La haya clavado en el Gólgota,
 Patíbulo criminal,
 En el punto cielo y tierra
 140 La vengan a disputar,
 Por blasón de toda gloria,
 Y de toda santidad...
 Lábaro⁴ ardiente, en las nubes

4. *Vid* nota correspondiente en «Enviando mi retrato».

- La verá Roma triunfar:
145 Toda nación la tremole
Como su estandarte real:
Por sus aspás los ejércitos
Las águilas trocarán.
Sea el florón que corone
150 Toda diadema imperial,
Toda cúpula de templo,
Toda bóveda de altar.
Sea el signo que atestigüe
Toda dudosa verdad;
155 Principio de toda empresa,
Corona de todo afán,
Ayuda en todo peligro,
Conjuro de todo mal.
Bendecirán con su signo
160 Los sacerdotes de paz;
Llevaranla por el mundo
Como invicto talismán,
Los guerreros en su espada
Para morir y lidiar;
165 Al pecho, los caballeros,
Y al hombro, con humildad,
Todo aquel que labra un surco
Con sudor y con afán.
Ante su brillo, los ángeles
170 Velen su espléndida faz;
Sólo a su signo en los aires,
Huya al infierno Satán...
Y porque este nacimiento
Borra la muerte, de hoy más
175 En toda tumba cristiana
Esta cruz se plantará.

III

Por *Gracia* manda la gracia
 Con que la raza mortal
 Puede recobrar el Cielo,
 180 De que desterrada está...
 Gracia de indulto de infierno
 Y redención general
 De la esclavitud antigua
 En poder de Satanás...
 185 Gracia de eternos tesoros
 De perdón y de piedad,
 Dones y premios de gloria,
 Que merecer y lograr,
 Más ricos, e inagotables
 190 Por la humana actividad,
 Que los frutos y alimentos
 Del sustento natural;
 Y más sin número y término
 En la inmensa variedad
 195 De las acciones e ideas
 De la humana libertad,
 Que son inmensos y varios
 En el mundo material,
 Los giros de las estrellas
 200 Y las ondas de la mar...
 Por *Justicia*, ley tan justa
 Que es la suprema bondad,
 Y ley de sabiduría,
 Que es orden universal;
 205 Ley de amor desconocida
 Desde que, en torpe disfraz,
 A amor convirtió en flaqueza
 La seducción infernal...
 Ley de universal familia,
 210 Y ley de eterna hermandad,
 Donde siempre Abel se llama

Nuestro enemigo mortal...
 Ley, sagrado complemento,
 Acta santa adicional
 215 De aquella carta divina,
 Que en los truenos del Siná⁵
 Promulgó, quien pudo sólo
 En diez preceptos cifrar
 Toda perfección del alma,
 220 Como ha podido pintar
 Con siete rayos de luz
 Toda belleza visual...⁶
 Justicia, tan compensada
 De inapelable equidad,
 225 Que tiene el divino amor
 De intérprete y tribunal...
 Justicia, que tiene un cielo
 De tanta felicidad,
 Que el mismo Dios a nuestra alma
 230 Se da por siempre a gozar;
 Y justicia, en que hay infierno
 De tanta severidad,
 Que la cifra de sus penas
 Es el no poder amar...
 235 ¡Y es el no poder morir,
 Y no tener que esperar!...

IV

Es, donde es amor justicia,
Gobernación caridad:
 Caridad fecunda, inmensa,
 240 Inefable, universal,
 Nunca nombrada en la tierra,
 Nunca soñada quizá...

5. Siná. Opción forzada para mantener rima y metro.

6. Los siete colores que componen el espectro de la luz.

Al calor de cuyos rayos
Cambiara el mundo moral,
245 Cual cambia el temple del aire
Cuando el sol sale del mar.
A cuyo influjo benéfico
Tendrá alivio todo mal,
Toda tiranía, freno,
250 Corrección, toda maldad.
Llamarase todo imperio
Autoridad paternal,
Y lo que antes sumisión,
Dirán los pueblos lealtad.
255 Libre el albedrío, libre
El pensamiento inmortal,
La opresión no será ley,
Sino fuerza corporal.
No más el hombre del hombre
260 Dueño y señor se dirá,
Ante Aquel que crió hermanos
Todos los hijos de Adán...
Todo abuso de poder
Traición al cielo será;
265 Toda rebelión de fuerza,
Suicidio de libertad.
Será divino el trabajo,
Más que noble, pues será
Aula del Dios humanado
270 El taller de un menestral.
Habrá para todo enfermo
Un lecho de caridad;
Será santa la pobreza,
Visita de Dios el mal;
275 Verase un día a los príncipes
Los pies al pobre lavar,
Partir con los apestados
Su lecho y túnica, y pan...

Y a una reina de Castilla
 280 Veréis con sublime afán
 Consuelos llevando y lágrimas,
 Y arrodillada rezar
 Ante el jergón de un enfermo
 Que agoniza en un desván...⁷
 285 Hasta la mansión del crimen,
 Hasta el cadalso, serán
 Santificados en nombre
 De aquel reo celestial,
 Que han de prender Malco y Judas,
 290 Y ha de escarnecer Caifás⁸.

V

Al Ministro de la Guerra

Nada quisiera mandar
 Quien viene, manso cordero,
 A morir por los demás.
 295 Sólo combatir nos manda
 Como enemigo mortal
 Nuestra propia carne, y nuestra
 Rebelada voluntad;
 Sólo al mundo revestido
 300 De su pompa y vanidad;
 Sólo al alma que se encubre
 Con la piel vieja de Adán.
 Paz los ángeles cantaron
 Esta noche, y al dejar
 305 Jesús al mundo, en un ósculo
 «Mi paz os dejo», dirá...

7. Isabel II, la «reina castiza» de Valle-Inclán, conjugaba su libérrima vida erótica con estos actos de caridad, rodeada de una confusa camarilla de beatas y religiosos que iban de Sor Patrocinio al padre Claret.

8. Durante el prendimiento de Jesús, facilitado por Judas, Pedro le corta la oreja derecha a Malco, siervo del sumo sacerdote Caifás, ante quien lo han de llevar a continuación (Jn. 18, 1-40).

- Si empero, a Dios despreciando,
 Osare extranjero audaz
 La tumba de vuestros padres
 310 Con pie sacrílego hollar,
 Guardas de la eterna herencia
 De la progeñe de Hispán⁹,
 Señor Dios de los ejércitos
 Proclamad al Dios de paz,
 315 *Y el Cordero de Belén*
*Será el León de Judá...*¹⁰
 Vendrá al templo de una cueva
 Vuestra causa a consagrar;
 Su estandarte un santo apóstol
 320 Por los aires os traerá¹¹;
 Batallaréis en su nombre,
 De Gijón a Gibraltar,
 Desde Clavijo al Salado,
 De Caltañazor a Orán...
 325 Ante un rosario, en Lepanto
 Tragará a la luna el mar.
 San Lorenzo alza un trofeo
 Más grande que el Escorial;
 Y si rendido al cansancio
 330 De tantos siglos de afán,
 A la sombra de sus templos
 Duerme el león nacional,
 Cuando el revuelo de un águila¹²
 Venga su sueño a turbar,
 335 Y con rugidos de espanto

9. *Vid* nota correspondiente en «Al acueducto de Segovia».

10. Génesis, 47,9; Apocalipsis, 5, 5...

11. Santiago el Mayor, aquí en su faceta hispánica de Santiago Matamoros, por la leyenda de su intervención en la batalla de Clavijo (859), que cita a continuación junto a otros episodios de las luchas contra el Islam.

12. Napoleón Bonaparte.

Le oiga el mundo despertar,
 Rebato de mil campanas
 Eco a su bramido harán...
 Cada cruz traerá un soldado,
 340 Cada claustro un general,
 Y una legión de valientes
 Cada pendón parroquial.
 Habrá una Virgen del Carmen
 En Bailén, y en San Marcial¹³,
 345 Y de las invictas águilas
 Bastará el vuelo a postrar
 Pobre hueste guarecida
 Tras la Virgen de un Pilar¹⁴.

VI

Un *Ave Maris Stella*

350 Leo en el sello real
 De *la Marina*, que manda
 La hermosa Estrella del Mar.
 A cuyo Oriente en las nubes
 Se ahuyenta todo huracán,
 355 Y que serena las olas
 Con su sonrisa de paz.
 Y de ella un pliego sellado,
 Cuyo nema¹⁵ al desgarrar,
 Con tres prodigios, de asombro
 360 Cielo y mar se postrarán.
 Por el primero, en las olas,
 Da camino de verdad

13. Victorias célebres de la Guerra de la Independencia: Bailén. (1808), en Jaén, y San Marcial (1813), junto al río Bidasoa.

14. En los primeros momentos de la Guerra de Independencia, Zaragoza sufrió dos largos y sangrientos asedios en los que la religiosidad popular exaltó la figura de la Virgen del Pilar, que, como decía la copla, «no quiere ser francesa».

15. «Cierre o sello de una carta» (DRAE 2001).

- A los hijos de la fe
 Con la antorcha del imán.
 365 Manda el otro que en el coro
 De una oscura catedral,
 Josué cristiano, Copérnico¹⁶
 Haga inmoble al sol parar,
 Y el giro de orbes y mares
 370 Claro revele al mortal.
 Y otro hay que a una reina hispana
 Manda en *plus-ultra* cambiar
 El lema que en dos columnas
 Escribió remota edad...¹⁷
 375 Y porque hay perdido un mundo
 De esos mares más allá,
 Y es fuerza hermanar la tierra
 Con su antípoda mitad;
 Y que llegue, do el sol llega,
 380 La lumbre de la verdad;
 Manda que bajo la enseña
 Que en la Alhambra brilla ya,
 Almirante de la fe,
 Como ella, humilde y audaz,
 385 Como ella, viendo en el cielo
 Lo que no se ve en el mar,
 El marino de Isabel
 Vaya ese mundo a buscar,
 Y Cristóforo le nombra,
 390 Porque a Cristo llevará¹⁸.

16. La teoría heliocéntrica de Copérnico (1473-1543), según la cual es la Tierra la que gira alrededor del sol, y no al revés, permite compararlo con Josué, quien habría hecho parar al sol (Josué 10, 12-13).

17. Isabel la Católica, al apoyar la empresa ultramarina de Colón, demuestra en la práctica que la Tierra es redonda y que no acaba más allá de las columnas de Hércules, esto es, del estrecho de Gibraltar. El lema *Plus Ultra*, sin embargo, data de 1530, ya con Carlos I.

18. *Cristóforo*, «el que lleva a Cristo», es el nombre con que firmaba Cristóbal Colón.

VII

La *Hacienda* tiene un gran libro
 De la deuda universal,
 Escrito en dos anchas hojas
 De dos árboles, no más.
 395 En la del árbol de Edén,
 Bajo una poma falaz
 Estampó «Deuda insolvente»
 Con sus lágrimas Adán.
 Y en la del leño del Gólgota
 400 Una sangrienta señal
 Entre una Cruz y un Cordero
 Rubrica: «¡Pagada está!»
 Las arcas de su *Tesoro*
 No encierran otro caudal
 405 Que una diminuta cédula
 Con esta promesa real:
 «Inagotables riquezas
 En el Cielo encontrará
 Todo aquel que en nombre mío
 410 Su hacienda a los pobres da.»
 Y más abajo, con signos
 De la garra de Satán,
 Entre un azadón y un túmulo,
 Este registro infernal:
 415 «En el centro de la tierra
 El oro guardado está.
 Aproxímese a mi reino
 Quien lo quisiere encontrar.»

VIII

A *Instrucción*, ciencia y doctrina
 420 Término no puede dar
 Quien es la palabra misma
 De la increada verdad.
 A quien divino maestro

Los que le oyeren, dirán.
425 Y que en dos montañas¹⁹ dijo:
–Al universo enseñad.
Por eso, cuando al Empíreo
Se remonta celestial,
Los hombres no tienen lengua
430 Para su doctrina ya;
Y bajan lenguas del Cielo
Con que la puedan hablar...²⁰
Por eso, el saber, do arcano
Fue en la docta antigüedad,
435 Para un filósofo, el mundo,
Para otro, la humanidad,
Para el mundo y para el hombre
Es ciencia de Dios, de hoy más,
Que en medio se ven del Cielo,
440 Como la tierra lo está.
Las lumbreras de la fe
Giran por su inmensidad,
Como esos miles de estrellas
De rutilante brillar.
445 Y porque tanto esplendor
No ofusque al flaco mortal,
Y tenga su mente inquieta
Límite de autoridad,
Luce una antorcha infalible
450 Sobre una eterna ciudad,
Como del cielo en la cúpula
La inmoble estrella polar²¹.

19. Una es el monte de Sinaí, donde Dios entrega a Moisés las tablas de la Ley, según relata el Éxodo (19-34). La otra pudiera ser el monte de Galilea, en donde Jesús resucitado se muestra ante los once apóstoles y les insta a predicar su doctrina (Mateo 28), o bien simplemente se trate del Gólgota o Monte del Calvario.

20. Hechos 2, 3.

21. El dogma de la infalibilidad papal fue proclamado por Pío IX en el Concilio Vaticano I, en 1870, muerto ya Nicomedes-Pastor Díaz.

Por eso en los siglos lóbregos
 De la más bárbara edad
 455 Aprenden de un catecismo,
 El párvulo y el zagal,
 Ciencia que ignoró Aristóteles,
 Ni soñó Platón jamás.
 Por eso tras mil portentos
 460 De ciencia, en que el Cielo hará
 Que no sepa ningún hombre
 Más que Agustín y Tomás²²;
 Tras el cántico inaudito
 De aquel poeta titán,
 465 Que, no cabiendo en el mundo,
 Cielos e infiernos oirán²³;
 Tras las santas creaciones
 De aquel arte colosal
 Do afrenta del Partenón
 470 Será toda catedral²⁴...
 Tras el monstruo de armonía
 Que en sus bóvedas bramar
 Hará en conciertos de música
 Truenos de una tempestad;
 475 Tras de aquel extraordinario
 Prometeo monacal,
 Que ponga el rayo en las manos
 Del atrevido mortal²⁵.

22. San Agustín (354-430) y Santo Tomás de Aquino (1225-1274) son doctores de la Iglesia: Doctor de la Gracia y Doctor Angélico, respectivamente.

23. Dante, en alusión a la *Divina Comedia*.

24. Referencia a la división del mundo en dos grandes eras, la Clásica y la Romántica, asociada ésta a la Edad Media y a la implantación del Cristianismo en Europa. Sus máximos exponentes serían los hermanos Schlegel, cuyas ideas difunde en España Böhl de Faber desde 1814 y que, a partir de él, pasan a ser lugar común de nuestro romanticismo. En el contexto del poema es obligado pensar en Chateaubriand, quien en su *Elogio del cristianismo* hace la misma contraposición.

25. Es difícil saber quién será este «Prometeo monacal», asociado a la música, que, como el héroe mitológico, habría robado el fuego de los cielos para entregárselo a

Pentecostés nuevo, al último
 480 Habrá un día singular,
 Que no bastando la pluma
 Ni el pincel original
 A la letra de la ciencia
 Y al color de la beldad,
 485 Mande la mente divina
 De Aquel que sabe engendrar
 De una bellota una selva,
 Y de un átomo, un vivar,
 Que tome formas y gérmenes
 490 De generación vital,
 Cual las flores y los árboles
 El pensamiento fugaz,
 Y den a pluma y pinceles
 Su múltiple eternidad,
 495 Gutenberg, con una Biblia²⁶,
 Finiguerra, en una *paz*²⁷.

IX

De entonces, sólo quien puede
 Por su nombre apellidar
 Las estrellas al salir,
 500 Y las aves al volar,
 Podrá revelar los genios
 Que el orbe renovarán
 Con el vuelo y esplendor
 De inspiración celestial.
 505 Podrá enumerar los mundos

los hombres. Acaso Antonio Vivaldi (1678-1741), que era sacerdote, y que recrea una tormenta en sus *Cuatro estaciones* y en *La tempestá di mare*, ambas obras publicadas en 1725.

26. La Biblia editada por Johannes Gutenberg, el creador de la imprenta, entre 1450 y 1456.

27. Tommaso Finiguerra (1426-1464), orfebre y grabador florentino, autor de una *Paz* en el baptisterio de Florencia.

Que en creación ideal,
Tabla y lienzo han de fingir,
Mármol y bronce imitar.
De entonces rayará el día
510 Que los cielos abrirán
Sus transparentes abismos
A los ojos de un cristal.
Y aquel que fijando el curso
Sobre el sometido mar,
515 Trueque el hombre alas de viento
Por las llamas de un volcán.
O que, vivo meteoro,
Le mire el mundo volar
Sobre los carros de fuego
520 De la leyenda oriental.
Y el que, por último, alcance
La atónita humanidad,
Que, cual da la mente al brazo,
Su instantánea voluntad,
525 Cual baja al sol de la tierra
Un rayo de claridad,
Vuele de un polo a otro polo,
Y de un mar al otro mar,
Sobre invisible centella,
530 La palabra de un mortal...²⁸
Que esa palabra fulmínea
Palabra de un Dios será,
Cuando la oración de un pueblo
Conduzca al pie de un altar;
535 O si desciende bendita
De un trono pontifical
Sobre el vagido primero

28. El mito del progreso es vinculado aquí al espíritu católico: el barco de vapor data de principios del XIX, en 1814 se diseña la primera locomotora, Morse inventa la telegrafía en 1837, etc.

Del escogido mortal
 Que viene en nombre de Dios
 540 Sobre un gran pueblo a reinar.
 Que esa lengua milagrosa
 Es revelación quizá
 Para los ojos más ciegos
 De una palpable verdad,
 545 Que el más etéreo elemento
 De materia corporal
 No es más que ciego vehículo
 Pasivo, inerte y fatal
 Del espontáneo motor
 550 Del querer y del pensar,
 Sirviendo sumiso y dócil
 Al pensamiento inmortal,
 Cual sirve el aire a su voz
 Y la luz a su mirar.

X

555 Mas quien tiene un Ministerio
 De Instrucción tan singular,
 No dio al olvido *el fomento*
 De la vida corporal.
 Y en la ocasión de las nuevas
 560 Que EL BELÉN os viene a dar,
 Os anuncia que no en vano,
 El progreso universal
 Estrechando las distancias
 De la humana sociedad,
 565 Haciendo de tantos pueblos
 Una familia no más,
 Todos los climas y zonas
 Abarca la cristiandad.
 Al alcance de su mano
 570 Hoy vuelve a tener Adán
 Todos los frutos que fueron

Su primitiva heredad.
 Y Aquel que ordenó a su pueblo
 Su fuga de libertad,
 575 En el convite simbólico
 Rápido conmemorar,
 Hoy en novísimo anuncio
 De que cumplidas están
 Las sacrosantas promesas
 580 De redención general,
 Manda que en ledo alboroque²⁹
 De su fausta Navidad,
 Celebre todo cristiano,
 Dulce, alegre, fraternal,
 585 Pascua de nuevo convite
 De santa comunidad.
 Manda que en bello contraste
 De la pobreza en que está,
 No haya tristes, no haya pobres
 590 La noche de su natal.
 Manda que en dulce memoria
 De aquel licor virginal,
 Que, en pasión anticipada
 Humillando su deidad,
 595 Probó con labios hambrientos
 Su humana necesidad;
 Vosotros probéis los néctares
 Por cuyo invento, piedad
 Alcanzó el viejo Noé
 600 Del diluvio universal.
 Y a tragos, leche de almendras
 Y de las Navas³⁰ bebáis,

29. «Regalo o convite que se hace para recompensar un servicio o por cualquier motivo de alegría» (DRAE 2001).

30. La «leche de las Navas», conocida por ese nombre, corresponde a las Navas del Marqués, en la provincia de Ávila. Su fama se extendió en gran medida gracias a la llegada del ferrocarril.

Y el turrón comáis simbólico,
 Y el morisco mazapán,
 605 La nata y miel que Isaías
 Al nacido Enmanuel³¹ da;
 Y el pavo que nos trajeron
 Los indios del rey Gaspar...
 Que cenéis... de Nochebuena...
 610 Jesús os manda cenar,
 Festín de su advenimiento
 Y de vuestra libertad...
 Que cenéis... hasta otra noche
 En que él también cenará...
 615 En que sentado al banquete
 De su propio funeral,
 Dé el brindis de la salud
 De toda la humanidad...
 Relieves de cuya mesa
 620 Espléndido os dejará,
 Preparado de su mano
 Otro celeste manjar.
 Será su carne gloriosa,
 Será su sangre inmortal,
 625 Que es ambrosía de gloria,
 Y elixir de eternidad...
 Cenad, en tanto, de fiesta,
 De apetito y de solaz;
 Cenad pascua de recuerdo
 630 Del trabajo corporal,
 Y del dominio del hombre
 Sobre su suelo natal.
 Cenad el pobre viático
 De esta existencia fugaz
 635 Con los frutos de la tierra
 Y con los peces del mar...

31. Isaías 7, 15.

Comed el pan amasado
 Con vuestro sudor y afán...
 Mañana, el pan de los ángeles
 640 En las gradas de un altar.

Y así, tendreislo entendido
 Y que se cumpla ordenad
 Por los dilatados ámbitos
 De toda la cristiandad;
 645 Y para que se disponga
 Su cumplimiento especial,
 En aquella ilustre casa
 De la hispana capital,
 Donde de Dios bendecidas
 650 Y del amor conyugal,
 La religión tiene un templo,
 La poesía un altar,
 La amistad un culto, y votos
 De eterna felicidad.
 –Rubricado.–PASTOR DÍAZ.
 –Lugar del sello real³².

32. En la publicación original sigue un poemilla que pudiera ser colofón o epílogo de éste, vistas las referencias anteriores a elementos del progreso técnico, como el telégrafo:

TELÉGRAFO

¡Gran portento!

Adán a los hijos de Eva.

Virgen-Madre. Buena-nueva.

Redención...

POEMAS NO RECOGIDOS EN LIBRO

[A TU CARTA PASO AHORA]*

A tu carta paso ahora,
que justo es que de ella te hable:
me ha sido muy agradable
el saber que te enamora
5 esa villa encantadora,
recuerdo de mi niñez,
donde por primera vez
hube aspirado el aliento
de la vida y que ahora siento
10 no lo perciba mi tez.

Grato me fuera y muy grato
disfrutar de la hermosura
del campo y temperatura,
porque con tu ameno rato

* El poema forma parte de una carta personal a José Raimundo Parga, que Elías Parga, su nieto, hizo llegar a Chao Espina con esta indicación: «Yo creo que le debe faltar una hoja, pero repito va como la tengo, incluso el *produguese* que dice. No tiene fecha, pero yo calculo la enviaría a mi bisabuelo don José Raimundo Parga, pues si fuese mi tío José Antonio Parga, estaría en poder de éste, y no en la de mi abuelo. No tiene encabezamiento, con dirección, ni más nada, ahora que, sí, está firmada». La publicó Chao Espina (1971: 386-390), a quien sigo, salvo en la corrección de erratas evidentes y en la normalización ortográfica. Como él mismo señala, «los versos no tienen valor poético, están hechos sin pretensión alguna, pero son de apreciar como documento biográfico» (386).

15 se deslizaría el trato
como un sueño de placer,
pero esto no puede ser
y no ocupo tu atención,
con lo que es una ilusión
20 y efecto no ha de tener.

Respecto del armazón
de anteojos, he preguntado
y varios me han contestado
que con toda perfección
25 y cual de satisfacción
desde diez duros los dan
hasta diez y seis, que son
los de más precio; y a ver
si es que tienes interés
30 que he satisfecho tu afán.

Como vienen fabricados,
no admite el oro ninguno;
con que no soy importuno
y doy ya por terminados
35 tus deseos iniciados
contestando ahora al postrero,
que olvidarlo no lo quiero,
no me juzgues negligente,
que la cruz de Benavente
40 es la de Carlos tercero¹.

Me levanto y al momento
doy una voz preventiva,
que bueno es que te la escriba:
¡el chocolate! Cual viento
45 voy a ocupar el asiento

1. El poeta había recibido la Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III.

como un padre provincial,
y una jícara-pozal²
viene a dar los buenos días
y a sacarme de agonías
50 el órgano estomacal.

Si observo que aún es temprano,
me salgo a dar un paseo
para conservarme sano,
que conducente lo creo
55 porque soy muy buen cristiano,
y como nos dice Ovidio,
y yo lo digo, «el fastidio
mata a aquel que lo recibe».

Si pues la religión prohíbe
60 intentar el suicidio...

La consecuencia es muy clara:
procura no fastidiarme,
porque pudiera matarme
y en mi salvación dudara,
65 a menos que no mediara
una fuerza Superior
que produguese [sic] el dolor
de desgracias, etcétera,
y de ellas ¡libramos quiera
70 por mucho tiempo el Señor!

Del paseo a casa vuelvo
y después de descansar
hago intención de almorzar
y a cumplirla me resuelvo;

2. Entiéndase: una jícara, o taza para tomar el chocolate, del tamaño de los cubos usados en los pozos.

75 lo que en mi estomago envuelvo
creo deber suprimir,
pues fuera no concluir
relato tan minucioso
y estar haciendo el oso
80 decir por sólo decir.

.....

Aunque sin gran vocación,
salgo para la oficina
a continuar la rutina
que le toca a mi sección,
85 de empleo o separación;
juntos allí se ve andar
la alegría y el pesar,
que colocan en un potro,
mas se ve éste por el otro
90 y así se logra pasar.

Cumplidas de reglamento
seis horas, largas de talle,
vuelvo a salir a la calle
y regreso a mi aposento;
95 se va a comer... y me siento
y engullo perfectamente,
sin que ningún incidente
pueda aminorar mi gana,
pues aquello «del mañana»
100 lo olvido completamente.

Como del fraile el sistema
es de gran aprobación,
no quiero ser la excepción
y de mi vida es el tema;
105 me dirijo pues con flema

y en los colchones me tiendo,
 donde dos horas durmiendo
 paso por vía de siesta.
 ¡Ay Pepe! ¡Qué vida es ésta!
 110 ¡Si apenas la creo viendo!

Al anochecer, al Prado
 me suelo bajar un poco
 a dar vueltas como un loco;
 y si me encuentro cansado,
 115 estoy un rato sentado;
 vuelvo a casa, y en seguida
 veo la cena servida;
 terminada ya, me acuesto
 y... aquí concluyo con esto
 120 la relación de mi vida.

Con mis hermanos cumplí
 y con Teodora³ igualmente;
 a Periquillo en su frente
 bastantes besos le di.
 125 Cuanto ahora te digo aquí
 respecto a la amistad mía
 no toques p[o]r tontería
 que nace del corazón;
 te quiere con gran pasión
 130 Nicomedes Pastor Díaz *-rubricado*

3. Su hermana Teodora que, junto a su hermano Francisco, comparten su vida en Madrid.

EN UN PASEO A SOLAS DE LISBOA*

El amor es la antorcha
de nuestra vida.
Pero hay [puestos de] velas y lámparas
en cada esquina.

- 5 No temas nunca
 por falta de candelas
 quedarte a oscuras.

* El poema constituye de hecho uno de los *pensamientos* que integran su cuaderno inédito, concretamente el número 66. Fue editado por Chao Espina (1949: 318) con el título corregido «En un paseo a solas por Lisboa». Díaz fue embajador en Lisboa entre 1859 y 1861. En el *pensamiento* número 68 confiesa tener cuarenta y ocho años. Por tanto, el poema corresponde al primero de su estancia allí.

POEMAS ATRIBUIDOS

ÉGLOGA. BELMIRO E BENIGNO*

I

Xa por detrás dos montes se escondía
O rubo¹ pai da luz en carro de ouro;

* Manuscrito sin firma, atribuido a Nicomedes-Pastor Díaz por Xosé María Álvarez Blázquez (1951), que fue su primer editor y a quien sigo en la lectura del texto, con la incorporación de las notas añadidas en su trabajo de 1963. Conservo el título original del manuscrito, tal como lo transcribe en nota su editor, aunque corrijo la forma castellana de la conjunción «y» por la gallega «e». Álvarez Blázquez, en el último artículo y en contestación a Carballo Calero (1975), añade su convicción razonada de que «se trata de una copia –una copia apresurada– y no del original, más o menos embrionario» (1963: 349). Prueba de ello se encontraría en su comentario a los versos 169-171, que transcribo en variantes. En conclusión, siempre según este autor, debiera admitirse «en primer lugar, que el manuscrito por mí descubierto es un traslado descuidado de un original perdido; y, en segundo lugar, que el copista habrá sido el propio autor, según ya apunté en el estudio preliminar a la edición de la égloga de Pastor Díaz» (1963: 350). Mis pesquisas para localizar el original manejado por Álvarez Blázquez no han dado fruto, pues no se halla siquiera entre los papeles legados a sus hijos, por lo que seguiré como texto base su edición original de 1951, corregida en su caso a partir del registro de las variantes indicadas en 1963, sin dar pie a hipotéticas reconstrucciones de los versos irregulares o fallidos, salvo en casos obvios que se indican mediante corchetes. Conservo las interpolaciones con el nombre de los interlocutores, aunque en el facsímil de los vv. 199-220, que el editor reproduce, no aparecen. Como en el caso del otro poema en gallego, «A alborada», adapto la ortografía a las normas de la Real Academia Gallega (2003), respetando todas las particularidades léxicas, fonéticas y gramaticales del original, por otra parte muy cargado de castellanismos.

1. Aunque no figura en el gallego actual, la forma *rubo* debe entenderse como *rubio*, del latín *ruber*. Es adjetivo asociado tradicionalmente al Sol y con uso habitual en la literatura española, desde Góngora a Cernuda. Reaparece en el verso 226.

De nubarrós o ceo se cubría,
 Tendía a noite ó lexos manto mouro,
 5 Enterraba o tesouro
 O avaro gardador, medio ás escuras,
 E polas espesuras
 Xa non cantaban ledos paxariños;
 As ovellas, balando co'os filliños,
 10 Pra os curros dos lindeiros se escapaban;
 O traballo os paisanos xa deixaban
 Pra volver xunta ás mais dos seus neniños,
 E os barcos preparando
 Pró mar o mariñeiro iba cantando.

II

15 Cando sentado en unhas altas penas
 Que o mar batía con feroz ruxido,
 Ardendo en lume vivo as súas venas,
 Centellándolle os ollos encendidos,
 Xamais adormecidos,
 20 Belmiro, labrador, se lamentaba
 E os seus gritos alzaba
 Ós ceos dos seus males causadores,
 Contándolles ós aires seus dolores.
 Xa tamén revolvándose na area,
 25 Das súas báguas empapada e chea,
 Xa ás rocas lles contaba os seus amores,
 Xa o triste deliraba
 E en semexantes voces se expresaba:

III

BELMIRO

30 Ai, nunca che eu nacera! Ai, sorte dura!
 En mala hora a luz viron os meus ollos!
 Dade ó meu corpo blanda sepultura,
 Ondas que reventades nos escollos;
 Líbrame dos embrollos,

Líbrame das desgracias de esta vida,
 35 Ouh, morte apetecida!,
 E xuntádeme á miña compañeira,
 Augas que combatides a ribeira,
 Augas queridas, pois que fostes lousa
 Donde por sempre o meu amor repousa.
 40 Eu te vin espirar desde a monteira,
 Xulia miña querida!,
 Eu morrer te mirei, e teño vida.

IV

Aínda Belmiro triste ten alento?
 Aínda fala? Aínda xime? Aínda chora?
 45 Por que non fun servir xa de sustento
 Ós tragós peixes? Por que aínda agora
 Tras da miña pastora
 Non me quero botar? Alma adorada,
 Xa máis nesta morada
 50 Pasar non quero, non; xa nada teño,
 Nin campo, nin cabaña, gado ou leño.
 Xa o perdín todo; pois que te morriche,
 Perdime a min tamén; pois [que] pereciche
 Eu a seguirte vou, nelo me empeño.
 55 Nas ondas ou nos toxos
 Logo abandonarei fracos desposos.

V

Outros gritos e voces exhalaba,
 Tolo e sin sentimento, o bon Belmiro,
 E á noite, a máis andar, se adelantaba.
 60 E aínda non se fora ó seu retiro,
 Daba cada suspiro
 Que o máis duro a chorar se movería,
 Cando veu que corría
 Hacia el con gran presa un compañeiro
 65 Que, errante, estraviado e sin sendeiro,

Aganchaba ós penedos con presteza.
 Ergueu Belmiro entonces a cabeza
 E, á escasa luz dos raios do luceiro,
 Conoceu a Benigno,
 70 Dos seus pesares confidente digno.

VI

Como cando do alto dun navío
 O seu país descubre o navegante
 Que pensara quedar no Polo frío,
 Qu' o peito alegre salta, e aínda distante,
 75 Con corazón amante
 As súas prendas desde lonxe abraza,
 Así, de alegre traza,
 E ó tempo enternecido, o amigo vendo,
 O llanto suspendeu, as maos erguendo.
 80 Estreitouno no seo con dulzura
 Sin poderlle falar, qu' a desventura
 Embargáballe a voz; e así, detendo
 As báguas que asomaban,
 Os dous ternos amigos se abrazaban.

VII

BENIGNO

85 Que fas aquí, Belmiro, meu querido?
 Benigno –dixo en fin–, por que fuxiche?
 Por que deixache o vale máis garrido
 E entre as penas máis feras te metiche?
 Por que, louco, escondiche
 90 Dos teus tristes amigos o consolo
 E coas bestas solo
 Te viñeche a vivir? Que che fixeron
 Na túa dulce patria? Que che deron?
 Que te fixo escapar das portas nosas
 95 Pra estas ribeiras feas e escabrosas
 Donde nunca contigo dar puideron?

Vente, Belmiro, vente;
Ven consolar a túa triste xente.

VIII

Vente prá casa que te veu na cuna,
100 Ven pra a porta en que tanto travesseabas,
Vente pra os campos donde festa algu[n]ha
Non houbo compreta si é que tu non estabas.
O río en que pescabas,
Cando a min, do setembro nas tardiñas;
105 As olorosas viñas
Que contento connigo vindimache;
As copudas nogueiras que aganchache
Pra facer os rolís² en San Martiño
Ou pra pillar o descuidado niño:
110 Todo en mutua tristeza sepultache.
Todo a gritos te clama;
Todo, Belmiro, a túa volta clama.

IX

BELMIRO

Deixa, Benigno, de affixirme cesa
–Belmiro suplicou con fero acento–.
115 Que importa que na fraga espesa,
Nas ondas ou nas lousas do convento
Deixe do meu tormento
As reliquias e o cárcel da alma miña?
Fuxo da patria miña
120 Porque ningunha patria teño agora,
Pois en ningunha está a miña pastora.
Ai!, si, amigo, xa se foi do mundo

2. En el epistolario de Carballo Calero a Fernández del Riego, aquel le pregunta por la palabra. Las editoras, en nota, dan esta respuesta: «A sapiencia filolóxica de Antón Santamarina interpreta este “rolís” como o plural de “rolín”, variante dialectal de “rolo”, co significado de “columpio”» (Ricardo Carballo Calero, *Epistolario a Fernández del Riego*, ed. Dolores Vilavedra y Montserrat Pena, Vigo: Galaxia, 2006, p. 549, n. 59).

O rostro hermoso que non ten segundo.
 E donde me hei de ir eu? Mellor non fora
 125 Que no mar me tirases
 Ou con ese cuitelo me clavases?

X

Clava este peito, quítame da terra
 E morrerei contento, pois recibo
 O máis precioso don que hoxe me espera
 130 Das maos piedosas do mellor amigo.
 Non sea máis abrigo
 Do dolor máis acerbo este meu peito;
 Sea presto desfeito
 Este corpo, este barro: é terra impura.
 135 Líbrame así, por Dios, da desventura
 De estar morrendo sempre; fire logo,
 Fire sin compasión, mata este fogo.
 Saca a miña razón de esta loucura...
 Axiña..., pronto..., clava.
 140 Clava..., que te detés?... Mátame! Acaba!...

XI

Decindo estas palabras, parecía
 Que do seu sitio os ollos lle saltaban.
 Suspiraba, choraba, enmudecía,
 E logo, enfurecido, se estancaban
 145 Ó llanto que brotaban
 Seus ollos cando estaba máis tranquilo.
 Sin poder resistilo,
 Chorou tamén de compasión Benigno
 E ó amigo de mellor sorte digno
 150 Consolaba oficioso. Xa contando
 Da ausencia del as novas, xa falando
 Da cabana, do campo, do moíño,
 Da súa alegre aldea,
 Calmaba de aquel ánimo a pelea.

XII

155 Contáballe tamén as súas penas,
 Pra que Belmiro máis se consolase
 Con pad[ec]er alleo, aunque pequenas
 Xunta ás propias as xuzgase.

BENIGNO

160 Que eu tamén me lamentase
 Estaba polo ceo destinado,
 E chorase ó teu lado
 A miña mala sorte –lle decía–.
 Víronme estos penedos algún día
 165 Correr alegre as súas verdes faldas;
 Víronme engalanado coas guirmaldas
 De conchiñas e fror, con que solía
 A miña dulce amante
 Premiar garrido o meu amor constante.

XIII

Todo alegría entonces no meu alborozo,
 170 Eu non previña, non, o pesar duro,
 Pero, ai!, seu manto oscuro
 Non tardou en tenderse na mariña.
 Marchou a gloria miña,
 De esta aldea se foi a hermosa Ana.
 175 Ilusiós dulces! Esperanza vana!
 Xa non houbo máis pracer pra min na Terra,
 E o único contento que me espera,
 E o que do meu pesar aínda me sana,
 É o dulce desahogo
 180 Cun compañeiro do meu triste fogo.

XIV

E tu deixarme queres neste estado.
 Queres que no mundo solo ó triste imite
 E siga tal proceder desesperado?
 Queres que impíio a morte solicite

- 185 E que ó gran Dios irrite,
 Árbitro das fortunas e das vidas,
 Porque as nosas queridas,
 Unha ausente, outra morta, suspiramos?
 Ques que tamén nosoutros nos morramos?
 190 Volve en ti, caro amigo, volve axiña,
 Que asoma xa o albor da mañáña;
 Á nosa dulce choza pronto vamos,
 A espesura deixemos
 E nunca por máis nos separemos.

XV

- 195 Tu os meus pesares aliviando
 E eu consolando as túas rudas penas,
 Felicidad á vida vamos dando;
 Faremos as desgracias máis pequenas.
 Nas ribeiras amenas
 200 Do apacible Landrove, virá un día
 Que con terna alegría
 E con lágrimas dulces, sin tristura
 Me digas: –Xa se foi a desventura,
 A calma renace de entre os dolores,
 205 Con amistad non necesito amores
 E as miñas aflicciós xa non teñen cura.
 Vente, Belmiro, vamos;
 Ven ser feliz, querido. Que tardamos?

XVI

- Xa por fin naquel golfo tempestuoso
 210 A calma da amistad se introducía;
 Recobraba aquela alma o seu reposo
 E do amigo ós consellos acedía.

BELMIRO

- Lévame –respondía–,
 215 Lévame logo de estas rocas negras,
 Xa que solo tu me alegras;

Léva[me] ó sitio donde amistad santa
 Encha o meu corazón; e si entre tanta
 Dulzura a veces o dolor asoma,
 Con mutuo suspirar verás cual toma
 220 Aumento o meu valor, e se quebranta
 Esta dura cadea.
 Xa te sigo; esa mao; vamos á aldea.

XVII

As brillantes estrelas xa se foran
 Dos ceos que alborearse comenzaban,
 225 E as flores que o febeo carro³ doran
 Do Oriente as rubas portas franqueaban.
 Alegres saludaban
 O resplandor primeiro as aveciñas;
 Brillaban as gotiñas
 230 Que o rocío nos árboles fixera,
 E o grande mar, con maxestad severa,
 Bramando, a luz primeira reflectía.
 A este agosto espectáculo se erguía
 Unha alma boa hacia o Criador da terra.
 235 Todo a Dios anunciaba,
 Todo as súas grandezas predicaba.

XVIII

Cando dos seus braciños agarrados
 Ás suas casas iban os amigos,
 E diante o Ser eterno posternados,
 240 Dos seus votos de paz foron testigos
 Os árboles, os trigos,
 O mar, as rocas, e natura toda,
 Xa da cúpula goda
 Do templo patrio a punta divisaron.

3. *Febeo carro* alude al transcurso del sol desde oriente a poniente, mediante la imagen del brillante dios Febo –identificado con Apolo– conduciendo el carro solar.

- 245 A esta vista os seus ollos destilaron
Lágrimas de dolor e de ternura
E as ideas do ben e da amargura
No seu peito aún non sano se encontraron.
E, en fin, a aldea viron,
250 Entraron nela e sempre en paz viviron.

XIX

- Don do bondoso ceo, amistad pura
Que endulzas os pesares de esta vida,
Case enches o meu seo de dulzura!
Canto nos meus dolores me é querida!
255 Por sempre bendecida
Seas dos corazós que padeceron,
E os que en ti paz tiveron
Ensálcente cen veces e outras cento;
Fuxa amor e o seu fogo violento,
260 Que trai ás almas boas solo males,
E da amistad os goces celestiales
Deixe lugar tan fero sentimento.
Homes do mundo, un bon amigo, un campo:
He aquí a Felicidad buscada tanto!

AMOR*

¡Qué prisa llevan las nubes
 Que van escapando al aire!
 ¿Y sabes tú hacia donde,
 Madre, ni tú ni nadie?

5 Las hojas vuelven al polvo
 Y el polvo el aire deshace,
 Pero el amor es más fuerte
 Que la misma muerte, madre.

Y una vida que no tenga
 10 Ni amor ni nubes ni mares,
 ¿Para qué sirve vivirla,
 Sin emoción, sin afanes?

.....

Tu palma fue mi camino
 15 ¿Recuerdas? Todo en imagen...
 Y ahora nadie ni nada
 Podrá hacer que nos separen.

* El poema, de dudosa atribución, lo recoge Leal Ínsua (1943: 171-172), acompañado de la siguiente nota: «Este poemita, el primero de los conocidos, me fue recitado varias veces por D. Jesús Antas, cuya familia estuvo ligada a la de Pastor Díaz con vínculos de amistad. Antas lo recordaba así con clara memoria, fechado en 1820. E invariablemente hablaba del cajón de papeles viejos quemados en su casa cuando él era niño, entre los que había muchas cartas con la firma de *Nicomedes*. Es el único que se salvó, al parecer, del expurgo a que después sometió el poeta sus composiciones cuando más tarde en Madrid, según propia confesión, “arrojó al olvido versos que le parecían indignos del objeto a que los consagraba”.»

TRADUCCIÓN DE UN SALMO*

No reprendáis, Señor, a un desdichado
 Con voces de furor;
 No castiguéis con ira mi pecado:
 ¡Perdonadme, Señor!

5 Compadece mi acerba desventura,
 Que enferma el alma está:
 Volvedla su salud y su hermosura,
 Y ufana os cantará.

10 Doliente y conturbada ella fallece,
 ¡Ay!, desde que os dejó...
 ¿Hasta cuándo, Señor? Ved que perece
 Si el cielo la olvidó.

* La recoge Ramón Canosa (1969: 53-54) a partir de *El Conservador*, 16 (2 de enero de 1842), pp. 19-20. En realidad, el poema aparece ahí sin firma. Los argumentos de este autor para admitir la autoría de Pastor Díaz son bastante pobres, y más teniendo en cuenta que parece seguir pistas de Leal Ínsua (1951), para quien todos los trabajos sin firma en aquella publicación serían del poeta. Escribe Canosa: «La pista nos la dieron unos asteriscos que figuran a continuación de la recensión de una *Historia del partido carlista*, del coronel Lassala, que termina con la sigla P. D.». En realidad, en este caso las siglas P. D. cierran claramente una reseña independiente, en otra columna. Sin embargo, a la vista del carácter de la publicación, no parece descabellada la atribución. Desde luego, no es posible atribuir a Díaz todos los trabajos anónimos, pues buena parte de las reseñas de carácter político parecen de la pluma de Pacheco. Hay, por otra parte, más poemas anónimos en la revista, algunos no atribuibles al poeta, y varios son explícitamente de García Tassara. Con todo, su protagonismo en la publicación es evidente y variado. Bajo el año 1841 anota en su *Diario*: «Situación política cual la retraté en el *Conservador* y demás periódicos del tiempo» (16 r.). Es cierto, además, que la parte literaria –poemas y reseñas literarias– descansa sustancialmente sobre él y todo ello justificaría, como compensación, el recurso del anonimato. Aun más, y referido al poema en concreto, la «traducción» es una versión libre del salmo 6, con una alusión final al propio triunfo que no existe en el texto de referencia. El contenido encaja bien con la situación anímica de Pastor Díaz en esos años, enfermo y perseguido político, y encaja bien igualmente con ese motivo repetido en su prosa y en sus versos del arrepentimiento por los pasados –es un decir– pecados.

- Esos ojos volved al alma mía
Del etéreo confín;
15 Por la piedad que vuestro rostro envía
Salvadla de su fin.
- Cuando la muerte bulla a nuestro lado,
¿Quién, ¡ay!, os pedirá?
Y en los horrores del sepulcro helado
20 ¿Quién os confesará?
- Yo lloraré, Señor, con largo lloro
Las horas del placer;
Yo regaré este lecho do os imploro
Con hondo padecer.
- 25 Turbada está la vista de mis ojos
Viendo vuestro furor;
Mientras mis enemigos por despojos
Señálanme, ¡oh Señor!...
- Pero apartad de mí, desventurados,
30 Hombres de iniquidad:
Mis clamores se elevan escuchados
Por el Dios de bondad.
- Y sube mi oración hasta su trono,
Humilde como es,
35 Y depone el Señor su antiguo encono,
Y mírame a sus pies.
- Confusión y vergüenza a los que osaron
Unirse contra mí:
El triunfo que en su rabia imaginaron
40 A Dios se lo debí.

UNA NOCHE*

- ¡Noche que asíé!... Con lóbrega belleza
 Hieres por fin mi lánguida mirada:
 Parda bandera en el cenit alzada
 Tu mano tiende ya.
- 5 Del infelice bálsamo süave,
 Madre de amor, de plácida dulzura...
 Que al Sol celebre quien penar no sabe;
 Mi voz te cantará.
- 10 Mi voz, que un tiempo en férvida armonía
 Resonaba con cánticos de gloria...
 ¡Ay!, sólo resta la fatal memoria
 Del bien que gocé en ti.
 Tu diadema de fúlgido diamante,
 Ese velo magnífico que ondeas,
- 15 Todo recuerda el venturoso instante;
 Yo todo lo perdí.
- ¡Olvido!, ¡olvido!... Gócese en buen hora
 Lejos de mí la pérfida que amaba:
 Su nombre solo en mi laúd sonaba;
- 20 Su nombre olvidaré.
 Y del lauro la espléndida corona,

* El poema «La noche», también atribuido a Pastor Díaz por Leal Ínsua (1951), fue publicado como anónimo en la *Revista de Madrid*, en 1839, y reeditado en *El Conservador*, en 1842. A pesar de estar fechado en 1833, no se incorporó a la edición de 1840. Leal Ínsua se basa exclusivamente en la citada hipótesis de la autoría por extenso y en ciertas coincidencias métricas con tres poemas recogidos en 1840. La forma métrica de la octava aguda con heptasílabos en cuarta y octava es, desde luego, característica del autor. La lectura atenta del poema ofrece más indicios para justificar la atribución. Al margen del léxico, muy frecuente en la edición de 1840 –la ribera del mar, el beleño, el adjetivo «célico», entre otros–, tenemos un desarrollo discursivo familiar en la poesía de Díaz y un tema, el del desengaño amoroso, que, si no es ni puede ser original, sí tiene un tratamiento reconocible en otros poemas de la serie de 1840. Tomo como texto base la última versión, de 1842.

Que a su frente solícito ceñía,
 Como noviembre a la fugaz Pomona¹
 Así deshojaré.

25 ¡Olvido! – Que del céfiro sonante
 Flébil eco en mi cítara suspire;
 El triste pecho su fragancia aspire,
 Empapada en la flor.
 Que de su aroma el mágico beleño
 30 Sobre mi sien su bálsamo derrame...
 Cual pasa y muere vagaroso sueño,
 ¡Que muera así mi amor!

¡Pues qué! ¿Tan sólo en cándida garganta
 El bien está, o en mórbida cintura?
 35 No: por doquiera la feraz natura
 Vertiendo va el placer.
 Aliento de la armónica ribera,
 Murmullo de los árboles frondosos,
 Mares inmensos, estrellada esfera...
 40 ¿Qué busco otro placer?

Mirad, mirad... Elévase al Oriente
 El astro de benéfico sosiego;
 Raudal copioso de ondulante fuego
 Semeja su esplendor.
 45 Miradle arder en la áspera colina,
 Vedle inundar el ámbito del polo,
 Ved, si su frente a la ribera inclina,
 Llenarla su fulgor.

Cual suspiro de párvulo adormido
 50 Un vago son dilátase en la esfera,

1. Divinidad de origen etrusco que en la mitología romana aparecía como protectora de los frutos.

- Dulce, quejoso, como en tiempos era
 La voz de la que amé.
 ¿Fue un eco de la bóveda estrellada,
 Que difunde dulcísimo embeleso?
 55 ¿Tierno suspiro de la mar plateada?
 ¿Voz de la selva fue?
- ¡Mortales!, a tan célica ternura,
 ¡Ay!, ensanchad el ánimo oprimida:
 Torrente inmenso de placer y vida
 60 Os cerca en derredor.
 Placer, os clama el límpido arroyuelo,
 Placer, dicen los álamos del valle,
 Placer y vida, en el cenit del cielo
 El astro triunfador.
- 65 Mas ¡ay!..., ¿por qué una lágrima ardorosa
 Se escapa de mi párpado abatido?
 ¿Por qué en el pecho funeral gemido
 Ya pugna por brotar?
 ¿Por qué, decid, destémplase mi lira,
 70 Y enronquece con ásperos acentos?
 ¿Por qué en mi labio la palabra expira?...
 Vencistes, ¡oh Pesar!
- Venciste, sí: tu rígida punzada
 Atraviesa mi espíritu doliente...
 75 En otro tiempo... mi abatida frente
 Su mano coronó.
 ¡Y hora solo! ¡Tristísima memoria,
 Que en mis entrañas bárbara se cebal!
 En ELLA estaba mi placer, mi gloria;
 80 Dejome, y feneció.

No, no hay placer. Fatídico silencio
 Reina, ¡oh Noche!, en tu fúnebre vacío...

¡Ilusión vana del orgullo mío!...
¡Ay!, no, no puedo más.
85 Brillabas cual efímera centella,
Cuando duerme en sus cóncavos Eölo²:
Él se levanta, y apagose ella
¡Para siempre jamás!

(1833)

2. Eolo es el rey o señor de los vientos en la mitología griega. Cfr.: «Allí con libertad soplan los vientos, / de sus cavernas cóncavas saliendo, / y furiosos, indómitos, violentos, / todo aquel ancho mar van discurriendo: / rompiendo la prisión y mandamientos / de Eolo, su rey, el cual temiendo / que el mundo no arruinen, los encierra / echándoles encima una gran sierra» (Alonso de Ercilla, *La Araucana*, Madrid: Imprenta Nacional, 1866, p. 300).

A LA SEÑORA DOÑA * * **

Sí, lo sé, que amarga pena
 En tu pecho se embravece,
 Y con bárbara cadena
 Le comprime sin piedad.
 5 Tu mejilla empalidece;
 De tus ojos corre el llanto...
 Ese afán, ese quebranto
 Muestra son de su crueldad.

Muestra son. La Parca dura
 10 Tendió su recia guadaña,
 Y quejido de amargura
 En los aires se escuchó.
 Detén, ¡ay!, detén la saña;
 Embota ese golpe impío...
 15 Oye, oh Muerte, el ruego mío...
 ¡Ay!, el golpe resonó.

Y por siempre hundió en la huesa
 A tu amigo virtuoso,
 Y voló, leve pavesa,
 20 La luz que brillaba en él.
 De su pecho generoso
 Cesó súbito el latido:
 ¡Ay, el ángel del olvido
 le echó su velo crüel!

* Fue publicado como anónimo en *El Conservador*, en septiembre de 1841. El poema, no editado desde entonces, ha pasado desapercibido a cuantos se han acercado a la obra de Díaz, por más que figure en la misma publicación que los anteriores. Los argumentos para atribuírselo son fuertes. En primer lugar, por el protagonismo que tiene el autor en la revista. Aún más convincente es el desarrollo del léxico y de las ideas, que concluye en el aire de familia de ese verso final: «¡En la muerte está el placer!!!»

25 ¡Y tú lloras, dulce amiga!...
Llora, llora con el llanto
Que la pena no mitiga,
Sino pábulo le da.

¡Es tan justo tu quebranto!
30 Tú le amabas, él te amaba,
Y el destino te guardaba
La suerte que llevas ya!

¡Llanto, llanto! Don del cielo,
Esperanza del que gime,
35 Numen de triste consuelo,
Homenaje del amor.

¡Llanto!... Cual prenda sublime
A los hombres fuiste dado...
¡Desdichado, desdichado
40 Quien no goza tu dolor!

Yo también... Su férrea mano
Levantó el espectro impío,
Y con estallido insano
Se oyó su flecha crujir.

45 ¡Recuerdo del dolor mío!
¡Tristísima, infausta suerte!
También reinó aquí la muerte:
¡También yo he visto morir!

Y lloré, y acerbo llanto
50 Hora corre por mi pecho...
¡Ay!, él es el himno santo
de la férvida amistad.
Cuando en lágrimas deshecho
Me humillo al pie de *su* tumba,
55 Si la esfera no retumba,
Los cielos claman piedad.

- ¡Lo que somos! Breve instante
 De relámpago ligero,
 Soplo de cierzo inconstante
 60 Nuestra frágil vida es.
 Y en descuido lisonjero,
 Ni la espada reparamos
 Suspendida, ni miramos
 La eternidad a los pies.
- 65 ¡Eternidad!... Nombre santo,
 Alma esperanza del bueno,
 Del malvado horrible espanto
 Que envenena su interior...
 ¡Eternidad!... En su seno
 70 Tu dulce amigo respira,
 Y cuando a la tierra expira
 Nace allí a vida mejor.
- A vida donde no alcanza
 El rigor de injusto hado,
 75 Do no se sufre mudanza,
 Do no existe esclavitud.
 Mas en placer bienhadado
 Feliz por siempre se vive,
 Y el varón fuerte recibe
 80 Premio digno a su virtud.
- Él nos espera: de el puerto
 Ve las mares agitadas,
 Y en su espantoso desierto
 Nuestra barquilla flotar.
 85 Él nos llama: apresuradas
 Huyen las horas, oh amiga...
 Te acercas... ¿No se mitiga,
 Al mirarle, tu pesar?

90 ¿Qué tardamos? En su frente
 Brilla la gloria del cielo;
 De amistad el fuego hirviente
 Míralo en su pecho arder.
 ¡Oh esperanza de consuelo!
 ¡Oh placer! ¡Oh dulce amigo!
95 Vamos a morir contigo...
 ¡En la muerte está el placer!!!

CATÓN*

El hierro agudo en la cansada mano,
 Fija la vista en el Phedón divino¹;
 Miradle, ése es Catón... Fatal destino
 Por doblegarle se impacienta en vano.

* Publicado como anónimo en *El Conservador*, en septiembre de 1841. El poema recupera la figura de Marcus Porcius Cato, llamado Catón el Joven, gobernador de Útica, en la actual Tunicia. Catón se suicidó en el año 46 a. C., en esa ciudad, tras la batalla de Tapso, que abría las puertas al triunfo de Julio César sobre las instituciones republicanas. El texto sigue la descripción que hace Plutarco de su muerte, en donde se resaltan los perfiles estoicos del personaje. Tras una cena en la que se discuten paradojas de los estoicos, como que «sólo el bueno es libre y esclavos todos los malos», Catón manda a su hijo y sirvientes que le traigan la espada. Tras desenvainarla y comprobar que su punta era buena, dice: «Ahora soy dueño de mí mismo». Deja la espada a un lado y retoma la lectura del *Fedón*, de Platón, que leerá aún dos veces. Al amanecer, habiendo dormido profundamente, se apoya sobre la punta y se da muerte. Puede resultar dudosa la atribución del poema a Pastor Díaz, a no ser por la hipótesis de la autoría por extenso que sugiere el carácter de la publicación. Aun así, las circunstancias políticas y personales del autor en ese momento invitan a la atribución. Debemos tener presente la renuncia de la Reina Regente, el año anterior, y la fidelidad de Pastor Díaz a ella, lo cual provocará su detención en septiembre de 1840, con graves consecuencias para su salud. Debemos sumar a todo ello el odio de los moderados hacia el progresista Espartero, nuevo Regente, quien sería confirmado por las Cortes el 8 de mayo de 1841. Espartero es, entre líneas, el «vencedor tirano» del poema. Pocos días después de la publicación del poema, el 7 de octubre de 1841, Diego de León se levantará en Madrid, con el resultado que hemos visto en el poema a él dedicado. Bien es cierto que Pastor Díaz no es el único poeta que asume estas posiciones políticas. Gabriel García y Tassara, colaborador de *El Conservador* y mag-nífico sonetista, pudiera ser igual o mejor candidato, aunque el poema no figure en la recopilación de sus *Poesías* que él mismo prepara en 1872. Sí se encuentra en ellas el soneto «A Roma», por donde circula «la sombra de Catón republicano» y la misma imagen «de ese pueblo insensato en las ruinas» (134). Reaparece aún el héroe romano en «Leyendo a Horacio», donde «víctima y héroe del orgullo humano, / muere y triunfa Catón» (167).

1. *Fedón, o del alma*, de Platón, és un diálogo muy próximo a las ideas de Pastor Díaz que hemos ido viendo a lo largo de esta edición. Sócrates, en este diálogo, establece la separación estricta entre cuerpo y alma, algo que cumplirá definitivamente la muerte. El cuerpo estorba la realización plena de las facultades del alma, de modo tal que la muerte aparece como un estado deseable, puesto que supone la purificación de las cualidades más nobles de la persona.

5 Su patria ha perecido: ya el romano
De la antigua virtud perdió el camino;
Ya el Pueblo-Rey al templo de Quirino²
Corre a incensar al vencedor tirano.

10 ¿Sucumbirá Catón? –Con voz sublime,
Alto el puñal, «aún libre soy» exclama;
Y el pecho rompe con valiente ejemplo.

El crimen coronado tiembla y gime;
La libertad a su mansión le llama,
Y la inmortalidad le abre su templo.

2. Quirino, en la mitología romana, formaba una tríada junto a Júpiter y Marte, con quien compartía el carácter guerrero. Rómulo, el fundador de Roma, le fue asimilado, hasta el punto de que el templo que se le erigió llevaba el nombre de Quirino, en lo que sería la actual colina del Quirinal. La expresión «Pueblo-Rey», en el contexto políticamente conservador del poema, sugiere obviamente la censura del progresismo, en cuanto que éste llevaría la revolución hasta el extremo de transferir la autoridad del monarca, o incluso la soberanía, al pueblo mismo.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

- P *Poesías* (1840)
- O *Obras de don Nicomedes-Pastor Díaz*, II (1866)
- E Edición en publicación periódica (y sucesivas: E1, E2, E3...)
- M Manuscrito autógrafo (y sucesivos: M1, M2, M3...)

APARATO CRÍTICO

PRÓLOGO (p. 115)

P: 3-6. O: 1-4.

- 6] dar a la estampa meramente O
- 56] barrerá sus huellas O
- 63] oscuros O
- 69] y al pie de las Pirámides O
- 75] Hasta desgracia O

MI INSPIRACIÓN (P. 119)

P: 7-16. O: 7-14.

E1 = *La Abeja*, 370 (4 de mayo, 1835), pp. 1 y 2. Firmado «N. P. Díaz».

E2 = *Álbum de la Caridad. Juegos florales de La Coruña en 1861*, A Coruña, 1862, pp. 407-411.

Chao Espina (1949: 250) da la noticia de un manuscrito del poema que pertenecía a D. Manuel Peña, de Viveiro, que no he podido localizar.

- 7] y el rugidor Océano E1 | Occéano E2
- 11] Estaba silencioso el vasto suelo, E1
- 17] Era ya entonces E1
- 23] y todo el peso E1
- 25] del orbe E1
- 28] Otro amor respondía O
- 30] quise a lo menos mi E1
- 32] *Sin puntos suspensivos* E1
- 43] por las peñas E1
- 49] veo E1 | oscura O
- 50] una fantasma, una deidad radiante E1
- 57] Es bella, sí; E1
- 65] Cual ciega tromba que aquilón levanta O

- 71] el beso blando E1
 76] E1 *no abre aquí comillas.*
 77] Quién eres... que mi vida O
 78] pretendes reanimar E1
 84] y musa de mi canto?... E1
 85] obscura; E1 E2
 86] y muéstrame E2
 94] habito entre E1
 96] del airado Neptuno.» E1
 100] espira. E1 E2 P *Por el sentido, parece preferible la lectura de O, que sigo.*
 102] la playa dejo E1
 106] por lo que E2
 109] ¡Pero en vano mi anhelo! O
 113] Ni a ti, ¡infeliz!..., el dedo del Destino O
 114] obscura E1 E2
 131] recibirá tu E1
 139] Quise saborear este embeleso, E1
 140] ¡Pero huyó de repente! O
 145] ¡Ay!... E1 | ¡Ay! ¡Se cumplió!..., O
 148] Torna a darme consuelos. O
 152] Y mis cantos... ¡gemidos! O
 154] por campos de placer me ha conducido, E1
 155] en vano se meció mi bella cuna E1
 156] en un Edén florido, E1
 160] *Sin puntos suspensivos* E1
 162] corroa el gozo que tragué un momento. E1
 163-164] *Entre signos de exclamación* E1
 164] ¡Infernal instrumento! O
 166] a su placer moverte E1
 168] armonía. E1
 176] ¡Y una tumba mi lecho! O

UNA VOZ (P. 126)

P: 17-22. O: 91-94.

E1 = *No me olvides*, I, 4 (28 mayo 1837): 3-4.

E2 = *Álbum de la Caridad. Juegos florales de La Coruña en 1861*, A Coruña, 1862, pp. 165-166.

7] fúnebre campana E1 E2

8] Que en alta noche O

- 12] *En cursiva* amor, amor E1 E2 | *Puntos suspensivos al final* E1 | «amor, amor»... O
 13] Ora se eleva E1 | obscura E2
 16] Pero es quien le pronuncia... ¡un esqueleto! O
 20] en las tinieblas E1 E2
 33] Ya de placer un E1
 36] ¡Imita las congojas de quien muere!... O
 37] ¡De quien murió! ¡Gran Dios! De quien me llama E1 | ¡gran Dios!..., de quien me llama E2
 39] Del ser terrible que mi ser reclama, E1 E2
 40] tranquilo... E2 | ¡Que ni en la tumba me miró tranquilo! O
 44] ¡Ve tu incesante petición cumplida! O
 46] que me ha dado el cielo E1 E2
 47] Y será tan profundo mi letargo... E2
 48] será también E2
 53] obscura E2
 56] un ¡ay! sobre mis restos lleve. E1 E2

EL AMOR SIN OBJETO (P. 129)

P: 23-28. O: 15-18.

E1 = *No me olvides*, I, 7 (18 de junio de 1837): 3. Lleva el poema la indicación de lugar y fecha: «Santiago, agosto de 1830».

Nota] *Suprimido* hace más de diez años, *y la reiteración de años tras diez y siete* O

- 3] mis ojos suspiran E1
 7-8] Para mí todo el mundo es desierto... / ¡Pues que nadie responde a mi amor! O
 11] yo no puedo vivir sin querida; E1
 12] es mi aliento esta dulce ilusión. E1
 13] ¡Ilusión!... E1
 15] eterniza... O
 16] pues que nadie E1 | *Entre signos de exclamación* O
 20] a mi intensa pasión. E1
 22] que mi alma recorre sedienta, E1
 23] *Puntos suspensivos a final del verso* O
 24] *Entre signos de exclamación* O
 27] le encuentro E1
 29] Yo le hablo, le tiendo los brazos, E1
 30] de aromas E1
 31] yo..., ¡infelice!..., ¡yo sólo deliro! E1 | ¡infelice!... O
 32] *Entre signos de exclamación* O

- 36] esplendor! O
 37] Ni el verdor de los campos me agrada E1
 38] ni en la noche la E1
 39] yo tan solo buscaba una amante. E1
 40] *Entre signos de exclamación* O
 41] Con mi amante, la aurora risueña E1
 42] de tierna alegría; E1
 48] le presta el amor... E1 | el amor! O
 53] Ven a mí... E1
 55] *Sin puntos suspensivos* E1
 56] ... ¡responde a mi amor! O
 57] Ven a mí; E1 | ¡Ven a mí!... O
 60] sino un alma, sino un corazón. E1
 61] Ven; E1 | ¡Ven!... O
 64] temblando de amor. E1
 65] Nadie me oye; mis voces se ahogan, E1 | ¡Nadie me oye!... O
 66] y se ahoga E1
 67] Pues que E1
 72] pues no encuentro la dicha de amor. *Tras este último verso aparece la fecha y lugar:* Santiago – agosto de 1830 E1

LA MARIPOSA NEGRA (P. 132)

P: 29-36. O: 95-99.

E1 = *La Abeja*, 287, IX (9 de febrero de 1835), pp. 1 y 2. Poema sin indicación de fecha.

E2 = *Museo Artístico Literario*, 6 (6 de julio de 1837), pp. 47-48. Poema sin indicación de fecha.

E3 = *Álbum de la Caridad. Juegos florales de La Coruña en 1861*, A Coruña, 1862, pp. 611-614.

- 1] Borrara E1 E2
 11-12] alcé los ojos elevando al cielo / mi tierna gratitud. E1 E2
 16] noturna E1
 23-24] Y mi pecho cubrió terror secreto / Que no puedo explicar. E1
 30] nebulosa... E1 | sombra area E2 *Probable errata.*
 41] Lo juro... E1 | Lo siento, sí... E2
 43] de infausto E1
 45] la suerte, E2
 46] *Sin puntos suspensivos* E2
 47-48] *Frases exclamativas* O
 48] no lo E3
 55] templo... O

- 57] «Para calmar mi O Ni E1, E2, E3 o P marcan el apóstrofe con comillas.
Sigo en esto la lectura de O
- 63] deja... O
- 64] *Frase exclamativa* O
- 66] lanza aterradora E2
- 69] extático E3
- 70] La vi, la vi... O
- 73] Sus vaporosas alas ha tendido E1 E2
- 77] Y de su vuelo el lúgubre zumbido E1 E2
- 87-88] Hierre en el alma... ¡como hierre el vuelo / del rayo vengador! O
- 89] *Sin comillas* E1 E2 E3 P *Ajusto la lectura a O en el uso de las comillas.*
- 90] le tendí E1 | la sentí E3
- 91] le dije E1
- 95] gira... O
- 96] *Sin puntos suspensivos* E1 E2
- 100] ¡Ay!... ¿qué quiere de mí? E1 | ¡Ay! ¿Qué quiere de mí? E2
- 103] calma... E1 O
- 104] Verdad... ¡que ya perdí! O
- 110] derritieron... O

A LA MUERTE (P. 137)

P: 37-45. O: 29-35.

E = *Museo Artístico Literario*, 5 (29 de junio de 1837), pp. 38-39. Sin fecha ni epígrafe.

- 2] oh laúd lastimero E
- 10] por el Sar ondulando E
- 21] en el umbral E
- 32] *Sin puntos suspensivos* E | *Frase exclamativa* O
- 33] –Lo sé, lo sé; O
- 37] *Sin comillas* E
- 42] imponente E
- 53] ... ¡y era veneno! O
- 57] cubrió mi alma E
- 63] pintaste E
- 64] esa dicha ideal E | por quien suspira. O
- 66] la magia engañadora E
- 67] ¡Destino atroz!... O
- 71] momento... O
- 76] espire P *Parece preferible la lectura de* O
- 84] *Sin puntos suspensivos* E
- 85] *Acaba con puntos suspensivos* O

- 92] Tu crespón para mí, bordado de oro O
 102] ¡Muerte que anhelé tanto!... O
 104 y 106] *Frases exclamativas* E O
 111] placeres... E | ¡Moriré, moriré!... O
 112] *Entre signos de exclamación* O

LA INOCENCIA (P. 142)

P: 47-57. O: 19-27.

E1 = *El Liceo Artístico y Literario Español*, 2 (1838), pp. 141-145.

- 1] Tendió su velo E1
 5] Mas... ¡qué en vano O
 9] Que el alma aletargada, E1
 9-12] Que el alma sin amor, y sin profundos / Latidos, y aun pesares, / Se halla
 más sola en medio de esos mundos / Que un bajel en los mares O
 12] mares... E1
 18] Aún Amelia me ama. O
 19] ven: E1
 21] ¡ay!... E1 O
 22] tu célica inocencia E1
 27] hermosura... O
 28] *Entre signos de exclamación* O
 29] allí... E1
 34] de un rayo E1
 36] mía!... O
 41] ¡Ay! Ven... que O
 44] *Errata corregida en O*: del crimen...
 45] en mi desgracia E1 | imploro!... O
 47] esa virtud O
 48] ¡oh cielo! O
 49-52] *La puntuación modifica la lectura en O*: Eternizad de este ángel la
 pureza, / Y esa celeste calma: / Que es el supremo bien esa belleza / Que da
 la paz del alma.
 51] Que es el único bien, E1
 52] alma... E1
 53] *Sin puntos suspensivos* E1
 55] ¡Ay!, ni hallarás E1 | donde te guarde O
 79] espumosas... O
 80] revientan... E1
 89-90] *Entre signos de exclamación* O
 92] Su cima protectora O *La corrección liga el verso al campo de la nube*
 –«cima»–, ya que el árbol –«copa»– corresponde a la estrofa anterior.

- 93] No, ni el cariño avivaré halagüeño E1
 95] a sorprender el E1
 97] ¡Y ojalá E1 | *Se divide la estrofa en dos oraciones exclamativas* O
 99] trasportara E1
 100] Al sueño de la muerte!... O
 102] *Sin puntos suspensivos* E1
 103] ¿Si allá en tu corazón suena una hora E1
 105] ¡Qué! E1
 108] *Sin puntos suspensivos* E1
 109] ¡Tú tiembles, tú enmudeces, tú suspiras, E1
 113] imploro!... O
 114] esas E1
 115] celestial hermosura..., yo te adoro. E1
 116] Mas ¡ah!, tú... no me quieras. E1 | Mas ¡ay!... Tú... ¡no me quieras! O
 117] No concentres tus E1
 119] sus pasiones E1
 120] veneno! O
 124] dolores... E1
 128] Como un celeste canto. O
 130] tan oculta E1
 135] de un mundo E1
 137] oscuros y olvidados E1
 138] nos rechazara el suelo E1 | Nos rechace aquí el suelo O
 140-141] *Sin puntos suspensivos* E1
 141] *La primera oración es exclamativa* O
 147] y la oscura E1
 151] palpitaciones... O
 152] *Entre signos de exclamación* O
 155-156] *Sin comillas* E1 | Diré: «Felicidad..., o no eres nada, / o fuiste la Inocencia» O *Inserto comillas en el texto de P*

SU MIRAR (P. 148)

P: 59-69. O: 101-110.

E = *Museo Artístico Literario*, 8 (20 de julio, 1837), pp. 71-73. Lleva el título «Su mirar. A la marquesa de...».

- 1] ¡no era mujer!..., O
 5] transparente E O
 11] armonía... O
 28] nacía... E
 29] ¡Ilusiones! ¡Ay!..., pasaron O
 33] abrasaron O

- 39] mundo... O
 40] Que una ilusión sólo es. O
 47] Y era... O
 48] *Sin puntos suspensivos* E | virtud!... *Entre esta estrofa y la siguiente se interpola una raya de división* O
 57] vivir... O
 58] *Entre signos de exclamación* O | E *inserta tras este verso una línea de puntos.*
 70] desolada pregunta —«¿Quién soy yo? E *Inserto comillas, siguiendo a O, que cierra además el verso con puntos suspensivos. La oración interrogativa continúa en O hasta el final del verso 72.*
 76] el gremio maternal O
 81-82] *La oración interrogativa pasa a ser exclamativa* O
 82] *Sin puntos suspensivos, pero tras el verso se inserta una línea de puntos* E
 83] esta soledad E
 89] Bájalos, ¡ay!... O
 91] ¡Bájalos!... O
 94] ¡Ángel!... Para adoraros ¡hedme aquí! O
 95 ss.] *En las siguientes octavillas y octavas agudas se separan tipográficamente las dos semiestrofas* O
 95] Aquí... ¡del mundo a la puerta!... O
 110] de esa tez O
 117] Extático O
 125] éxtasi O
 126] placer!... O
 127] ¡pasó!... O
 140] le da O
 143] *Signo de exclamación inicial, sin cierre* O
 147] ¡Maldición! O
 151] de luz... E
 156] nubes... O
 158] seguir! O
 163-164] Ni en las bóvedas anchas de un palacio / Cabrá lo que abarcar no puede el mundo, O
 167] sus salones E
 170] *Sin puntos suspensivos* E
 171] ¡y no veáis!... O
 174] Sentid... ¡y no miréis! O
 177] obscura E
 181] yo... tu belleza O
 182] ¡En el seno de Dios! O

A S. M. LA REINA GOBERNADORA EN EL ACTO DE JURAR LA
CONSTITUCIÓN DE 1837 (P. 155)

P: 71-77. O: 111-115.

Nota] Esta composición [...] por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación,
que lo era entonces D. Pío Pita Pizarro. O

1] sobre ti, O

2] Sobre ti bendición, y paz y gloria, O

4] victoria! O

32] sea! O

39] de la tumba impuro O

44] colores! O

45] Dos colores O

50] ¡es ella, es ella! O

74] con que tu nombre O

76] «¡Eterno sea!» O

79-80] ¡Bendición, bendición... *Ambos versos, entre signos de exclamación* O

LA MANO FRÍA (P. 159)

P: 79-87. O: 117-122.

16] Miré en torno... ¡y nada vi! O

30] helada... O

31] despegada... O

32] ¡Que en mi frente se posó! O

41] ¡Y pasó! O

42] mano... O

47-48] *Entre signos de exclamación* O

62] desierta... O

63] muerta... O

64] *Oración exclamativa* O

71] En ráfagas, el ruido O

85] ¡ay Dios!... O

88] Robó también O

128] Una tumba que perdí. O

130] Esa mano... O

132] infernal región? O

134] arcano... O

135] mano... O

136] ¡La mano de la Razón! O

A UN ÁNGEL CAÍDO (FRAGMENTOS) (P. 164)

P: 89-105. O: 123-138.

- 19] los abismos O
 29] Eso, ¡y no más!... O
 31] memoria... O
 32] *Entre signos de exclamación* O
 33] Y ellos... que O
 35] sin fin... de O
 36] *Entre signos de exclamación* O
 46] De el O *que corrijo*
 67] Pero... sin alas O
 70] llanto... estúpido O
 76] ... ¡los ángeles caídos!... O
 91] deslumbra... ¡ciega!... O
 92] los vemos O
 101] Por marchar... ¡marchan tan solo!... O
 103] su afán... O
 106] *Entre signos de exclamación* O
 125] sí suspiran... O
 126] *Entre signos de exclamación* O
 129] el cielo... O
 130] el rayo O
 143-206] *Las octavillas agudas se separan en dos cuartetos independientes* O
 150] amor... frenesí. O
 152] Horribles... esas pasiones O
 166] tal vez... O
 174] Arder... ¡creeréis que es amar! O
 178] Sin horizonte... ¡ni fin! O
 202] Ni un suspiro... ¡ni un mirar! O
 207] hermosa O
 209] hinojos... O
 210] Para oír O
 211] que afronté O *Pero la fe de erratas de* O *restituye la lección original de*
 P.
 214] un mortal... ¡una deidad! O
 222] ¡me ahogará! O
 225] mirarla... convertirse O
 227] suspiro... O
 228] *Entre signos de exclamación* O
 230] *Entre signos de exclamación* O
 239] la muerte... O

- 240] ¡mi juventud!... O
 244] ¡te adoré! O
 245] ¡y era lava! O
 246] «¡esto sí que es morir!» O *En P no hay comillas.*
 248] más allá... O
 250] *Entre signos de exclamación O*
 255] *Sigo a O, que enmarca la frase entre comillas, como también en v. 257.*
 259] para mí... O
 264] a cumplir O
 276] *Entre signos de exclamación O*
 277-278] *Pongo comillas para el discurso directo. Y ¡ay!... -¿Eres tú?, clamaras, ¡desgraciado! O*
 279] *¿Eres tú el que yo busco? O Añado comillas al texto de P, por exigirlo el sentido.*
 282] ¡No soy más que un mortal! O
 290] amor... ¡sino piedad! O
 291] ¡Y ni piedad, ni amor!... ¡Ángel caído! O
 292] es bien cruel O
 293] ¡Dale cumplido! O
 294] *Oración exclamativa O*
 295] ¡Y ni amor, ni piedad!... O
 298] Para mí... ¡la esperanza de morir! O
 305-306] *Añado comillas, como en O.*

MARIPOSA Y FLOR (P. 175)

P: 107-112. O: 139-142.

- Nota] Esta pieccecita, sobre O
 1 ss.] *Toda la primera parte, entre comillas O*
 6] vas?... O
 8] Aquí, donde tan lejos de los hombres, O
 12] Flores las dos. O
 30] ¡Bañada en llanto! O
 40] ¿A qué esperar O
 43] volemós... O
 54] botón... halague O
 55] ¡mi bien!... O
 56] La vida... nuestra unión, O
 59] el cielo... O

DESVARÍO (P. 178)

P: 113-121. O: 143-148.

41] a quien mayor encierra O

45] *La fe de erratas de O añade el guión que indica que se trata de la respuesta a las preguntas anteriores. Incorporo ese guión al texto de P.*

47] tu destino... O

52] y un altar?»- O

56] morir... ¡menos atroz! O

65] ¡Una tumba!... O

69] a la vida... O

70] ¡Su transporte al amor! O

74] *Sin puntos suspensivos O*

75] *Incorporo el guión que en O señala la irrupción de la segunda voz.*

77] *Como en el caso anterior, incorporo el guión que devuelve la voz a la primera persona.*

83] Yo quiero ser O

96] *Entre signos de exclamación O*

98] Subir O

111] *Recupero el guión de O. Ambas frases son aquí exclamativas, separadas por puntos suspensivos.*

AL ERESMA (P. 183)

P: 123-132. O: 189-195.

23] Eresma, ¡el espanto ahoga!... O

25-28] *La cuarteta va entre guiones O*

38] parecen... O

48] la sociedad!... O

61] el gigante siglo O

68] *Acaba el verso con punto O*

89] Extraña al mundo y al cielo O *Corrección en fe de erratas.*

91] No hay O

97] ¡Nada existe!... O

101] gemido... O

110] seno... O

111-112] *Entre signos de exclamación O*

119] amor... que O

127-128] *Sigo a O en las comillas.*

159] Duero... O

160] *Entre signos de exclamación O*

SU MEMORIA (P. 189)

P: 133-141. O: 149-155.

E1 = *El Liceo Artístico y Literario Español*, 1 (1838), pp. 34-38.

3] Occéano E1 | Heme sobre un O

4] ni arrebol! O

9] de placer, de gloria, E1

10] *Entre signos de exclamación* O

13-16] *Entre signos de exclamación* O

23] –¡la soledad sufriendo!– O

24] *Acaba con coma* O

29] Un cielo, una virtud... E1

31] *Puntos suspensivos sólo al final* E1

32] *Oración exclamativa* O

34] de su fatal E1

38] *Acaba con punto* O

39] suspendida... O

43] si forma adquiere, E1

46] de mi pasión... ¡lejana! O

54] silenciosa a la E1

59] una lápida, una huesa O

67] el día que su E1

69] donde brillara E1

74] del viento E1

75] del prado E1

78] quedándole a mi noche E1

80-81] Que no es la sombra esbelta, trasparente, / que de noche estival en
altas horas, / miraba perfilarse vagamente / sobre la luz rojiza de un balcón.

// Ni el eco de su voz, que allá lograba / distante percibir, ni aquella risa / que
de su labio la nocturna brisa / llevaba hasta mi ardiente corazón. E1 *Octavilla
intercalada entre esos versos.*

82] no es la ilusión E1

85] su vista... y su recuerdo E1 | ¡Todo esto fue su vista! O

87] gime... O

88] ¡desengaño!, ¡despecho!, ¡soledad! E1 | *Entre signos de exclamación* O

89] Tal la miré flotar E1

91] clavarme su E1

97] «–Tente, clamé, O

99] *Oración exclamativa* O

100] *Entre paréntesis y signos de exclamación* O

106] mi único bien conviertes en martirio? E1

121] ¡pero de roca!... O

- 122] ¡mas de hielo! O
 124] Yerto, clavado, inmóvil su albo pie. O
 126] de la tumba O
 129] El *antepone una raya de separación.*
 131] que más la El
 139] muerte... O
 140] *Frase exclamativa* O
 147] muerte... O
 148] *Frase exclamativa* O

EN UNA DESPEDIDA (P. 194)

P: 143-149. O: 203-207.

- 14] su centella final; O
 26] Que enciende O
 32] una oración! O
 36] yo... ¡rogaré por ti! O
 40] ante la cruz. O
 47] eternamente... O
 48] a conducir! O
 60] ¡Yo rogaré por ti! O
 68] del sacro altar. O
 69] Creí ver a los ángeles O
 75] al cielo... O
 80] ¡Oh!... ¡Bórrese O

ENVIANDO MI RETRATO (P. 197)

P: 151-166. O: 209-222.

- 9] ¡sí!... O
 11] estremecía... O
 14] ternura!... O
 15] pintura... O
 17] ¡Ve, más que yo dichosa!... O
 25] altar... ¡Más que ante el solio! O
 33] una madre?... O
 40] O fuérasle padrón O
 41] ¡Pero una madre!... O
 42] me alzaba O
 46] extática O
 49] Para ti, ¡nada! O

- 68] ¡ay!..., nuevo dolor. O
 75] Y de esos labios que al reír suspiran O
 88] pobre semblante, O
 91] olvidada apostura, O
 110] consuelo... O
 115] destiña O
 116] *Sin puntos suspensivos* O
 118] feliz!... O
 128] ataúd! O
 137] testigo... O
 144] Dila..., mas... basta a tu duelo; O
 147] consuelo... O
 148] placer!... O
 151] en su seno O
 160] ¡desgraciados!, a vivir; O
 167] ni de virtud no entiende O
 172] ¡interés!... O
 174] alma do su mano O *Probable errata de P*
 177] en vano... polvo, O
 180] fanal! O
 181] descolorida... O
 182] no creció! O
 189] Dila, ¡sí!... O
 192] En unísono acorde O
 203] Del joven no... O
 204] amar! O
 211] Y nunca... aún adorada... la hermosura O
 220] hiel!... O
 235] adora... O
 236] Dios! O
 238] ¡Creo al Señor! *En cursiva* O
 244] *Entre guiones y signos de exclamación* O
 248] *Sin puntos suspensivos* O
 265] *Entre signos de exclamación* O
 268] vendrá a caer O
 279] Mientras tú me O
 280] *Entre signos de exclamación* O

A LA C... DE S... (EPÍSTOLA) (P. 208)

P: 167-177. O: 157-165.

10] Transparentó O

- 38] dolor... acaso O
 57] ¡erais bella!... O
 61] ¡yo le admiré! O
 76] en vuestra ebúrnea frente. O
 89] *Desaparece la raya divisoria* O | ¡Y desperté!... O
 91] Busqué esa voz... O
 92] Y a lo lejos... O
 95-96] *Ambas oraciones son exclamativas* O
 97] No: ¡ya no os vi jamás!... O
 98] jamás... fue O
 101] ¡en mal hora! O
 109] ¡Me encontré solo!... O
 111] Sólo una sombra O
 118] eternamente! O
 120] Y soledad... O
 121] de esa hermosura, O
 123] a su ternura, O
 137] sin fin... porque O
 140] mi amor... ¡en nada!... O
 143] a una frente O
 148] Lejos de vos, ¡sus rayos más ardientes!... O
 149] No..., ¡nada os quedará!... O
 155] adora!... O
 156] llanto! O

LA SIRENA DEL NORTE (P. 214)

P: 179-191. O: 227-237.

E1 = *Museo Artístico Literario*, 1 (jueves, 1 de junio de 1837), pp. 4-7. En la sección «Amena literatura».

E2 = *Álbum de la Caridad. Juegos florales de La Coruña en 1861*, A Coruña, 1862, pp. 749-754.

- 3] entre las rocas E1
 5] el hado revelaba O
 7] el placer la vida acaba O
 8] hermosura! O
 12] *Sin puntos suspensivos* E1
 20] Huyen las nubes..., se serena el cielo O
 23] O en bosques E2
 24] Occéano E1 | Océano E2
 26] obscuro E1 E2
 27] ora cayendo el sol, E1

- 35] Occéano E1 | Océano E2
 39] en la azulada esfera E1
 43] harpa E1
 44] rayo de luna. O
 45] a mi sentir E1 E2 O
 48] firmamento!... E1 O
 49] Mas tendió O
 50-51] La noche; y más vecino / Fueme ya dado interpretar su canto, O
 51] dado el escuchar su E1
 54] equinoccial E1
 57] transparente E2 O
 60] su último adiós dice O
 75] al bosque E1
 76] *Sin puntos suspensivos* O
 79] ni revoló E2
 80] arena! O
 87] derribándole E2
 90] harpa E1
 99] su voz oí E1
 100] *Sin línea divisoria* O
 101] Occéano E1 | Océano E2
 103] buscas el rumbo E1
 108] esperanza... O
 109] *Todas las estrofas siguientes, hasta el verso 213, van separadas por una raya* E1 | *Frase exclamativa* O
 122] Occéano E1 | Océano E2
 126] mezquinos... O
 127] *Frase exclamativa* O
 128] tradición E1
 131] *¡Mundo perdido!* E1 O
 137] la noche E1
 139] El nauta al fin interrogó a Natura O
 148] ignorando E2
 149] Occéano E1 E2
 154] *Frase exclamativa* O
 164] sino Dios, O
 165] y un Occéano E1 | y un Océano E2 | y el oceano O
 171] el cielo... y O
 176] *Sin puntos suspensivos* E1 O. *Regularizo el uso de comillas.*
 181] destino... *El pasaje en cursivas pasa a versalitas* O
 182-185] *Sin cursiva ni versalitas* O
 184] mientras ruge E1
 185] *muerte...* E1

- 186] ¡Sus!» O
 189] Océano E1 | Occéano E2 | Y al fin... O
 192] mares... O
 194] asombro, sus hogares O
 203] Incendios, ¡ay!, tal vez..., ¡tal vez volcanes! O
 205] este suelo, E1
 206] Allá la busca O
 208] la inmortal luz E1
 213-220] *La estrofa se divide en dos cuartetos separados* O
 219] arena... O
 220] *Frase exclamativa* O

A LA LUNA (P. 223)

P: 193-200. O: 167-171.

E1 = *El Artista*, 18 (1835), pp. 214-215.

- 8] ¡Y el triste mar amé! O
 14] vuelo!... O
 19] en el alma fría O
 23] incostantes E1
 32] ¡Ay!..., que he visto espirar. E1 | espirar. P *Corrijo esta palabra según* O
 39] luna... O
 40] *Frase exclamativa* O
 41] harás... que O
 48] *Sin puntos suspensivos* E1 | tumba... ¡sí!... O
 50] obscura E1
 54] Océano, E1
 57] Mas ¡ay!... E1
 65] aflicción E1
 71] un ser... de O
 72] *Sin puntos suspensivos* E1 | *Frase exclamativa* O
 73] Sí..., tú mi amor, mi admiración, mi encanto... E1 | encanto! O
 75] Y hacia el ocaso suspirando sigo E1
 81] ¡Ay!..., calló ya... E1
 88] Y le llaman... ¡Verdad! E1 | Y la llaman... ¡VERDAD! O
 97] *Sin cursiva* E1 O
 99] oculta, ciega, E1
 103] triste demencia E1 | amor... ciega demencia O
 108] deidad! O
 109] *Guión largo al principio* O
 112] ¡Yace en la eternidad! O
 Nota] de *El Artista* O

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA (P. 227)

P: 201-215. O: 239-252.

1-70] *Se divide esta tirada en cuartetos independientes* O

32] Como fantástico O

43] *Se añaden aquí dos versos: Padrón de antiguas edades, / De nuevas eras preludeo.* O

83] nombrarle *Errata corregida en la fe final* O

86] ¡Puente no más!... O

110] *Frase exclamativa* O

121] que los siglos O

125] *Guión largo al comienzo y puntos suspensivos al final* O

185] gigantes... a tus pies, O

191] voces!... O

199] de Dios... y O

202] a un vaivén O

206] de Salén! O

207] Pero a ti, ¡sí!..., que O

213] ¡yo te adoro!... O

263] ¡Henos aquí! O

276] sepulcrales! O

284] infecundo... O

292] montañas... Su O

294] voz! O

VIE ET MORT (P. 238)

P: 217-223. O: 173-177.

Nota] Esta composición no se escribió ni se publica O

15] Oh! ma belle, O

17] Et ton regard devint sa céleste lumière, O

19] Sa vie fut ta pensée, O

25] Ni vivre ni mourir. O

26] Toi-même tu n'as plus si désolante foi; O

29] pour toi qu'est cette nuit profonde, O

33] Non, non ce n'est pas toi, brillante de jeunesse, O

34] Innocence en sa fleur, O

35] Ce n'est pas toi qui peux O

41] printemps P *Corrijo como en* O.

49] je ne vis plus ni O

54] Oh! mon ange adoré, si je ne vis en toi? O

55] La mort!... eh! bien... O

- 57] Je ne vis ni ne meurs... O
 58] Vide ou de cendre plein, O
 66] en ton vol, O
 67] Tu veux aussi goûter O
 73-75] Un moment sur l'horreur de ma nuit éternelle / Fais briller de ton front l'auréole étoilée, / Et cache sous l'éclat de l'émail de ton aile O
 77] Oh! viens, rayon du soir, ou rayon de l'aurore, O
 79] De grâce, rafraîchis le feu qui brûle encore O
 81] Puis... Je ne veux plus rien... O
 83] donne-moi O

A D. JOSÉ ZORRILLA (P. 242)

P: 225-238. O: 265-276.

- 40] las pasiones. O
 48] ¡sin ira el cielo!... O
 74] en mil volúmenes O
 77] Así en la excelsa O
 81] ¡la Humanidad no muere!... O
 83] amaga... O
 84] *Frase exclamativa* O
 85] Un esfuerzo..., ¡una voz!, y el marinero O
 88] Un día... ¡que vendrá! O
 89-90] al esqueleto / De ese pueblo, hoy helado, en su camino; O
 90] 92] Que apaga O
 103] romper... y O
 107] cadáveres, hiëna, O
 108] Muerte y sangre pastar. O
 114] hundieron!... O
 124] Compense tu sufrir. O
 126] creías... te O
 156] De la honda O
 163] viento... O
 164] ¡Y la vida con él!... O
 185] *Entre signos de exclamación* O
 209] con su capaz P *Corrijo la errata obvia, como hace* O
 211] fe valiente O
 217] ¡Mi voz se agotó ya!... O
 220] aurora! O
 223] rui señor, sin nido... O
 224] *Frase exclamativa* O
 232] mí! –canta tú solo. O

- 242] A mí ese eco salvador descienda, O
 243] Él, acaso, en su O
 244] No al noble esfuerzo de tu canto atienda; O
 248] risas... ¡y a tu llanto ría! O
 255] vuelva... O
 256] la selva! O

A ALBORADA

Poesía gallega (P. 253)

O: 37-41.

E1 = Antonio de la Iglesia, *El idioma gallego. Su antigüedad y vida*, A Coruña: Latorre y Martínez, 1886, pp. 191-194. Añade la fecha correcta, según consta en O: 11 de mayo de 1828. No indica la procedencia de su versión, que tiene significativas variantes, como en versos 18 y 60.

E2 = A *Gaita Gallega (Folla do Eco de Galicia)* (La Habana), Ruada 2ª, Toca-ta 2ª (30 de agosto de 1889), p. 2.

E3 = Eugenio Carré Aldao, *Literatura Gallega*, Barcelona, 1911, pp. 289-291. La transcripción añade tras los versos la indicación de lugar, sin fecha: «Vivero». No parece texto muy fiable, habida cuenta de sus erratas y de lo que parece un intento no demasiado sistemático de corrección de la lengua.

- 2] Que ollos bunitos tes! Que briladores! E1 | briladores E2 E3
 5] todo-los E1 E3
 6] que a alborada E1
 7] os doces E3
 9] devinos E1
 11] *Posible errata por brillarán. Así corrige el texto Álvarez Blázquez (1951). E2 mantiene la lectura original.* | brilarán E1 E3 | cristalinos! E1
 14] Ti que E1 E3
 15] con alas E2 *Posible errata* | co`elas E3
 16] Que a Luna E1 | lúa E3
 18] *Mantengo la grafía original. No parece lógico transcribir el grupo nh como ñ, al modo portugués, ya que esta última grafía aparece después.* | penas E2 E3 | Xunto de estas augas, nas areas, E1
 20] cadeas E1
 21] que me E1
 22] nunca alma miña E2
 24] brando sono E1 E2
 26] Que estas E1
 27] Que a espuma destas ondas resoantes E1 | resoantes E3
 29] Dormes, Rosiña? E1 *convierte rosiña en nombre propio.*
 30] resprandecen E1 E2

- 31] da Mariña E1
 33] me aprendiche E1
 34] Déixame que aquí solo E1
 35] A as O *que adapto a la norma ortográfica actual* | Ás augas E2
 36] ó meu colo E1 E2
 41] Oyo E2
 43] seo E1
 44] que estás E1
 48] abri-la E3
 49] cuarto E1
 51] devina que a E1 | divina E3
 53] que a E1
 54] Esparxindo E1
 56] Primaveira E1
 60] Fontiña E1
 63] escada E1
 67] bunitiñas E1
 69] dar-me a E1 | a primeira apreta E3
 74] ninguén E3
 75] quietú E1 E2
 76] fermoso E2
 79] Repousen E2
 80] devinos vitoriosos E1
 83] receyosos E1
 86] Ai que o Landro brillante E1
 87] o dourado Taxo E1
 89] mentres que eu sospiro E1

LA INMORTALIDAD. EPÍSTOLA A GENARO (P. 258)

O: 43-58.

95] ¡Ah! ¿Qué importa si es sólo una esperanza *Corregido en fe de erratas O 228*] *Por respeto al tono ascendente del original, mantengo el signo final de exclamación aislado.*

339] a mi Benino O *Corrijo, pues el contexto no parece indicar nombre propio.*

MI COLOR (P. 272)

O: 59-64.

MI RECLUSIÓN (P. 276)

O: 65-73.

187-188] el cielo, / Y el amor y el dolor, O *Corregidos en fe de erratas*.

EN LA MUERTE DE UN HERMANO NIÑO (P. 283)

O: 75-81.

AL SILENCIO. ODA (P. 289)

O: 83-88.

63] *Suprimo los dos puntos tras ahora* O

116] *Suprimo el punto a final de verso* O

EL SOL DE MAYO (P. 294)

O: 179.

EN LOS DÍAS DE UN MAGNATE (P. 295)

O: 181-185.

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA [VERSIÓN DE 1841] (P. 299)

O: 197-199. Figura el título como «En el álbum de una señora del gran mundo».

E = «En el álbum de una señora», *El Conservador*, 5 (3 de octubre, 1841), p. 18. Firmado N. P. D.

15] ¡tal vez sin vida! O

23-24] O *extiende los signos de exclamación a los dos versos*.

27] Que recibís en trono de gracia y de hermosura O

31] «¡TE ADORO!» O

35] ¿Vuestro sutil espíritu O

36] constancia, fe y honor? O

41-44] O *enmarca los cuatro versos con signos de exclamación*.

42] *estravió en E, que corrijo*.

EN UN ÁLBUM [VERSIÓN DE 1859] (P. 302)

E = *La América*, VII, 6 (27 de marzo, 1863), p. 13. Con la indicación de que es «inédito».

EN UNA TARDE DE LLUVIA (P. 303)

O: 201. El título pasa a ser «Una tarde de lluvia».

E = *La América*, VIII, 1 (12 de enero, 1863) p. 12.

1] Sobre el Betis tendidas O

2] Mira esas nubes O

6] Y so el crujir O

9] ¡Así acontece al corazón, señora!... O

12-14] Mas si el cierzo desata su crudeza, / Del torrente la furia asoladora / Troncos deja no más..., ¡cieno y maleza! O

FRAGMENTO DE UNA MEDITACIÓN EN LAS RUINAS (P. 304)

O, con el título «En las ruinas de Itálica. Improvisación»: 223.

E1 = «Fracmento [sic] de una meditación en las ruinas», *Semanario Pintoresco Español*, 9 (1849), p. 399.

E2 = «Fragmento de una meditación en las ruinas», en *Álbum del Bardo. Colección de artículos en prosa y verso de varios autores*, Madrid: Imprenta de Boix Mayor y Compañía, 1850, p. 91. Texto base de la transcripción.

1] *Ambas oraciones, entre signos de exclamación* O

2] humilla a nuestro ser E1 | Hasta en la tumba O

5] No ha mucho aquí se alzaron O

6] imperatorio O

8] a los muertos su póstuma O

11] Itálica responden... los E1 | ¡Itálica!..., responden los O

13] Así de almas O

14] Sólo recuerdos guarda la lúgubre mansión O

15] Su vida son los ecos, de páginas amantes, E1 | Evocad, ¡ay!, su vida en páginas amantes, O

16] No en la caverna muda O

EL SUEÑO DE ENDIMIÓN

Para un álbum (en La Coruña) (p. 305)

O: 225.

E = *Revista Gallega*, 2 (1895), p. 3. No ofrece variantes.

EL QUINCE DE OCTUBRE

[*Al general don Diego León, primer conde de Belascoaín*]

(p. 306)

O: 253-257.

E = *El Heraldo*, 107 (15 de octubre, 1842), pp. 2-3. La publicación ofrecía un amplio homenaje al militar al cumplirse un año de su ejecución.4-6] *Entre signos de exclamación. Desaparecen las rayas de separación interestrófica* O

18] Detrás... ¡un asesino! O

21] Fatídicos vampiros. O

22] Mientras... ¡ay O

23] quedan... ¡gritos de venganza, O

24] suspiros!... O

25] Denso se esparce ante los turbios ojos O

29] a los héroes O

39] la Gloria O

42] Que hoy alza nuestra Historia. O

47-48] Un nombre... ¡con la sangre rubricado / De un mártir caballero! O

49] en pos de breves glorias, O

54] Víctimas; no villanos. O

64] brillo... O

65-66] *Entre signos de exclamación* O67-69] *Entre signos de exclamación* O

67] leales..., O

70-72] *Entre signos de exclamación* O79-84] *Entre signos de exclamación* O

85] ¡Ya te vieron así!... O

101] *La lectura de E se corrige en la fe de erratas de O: MORIR COMO LEÓN sea Palabras en versalita.*

106] pelea... O

107-108] *Versos en versalita y entre signos de exclamación* O

ÚLTIMO AMOR (P. 311)

O: 259-263.

E = «Último amor», *El Conservador*, 7 (24 de octubre, 1841), pp. 23-24. Firmado P. D.

11] Cuando pasó el perfume O

12] ¡Nada, ay, al alma deja la amarga realidad!... O

16] O *termina el verso con puntos suspensivos.*

- 17] ¡Ah! O
 21] Cual aves O
 24] el último, el mayor! O
 30] ver... O
 36] ¡para morir después! O
 45] ¡Verdad, verdad!... O
 49] ¡Verdad!... O
 50] *E ofrece la lectura claramente errónea* endulzaras
 52] ¡yo no amaré jamás! O
 57] ¡Y eternos!..., O
 58] se alzan... tal vez O
 64] la rosa ni azahar. O
 68] ... *¡para morir después!* O

EMPIEZA AQUÍ DE EL BELÉN EL ARTÍCULO OFICIAL (P. 314)

O: 277-303. Lleva el título: «Aquí empieza de EL BELÉN el artículo oficial». E1 = *El Belén. Dulce Periódico, Moral, Civilizador, Divino y Humanitario, de Placer y de Aflición*, jolgorio número V (Noche del 24 al 25 de diciembre, 1857), pp. 1 y 2.

- 12] Lucas, Marcos, Mateo, Juan, O
 13] el primado y jefe O
 15] el doctor sublime O
 27] Que en el triángulo fulgura O
 32] *Sin puntos suspensivos* O
 33-34] Cuya corona los cielos, / Las estrellas su collar, O
 36] La luna su pedestal... O
 38] (Sin más casa, ni otro hogar), O
 43-45] Los cielos a presenciar, / Ni menos el solio espléndido / De la mayor Majestad, O
 45-46] *En versalita* O *No señalo la alternancia entre cursiva y versalita en palabras sueltas.*
 48] *Sin puntos suspensivos* O
 49] a luz, al fin, O
 55] *Igual en los dos testimonios. Posiblemente se trate de Sahara.*
 60] Reino que no ha de acabar... O
 61] la Madre excelsa, O
 80] su faz O
 90] Un ángel baje a anunciar O
 99] A cuyo vuelo divino, O
 101] Del infierno en lo más hondo O
 109-110] *En versalita* O

- 122] Poniente van. O
 127] con guirnalda O
 128] Y leyenda singular O
 131] ornará arrogante O
 133] Con pretensiones O
 140] La vendrán O
 148] *Sin puntos suspensivos* O
 180] está; O
 184] Del poder de Satanás... O
 196] Que al hombre es dado inventar, O
 200] *Sin puntos suspensivos* O
 211] Do hermano de ser no deja O
 212] *Sin puntos suspensivos* O
 217-218] Promulgó, quien cifrar pudo / En diez preceptos no más, O
 222 y 236] *Sin puntos suspensivos* O
 239-242] *Entre signos de exclamación* O
 241] Nunca en la tierra nombrada, O
 244] Cambiará O
 257-258] La fuerza será opresión, / Y no ley, ni autoridad. O
 275] un día los príncipes O
 280] Ir con afán maternal O
 300] De pompa vana y falaz; O
 306] *Inserto comillas, como en* O
 313] *Entre comillas* O
 327] habrá un trofeo O
 334] Turbe del sueño el solaz, O
 346] Todo el vuelo postrará O
 374] *Sin puntos suspensivos* O
 377-378] Y con su mitad antípoda / Fuerza es la tierra hermanar; O
 384] Valiente, humilde y leal O
 386] Lo que el mar calla tenaz, O
 391-392] *Gran Libro / De la Deuda* universal O *En cursiva y mayúsculas.*
 395] del Edén, O
 397] «DEUDA INSOLVENTE» O
 404] No encierran caudales más O
 408] ha de encontrar O
 417] A mi reino ha de acercarse O
 423] «Divino Maestro» O
 439] se ve O
 448] Criterio, límite y paz, O
 466] dirá; O
 468] Del arte y la cristiandad, O

- 478] Del hombre débil y audaz; O
 484] Ni al color O
 495] Gutenberg en una Biblia, O
 496] Finigierra, O
 497-498] De entonces, sólo quien llama / Por su nombre a cada cual, O
 508] Bronce y mármol O
 524] Su rapidez para obrar, O
 525] del sol al mundo O
 538] Del real vástago, rapaz, O
 546] De materia, el más fugaz, O
 571-572] que tuvo / Por herencia original. O
 588] De su pobreza natal, O
 590] La noche en que a nacer va. O
 596] Débil niño, en el portal, O
 606] Emmanuel O
 607] nos mandaron O
 612] de nuestra O
 620] dejará, O
 623-624] Será SU CARNE GLORIOSA, / Será SU SANGRE INMORTAL... O
 625-626 y 633-636] *Entre signos de exclamación* O
 636] Y los peces de la mar... O
 642] Y que se cumpla, sin más, O
 645] Y que también se disponga O
 647] egregia casa O
 648] Que lustre a la Corte da, O

[A TU CARTA PASO AHORA] (P. 337)

E = Chao Espina (1971: 386-390).

14-15] *Así en la transcripción de Chao, pero posiblemente fuese mejor intercambiar rato y trato.*

127] *Quizás debiera leerse tomes.*

EN UN PASEO A SOLAS DE LISBOA (P. 342)

M = RAE Mss. 369, entrada 66, f. 22.

3] *Volada sobre las palabras «velas y» aparece la corrección «puestos de». No hay tachaduras. Chao Espina transcribe el verso como «Pero hay puestos de velas», ignorando la palabra «lámparas». En realidad, tan válida como esa lectura parece «Pero hay puestos de lámparas», o incluso la lección original, sin corrección, «Pero hay velas y lámparas».*

ÉGLOGA. BELMIRO E BENIGNO (P. 343)

E = Xosé María Álvarez Blázquez (1951: 1-40; 1963).

28] *En el original*: E en semejantes voces se esprecaba. Como queda dicho más arriba, ésta y las restantes variantes siguen fielmente las notas posteriores de Álvarez Blázquez (1963), quien, según propia confesión, pretendió “restaurar la medida de los versos” e incluso “suplir los versos que faltan y postular posibles soluciones para las falsas rimas o palabras erróneamente transcritas” (351).

46] Os tragos peises? *en el original*.

53-54] *Restituyo entre corchetes la conjunción que, según estas correcciones*: Perdime a min tamén pois que pereciche / eu a seguirte vou, ne lo me empeño

64] Hacia él con gran presa un compañeiro. Álvarez Blázquez corrige el verso como: Hacia el con gran[de] presa un compañeiro.

101] alguha *en el original*, «aunque en otros lugares del mismo [manuscrito] leamos unha, ningunha» (1963: 354).

102] *Recojo en el texto la lección del original, a la que Álvarez Blázquez contrapone esta otra propuesta de lectura, que mantiene el metro*: N-houbo com-preta si é que tú n-estabas.

103] *Tachado en el original* donde.

111] *Recojo en el texto la lección del original, corregida en 1963, quizás razonablemente, por*: Todo a gritos te chama.

113] *Antes de este verso*, BENIGNO ha sido corregido por BELMIRO.

140] *En el original se lee* destés, que exige la corrección detés, como aparecía en 1951. No parece razonable la lección corregida de 1963: detén.

157] Co pade[cer] alleo.

159] Álvarez Blázquez (1963) lee el verso original como: Que en tamén me lamentase, que no recojo en texto. Considero que, dada la caligrafía de Díaz, es fácil confundir la n con la u. En 1951 este verso comienza un parlamento de Benigno, aunque en la transcripción de 1963 no se incluye, quizás porque sea reconstrucción del editor, ya que se pasa ahora a la primera persona.

169-171] Álvarez Blázquez (1963: 349): «Esta estrofa contiene solamente doce versos, en lugar de los catorce de que constan las demás, y es evidente que el escriba se saltó el final del verso 1 y el comienzo del 3, ligando visualmente el principio de aquél con la terminación de éste. De tal forma, la estrofa, en su estado actual, admitiría esta disposición:

Todo alegría entonces...

.....

..... no meu alborozo.

Eu non previña, non, o pesar duro,

Pero, ay!, seu manto oscuro...

176] *Verso de doce sílabas para el que Carballo Calero (1975²) propone una contracción n'houbo, que pudiera no reflejarse por escrito.*

180] *Incorporo al texto, de acuerdo con la edición de 1951, la corrección del original con un por el más correcto cun, que salva además la medida del verso.*

182] *Álvarez Blázquez corrige el original quieres por ques, forma que usa Díaz un poco más adelante, en el verso 189.*

196] *Tachado dudas.*

206] *En 1964 propone la corrección: xa teñen cura.*

216] *La corrección está en 1964.*

254] *El original me he querida lo corrige en 1963 por me es querida.*

263] *Carballo Calero (1975²) y Álvarez Blázquez (1963) entienden que campo es errata por canto, sinónimo gallego de «recanto» o «corruncho», esto es, el castellano «rincón» o «esquina».*

264] *Felicidad Corrijo como en 1963.*

AMOR (P. 353)

E = Leal Ínsua (1943: 171-172).

TRADUCCIÓN DE UN SALMO (P. 354)

E = «Traducción de un salmo», *El Conservador*, 16 (2 de enero, 1842), pp. 19-20. Anónimo.

14] *De el en el original, que corrijo para mantener la medida.*

UNA NOCHE (P. 356)

E1 = «Una noche», *Revista de Madrid*, segunda serie, tomo I (1839), pp. 449-453. Aparece anónimo y fechado en 1833.

E2 = *El Conservador*, 20 (30 de enero, 1842), pp. 17-18. Anónimo. Fechado en 1833.

E1 *separa tipográficamente los cuartetos de la octava aguda con una línea en blanco e inserta un asterisco cada ocho versos.*

30] *Se sustituyen los puntos suspensivos por dos puntos* E1

34] *y en mórbida cintura* E1

40] *En vos está el placer* E1

70] *enroquece* E1

71] *Espira en el original* E1 E2

72-73] *La alternancia entre la forma vencistes y la normativa venciste se encuentra en el original.*

- 74] *Sin puntos suspensivos* E1
79] *mi gloria...* E1
88] *Sin signos de exclamación* E1

A LA SEÑORA DOÑA * * * (P. 360)

E = «A la Señora de ° ° ° », *El Conservador*, 3 (19 de septiembre, 1841), pp. 20-21. Anónimo.

- 71] *Espira en el original.*

CATÓN (P. 364)

E = «Catón», *El Conservador*, 4 (26 de septiembre, 1841), p. 19. Anónimo.

- 10] *Esclama en el original.*

